GALERIA DE NOVELAS DE EL ORDEN.

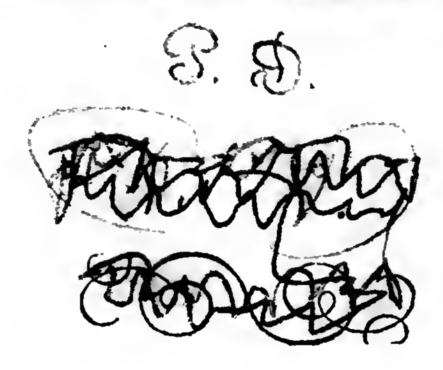
EL VICARIO

DE

WAKEFIELD,

NOVELA ESCRITA EN INGLES

POR OLIVERIO GOLDSMITH.

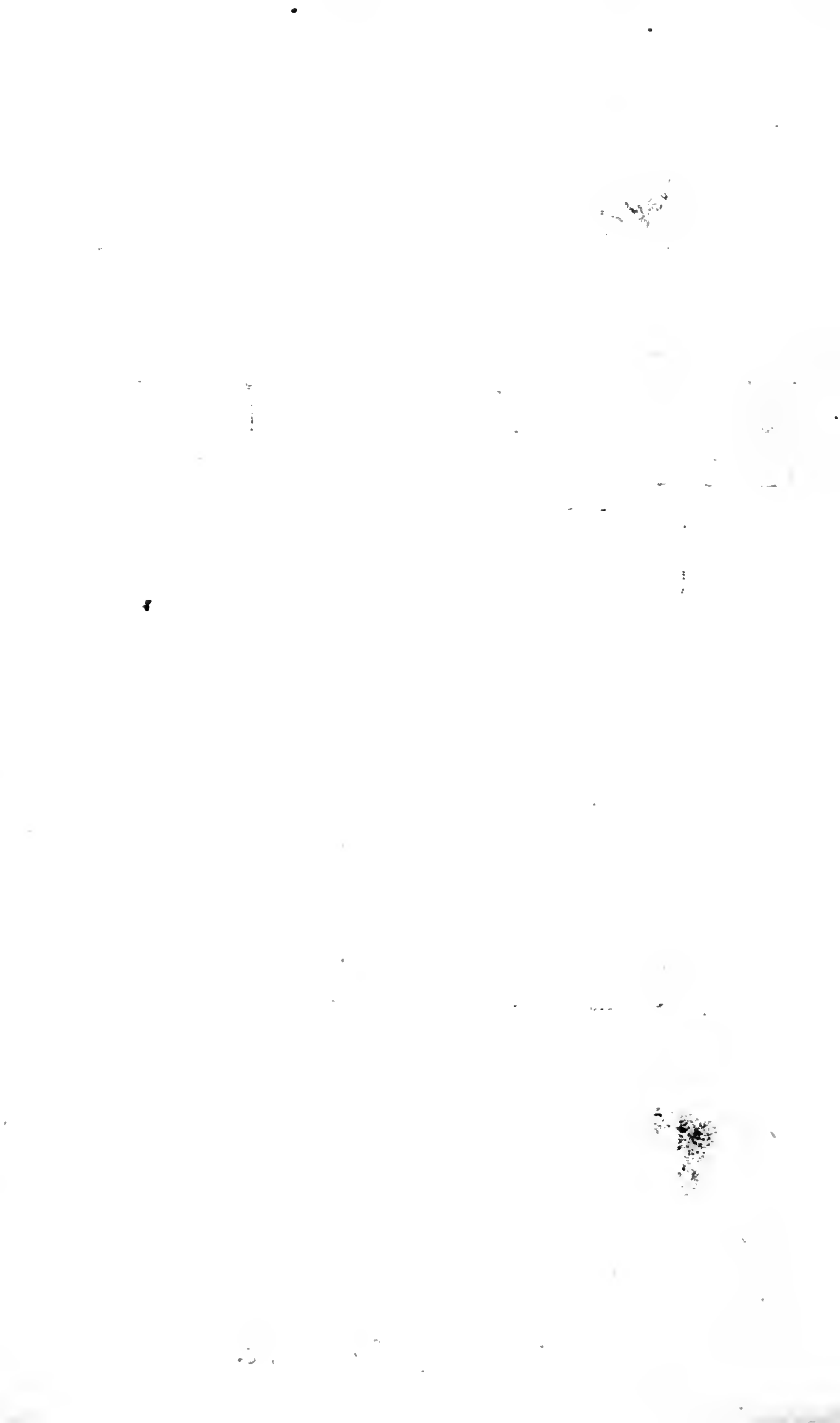


MEXICO.—1852

IMPRENTA DE BOIX, BESSERER Y COMP.

EDITORES, IMPRESORES Y LIBREROS.

Callejon del Espíritu Santo núm. 8.



EL VICARIO DE WAKEFIELD.

I.

Familia de Wakefield.—Semejanza moral y física entre las personas que la componen.

Siempre fuí de opinion que el hombre honrado que se casaba y atendia al sustento y educacion de una dilatada familia, era mucho mas útil que el que hablando sin cesar de poblacion, jamas salia de celibato. Consecuente á este principio, apenas hacia un año que habia tomado las órdenes, cuando pensé sériamente en casarme. Elegí mi esposa en la misma manera que ella habia elegido su vestido de boda; esto es, no dejándose alucinar por un esterior lustroso y brillante, sino prefiriendo uno, como vulgarmente dicen, de honra y provecho. Haciendo justicia á mi elegida, era la mujer del natural mas escelente, y pocas señoras de provincia de aquel tiempo la aventajaban en buena educacion; podia leer cualquier libro inglés sin mucho deletrear, y en cocinar y hacer conservas y encurtidos, nadie la escedia. Se alababa de poseer un gran talento en la economía doméstica, pero observé que con todo su ingenio jamas adelantamos cosa alguna.

Nos amábamos tiernamente, y nuestro mútuo cariño se aumentaba con la edad. Es cierto que nadie habia que pudiese indisponernos ni con el mundo ni con nosotros mismos. Teniamos una bonita casa situada eu un terreno delicioso, y una vecindad muy buena. Pasábamos el año en diversiones morales ó campestres, en vitar á los vecinos ricos y en aliviar á los necesitados. No temiamos revoluciones ni sufriamos pesadumbres. Todas nuestras aventuras eran nuestro hogar, calentándonos á la lumbre, y todas nuestras

emigraciones se reducian á pasar de la cama de verano á la de invierno (*).

Como viviamos inmediatos al camino real, frecuentemente entraban á visitarnos los pasajeros, para probar nuestro vino de grosellas: teniamos la reputacion de hacer el mejor vino de esta clase que se conocia por todos aquellos contornos; y confieso, con la ingenuidad de historiador, que jamas noté que ninguno de ellos le encontrase falta alguna. Todos nuestros primos, hasta los de en cuarto grado, recordaban su afinidad sin ayuda del archivo genealógico, y venian tambien á visitarnos de continuo: algunos de ellos no nos hacian mucho honor con su parentesco, porque hablando con franqueza, habia entre ellos ciegos, cojos y toda clase de estropeados. No obstante, mi mujer siempre insistia en que siendo de la *misma carne* y *sangre* que la nuestra, debian sentarse con nosotros á la misma mesa; de modo que sin cesar estábamos rodeados, si no de los mas ricos, al menos de los mas alegres amigos. Mientras mas pobre es el huésped, mas es su placer en que le atiendan; observacion que jamas debe echarse en olvido. Así como algunos hombres contemplan con admiracion los colores de un tulipan, y otros quedan absortos á la vista de las alas de una mariposa, así yo, por naturaleza, me complacia en admirar los rostros humanos animados de la felicidad. Cuando se notaba, sin embargo, que alguno de nuestros

(*) *En cl condado de York, en Inglaterra, como en otros varios paises, es costumbre de la gente acomodada tener sus casas divididas de un modo, que las proporciona ocupar esclusivamente una parte en el verano y otra en el invierno. Los muebles y demas necesario en cada una de estas divisiones, está en todo arreglado á las distintas estaciones á que son destinadas. Grandes y curiosas chimeneas, donde se conserva por mas de seis meses un fuego diario, alfombras preciosas y bien tupidas, pieles diversas y muy costosas, camapés, sillas ó taburetes bien forrados, y camas cargadas de colchones de plumas y colgaduras esquisitas, son los distintivos de las piezas donde la familia vive al abrigo durante la estacion rigorosa; mientras que un esterado sencillo y primoroso, camas, sillas y demas muebles finos, elegantes y ligeros, vistosos jarros de porcelana llenos de escogidas flores, cuya fragancia embalsama el aire, distingue la parte de casa en que ha de pasar la estacion del calor. De aquí proviene que cuando se quiere denotar en aquellos parajes que una persona nunca ha viajado, dicen, que todos sus viajes ó* emigraciones se han reducido á pasar de la cama azul á la cama parda; *esto es, de la cama del verano á la de invierno.*—[N. del T.]

parientes era de mal carácter y huésped incómodo, ó sugeto de quien deseábamos deshacernos, tenia yo cuidado al despedirse, de prestarle un capoton viejo, ó un par de botas, y aun á veces un caballo de poco valor, y siempre tuve la satisfaccion de que jamas volviese á traérmelo. Por tan sencillo medio tenia la casa limpia de las personas que nos desagradaban; pero nunca se vió que la familia de Wakefield cerrase sus puertas al indigente ó al caminante fatigado.

En tan feliz manera vivimos una larga série de años, sin otras adversidades que aquellas ligeras pruebas que la Providencia envia de cuando en cuando, como para realzar el precio de sus beneficios. Mi huerta era saqueada á menudo por los muchachos de la escuela, y las tortas y pasteles que hacia mi mujer se encontraban frecuentemente pellizcados por mis hijos, ó se los llevaba el gato: el señor del pueblo se dormia algunas veces en lo mas patético de mi sermon, y otras su esposa contestaba de un modo muy frio á las cortesanías y saludos de mi mujer. Pero pronto se nos pasaba la incomodidad producida por estos accidentes; y por lo regular á los tres ó cuatro dias empezábamos á admirarnos de que semejantes cosas hubiesen podido incomodarnos.

Mis hijos, fruto de la templanza y educados sin afeminacion, reunian á una presencia agradable las ventajas de la salud: los varones eran robustos y activos; las hembras obedientes y hermosas en estremo. Cuando me paraba en medio de esta pequeña sociedad, que prometia ser el descanso de mi vejez, no podia menos de repetir la famosa historia del conde Abensberg, el cual, en los viajes de Enrique II por Alemania, al mismo tiempo que los otros cortesanos presentaban al rey sus tesoros, llevó sus treinta y dos hijos al monarca, como el tesoro de mas valor que podia ofrecerle. De la misma manera, yo, aunque no tenia mas que seis, los consideraba como el presente de mas precio hecho á mi patria, y por tanto la conceptuaba mi deudora.

A nuestro primer hijo se le puso por nombre Jorge, por llamarse así su tio, quien al morir nos habia dejado diez mil libras esterlinas. Tuvimos en seguida una hija, y quise se llamara Grizel, como su tia; pero mi mujer, que durante su embarazo se habia dado á leer novelas, insistió en que se la diera el de Olivia, y me fué preciso ceder. En menos de otro año tuvimos otra niña: manifesté entonces mi resolucion de que á esta se pusiera el nombre de Gri-

zel; mas habiéndosele antojado á una parienta rica ser su madrina, me ví precisado á ceder por segunda vez, y á consentir en que la recien nacida se la pusiera por direccion de la parienta, el nombre de Sofía: de este modo hubo en la familia dos nombres romancescos, pero protesto solemnemente que no tuve parte en ello. Nuestro cuarto hijo se llamó Moisés, y despues de un intervalo de dos años tuvimos otros dos niños.

Seria inútil querer negar mi entusiasmo al verme rodeado de mis hijos; sin embargo, en semejantes ocasiones eran aún mayores la vanidad y satisfaccion de mi mujer. Cuando alguno de los que nos visitaban la decia:—"Como soy, que tiene vd., señora Primrose, los hijos mas hermosos de toda la comarca;"—ella contestaba:—"Sí, vecino: son como Dios los ha hecho: bastante hermosos si son bastante buenos, porque hermoso es lo que hermoso hace."—Y en seguida mandaba á las muchachas levantar la cabeza, y ponerse derechas: á la verdad, no debo ocultarlo, eran preciosas. Sin embargo, el solo esterior de una persona ha sido siempre para mí de tan poca consideracion, que apenas habria hecho aquí mencion de estas particularidades, á no haber sido la hermosura de mis hijas el objeto de la conversacion general en todo aquel distrito. Olivia, á la edad de diez y ocho años, tenia toda aquella elegancia y hermosura con que los poetas suelen representarnos á Hebe: una belleza atractiva é imponente. Las facciones de Sofía no eran tan seductoras á primera vista, pero de continuo hacian una impresion mas viva; eran finas, modestas y agraciadas. La primera vencia con una sola mirada: la otra debia su victoria á repetidos ataques.

Se puede juzgar generalmente de las inclinaciones de una mujer por su fisonomía; por lo menos, así sucedia con mis hijas. Olivia queria tener muchos amantes; Sofía asegurar uno. Aquella no podia muchas veces contener su gran deseo de agradar: la segunda refrenaba hasta sus mas escelentes gracias por el temor de ofender; la una me entretenia con su vivacidad cuando estaba alegre, la otra me distraia con sus juiciosas reflexiones cuando estaba sério. Pero jamas llevaron al esceso tan diferentes cualidades, y algunas veces observé que cambiaron enteramente de humor por todo un dia. Un vestido de luto trasformaba á mi coqueta en una beata; y un nuevo juego de listones daba á su hermana una viveza de genio mas que natural.

Deseé que mi hijo Jorge siguiese la carrera de las letras: al efecto, lo envié á estudiar á Oxford, reteniendo á su hermano Moisés en casa para que recibiese en ella la educacion proporcionada al género de vida á que esperaba destinarlo.

Seria fuera de propósito intentar describir los particulares caractéres de unos jóvenes que habian visto tan poco ó nada del mundo: baste decir, que habia entre toda la familia la semejanza mas notable, y hablando con propiedad, no tenian entre todos mas que un caácter: el de ser igualmente generosos, atentos, inocentes y humanos.

II.

Desgracias.—La pérdida de las riquezas solo sirve para aumentar el noble orgullo del que las desprecia.

Todos los negocios temporales de la familia estaban confiados enteramente al manejo de mi mujer: los espirituales estaban en un todo bajo mi direccion. El censo anual de mi renta, que ascendia á treinta y cinco libras esterlinas, lo repartia entre las viudas y huérfanos del clero de la diócesis, porque teniendo una fortuna suficiente por mi casa, no necesitaba de mis temporalidades, y sentia ademas un secreto placer en hacer el bien de este modo, sin aguardar la recompensa. Hice la resolucion de no tener curato, y de contraer conocimiento con todas las personas de la parroquia, exhortando á los casados á la templanza, y á los solteros al matrimonio; de suerte, que á los pocos años ya era un dicho comun, "que tres cosas faltaban en Wakefield:—Un cura con soberbia, gente soltera, y parroquianos para las tabernas."

El matrimonio fué siempre una de mis pasiones favoritas, y escribí varios tratados para probar su dicha y utilidad; pero sobre todo, me empeñé en sostener un punto que tenia relacion con mi estado, manteniendo con Whiston que era ilegal para un ministro de la Iglesia anglicana contraer matrimonio en segundas nupcias; en una palabra, me vanagloriaba de ser un estricto *monógamo.*

Desde muy temprano me inicié en esta importante disputa, sobre la que se han escrito tan inmensos volúmenes. Yo mismo dí á la prensa algunos trozos sobre este asunto; mas como misproducciones jamas tuvieron despacho, me queda el dulce consuelo de pensar que

solo fueron leidas por los *pocos escogidos*. Algunos de mis amigos llamaban á esta mi parte flaca: ellos no habian contemplado la materia tan profundamente como yo. Mientras mas reflexionaba sobre ella, mas importante me parecia, y aun me adelanté mas que Whiston al desplegar mis principios. Este hizo esculpir sobre la tumba de su mujer que ella habia sido la primera y última de Guillermo Whiston: yo escribí un epitafio igual para la mia, aunque todavía viva, en el cual elogiaba ademas su prudencia, economía y obediencia hasta la muerte: lo hice copiar, y puesto en un hermoso cuadro, lo coloqué sobre la cornisa de la chimenea, donde servia para varios objetos útiles. Advertia á mi mujer de sus obligaciones para conmigo, y de mi fidelidad para con ella; la inspiraba con una noble pasion por la gloria, y continuamente tenia á su vista esta idea.

Mi hijo mayor, tal vez á causa de haber oido hablar tan á menudo del matrimonio, al punto que salió del colegio, puso su amor en la hija de un clérigo, vecino nuestro, el cual era dignatario en la Iglesia, y estaba en circunstancias de poder dar á la muchacha una gran dote. Pero las riquezas eran la menor de sus recomendaciones: todos, escepto mis dos hijas, concedian que la señorita Arabela Wilmont era estremadamente hermosa. A su juventud, robustez é inocencia, daban tanto realce su brillante complexion y la sensibilidad que demostraba en su rostro, que ni aun las personas ancianas podian mirarla con indiferencia.

Como Mr. Wilmont sabia que yo podia colocar ventajosamente á mi hijo, no se opuso á estos amores, y ambas familias viviamos en aquella armonía que precede á una alianza deseada. Quise alargar el plazo de su reunion, convencido por la esperiencia de que los dias del galanteo son los mas felices de nuestra vida; y las varias diversiones que los dos jóvenes disfrutaban diariamente en compañía uno de otro, parecia aumentar su pasion mútua.

Por lo regular nos despertábamos todas las mañanas con música, y en los dias de buen tiempo íbamos á caza. Las damas invertian en adornarse y en la lectura, las horas entre el almuerzo y la comida: acostumbraban leer una página, y en seguida se miraban al espejo, el que aun los filósofos confesarian presentaba á menudo una página de la mayor hermosura. En la mesa, mi mujer era la que presidia sin consentir que otro trinchara sino ella, pues este habia

sido el estilo de su madre, dándonos al mismo tiempo la historia de cada plato. Despues de comer, para impedir que las señoras nos dejasen, hacia quitar la mesa, y algunas veces, con la ayuda de su maestro de música, nos daban las muchachas un agradable concierto. El paseo, el té, baile y juego de prendas ocupaban el resto del tiempo hasta la hora de recojernos: en nuestras diversiones jamas entraron los juegos de cartas, pues siempre les tuve una aversion estraordinaria. Mi antiguo amigo y yo jugábamos al chaquete, en el que de cuando en cuando soliamos arriesgar dos peniques. No puedo pasar en silencio una circunstancia muy particular y ominosa que me sucedió la última vez que jugamos. Yo necesitaba un *cuatro*, y por cinco veces seguidas saqué un *dos al as*.

Pasaron de este modo algunos meses, hasta que creimos conveniente fijar un dia para la union de los dos jóvenes, quienes la deseaban ardientemente. No necesito describir la importancia que, durante los preparativos de la boda, daba mi mujer á sus quehaceres, ni las picarescas miradas que de cuando en cuando echaban mis hijas. Yo tenia toda mi atencion empleada en otro asunto: intentaba publicar cuanto antes un pequeño tratado en defensa de la monogámia, y trabajaba sin cesar en su conclusion: tanto su argumento como su estilo, me lo hacian mirar como una obra maestra y engreido con esta idea, no pude menos de manifestárselo á mi antiguo amigo Mr. Wilmont, cierto de que obtendria su aprobacion; pero descubrí, demasiado tarde, que era uno de los fuertemente adictos á la opinion contraria, y con justa razon, pues se hallaba á la sazon en vísperas de casarse por cuarta vez. Mi obra, como puede bien presumirse, produjo entre los dos una disputa algo ágria, y que estuvo á pique de destruir la próxima alianza de las dos familias. Por último, convenimos en discutir largamente la materia el dia anterior al señalado para la union de nuestros hijos.

Al dia y hora citada empezamos la discusion del punto: por ambas partes se sostuvo vigorosamente. Mi antagonista aseguró que yo era heterodoxo; yo volví el cargo contra él: me replicó; le repliqué tambien. Pero estando en lo mas acalorado de la controversia, uno de mis parientes me llamó á la puerta, y todo inmutado, me dijo diese fin á la disputa, concediendo á mi contrario, al menos hasta que la boda de mi hijo se hubiese efectuado, que podia casarse de nuevo, si estaba capaz para ello.—¡Cómo! esclamó; abando-

nar la causa de la verdad, y asentir á unos despropósitos que ya lo han arrastrado hasta el mismo borde del error! Tanto adelantará vd. aconsejándome desista de mi argumento, como si me aconsejara que desistiese de mi caudal.—Siento mucho, repuso mi amigo, tener que decir á vd. que ese caudal ya no existe. El comerciante de Lóndres, en cuyo poder habia vd. depositado su dinero, ha huido para evitar presentarse en quiebra, y se cree se ha llevado hasta el último penique. Yo no queria dar á vd. ni á la familia esta fatal noticia hasta despues de la boda; mas al presente puede servirle á vd. de gobierno para moderar su calor en la disputa, pues su misma prudencia le hará á vd. ver la necesidad de ceder, al menos hasta que su hijo haya asegurado la mano y caudal de la señorita.—Bien, repliqué; si lo que vd. me dice es cierto, preferiré mendigar mi sustento á ser jamas un hombre vil y hacer traicion á mis principios. Voy ahora mismo á informar á la compañía de esta ocurrencia; y en cuanto al caballero, mi antagonista, no solo no le concederé que puede casarse, ni de hecho, ni de derecho, ni en ningun sentido, sino que aun me retracto de todo cuanto le haya antes concedido.

En efecto, volví á entrar, y les anuncié mi desgracia: seria no acabar si quisiera describir las diversas sensaciones de ambas familias al oir la notioia; pero todo cuanto los otros sintieron, fué nada en comparacion de lo que padecieron los dos jóvenes amantes. Mr. Wilmont, que parecia de antemano dispuesto á desbaratar el enlace, se aprovechó de esta oportunidad para determinarse al momento. Una virtud poseia en alto grado este caballero; virtud que nos queda intacta á la edad de setenta y dos años: la prudencia.

III.

Emigracion.—Generalmente vemos que las circunstancias agradables de nuestra vida son el resultado de nuestros esfuerzos en procurárnoslas.

La única esperanza que quedaba á la familia, era la noticia de que nuestra desgracia fuese incierta ó maliciosa; pero una carta que poco despues recibí de mi agente en Lóndres, la confirmó enteramente. Si yo hubiera sido solo, habria mirado esta pérdida con indiferencia; pero no pude ser insensible al dolor de ver espuesta á la

miseria y humillacion á mi familia, la que no habia sido criada en aquellos principios que nos acostumbran á no sentir el infundado desprecio de los otros.

Dejé pasar como quince dias sin tratar de contener su afliccion, pues nada nos hace tener mas presente nuestras penas que un consuelo prematuro. Durante este intervalo, toda mi ocupacion fué buscar un recurso para nuestra futura subsistencia: por último, me ofrecieron un curato muy pobre, de quince libras esterlinas anuales en un distrito lejano, donde podia, sin embargo, disfrutar de mis principios sin que me molestasen. Lo admití determinado á aumentar mi renta, atendiendo al cultivo y manejo de una pequeña heredad.

Tomada esta resolucion, mi primer cuidado fué reunir los despojos de mi náufraga fortuna, y de un capital de catorce mil libras esterlinas me quedaron cuatrocientas, despues de saldadas todas mis cuentas activas y pasivas. En seguida consagré mi atencion á hacer que mi familia se acomodase á sus presentes circunstancias, deponiendo todo el orgullo de su pasada grandeza, pues no dudaba de que no hay miseria mas grande que la de ser pobres con soberbia.— "No podeis ignorar, hijos mios, les dije, que ninguna prudencia de nuestra parte podia haber prevenido nuestra desgracia; mas al presente, la prudencia puede servirnos de mucho para prevenir los malos efectos de golpe tan terrible. Hemos bajado á la clase de pobres, queridos mios; pero la sabiduría nos manda conformarnos con nuestra humilde situacion. Despojémonos, pues, sin murmurar, de aquel vano esplendor con el que muchos son miserables, y busquemos en nuestro estado de escasez aquella paz con la que todos pueden ser felices. Los pobres viven alegres sin nuestra ayuda, y nosotros no estamos formados de modo que no podamos vivir sin la de ellos. Sí, hijos mios; lejos de nosotros desde este momento toda idea de grandeza; aun tenemos bastante para ser felices si somos sabios; y pues que la fortuna nos ha abandonado, arrojémonos en los brazos del contento."

Como mi hijo mayor habia estudiado para seguir la carrera de las letras, determiné enviarlo á Lóndres, donde sus habilidades podian proporcionarle su mantenimiento, y quizás los medios de socorrer á toda la familia. La forzosa separacion de los parientes y amigos es acaso la circunstancia mas terrible que acompaña á la

miseria. Pronto llegó el dia en que nos íbamos á dispersar por la primera vez. Mi hijo, despues de despedirse tiernamente de su madre y hermanos, quienes mezclaron sus lágrimas con sus besos, vino á pedirme su bendicion. Se la dí del modo mas cordial y afectuoso, acompañada de cinco guineas, que era todo el patrimonio que á la sazon podia ofrecerle. "Vas á Lóndres á pié, hijo mio, le dije, de la misma manera que fué tu grande antecesor Hooker. Este mismo báculo que le dió el buen obispo Jewel, fué su caballo; tómalo, y sea igualmente el tuyo: toma tambien este libro; él será tu consuelo en el camino: solo estas dos líneas suyas valen un tesoro: —*Yo he sido jóven, y ahora soy viejo; sin embargo, nunca he visto abandonado al hombre justo, ni á su descendencia mendigando el sustento.*—Sea este tu alivio en el viaje. ¡Adios, hijo! cualquiera que sea tu suerte, ven á vernos una vez al año. No te aflijas.... ¡adios!" —No tuve el menor recelo de arrojarlo así desamparado al torrente del mundo: era un jóven de probidad y honor, y yo sabia que su conducta habia de ser honrada, fuese su fortuna próspera ó adversa.

Su partida preparó el camino para la nuestra, que se verificó de allí á pocos dias. Mi fortaleza no pudo impedirme el verter lágrimas al dejar una residencia en que habia disfrutado tantas horas de tranquilidad. Ademas, una caminata de setenta millas para una familia que hasta entonces no se habia alejado de su casa á mas de diez, me llenó de aprensiones, las que se aumentaron por los llantos de los pobres que nos siguieron algunas millas.

Caminamos todo aquel dia, y al anochecer llegamos felizmente á una aldea distante diez leguas de nuestro futuro albergue. Nos dirijimos á un miserable meson para pasar en él la noche, y despues de habernos enseñado el cuarto que se nos destinaba, supliqué al mesonero con mi alegría ordinaria se sirviese acompañarnos, á lo que se prestó al momento, como que lo que él bebiese debia aumentar la cuenta de nuestro gasto. El buen hombre conocia toda la vecindad en que iba yo á residir, y sobre todo al caballero Thornhill, señor de todo aquel distrito, quien vivia á pocas millas de distancia. Nos pintó á este caballero como á uno de los que no desean conocer del mundo mas que los placeres que proporciona, siendo particularmente notable por su afecto al bello sexo. Observó que no habia virtud que pudiese resistir á sus artes y asiduidad, y que ápenas habia un hacendado á diez millas en contorno, cuya

hija no hubiese seducido y abandonado. Aunque esta relacion me causó alguna pena, causó sobre mis hijas un efecto muy diferente: parecia que sus facciones brillaban de alegría con la esperanza de un cercano triunfo; y hasta mi esposa no quedó menos complacida, confiando en los atractivos de sus hijas.

Mientras que nuestros pensamientos se hallaban tan diversamente empleados sobre el mismo asunto, entró la mesonera en el cuarto para informar á su marido de que el estraño caballero que habian tenido albergado allí dos dias, no tenia dinero, y por consiguiente no podia pagar la cuenta de su gasto.—¡No tiene dinero! replicó el huésped: no puede ser, pues nada menos que ayer le dió al pregonero tres guineas porque soltara á un pobre soldado viejo é inválido, que iba á ser azotado por las calles por ladron de perros.—La mesonera persistió, no obstante, en su primer relato, y ya el marido se preparaba á dejar el cuarto, jurando que de un modo ó de otro habia de ser pagado, cuando le rogué nos presentara un sugeto tan caritativo como acababa de referir. En efecto, satisfizo mi curiosidad volviendo con un caballero, al parecer, como de treinta años: su persona era bien formada, su vestido aun conservaba las señales de haber sido galoneado, y su rostro daba muestras de un talento muy profundo. Nos saludó de un modo algo frio y seco, y se conocia que no entendia de ceremonias, ó que las despreciaba. El mesonero se retiró, y yo espresé al estranjero el interés que tomaba en sus circunstancias presentes, ofreciéndole mi bolsa para subvenir á su actual necesidad.—Usaré gustosamente de ella, señor, me replicó, y celebro que el yerro que he padecido dando todo el dinero que tenia conmigo, me haya manifestado que aun existen en el mundo almas benéficas. Sin embargo, antes de tomar dinero alguno, suplico se me informe del nombre y residencia de mi bienhechor, para devolverle la suma de que haré uso.—Al punto cumplí con su deseo, mencionando no solo mi nombre y última desgracia, sino tambien mi nueva residencia.—Afortunadamente, esclamó, sucede mejor de lo que yo esperaba; pues yo sigo el mismo camino, habiéndome detenido aquí dos dias á causa de la inundacion; mas creo que para mañana ya estarán los caminos transitables.—Le espresé la complacencia que tendria con su compañía, y mi mujer é hijas se unieron á mí para invitarle á cenar con nosotros, á lo que al fin accedió Su conversacion, á un tiempo agradable é instructiva, me hizo de-

sear la continuase; pero siendo ya tarde, nos retiramos á descansar y á prepararnos para las fatigas del dia siguiente.

A la mañana nos pusimos todos en marcha. Mi familia y yo íbamos á caballo, y Mr. Burchell, nuestro nuevo compañero, venia á pié por una senda al lado del camino, observando con sonrisa que siendo nuestras caballerías tan malas, no seria en él generosidad intentar dejarnos atrás. Estaba aún inundado el camino, por lo que tuvimos que alquilar un hombre que nos sirviese de guia: éste abria la marcha, mi familia ocupaba el centro, y Mr. Burchell y yo formábamos la retaguardia. Para aliviar las fatigas del viaje, entramos los dos en cuestiones filosóficas, que él entendia perfectamente; pero me admiró sobre manera que habiéndole yo prestado dinero defendiese sus opiniones con la misma tenacidad que si hubiera sido mi patron. Al mismo tiempo me iba dando relacion de las personas á quienes pertenecian las varias quintas que se veian á un lado y otro del camino.—Aquella, me dijo señalando á una magnífica, algo distante, pertenece á Mr. Thornhill, jóven que disfruta una gran fortuna, aunque dependiendo enteramente de la voluntad de su tio Sir Guillermo Thornhill, caballero que, contento con poco, pasa la mayor parte del tiempo en Lóndres, dejando á su sobrino gozar del resto de sus bienes.

—¡Cómo! esclamé: ¿es mi jóven señor el sobrino de un hombre cuyas virtudes, generosidad y singularidades son tan conocidas? He oido hablar de Sir Guillermo Thornhill, y me lo han representado como el hombre mas generoso y mas raro del reino; hombre de una benevolencia consumada.—Algo; quizás demasiado así, replicó Mr. Burchell; al menos cuando jóven llevó la benevolencia al esceso: sus pasiones eran entonces mas fuertes, y como tenian por fundamento la virtud, lo condujeron á un estremo romancesco. Desde muy pequeño se dedicó á la carrera de las armas y á la de las letras: en breve se distinguió en la primera, y mereció alguna reputacion entre los hombres sobresalientes de la segunda. La adulacion siempre sigue á los ambiciosos, pues estos son los únicos que encuentran placer en la lisonja. Al momento se halló rodeado de una multitud de aduladores, que le hacian ver solo aquella parte de sus respectivos caractéres que á cada cual convenia manifestarle; de modo que en su simpatía hácia todos, perdió de vista la consideracion particular que reclaman algunos infelices. Amaba á todo el

género humano sin distincion, porque su opulencia le impedia conocer que hay muchos pícaros indignos de aprecio. Los médicos nos hablan de una enfermedad que afecta el cuerpo tan estraordinariamente, que el mas lijero toque á cualquier miembro comunica el dolor á toda la máquina: lo que algunos han sufrido en el cuerpo por dicha enfermedad, sufria este caballero en su espíritu cuando oia los males de los otros: el mas leve padecer, fuera real ó ficticio, lo afectaba vivamente, y sus sentidos, cediendo á su esquisita sensibilidad, adolecian de las miserias de sus semejantes.

Es fácil conjeturar que una persona dispuesta de este modo á aliviar á los demas, pronto encontraria infinitos que solicitasen su socorro. Sus profusiones empezaron á empeorar su fortuna, pero no su buen natural; al contrario, este se aumentaba al par que aquella disminuia. Segun iba empobreciendo, iba haciéndose mas descuidado; y aunque hablaba como un hombre de juicio, sus acciones eran las de un loco. Sin embargo, rodeado todavía de importunos, y no pudiendo ya satisfacer á las muchas peticiones que le hacian, daba promesas en vez de dinero; y esto era todo lo que podia dar, no teniendo resolucion bastante para afligir á un hombre con una negativa. Por este medio se atrajo una porcion de dependientes, á quienes estaba seguro de no poder socorrer aunque lo deseaba; mas esto duró poco; pues desde que conocieron que sus promesas no se cumplian, le abandonaron con merecidos reproches y desprecio. A proporcion que se hacia despreciable á los otros, se hace despreciable á sí mismo. Su entendimiento se habia apoyado hasta entonces en la adulacion de aquellos; mas faltándole este apoyo, no pudo encontrar placer en el aplauso de su corazon, al que nunca habia enseñado á respetarse, para ser de este modo respetado de los demas. El mundo empezó á cambiar de aspecto para él: las lisonjas de sus amigos descendieron á simple aprobacion, la que en breve tomó la amistosa forma del consejo; y el consejo, cuando es desechado, engendra siempre las reprensiones. Conoció luego por esperiencia que los amigos que sus beneficios habian reunido á su alrededor, no eran de modo alguno los mas estimables: conoció que el hombre jamas debe entregar su corazon á otro hombre, si éste no le entrega el suyo: conoció que.... pero olvidé lo que iba á decir. En una palabra, señor, resolvió respetarse á sí mismo, y formar un plan para restaurar su fortuna. Para este fin, y guiado siempre de su genio raro, viajó á pié por toda la

Europa, y antes de llegar á los treinta años, sus asuntos se vieron mas prósperos que nunca. Sus liberalidades son al presente mas moderadas y racionales que antes; pero aun conserva el carácter de un humorista, y encuentra su mayor placer en ser benéfico y humano."

Tenia mi atencion tan ocupada con el discurso de Mr. Burchell, que apenas miraba el camino que llevábamos, hasta que fuimos alarmados por los gritos de mi familia. Volví la cabeza, y ví á mi hija Sofía tirada del caballo en medio de un profundo y rápido torrente. En vano luchaba la infeliz con la corriente que la arrebataba: dos veces se habia ya sumergido, y yo no podia desembarazarme á tiempo de ir á socorrerla. Mis sensaciones, ademas, eran en aquel instante demasiado violentas para intentar libertarla, y ciertamente hubiera perecido, si mi compañero no se hubiera arrojado inmediamente á su ausilio, logrando, aunque con alguna dificultad, sacarla en salvamento á la orilla opuesta. Habiendo cruzado la corriente un poco mas arriba, pasó con facilidad á la otra banda el resto de la familia, donde unimos nuestra gracia á las que nuestra hija daba á su libertador. La gratitud de la muchacha es mas para imaginarse que para describirse: espresa su reconocimiento con sus miradas mas bien que con sus palabras, y continuó apoyada en el brazo de su bienhechor, y como aun deseosa de su asistencia. Mi mujer le espresó igualmente su gratitud, añadiendo que esperaba tener algun dia el placer de mostrarle su agradecimiento en su propia casa. Llegamos á una posada allí inmediata, donde refrescamos y comimos juntos; concluido lo cual, Mr. Burchell se despidió, y nosotros proseguimos nuestra jornada.

Mientras caminábamos observó mi mujer que le agradaba mucho Mr. Burchell, y protestó que si fuera de noble nacimiento y fortuna que lo hicieran acreedor á unirse á una familia como la nuestra, no conocia otro hombre por quien decidirse mas pronto. No pude menos de sonreirme al oirla. Que una persona, casi en los brazos de la mendicidad, use del lenguaje de la mas insultante prosperidad, puede escitar la risa de los malévolos; pero nunca me disgusté yo con estas inocentes ilusiones que tienden á hacernos mas felices.

IV.

Una prueba de que la fortuna mas humilde puede proporcionarnos la felicidad y delicias, pues estas no dependen de las circunstancias, sino de nuestra disposicion.

El lugar de nuestra nueva morada era una aldea compuesta de hacendados que trabajaban sus propias tierras, y que vivian igualmente separados de la opulencia y de la miseria. Tenian en sus casas casi todas las comodidades de la vida, y rara vez visitaban las ciudades en busca de lo supérfluo. Lejos de las etiquetas de los pueblos grandes, conservaban aún la simplicidad de costumbres de los primeros tiempos: frugales desde la cuna, apenas sabian que la sobriedad fuese una virtud. Trabajaban con alegría los dias destinados á la labor, y consideraban los dias festivos como intervalos concedidos á la holganza y al placer. Celebraban la Navidad cantando villancicos; se enviaban *lazos de sincero y constante amor* la mañana de San Valentin; comian tortas y fritadas de masa el mártes de Carnaval; hacian gala de sus chistes y agudezas el primero de Abril y partiannueces con religiosidad la víspera de San Miguel. Noticiosos de la llegada de su nuevo párroco, todos los de la aldea, vestidos con la ropa de los domingos, salieron á recibirnos precedidos de la gaita y el tamboril. Se nos habia dispuesto una gran comida, y todos nos sentamos á la mesa alegremente, en la que, á falta de agudezas y chistes, sobresalieron la risa y buen humor.

Nuestra pequeña habitacion estaba situada al pié de una graciosa colina: una bella arboleda cubria y sombreaba su espalda, y un cristalino rio hacia correr por su frente sus bulliciosas aguas; por un lado la embellecia un prado florido, y por el otro una escelente dehesa terminaba la perspectiva. Mi hacienda consistia en veinte acres de muy buena tierra, habiendo dado por ella cien libras esterlinas á mi predecesor. Nada podia esceder á la hermosura de mis cercados; sus hileras de olmos y zarzamoras presentaban el mas primoroso aspecto.

Mi casa constaba de un solo piso: estaba techada de paja, lo que la daba un aire de mas abrigo: las paredes por la parte interior estaban perfectamente blanqueadas, y mis hijas resolvieron adornarlas con pinturas de sus propias manos. El mismo cuarto nos servia de estrado y de cocina, y esto solo contribuia á mantenerlo mas caliente: por otra parte, el aseo en que siempre se tenia, la estraordi-

naria limpieza del vasar, en el que con el mejor órden y simetría se colocaban los platos y demas batería de cocina, relucientes de bien fregados, hacian que la vista se entretuviera agradablemente y no echara de menos los muebles mas finos. Habia otros tres cuartos: el uno lo destiné para mí y mi esposa: el segundo, que tenia la entrada por el mio, para mis dos hijas; y el último, con dos camas, quedó para el resto de la familia.

Arreglé mi pequeña república del modo siguiente: al salir el sol nos levantábamos, y nos reuniamos todos en la salita, en donde de antemano la criada habia encendido lumbre. Despues de saludarnos uno á otro con la correspondiente ceremonia [pues siempre creí conveniente conservar algunas fórmulas de buena crianza, sin las cuales la mucha satisfaccion destruye la amistad], dábamos gracias al Ser Supremo por habernos dejado ver otro dia. Concluida esta obligacion, mi hijo Moisés y yo saliamos á nuestro trabajo, mientras mi mujer é hijas preparaban el almuerzo, que siempre habia de estar pronto á una hora determinada; para este concedia media, y una para la comida, cuyo tiempo se empleaba en inocentes y alegres conversaciones entre mi mujer é hijas, y en argumentos filosóficos entre mi hijo y yo. Nuestras tareas concluian al ponerse el sol: volviamos á casa, donde nos esperaba la familia con los brazos abiertos, brillando en sus rostros la mas dulce sonrisa, y teniéndonos preparada una buena lumbre y un hogar aseado.

No nos faltaban huéspedes: el hacendado Flamborough, nuestro vecino, y hombre incansable cuando empezaba á hablar, nos visitaba á menudo, y el ciego que tocaba la gaita venia á vernos de continuo, y les regalábamos con nuestro vino de grosella, para hacer el cual habiamos conservado la receta y la reputacion. Esta sencilla gente tenia muchos medios de hacernos agradable su compañía: mientras el uno tocaba la gaita, el otro contaba algun romance chistoso, como—*La última buena noche de Juanita Armstrong—ó la crueldad de Bárbara Allen.*—La noche concluia de la misma manera que habia empezado la mañana: nuestros dos hijos pequeños estaban destinados para leer las lecciones del dia, y el que leia mas claro, mas alto y mejor, tenia un penique el inmediato domingo para echarlo en el cepillo de los pobres.

A pesar de todas mis leyes suntuarias, no me fué posible impedir que mis hijas se presentasen los domingos adornadas de un modo

impropio de su nueva situacion; y aunque yo creia que mis continuo sermones sobre la soberbia habian abatido su vanidad, continuaban, sin embargo, secretamente apasionadas al lujo de su anterior estado. Gustaban aún de ponerse encajes, listones, rizos, y collares, y hasta mi mujer conservaba su pasion por su *paduasoy* carmesí, por haberle yo dicho en otro tiempo que le sentaba muy bien.

En especial, el primer domingo me mortificó mucho la conducta de todas ellas. La noche antecedente habia manifestado mi deseo de que las muchachas se vistiesen temprano al inmediato dia, porque siempre me ha gustado estar en la iglesia antes que el resto de la congregacion. Cumplieron en esta parte mi deseo; pero llegada la hora de almorzar, se presentaron mi mujer é hijas adornadas con todo su esplendor antiguo: la cabeza llena de pomada, el rostro cubierto con el mayor gusto de lunares postizos, y las colas de los trajes recojidas con elegancia, haciendo crujir la seda al menor movimiento: no pude menos de sonreirme al ver este rasgo de vanidad, particularmente de mi mujer, de quien esperaba mas prudencia. En tan crítico estado, no imaginé otro recurso que decir á mi hijo, en un tono de mucha importancia y formalidad, que hiciese preparar nuestro coche. Las muchachas se sorprendieron al oir mi mandato, el cual repetí en un tono mas formal que antes.—"Ciertamente, querido mio, te estás chanceando, esclamó mi esposa: podemos ir á pié muy bien, sin necesidad de coche.—Te engañas, hija mia, la contesté: necesitamos coche, porque si vamos á pié á la iglesia en ese tren, nos esponemos á que hasta los niños de la parroquia vayan gritando tras de nosotros:—¡Vaya! á la verdad, repitió ella, que creia que á mi Cárlos le gustaba ver á sus hijos limpios y aseados.—Tú y ellos, repliqué, podeis ser tan aseados y limpios como gusteis: tanto mas os querré por eso; pero todas esas galas y adornos no son limpieza ni aseo, sino despilfarro y monería. Esos encajes, esos listones y esos lunares servirán solo para granjearnos el odio de las mujeres de nuestros vecinos. Sí, hijas mias, continué, podeis hacer de esos trajes otros mas sencillos, pues no sientan bien las modas á personas que, como nosotros, escasean casi de lo necesario. Ni aun en el rico sientan bien las guarniciones y falfaláes si consideramos que con lo que emplea en flecos, habia, por un cál culo moderado, para cubrir la desnudez del pobre."

Esta amonestacion surtió un pronto efecto: en que al mismo ins-

tante fueron con la mayor modestia á mudar de vestidos, y el inmediato dia tuve la satisfaccion de ver á mis hijas ocupadas por su propio gusto en recortar sus trajes, y sacando de ellos chaquetas para los domingos á sus hermanitos Ricardo y Guillermo; siendo aun mas satisfactorio que los trajes parecian mejores despues de recortados.

V.

Introduccion de un nuevo personaje.—Comunmente aquello sobre que mas colocamos nuestras esperanzas, suele resultarnos lo mas fatal.

A corta distancia de la casa habia formado mi predecesor una preciosa glorieta con asientos, sombreada por un cercado de madreselva y espino blanco. Cuando hacia buen tiempo, y nuestras labores respectivas se habian concluido, acostumbrábamos irá sentarnos en este sitio para disfrutar de una hermosa perspectiva á la caida del sol. Tambien tomábamos aquí el té, que se habia hecho para nosotros un banquete estraordinario; y como lo teniamos muy rara vez, difundia en todos una nueva alegría, pues los preparativos para hacerlo ponian toda la familia en una bulliciosa ceremonia. En estas ocasiones, los dos chiquitos leian alguna cosa en alta voz, y despues que habiamos nosotros acabado, se les servia á ellos el té. Para dar mas variedad á nuestras diversiones, cantaban algunas veces mis hijas, acompañándose con la guitarra, y mientras ellas y sus hermanos estaban empleados en su concierto, mi mujer y yo dábamos un paseo por el campo, esmaltado de flores especialmente de la campanilla y la centaura; hablábamos con entusiasmo de nues tros hijos, y gozábamos de la suave brisa, que nos traia á un tiempo la salud y la dulce melodía del concierto.

De este modo empezamos á esperimentar que en la vida humana toda situacion tiene su peculiar felicidad: las mañanas las empleábamos en nuestras tareas, y á la tarde una inocente diversion restablecia nuestras fuerzas.

Como á principios del otoño, un dia de fiesta [pues siempre guardé estos dias como intervalos de descanso en el trabajo], reuní toda la familia en nuestro acostumbrado sitio de recreo, y cuando nuestros músicos estaban mas empeñados en su concierto, vimos un venado pasar velozmente como á unos veinte pasos de nosotros, cono-

ciéndose por su agitacion que huia perseguido muy de cerca por los cazadores. No tardamos mucho tiempo en saber la verdadera causa de la agonía del pobre animal, pues á poco rato vimos aparecer los perros, y en seguida hombres á caballo que venian aceleradamente á su alcance por la misma senda que él llevaba. Al momento determiné volverme con la familia; pero fuese por curiosidad ó por otro motivo oculto, mi mujer é hijas permanecieron en sus asientos. El primer montero pasó delante de nosotros con increible lijereza, seguido de otros cuatro ó cinco. Por último, apareció un jóven de presencia mas gallarda que los demas: nos miró durante un rato, y en vez de seguir la caza, se detuvo; dió el caballo á un criado que le acompañaba, y se acercó á nosotros con aire de superioridad y franqueza. Sin preceder ceremonia alguna, se dirigió á saludar á las muchachas, seguro, al parecer, de una distinguida recepcion; pero ellas habian aprendido desde temprano á mirar la presuncion con reserva. El caballero entonces nos informó que se llamaba Thornhill, y que era el propietario de todo el terreno que se estendia á alguna distancia alrededor de nosotros: en seguida solicitó de nuevo saludar á las señoras, para lo que no encontró esta vez inconveniente; ¡tal es el poder de las riquezas y de un buen vestido! Su habla, aunque manifestaba lo pagado que estaba de sí mismo, era desembarazada, por lo que pronto nos hicimos mas familiares; y habiendo visto la guitarra, suplicó que las señoritas le favoreciesen con una sonata. Yo les hice seña para que se escusaran; pero de nada sirvió mi celo, porque mi mujer, por otra seña, desbarató la mia. Las muchachas tocaron y cantaron una favorita cancion de Dryden. Mr. Thornhill espresó su complacencia con los mayores aplausos, tanto por la ejecucion como por la eleccion de la pieza: en seguida tomó la guitarra y tocó una piececilla, aparentando mucha indiferencia; mas no obstante, mi hija mayor le pagó duplicados sus aplausos, asegurándole que sus tonos eran mas altos aún que los de su maestro: Thornhill volvió este cumplimiento con una inclinacion de cabeza, á la que ella contestó con una cortesía, elogiando al mismo tiempo su talento y habilidad. Un siglo no podia haberlos hecho mas conocidos. Entre tanto la tierna madre, en el colmo de su alegría, insistió porque su señor se dignase entrar en la casa y probar su vino de grosella. Toda la familia parecia en competencia por agradarle: las muchachas le habla-

ban de asuntos que á ellas les parecian los mas modernos, mientras que mi hijo Moisés le entabló una ó dos cuestiones sobre los antiguos, en respuesta á las cuales tuvo la satisfaccion de que Thornhill se riera en su cara; digo satisfaccion, porque mi hijo siempre atribuyó á su ingenio aquella risa que su simplicidad provocaba. Ni los dos pequeñuelos dejaban de estar ocupados, pues se pegaron tanto al caballero, que todos mis esfuerzos apenas bastaron para impedir que con sus manos sucias tentasen y manchasen los bordados de su casaca, y levantasen las faldillas de las faltriqueras para ver lo que habia dentro. Al anochecer se despidió, habiendo antes solicitado la renovacion de su visita, lo que le fué concedido por ser nuestro propietario.

No bien hubo partido, cuando mi mujer reunió la familia para tratar sobre la ocurrencia del dia. Segun ella, esta aventura presagiaba la suerte mas feliz, y ella sabia que se habian efectuado cosas mas estrañas.—"Espero, añadió, ver otra vez el dia en que volvamos á nuestra antigua opulencia; no sabiendo yo que pueda haber una razon para que las dos señoritas Wrinklers hayan casado con señores principales, y que mis dos hijas no consigan otro tanto." —Como esta última parte de su discurso se habia dirigido á mí, la repliqué:—"En efecto, no veo una razon para eso, como ni tampoco la veo para que de dos que echan á la lotería, el uno se saque el premio grande y el otro se quede en blanco. Mas es preciso confesar que tanto la que aspira á contraer matrimonio con hombre superior á su clase, como el que juega á la lotería, confiado en sacar el premio grande, obran sin juicio, consigan ó no su intento.—No sé, Cárlos, dijo mi mujer, por qué contrarías siempre mis alegres planes y los de mis hijas.—Dime, querida Sofía: ¿qué piensas de nuestro nuevo conocido? ¿No te parece sugeto de muy buen carácter?—Sí, mamá, de bonísimo carácter, contestó la muchacha; y ademas, segun creo, posee un gran talento, de todo sabe, y por frívola que sea la cosa de qué se trata, siempre tiene mucho que decir sobre ella: ademas, confieso que es muy hermoso.—Sí, esclamó su hermana, es bastante hermoso para hombre; pero por mi parte no me agrada mucho; es demasiado imprudente y familiar, y toca tan mal la guitarra, que no hay quien pueda sufrirlo.—Interpreté estos dos discursos de un modo contrario; por ellos conocí que Sofía despreciaba interiormente al caballero, y que Olivia lo admiraba.—

Sea cual fuere, les dije, la opinion que de ese señor hayais formado, debo declararos, hijas mias, que nada lo ha recomendado á mi favor. Las amistades entre personas de distintas clases y fortunas siempre terminan en disgustos, y yo creo que el caballero Thornhill, no obstante su mucha jovialidad y franqueza, está perfectamente satisfecho de la distancia que media entre él y nosotros. Busquemos y conservemos la compañía de nuestros iguales. No hay carácter mas despreciable que el de un hombre que anda siempre buscando mujer rica para casarse, sin atender á mas cualidades; y no veo una razon para que una mujer que solo busca para esposo un hombre rico, no sea tambien digna de ser despreciada. Así pues, aun suponiendo que sus ideas sean las mas honrosas, siempre nos acarrearian el desprecio; pero ¿si sus intenciones fuesen otras? ¡Tiemblo al pensarlo! Pues aunque confio en la conducta de mis hijas, creo que tendria mucho que temer del carácter del caballero.—La llegada de un criado del mismo Mr. Thornhill, interrumpió mi discurso: nos traia de parte de su señor un cuarto de venado, y aviso de que vendria á comer con nosotros de allí á unos dias. Este regalo tan á tiempo hizo mas en su favor, que cuanto yo pudiera haber dicho para que rechazaran su amistad. Por lo tanto, permanecí en silencio, tranquilo con haber indicado el peligro, dejando á la discrecion de cada uno el evitarlo. La virtud, que necesita ser continuamente vigilada, apenas es digna de que se tomen la molestia de custodiarla.

VI.

Felicidad de la vida campestre.

Como la anterior conversacion nos habia acalorado un poco, acordamos entre todos, para convenirnos en el asunto que la habia suscitado, que se aderezase para la cena una parte del venado; tarea que emprendieron al momento las muchachas con la mayor alegría. —"Siento mucho, dije, que no tengamos algun vecino ó forastero que participe con nosotros del festin: estas fiestas adquieren doble placer cuando sirven al mismo tiempo para ejercer la hospitalidad." —"¡Dios me bendiga! esclamó mi mujer. Allí viene nuestro buen amigo Mr. Burchell, el que salvó á nuestra Sofía, y que te venció tan bizarramente argumentando.—¡Que me venció argumentando!

Tú te equivocas, hija mia; creo que habrá muy pocos que puedan vanagloriarse de eso. Pero así como yo jamas me entrameto á disputar tu habilidad para hacer un buen pastel ó una empanada, del mismo modo te suplico no te mezcles en mis cuestiones ó argumentos."—Acabando yo de hablar, entró el pobre Mr. Burchell, á quien toda la familia saludó con la mayor alegría, y Ricardito le presentó graciosamente una silla.

Por dos razones estaba yo contento con la amistad de este hombre: la primera, porque sabia que él necesitaba de la mia; y la otra, porque conocia que era de un corazon franco y amistoso. Era conocido en nuestra vecindad por el pobre caballero, que no quiso aprovechar su tiempo cuando jóven, aunque todavía no pasaba de los treinta años. Hablaba con el mayor juicio y acierto: era aficionado con esceso á la compañía de los niños, á los que llamaba inocentes hombrecitos. Noté que tenia especial gracia para entretenerlos, cantándoles romances ó contándoles cuentos, y rara vez los visitaba sin llevarles alguna friolera, como un mazapan, ó un pitito de la feria. Acostumbraba venir á nuestra vecindad una vez al año, y entonces vivia de la hospitalidad de los vecinos.

Sentóse á cenar con nosotros, y mi mujer no anduvo escasa con su vino de grosella. Concluida la cena, empezamos á divertirnos contando cuentos. Mr. Burchell cantó algunas oanciones antiguas, y refirió á los muchachos el cuento del *Ciervo de Beverland* y la historia de *La desgraciada Griselda:* en seguida las aventuras de *El pellejo del gato*; y por último, la *Cueva de la encantadora Rosamunda*. Nuestro gallo, que cantaba siempre á las once, nos avisó que ya era hora de recojernos: quisimos albergar á nuestro huésped, pero ocurrió una dificultad que no habiamos previsto. Todas nuestras camas estaban ya ocupadas, y era demasiado tarde para llevarlo al meson inmediato. En tal apuro, Ricardito ofreció su cama, si su hermanos Moisés le permitia dormir con él en la suya. "Y yo, añadió Guillermito, daré tambien mi parte de cama á M. Burchell, si mis hermanas me quieren llevar con ellas."—"Muy bien, hijos mios, esclamé; la hospitalidad es una de las primeras obligaciones del cristiano. La bestia se acoje á su guarida, y el pájaro á su nido; pero el hombre desamparado solo puede encontrar refugio entre sus semejantes. Nadie vivió mas entranjero en el mundo que aquel que vino á salvarlo; nunca tuvo una casa, como si hubiera querido cono-

cer por este medio si existia alguna hospitalidad entre los hombres. Mi querida Débora, añadí, dirigiéndome á mi mujer, da á cada uno de estos niños un terron de azúcar, y que el de Ricardito sea el mas grande porque habló primero."

Por la mañana temprano reuní toda la familia para que me ayudase á aventar y hacinar heno, y habiéndose ofrecido nuestro huésped á ser de la partida, se aceptó su oferta. Trabajamos con prontitud; desatamos los haces, y los fuimos estendiendo en hilera; yo iba delante y el resto me seguia en debida sucesion. Sin embargo, observé la asiduidad de Mr. Burchell en ayudar en su tarea á mi hija Sofía. Cuando acabó él la suya, se unió á la de la muchacha, y entablaron una conversacion muy viva y al parecer interesante; pero yo tenia muy buena opinion de mi hija, y estaba bien convencido de sus altas pretensiones, para que pudiese entrar en recelo de un hombre sin fortuna. Finalizada nuestra tarea, convidamos á Mr. Burchell á pasar una noche como la anterior; pero se escusó diciéndonos que tenia que ir á dormir á casa de un vecino, á cuyo hijo llevaba un pitito; en efecto, se despidió de nosotros y marchó.

En la cena recayó la conversacion sobre nuestro desdichado Mr. Burchell.—" ¡Qué ejemplo tan terrible, esclamé, es este pobre hombre de las miserias que acompañan á un jóven por su imprudencia y estravagancia! A este no le falta juicio, lo que en cierto modo solo sirve para agravarle mas la memoria de sus antiguos estravíos. ¡Infeliz y abandonada criatura! ¿dónde están ahora los compañeros de sus francachelas, los aduladores, á quienes á la vez inspiraba y daba sus órdenes? Quizás se hallan al presente haciendo la corte al inmoral lenon que lo conducia á su lupanar, y á quien enriqueció con sus estravagancias. Los mismos que un tiempo lo elogiaron aplauden ahora á este último: los raptos de alegría que sus dichos y agudezas les inspiraban, se ven ahora convertidos en sarcasmos á sus locuras: se ve pobre, y quizás lo merece, pues que ni tiene la noble ambicion de querer ser independiente, ni la habilidad de ser útil."—Impulsado tal vez por razones secretas, hice esta observacion con demasiada acrimonía, lo que mi hija Sofía reprobó con mucha firmeza. "Papá, me dijo, cualquiera que haya sido la anterior conducta de este hombre, sus actuales circunstancias deben eximírle de toda censura: su presente indigencia es un suficiente castigo por su antigua locura; y yo he oido decir á mi mismo papá que nun-

ca debemos dirigir sin necesidad nuestros golpes contra un infeliz, á quien la Providencia ha marcado ya con su resentimiento.—"Tienes razon, Sofía, esclamó su hermano Moisés; y uno de los antiguos nos ha representado con mucha destreza tan maliciosa conducta, describiendo el intento de un rústico aldeas de desollar al sátiro Marsiano á quien segun la fábula, ya otro habia desollado. Ademas, yo no sé si la situacion de este pobre hombre es tan desgraciada como papá nos la pinta no debemos juzgar de los sentimientos de los otros, por lo que nosotros sentiriamos si estuviéramos en su lugar. Por oscura que parezca á nuestra vtsta la habitacion ó agujero en que vive el topo, el animal, no obstante la encuentra bastantemente iluminada. Y á decir verdad, el talento de este hombre parece proporcionado á su situacion; porque jamas he oido á ninguno esplicarse con mas jovialidad y viveza que con la que él lo hacia hoy cuando conversaba con mi hermana Sofía."—El muchacho dijo esto sin la menor malicia; sin embargo, Sofía se puso colorada y trató de encubrir su bochorno con una finjida sonrisa, asegurando al mismo tiempo á su hermano que ella apenas habia escuchado nada de cuanto Mr. Burchell la habia dicho; mas creia que este habia sido un caballero muy fino. La prontitud con que Sofía procuró vindicarse, y el haberse puesto tan colorada por lo que dijo su hermano, fueron síntomas que desaprobé interiormente, pero no quise manifestar mis sospechas.

Como esperábamos á nuestro propietario el dia siguiente, mi mujer empezó á preparar un gran pastel de venado. Moisés se puso á leer, mientras yo daba lecciones á los dos chiquitos, mis hijas parecian tambien ocupadas como los demas, y aun por largo rato observé estaban calentando alguna cosa á la lumbre. Supuse desde luego estarian ayudando á su madre; pero Ricardito se acercó á mí, y me dijo en secreto que estaban preparando un mejunge para la cara. Siempre tuve una natural antipatía á toda clase de cosméticos, porque sabia que solo sirven para echar á perder el cútis. Por tanto, aproximé mi silla poco á poco hácia la lumbre, y agarrando el hurgon, como que iba á componerla, tiré al descuido la cazolilla del mejunge; y ya era tarde para hacer otro nuevo.

VII.

Chistes de una aldea.—La persona mas estúpida puede aprender á ser cómica por una ó dos noches.

Llegó el dia en que habiamos de festejar á nuestro jóven propietario, y puede fácilmente considerarse los preparativos que se hicieron para recibirlo de una manera que á la vez demostrara la estimacion que de él haciamos, y nuestros principios; tambien se concibe que mi mujer é hijas sacaron á lucir en esta ocasion sus mejores galas.

En efecto, se presentó Mr. Thornhill con dos amigos, su capellan y su montero ó cuidador de sus perros de caza; lo acompañaba igualmente una multitud de criados, á los que con la mayor política mandó se retirasen al meson; pero mi mujer, en el esceso de su alegría, insistió porque se quedaran, diciendo que no faltaria que dar de comer á todos: liberalidad que costó á la familia estar luego por tres semanas en los mayores apuros: Mr. Burchell nos habia indicado el dia anterior que Mr. Thornhill estaba haciendo propuestas de matrimonio á la señorita Wilmot, la querida de mi hijo Jorge, lo que en cierto modo enfrió algun tanto por nuestra parte la cordialidad de su recibimiento. Pero un accidente nos sacó de este embarazo, pues habiendo nombrado por casualidad uno de la compañía á la Srita. Wilmont, aseguró Mr. Thornhill con nn juramento que jamas habia visto cosa mas absurda que llamar belleza á semejante espantajo.—Que me dén de palos, añadió, si no tuviera mas gusto en elegir mi querida á la luz de una lámpara bajo la campana de San Dunstan.—Al decir esto, echó una carcajada, en lo qne todos le imitamos. Los chistes del rico siempre tienen buen éxito. Olivia añadió en voz baja, pero de modo que la oyeran claramente, que el caballero Thornhill era un jóven de muy buen humor.

Despues de comer, empecé con mi acostumbrado brindis: *¡A la Iglesia!*—El capellan me dió las gracias; pues la Iglesia, dijo, era la única señora de su afecto.—Dínos la verdad, Frasquito, esclamó Mr. Thornhill dirigiéndose al capellan con su natural travesura; supon que te presentaran en un lado á tu amada señora la Iglesia, vestida de holanes finos, y en el otro á la señorita Sofía sin holanes; ¿á cuál de las dos elegirias?—A ambas, replicó el capellan.—¡Bravo!

Frasquito, prosiguió el caballero; vale mas una muchacha bonita que todos los mamotretos y fraudes religiosos de la nacion. ¿Qué son los diezmos y demas gabelas eclesiásticas, sino una imposicion, una manifiesta impostura? Y puedo probarlo.—¡Ojalá quisiera usted ponerse á ello! esclamó mi hijo Moisés, pues me parece podria yo probar lo contrario.—Con mucho gusto, señor, contestó Thornhill; quien al momento conoció por dónde flaqueaba mi hijo, y nos hizo una guiñada para prepararnos á la burla; si vd. quiere que argumentemos sin incomodarse, desde luego acepto el desafio. Y permítame vd. le pregunte ante todo, ¿cómo quiere que el argumento se discuta? ¿analógicamente ó en forma de diálogo?—Racionalmente, repuso Moisés, fuera de sí de gozo al ver que le permitian disputar.—Muy bien, dijo Thornhill; y lo primero de lo primeramente, espero que vd. no me niegue que lo [que es, es.. Si vd. no me concede esto, no puedo ir adelante.—Si señor, replicó Moisés; creo que puedo concederle á vd. eso, y aun sacar partido de esa verdad.—Espero tambien, añadió el otro, que vd. me conceda que la parte es menor que el todo.—Tambien lo concedo, contestó mi hijo, porque es justo y razonable.—Espero, por ultimo, continuó Thornhill, que vd. no niegue que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos.—Nada hay mas cierto, dijo Moisés, mirando hácia todos los que estábamos en la mesa, con su acostumbrada importancia.—Muy bien, prosiguió Thornhill, hablando muy de prisa; estando ya sentadas lss premisas, paso á observar que la concatenacion de las existencias en sí mismas, procediendo en una recíproca duplicada *ratio*, produce naturalmente un dialogismo problemático, que en cierta manera prueba que la esencia de la espiritualidad se refiere al segundo predicado.—Alto ahí, alto ahí, gritó mi hijo interrumpiéndole: *nego*. ¡Qué! ¿cree vd. que yo pueda sujetarme pacientemente á esas doctrinas heterodoxas?—¡Cómo! esclamó Thornhill, fingiéndose enfadado: ¿no se somete vd.? Contésteme á una cuestion sencilla. ¿Cree vd. que Aristóteles tiene razon cuando dice que los relativos son relatados?—Sin duda, contestó Moisés.—Pues si es así, repuso Thornhill, conteste vd. claramente á lo que sigue: ¿juzga vd. la investigacion analítica de la primera parte de mi entimema deficiente *secundum quod*, ó *quoad minus*? Conteste vd. pronto, pronto.—Protesto, dijo Moisés, que no comprendo ¡muy bien l* fuerza del razonamiento de vd.; pero si tuviera vd. la bondad de

reducirlo á una simple proposicion, creo que podria contestar.—Servidor de vd., caballero, prorumpió Thornhill vivamente: me encuentro con que necesita vd. que yo le provea de argumentos y de inteligencia. ¡Oh señor! Confieso que es vd. muy fuerte para mí."—Esta conclusion escitó la risa de todos contra el infeliz Moisés, que quedó haciendo la sola figura desgraciada entre una reunion de caras alegres, no habiéndosele desde entonces oido una palabra mas hasta que se acabó el convite.

Nada me agradaron la soltura y la locuacidad de Mr. Thornhill; sin embargo, en mi hija Olivia produjeron contrario efecto, pues tuvo por ingenio y talento consumado lo que solo provenia de una buena memoria, concluyendo de aquí que Mr. Thornhill era un caballero completo. Los que consideren la poderosa influencia que en el carácter de una jóven tienen una presencia agraciada y hermosa, vestidos muy finos y elegantes, y las riquezas, disimularán fácilmente á mi hija el haber pensado de este modo: Mr. Thornhill, á pesar de ser en efecto un ignorante, tenia la gran ventaja de producirse con claridad, y en ocasiones con afluencia: no es estraño, pues, que un talento de esta clase se ganase el afecto de una muchacha que habia sido enseñada á apreciar la apariencia en sí misma, y de consiguiente á apreciarla en otros cuando la hallaba.

A la partida de nuestro jóven propietario, entramos de nuevo en debate sobre su mérito. Como sus miradas y conversacion eran en un todo dirigidas á Olivia, ya no nos quedó la menor duda de que ella era la única que lo inducia á visitarnos. La muchacha, en efecto, se mostró muy complacida por la inocente burla jugada en esta ocasion á su hermano y hermana. Hasta mi mujer parecia haber participado de las glorias del dia, y celebraba la victoria de su hija como si hubiese sido ganada por ella misma.—Confieso claramente, me dijo, brillando en sus ojos la satisfaccion del triunfo, que yo fuí la que instruí á mis hijas en el modo en que debian admitir los obsequios de nuestro jóven señor: siempre he tenido alguna ambicion, y ya ves que me fundaba; porque ¿quién sabe en qué vendrá á parar esto?—¡Ah! ¡quién sabe! contesté, dando un profundo suspiro. Por lo que á mí toca, no me gusta mucho el asunto; y preferiria de mejor gana un hombre pobre y honrado, á este caballero con sus riquezas y su irreligiosidad; porque te advierto que si él es lo que yo sospecho, ningun hombre que piense tan libremente y ha-

ble de la religion con tanto desprecio, se casará jamas con una hija mia.

"A la verdad, papá, esclamó Moisés, que es vd. demasiado severo en esta parte. Dios nunca le hará cargo por sus pensamientos, sino por sus obras. No hay hombre á quien no acometan multitud de pensamientos, sin que esté en su mano contenerlos. El pensar libremente de la religion puede ser una cosa involuntaria en este caballero; por lo que, aun concediendo que sean estraviados sus pensamientos, sin embargo, como él es puramente pasivo en recibirlos, no es por esto, á mi entender digno de reprension, así como no lo seria el gobernador de una plaza sin murallas ni defensa por verse obligado á recibir al enemigo que lo invade."—Es verdad, hijo mio, contesté; pero si ese gobernador convida al enemigo, entonces es justamente culpable, sin que pueda servirle de escusa el estado indefenso de su plaza. Y tal es siempre el caso de los que abrazan el error. No consiste el vicio en asentir á las pruebas que ellos ven, sino en querer ser ciegos para no ver muchas de las que se les ofrecen: semejantes á los jueces corrompidos, que sentencian en justicia sobre aquella parte de la evidencia que han escuchado; pero nunca quieren escuchar toda la evidencia. Así, pues, hijo mio, aunque nuestras opiniones erróneas son involuntarias al formarse, como al fin las corrompemos voluntariamente, ó somos muy negligentes en reformarlas, merecemos castigo por nuestro vicio, ó desprecio por nuestra locura."

Mi mujer continuó la conversacion, pero no el argumento: observó que muchos de nuestros conocidos eran hombres muy prudentes y muy buenos maridos, y que, no obstante, pensaban con mucha libertad en punto de religion: que ella conocia algunas jóvenes sensibles que habian tenido bastante habilidad para convertir á sus esposos. ¿Y quién sabe, añadió, lo que mi Olivia podrá hacer? Ella sabe mucho, y, segun mi dictámen, está muy instruida en la controversia."—¡Cómo, mi querida Débora! esclamé: ¿Qué controversias puede Olivia haber leido? No me acuerdo haber puesto jamas en sus manos un libro de esta clase: seguramente das á su mérito mucho mas valor del que en sí tiene."—En verdad que no, papá, dijo Olivia, mi mamá tiene razon: yo he leido mucho de controversias, he leido todas las disputas entre Twackum y Square; la controversia entre Robinson Crusoe y su negro Friday, y actualmente estoy

leyendo la controversia del galanteo religioso.—Muy bien, la repliqué, eres una muchacha aprovechada: conozco que estás perfectamente en capacidad de hacer convertidos, y así, anda á ayudar á tu madre á hacer el pastel de grosella.

VIII.

Un amor que promete muy poca fortuna, puede, no obstante, producir mucha.

A la mañana siguiente se nos presentó otra vez Mr. Burchell: por ciertas razones empezaba ya á incomodarme con lo continuo de sus visitas, pero no podia en conciencia rehusarle mi compañía y hogar. Su trabajo recompensaba con mucho el alimento que le dábamos: nos ayudaba en nuestras tareas con el mayor ardor, y tanto para labrar la tierra como para hacinar el heno, era siempre el primero de todos. Ademas, nunca le faltaba alguna cosa graciosa que referirnos, lo que contribuia á hacernos mas suaves nuestras labores, y se veia en él una mezcla tan estraña de distraccion y sensibilidad, que me obligaba en cierto modo á amarlo, reirme y compadecerlo. Mi disgusto provenia solo del afecto que advertí profesaba á mi hija Sofía: la llamaba mi queridita, y cuando traia para cada una de las muchachas algunos listones, los de ella eran los mejores y mas finos. Yo no sé cómo ello era; pero lo cierto es que cada dia parecia mas amable, su talento mejoraba, y su simplicidad iba tomando el majestuoso aspecto de la sabiduría.

Comiamos aquel dia en el campo: el mantel se tendió sobre la yerba, y nosotros nos sentamos, ó mas bien nos reclinamos al rededor de él: la comida era frugal y sana, y Mr. Burchell realzaba con su buen humor la alegría de la fiesta. Para completar nuestra satisfaccion, dos mirlos, posados uno frente de otro en los vallados vecinos, empezaron á cantar alternativamente y como á porfia: el agraciado petirojo venia con la mayor familiaridad á picar las migajas entre nosotros, y todo respiraba el contento mas puro y la tranquilidad mas agradable.—"Siempre que me veo sentada de este modo, esclamó Sofía, no puedo menos de pensar en los dos amantes descritos con tanta finura por Mr. Gray, que quedaron sepultados bajo las ruinas de un granero. Noté algo tan patético en esta descrip-

cion, que la he leido cien veces y siempre con placer.—En mi opinion, dijo Moisés, los mejores pasajes de esta descripcion son muy inferiores á los que se leen en el Acis y Galatea de Ovidio. El poeta romano entiende mucho mejor el uso del *contraste*, y toda la fuerza de lo patético depende en manejar bien esta figura.—Es muy notable, esclamó Mr. Burchell, que los dos poetas que vdes. citan han contribuido igualmente á introducir el mal gusto en sus respectivos países, cargando de epítetos sus líneas. Los hombres de poco ingenio los han imitado con facilidad en estos defectos; y así vemos que al presente la poesía inglesa, como tambien la romana en sus últimos tiempos, no es otra cosa que una combinacion de snperfluas abundantes imágenes, sin enlace ni conexion; una cadena de epítetos que agradan al sonido, pero que nada añaden á la sustancia del asunto á que se aplican. Mas tal vez, señora, ya que yo reprendo á otros, tendrá vd. y muy justo que les proporcione una ocasion de por desquitarse; aunque, para decir verdad, he hecho esta observacion solo con el designio de presentar á la compañía un romance que, sean cuales fuesen sus otros defectos, está á lo menos, segun creo, libre de lo que acabo de tachar.

ROMANCE.

"Ven, ermitaño piadoso,
Y en mi ruta solitaria
Guía á aquella hospitalaria
Luz que alegra el valle umbroso.
"Que en estos bosques inmensos
Perdido y triste vagando,
Cada paso que voy dando
Me los hace mas estensos."
El ermitaño:" Hijo, esclama,
Huye esa luz peligrosa,
Que con su brillo, alevosa,
A tu perdicion te llama.
"Abierta al necesitado
Mi puerta siempre he tenido,
Y gustoso he repartido
Con él mi pan y techado.

"Ven, pues, y al abrigo pasa
La noche en la celda mia,
Y en amable compañía
Partamos mi hacienda escasa.
"Mi sano frugal sustento,
Mi humilde lecho juncoso,
Mi bendicion y reposo
Disfruta libre y contento.
"De esos rebaños que pacen
Los valles á sus anchuras,
Nunca mis manos impuras,
De mi mesa el manjar hacen.
"Que Divina Providencia,
Piedad conmigo mostrando,
Continuo me está enseñando
Que los trate con clemencia.
"Fruta y yerba saludable
Me da ese monte vecino,
Y un manantial cristalino
Sus aguas inagotable.
"El hombre con poco tiene,
Y poco este poco dura:
Tu afliccion, pues, y amargura
Deja, y á mi celda viene."
Al peregrino este acento
Fué lo que al campo el rocío;
Grato se inclinó, y con brio
Siguió al ermitaño atento.
En una oscura cañada
La humilde ermita tenia,
Que á todo pobre servia
De refugio y de morada.
Ni llave ni otro resorte
Sus riquezas exijieran,
Y dentro los dos se vieran
Levantando el picaporte.
Era el momento en que dado
Está el honrado al reposo,

Y el libertino asqueroso
A sus vicios entregado.
El eremita festivo,
Miêntras la lumbre atizaba,
Con sus chistes alegraba
A su huésped pensativo.
La mesa estiende, y afable
Le insta á que el hambre mitigue,
Y en tanto su hablar prosigue
Instructivo y agradable.
A esta escena sus juguetes
Presta el gatillo, su canto
El grillo, y del fuego en tanto
Vuelan chispas cual cohetes.
Mas nada del estranjero
Puede mitigar la pena,
Y de angustia su alma llena,
Rompió en llanto lastimero.
El eremita, notando
Su nuevo dolor, le dice:
"¿Qué males, dime, infelice,
Tu pecho están destrozando?
"¿Lloras quizá despedido
De la paterna morada?
¿O amistad muy mal pagada?
¿O amor no correspondido?
"Los bienes de la fortuna
Merecen, hijo, el desprecio;
Pues les da tan solo el necio
Consideracion alguna.
"¿Y qué es la amistad? Un nombre,
Una sombra, encanto vano,
Que adula al potente humano,
Y en miseria huye del hombre.
"Pues amor es ciertamente
Mas vano y nulo sonido,
Y si existe, es en el nido
De la tórtola inocente.

"Ese llanto vergonzoso
Deja, ¡oh jóven! y resuelto,
En desprecio tu amor vuelto,
Olvida el sexo orgulloso."

Dijo:—y del huésped al punto
El rostro hasta allí atristado,
Descubre en rosa cambiado,
De mil gracias el conjunto.

Sus labios, pecho, semblante,
Todo se inmuta y palpita......
Y absorto ve el eremita
Una belleza delante.

Y ella:—"Perdonad, le dice,
A una triste desgraciada,
Que á introducirse fué osada
En vuestra mansion felice.

"Mi sexo á piedad os mueva;
Amor me tiene viajando,
Busco el reposo, y vagando
Desesperacion me lleva:

"Cerca de Tyne vivia
Mi padre rico opulento;
Yo era todo su contento,
Su heredera y alegría.

"Miles galanes llegaban
A arrancarme á su ternura,
Y llamándome hermosura,
Con loca pasion me amaban.

"Cada dia la placentera
Multitud de estos amantes,
Propuestas las mas brillantes,
A competencia me hiciera.

"Yo habia entre todos notado
Al bello jóven Eduino,
Que aunque cortes siempre y fino,
Nunca de amor me habia hablado.

"Por todos bienes tenia
Un corazon puro, amable,

Sin nada en él de mudable,
Que era cuanto yo queria.
"No igualaba flor naciente,
Ni los llantos de la aurora,
La pureza encantadora
De su noble alma inocente.
"Brillan la flor y el rocío
Con hermosura inconstante;
Lo hermoso era de mi amante,
Y lo inconstante lo mio.
"Importuna, caprichosa,
Su amor con desden pagaba,
Mientras mi pecho abrigaba
Por él pasion amorosa.
"De mi desprecio cansado,
Al fin, de mi orgullo huyera,
Y á una soledad se fuera,
En donde murió olvidado.
"Mas yo vengaré su muerte
Pagándola con mi vida;
Que al intento decidida,
Busco su retiro y suerte.
"Y allí oculta y dada al llanto,
Su fin tendrá mi destino:
Así por mí lo hizo Eduino,
Yo por él haré otro tanto."
"No así lo harás, vida mia!"
El eremita esclamara,
Y en el punto la abrazara,
Estasiado de alegría.
Arrojo tal, embaraza
A la bella caminante:
Va á reprenderlo.... es su amante
Es Eduino quien la abraza.
"Vuelve, Angelina querida,
Vuelve á mí tu rostro amado,
Verás tu Eduino llorado,
Vuelto á amor y á tí, mi vida.

"Aquí estrechados, la historia
De nuestros males borremos;
Y nunca nos separemos,
¡Oh tú, mi todo y mi gloria!
"No, nunca mas divididos
Vivamos desde este instante;
Y hasta la tumba constante
Nuestro amor nos lleve unidos."

Mientras se estuvo leyendo este romance, manifestó Sofía cierto aire de ternura, mezclado de aprobacion. Mas de repente fué turbada nuestra alegría y tranquilidad: inmediato á nosotros se oyó un escopetazo, y al momento vimos á un hombre saltar el vallado. Era el capellan de Mr. Thornhill que habia tirado á uno de los mirlos que tan agradablemente nos estaban divirtiendo, y venia á cojer su caza. Un escopetazo tan fuerte y tan cerca de nosotros, asustó mucho á mis hijas; y advertí que Sofía, poseida de temor, habia buscado proteccion en los brazos de Mr. Burchell. El capellan se llegó á pedirnos perdon por haber perturbado nuestro recreo, asegurándonos que ignoraba enteramente que estuviésemos allí. Se sentó al lado de mi hija Sofía, y con la franqueza de un cazador le presentó lo que habia cazado aquella mañana: la muchacha iba á desairarlo, pero una mirada de su madre la hizo corregir su descuido, y admitió el presente aunque de mala gana. Mi mujer, como de costumbre, demostró su satisfaccion diciéndome en secreto que su hija Sofía habia hecho la conquista del capellan, así como Olivia habia hecho la del jóven propietario. Sin embargo, yo sospechaba con mas razon que el afecto de la muchacha se dirijia á otro objeto. El capellan venia á participarnos que Mr. Thornhill habia preparado música y refrescos para aquella noche, porque intentaba dar á las niñas un baile frente de la puerta de nuestra casa, á la claridad de la luna. "No puedo negar, continuó, que tengo interes en ser el portador de este mensage; pues espero en recompensa que la señorita Sofía me honre permitiéndome la señale desde ahora por mi pareja." Ella le replicó que no tendria en ello inconveniente si pudiera hacerlo con honor. "per oeste caballero, añadió, mirando á Mr. Burchell, ha sido hoy mi compañero en el trabajo, y es muy justo que lo sea tambien en la diversion." Mr. Burchell la dió las gracias, y la dijo que estaba en

libertad de complacer el deseo del capellan, pues él tenia precision de ir aquella noche á cinco millas de nuestra casa, á una cena de segadores á que lo habian convidado. No dejó de parecerme bien estraño que Mr. Burchell no aceptase la clara invitacion de mi hija; ni menos puede concebir cómo esta, siendo una muchacha tan sensible, preferia un hombre de la edad y fortuna de Mr. Burchell á un jóven vivo, gallardo y de veinte y dos años. Pero asi como los hombres son mas capaces de distinguir el mérito de las mujeres, así estas forman, por lo regular, los mas acertados juicios de aquellos. La naturaleza parece ha hecho á los dos sexos espía uno de otro, y los ha provisto de habilidades diferentes para inspeccionarse.

IX.

Introduccion de dos señoras de rango. La elegancia en el vestir parece indicar siempre una educacion superior.

Apenas habia marchado Mr. Burchell, y mi hija consentido en bailar con el capellan, cuando mis dos chiquitos vinieron corriendo á decirnos que el caballero habia llegado con una gran comitiva. Volvimos á casa, y encontramos á M. Thornhill, acompañado de dos caballeretes y de dos damas ricamente vestidas, las que nos presentó como dos señoras de Lóndres de la mayor distincion. Como no teniamos sillas bastantes para toda la compañía, Mr. Thornhill propuso al momento que en las faldas de cada señora se sentase un caballero, á lo que me opuse fuertemente, no obstante las miradas de desaprobacion de mi mujer. Despaché á Moises para que fuera á buscar algunas sillas á la vecindad: faltaban igualmente señoras para la contradanza, por lo cual los dos caballeretes mencionados fueron con mi hijo en solicitud de dos señoritas. Las sillas llegaron al punto, y los dos amigos de Thornhill volvieron acompañados con las dos hijas de mi buen vecino Flamborough, encarnadas como la rosa, y cada una con su moño colorado en la cabeza. Pero desgraciadamente ocurrió una circunstancia que no habiamos previsto: las señoritas Flamborough no sabian bailar contradanza; pues no obstante de que eran las mejores bailarinas de la aldea, y entendian perfectamente todos los bailes del país, jamas habia llegado la tacontradanza á noticias de ellas. Esto descompuso un tanto la fies-

ta al principio; pero despues de haberlas ensayado un rato, empezaron á bailar regularmente, y á poco ya podian seguir á los otros sin perder el compás. La noche estaba muy clara. La música se componia de dos violines, una gaita y un tambor. Mr. Thornhill y mi hija llevaban la contradanza, con gran satisfaccion de los espectadores, que no eran pocos; pues los vecinos, al instante que supieron de lo que se trataba, acudieron en multitud. Mi muchacha bailaba con tanta gracia y agilidad, que su madre no pudo reprimir el orgullo de su corazon, asegurándome que su niñita lo hacia primorosamente; pero que le habia cojido á ella todos los pasos. Las dos damas se esforzaban por imitar la viveza de Olivia, pero todo su afan era en vano. Los mirones á la verdad confesaron que bailaba muy bien, y que sus movimientos y figuras de baile eran muy bonitas; pero el vecino Flamborough observó que los piés de mi hija seguian tan acordes el son de la música, que cualquiera hubiera dicho que eran su eco. Haria como una hora que duraba la danza, cuando las dos señoras de Lóndres, temerosas de resfriarse, la interrumpieron. Una de ellas, queriendo dar mas fuerza á la razon que la impedia proseguir bailando, se espresó de un modo, á mi entender, muy grosero, asegurando *por Cristo que estaba hecha un pato de sudor.*

Entramos en casa, donde nos esperaba un escelente refresco que Mr Thornhill habia hecho traer. La conversacion fué entonces mas reservada: las dos damas se llevaron la preferencia, é hicieron olvidar enteramente á mis dos hijas. No hablaron mas que de las grandezas de Lóndres, de las gentes de gran tono y de otros asuntos de moda, como pinturas, buen gusto, Shakspeare y vasos armoniosos. Es verdad que una ó dos veces dejaron escapar un juramento entre su conversacion, cosa que nos mortificó infinito; pero yo creí que esta era la prueba mas segura de su alta distincion; bien que al presente ya estoy informado de que el jurar no está admitido entre gentes de buena crianza. Sin embargo, la elegancia de sus vestidos echaba un velo sobre cualquiera grosería que se notase en sus discursos. Mis hijas miraban con envidia sus superiores prendas, y lo que parecia fuera de propósito, lo reputaban como la cualidad sublime de un alto rango. La condescendencia de estas damas escedia con mucho á sus otros dones. Una observó que si la señorita Olivia pudiese ver un poco de mundo, adelantaria mucho. A lo cual aña-

dió la otra que solo un invierno pasado en Lóndres, mudaria enteramente á su querida Sofía. Mi mujer convino con el mayor ardor en lo que ambas decian, añadiendo que nada deseaba ella con mas ahinco, que poder proporcionar á sus hijas pasar un solo invierno entre gentes de la corte. A esto no pude menos de replicar que la educacion que habian tenido era ya superior á su fortuna, y un mayor refinamiento solo serviria para hacer ridícula su pobreza, y darles el gusto por unos placeres que las circunstancias les habian privado del derecho de poseer.—"¿Y qué placeres, esclamó Thornhill, no tienen derecho á poseer las que gozan la facultad de poder conceder otros mayores? Por mi parte, disfruto de una considerable fortuna: amor, libertad y placer son mis máximas; pero si un establecimiento con la mitad de mis riquezas pudiera dar algun placer á mi encantadora Olivia, que me aspen si no está á su disposicion al momento que ella quiera; siendo la única gracia que yo ecsigiria en recompensa, la de permitirme añadir mi persona á la donacion."—No tenia yo tan poco conocimiento del mundo, que ignorase era este el estilo de moda adoptado por algunos para disfrazar la insolencia de la propuesta mas vil; pero hice un esfuerzo para contener mi resentimiento, y dije á Thornhill:—"Señor, la familia que vd. ahora favorece con su compañía, ha sido educada con tan sanos principios de honor como puede vd. haberlo sido, y cualquier cosa que se intente con objeto de ultrajarla, puede tener consecuencias muy funestas. El honor es la única riqueza que la voluble fortuna no ha podido arrebatarnos; él es el solo tesoro que á la presente poseemos, y para conservarlo intacto y en todo su valor, no perderémos cuidados ni fatigas."

Al momento sentí haberme espresado con tanto calor: Mr. Thornhill me tomó amistosamente de la mano, y protestó que elogiaba mi celo, pero que condenaba mis sospechas.—"En cuanto á la intencion que vd. ha indicado, añadió, aseguro que nada estaba mas lejos de mi pensamiento. No señor: jamas fué de mi gusto la virtud que se mantiene firme contra los ataques del vicio, y resiste imperturbable el sitio mas estrecho: mis conquistas, todas son *golpes de mano*."

Las dos damas, que afectaron no haber oido el principio de nuestra conversacion, se mostraron disgustadas por este último rasgo de licencia, y empezaron un diálogo muy serio y discreto sobre la vir-

tud; mi mujer, el capellan y yo tomamos parte en su discurso, y se consiguió que el mismo Thornhill confesase que se habia espresado de una manera indecorosa. Hablamos de los placeres de la templanza, y de la brillantez de un alma que aun no ha sido manchada por el vicio. Tan de mi gusto fué esta conversacion, que me alegré de ver á mis dos hijos pequeños todavía levantados, confiado en que aprovecharian algo de ella. Mr. Thornhill se manifestó de tal modo conmovido, que me propuso al levantar la mesa diese gracias si no tenia inconveniente, proposicion que abracé con el mayor placer; y de allí á poco trató la compañía de retirarse. Las damas demostraron el mas profundo sentimiento en separarse de mis hijas, por las que decian habian cobrado el mas vivo afecto, y ambas me suplicaron les diera el placer de permitir que las niñas las acompañaran á casa: el caballero unió sus ruegos á los de las damas, como tambien mi mujer, y las muchachas no cesaban de mirarme pidiéndome las consintiese ir. En este apuro dí algunas escusas, que mis hijas al instante removieron, hasta que al fin me ví en la forzosa necesidad de dar una redonda negativa. La resulta de esto fué que al dia siguiente no pude lograr que la madre y las hijas me miraran á la cara, ni que me contestasen mas que monosílabos á las preguntas que les hice.

X.

Esfuerzos de la familia para igualarse con las personas de rango. —Miseria del pobre cuando intenta traspasar los límites que sus medios le señalan.

Ya llegó el tiempo en que conocí que mis largas y penosas lecturas sobre la templanza, la simplicidad y el contento habian sido enteramente infructuosas. Las atenciones con que acababan de distinguirnos nuestros superiores, habian despertado en la familia aquel orgullo, que tanto me habia yo afanado por desterrar, y que ví por esperiencia que no estaba mas que adormecido. Nuestras ventanas volvieron, como en otro tiempo, á llenarse de tiestos con lavatorios y mejunges para el rostro y cuello: fuera de casa se huia del sol como del enemigo mas cruel del cutis, y dentro de ella se temia al fuego como al asesino de un talle fino y delicado. Mi mujer sos-

tuvo que el madrugar perjudicaria á los hermosos ojos de sus hijas; que el trabajar despues de comer les pondria las narices como tomates; y por último, me convenció de que nada conservaba las manos mas pulidas y blancas, como el tenerlas cruzadas sin hacer cosa alguna. Por esta razon, en vez de ponerse las muchachas á acabar las camisas para su hermano Jorge, emprendieron el cortar y poner de moda sus viejas gasas y atavíos. Las señoritas Flamborough, que hasta entonces habian sido sus mas afables y tiernas amigas, fueron despreciadas, y se evitó con cuidado su compañía como la de una gente baja y pobre; y no se oia en toda la casa otra conversacion que la de las modas y magnificencia de Lóndres, vida de las personas de gran tono, pinturas, buen gusto, Shakspeare y vasos armoniosos.

No obstante, podria haberse sobrellevado todo esto, si una gitana no hubiera venido á elevar nuestros deseos á la cumbre de la sublimidad, diciendo á las muchachas la buena ventura. No bien se presentó la atezada Sibila, cuando mis hijas vinieron corriendo á pedirme cada una un chelin para llenarle las manos de plata. A la verdad, ya estaba yo cansado de ser sabio, y satisfice la solicitud de ambas porque deseaba verlas felices. Les dí á cada una su chelin, aunque en honor de la familia debo decir que jamas salian de casa sin dinero, pues mi mujer generosamente daba una guinea á cada una para el bolsillo, pero con espresa condicion de no cambiarla.

Volvieron despues de haber estado algun tiempo con la gitana, conociéndose por sus semblantes que esta les habia vaticinado algo de importancia.—Y bien, hijas mias, ¿qué fortuna habeis tenido? Dime, Olivia; ¿valdrá un penique la ventura que te ha dicho la egipcia?—Creo, papá, me respondió en un tono muy grave, que esa mujer trata con el enemigo malo, porque me ha declarado que positivamente me casaré con un squire en menos de un año.—¿Y tú, querida Sofía, qué marido vas á tener?—Señor, me replicó, yo me he de casar con un lord poco despues que mi hermana se haya casado con el squire.—¡Cómo! esclamé: ¿es eso lo que vais á tener por dos chelines? ¡Solo un lord y un squire por dos chelines! ¡Vaya! sois unas tontas: yo os hubiera prometido un príncipe y un nabab por la mitad del dinero.—Por despreciable que parezca esta curiosidad de las muchachas, tuvo sin embargo efectos muy sérios: empezamos á creer-

nos destinados por la Providencia para alguna cosa eminente, y ya anticipábamos nuestra futura grandeza.

Infinitas veces se ha dicho ya por otros, y es preciso que yo lo repita aquí de nuevo, que las horas que pasamos divertidos con la esperanza de mejorar de suerte y disfrutar de felicidad, nos son mas placenteras que las mismas horas en que estamos gozando toda clase de dichas. La razon de esto es, segun creo, que en el primer caso somos nosotros los cocineros que condimentamos el plato conforme á nuestro apetito; y en el segundo, la naturaleza es la que nos lo condimenta. Es imposible relatar la multitud de lisonjeras y agradables esperanzas que formaban el objeto de nuestras alegres conversaciones: nos parecia estar ya viéndonos en el completo goce de nuestra pasada prosperidad, y como toda la aldea aseguraba que el caballero Thornhill estaba enamorado de mi hija Olivia, ésta llegó á enamorarse perdidamente de él: las persuasiones de los otros inflamaron en ella esta pasion. En este feliz intervalo, mi mujer tenia los mas dichosos sueños, que á la siguiente mañana cuidaba de referirnos con la mayor solemnidad y exactitud. Una noche soñó que veia un ataud y una calavera, lo que era señal indudable de boda próxima; otra, que las faltriqueras de mis hijas estaban llenas de peniques, señal cierta de que algun dia estarian rebosando de oro. Las muchachas tenian tambien sus agüeros: sentian en sueños besos estraños en la boca, veian sortijas en la vela, talegos de dinero saliendo de la lumbre, y lazos de amor en el fondo de todas las tazas de té.

Hácia el fin de la semana, recibimos un billete de las damas susodichas, en el que, despues de cumplimentarnos, espresaban su deseo de vernos en la iglesia el inmediato domingo. A consecuencia de esto, advertí que la mañana del sábado la emplearon mi mujer é hijas en una larga y secreta conferencia, y de cuando en cuando me dirigian algunas miradas que denotaban claramente sus intenciones. Para hablar con ingenuidad, tuve fuertes sospechas de que estaban preparando algun plan absurdo para presentarse elegantemente al próximo dia. En la tarde empezaron sus operaciones de un modo mas regular: mi mujer emprendió conducir el sitio, en cuya virtud, despues de tomar el té, y cuando ya le pareció que era el momento oportuno, rompió el ataque de este modo:—"Se me figura, querido Cárlos, que tendrémos mañana en la iglesla una concurrencia muy

lucida.—Puede ser que sí; pero no debes, mi querida Débora, inquietarte por eso, pues sea cual fuere la concurrencia, verás que predico un sermon como siempre.—Así lo espero; mas á mí me parece, Cárlos, que debemos presentarnos con la mayor decencia posible; porque ¿quién sabe lo que puede suceder?—Tus precauciones, Débora, son muy dignas de elogio; nada hay que mas me enamore como ver que en la iglesia se presenten y conduzcan con decencia: debemos estar en ella con devocion y humildad, aunque alegres y serenos. —Sí, querido Cárlos, todo eso lo sé; pero lo que yo quiero decir es que debemos ir á la iglesia de la mejor manera posible, y no como hasta ahora confundiéndonos con la gente baja.—Tienes razon, querida Débora; justamente iba yo á hacer la misma propuesta. El mejor modo es ir lo mas temprano que se pueda, para tener tiempo de meditar antes que empiecen los divinos oficios.—¡Oh Cárlos! todo eso es verdad, pero no es lo que yo quiero decir. Mi idea es que debemos ir de un modo conveniente á personas de alto rango. Tú sabes que la iglesia está á dos millas de distancia, y confieso que no quiero ver á mis hijas ir trotando hasta allá, y llegar sofocadas del camino y con la cara echando fuego, presentándonos de modo que cualquiera diria que vienen de ganar la apuesta á la carrera. Pues bien, Cárlos, mi propuesta es la siguiente: tenemos ahí los dos caballos del arado; el potro, que ha estado en nuestra casa nueve años, y su compañero Blackberry, que apenas han hecho cosa alguna en todo este mes último, y ambos están muy hobachones. ¿Por qué no han de hacer algo como nosotros? Ademas, que despues que Moises los haya limpiado y compuesto un poco, no estarán tan despreciables."

Como entendí perfectamente el objeto de esta propuesta, me opuse á ella con vigor, demostrando que era mucho mas decente ir á pié que en unas caballerías tan ruines, pues Blackberry era ojizarco, y el potro no tenia cola; que no estaban hechos á la brida; que tenian porcion de resabios; y por último, que no teniamos en la casa mas arneses que una mala silla y un malísimo albardon; pero todo fué en vano, y tuve que ceder á mi pesar.

A la mañana siguiente advertí que todos estaban atareados en buscar y reunir las cosas necesarias para la espedicion. Como ví que era cosa de mucho tiempo, marché solo á la iglesia, habiéndome prometido la familia seguirme al momento. Estuve aguardan-

do cerca de una hora á que llegaran; pero viendo que no parecian, me ví precisado á empezar los oficios, no sin alguna inquietud por su tardanza. Mis zozobras se aumentaron, cuando al concluirse del todo la funcion, noté que la familia aun no habia llegado. Volví á casa por el camino de herraduras, lo que me hizo rodear cinco millas, siendo así que por el de á pié solo tenia que andar dos. Como á la mitad de mi camino veo venir á la familia en procesion, dirigiéndose lentamente hácia la iglesia: mi mujer con Moises y los dos chiquitos, venian empaquetados en un caballo, y mis dos hijas en el otro. Pregunté la causa de una dilacion tan larga, mas pronto percibí por sus semblantes que habian tenido una multitud de desgracias en el camino. En primer lugar los caballos no habian querido moverse de la puerta para fuera, hasta que Mr. Burchell tuvo la bondad de sacarlos á palos, é ir tras ellos un gran trecho apaleándolos: en seguida se rompieron las correas del albardon de mi mujer, y fué preciso hacer alto para componerlas; despues se le puso á un caballo en la cabeza no querer dar un paso mas adelante, y ni golpes ni ruegos podian hacerle proseguir. Justamente cuando yo llegué empezaba al animalito á salir de su pesada modorra; pero al punto que ví que todos estaban buenos y sin lesion alguna, confieso que su actual mortificacion no me disgustó, pues me facilitaba muchas oportunidades de quedar victorioso, y de hacer mas humildes á mis hijas.

XI.

Persiste la familia en hacer figura.

Al otro dia era la víspera de San Miguel, y nuestro vecino Flamborough nos convidó á pasar á su casa á tostar castañas y á divertirnos en juegos de prendas. A no habernos humillado un poco nuestra última aventura, ciertamente hubiéramos desechado con desprecio su convite; pero nuestro estado nos hizo consentir en ir á divertirnos. Nuestro honrado vecino nos obsequió grandemente: la mesa estuvo bien servida y abundante, estaba superior. Es verdad que sus cuentos no valian nada: los contaba sin gracia alguna, eran muy cansados y largos, todos se referian á él mismo, y ya antes nos habiamos reido de ellos una multitud de veces; sin embargo, por no desairarlo nos reimos otra vez.

Mr. Burchell, que era de la partida y que gustaba mncho do los juegos inocentes, puso á los muchachos y muchachas á jugar á la *gallina-ciega*. Persuadieron á mi mujer á que entrara tambien en el juego, y al mirarla, me complacia en pensar que aun no era muy vieja. Entretanto, mi vecino y yo reiamos á carcajadas á cualquiera travesura que notábamos, y haciamos mil elogios de nuestra destreza en este juego cuando muchachos. En seguida se jugó al *toro-de-las-palmadas;* y despues á preguntas y respuestas. Por último, se sentaron todos para jugar á la *zapateta*. Como tal vez no será conocido de algunos este antiquísimo juego, no estará demas que yo dé aquí una esplicacion de él: todos los que van á jugarlo, se sientan en el suelo formando rueda, escepto uno, á quien toca por suerte quedarse en pié en el medio; colocados de este modo, el ejercicio del que queda en pié es cojer un zapato que los jugadores hacen pasar velozmente de mano en mano, por bajo de las corvas, dándole zapatazos al mismo tiempo. Como es imposible que la persona á quien tocó estar en medio vea á todos á la vez, la gracia del juego consiste en darle un zapatazo en el paraje que tenga menos defendido. A mi hija Olivia le habia tocado por suerte quedarse en medio de la rueda, y cuando estaba mas engolfada en la diversion, colorada como un tomate, y gritando con una voz que aturdia:—*¡no hagan trampa, no hagan trampa!* he aquí que de repente entran en la sala la señora Blarney y la señorita Carolina Willelmina Amelia Tkeggs, nuestras dos nuevas conocidas de Lóndres. ¡Oh co fusion! ¡Qué otra cosa podia resultar del grosero y vulgar convite de Flamborough! ¡oh colmo de desdichas! ¡Haber sido vistos por unas damas de la mas alta gerarquía, en actitud tan baja y tan grosera! ¡Quién podria describir lo que padecimos con esta nueva humillacion! Un rayo no hubiera hecho en nosotros tanto efecto; por algun tiempo nos quedamos como petrificados de confusion y vergüenza.

Las dos damas habian ido á vernos á nuestra casa, y no encontrándonos en ella, vinieron á la de nuestro vecino, impacientes por saber la causa que habia impedido á la familia presentarse á la iglesia el dia anterior. Olivia tomó la palabra por nosotros, y usando del mayor laconismo, dijo:—"Nos caimos de los caballos."—Esta sucinta contestacion causó suma inquietud á las dos señoras; oxed habiéndoles dicho que ninguno de la familia se habia lastimado, se

pusieron contentas en estremo; mas habiéndoles informado de que por poco nos morimos del susto, volvieron á afligirse estraordinariamente; pero al oir que habiamos pasado buena noche, se pusieron de nuevo muy contentas. Nada podia igualar la complacencia de estas damas para con mis hijas: el afecto que les dispensaron la primera vez fué vivo, pero el de ahora era ardiente. Protestaron que sus deseos eran los de formar una amistad mas estrecha y duradera. La señora Blarney se inclinó particularmente á Olivia, y la señorita Carolina Willelmina Amelia Skeggs (me gusta nombrarla con todos sus apelativos) se apasionó aun mucho mas de su hermana Sofía. Las dos solas mantuvieron la conversacion, mientras que mis hijas sentadas y en silencio, admiraban su gran tono y elegancia. Pero como todo lector, por pobre que sea, es aficionado á oir los diálogos entre gentes de alta categoría, con anécdotas de personajes de título y caballeros de la Jarretiera, insertaré aquí la conclusion del que tuvieron estas dos damas.

"Yo no sé si el asunto será ó no cierto, dijo la señorita Skeggs; pero sí puedo asegurar á vuestra señoría, que todos los de la tertulia estaban muy asustados: el lord cambiaba de colores á cada instante, y Madama se desmayó; pero sir Tompkin desenvainó la espada, y juró defenderla hasta derramar la última gota de su sangre."

"Bien, replicó su señoría: lo que yo puedo decir es que la duquesa no me ha dicho ni una palabra de todo eso, y ella nunca ha tenido reservado nada para mí. Pero esté vd. persuadida que es un hecho que á la mañana siguiente el duque gritó tres veces á su ayuda de cámara: Jernigan, Jernigan, Jernigan, tráeme las ligas."

Se me habia olvidado decir antes la impolítica conducta que Mr. Burchell observó en esta ocasion, pues fué á sentarse junto á la lumbre, con la espalda vuelta á la compañía, y cada vez que alguna de las dos damas acababa de hablar, gritaba en un tono muy truhanesco:—*¡Bola!*—Espresion que á todos nos desagraba en estremo, y que amortiguaba en cierto modo la alegría de la conversacion.

"Ademas, mi querida Skeggs, continuó su señoría, nada de eso hay en los versos que el doctor Burdock compuso sobre el asunto."

"Es cosa que me admira, esclamó la señorita Skeggs, pues él no acostumbra á dejar cosa alguna por escribir, porque solo lo hace

para su gusto y recreo. Pero ¿tendrá vuestra señoría la bondad de enseñármelos?

"Querida mia, replicó madama Blarney, nunca traigo conmigo semejantes cosas. Pero digo á vd. que ciertamente son muy buenos, y pienso que puedo ser voto sobre la materia; al menos conozco lo que me agrada. Siempre me han encantado las composiciones del doctor Burdock; porque escepto lo que él escribe y nuestra querida condesa la de la plaza de Hannóver, nada se ve en el dia salir á luz que sea digno de leerse; todo brosa, y ni una palabra de buen gusto, ó sobre las personas de gran tono."

"Vuestra señoría, dijo la otra, deberia esceptuar tambien sus artículos insertos en el Almacen de Señoras. Espero que vuestra señoría convendrá conmigo en quc nada hay en ellos de bajo y despreciable; pero me temo que en adelante ya no tendrémos mas primores de esos."

"Vd. sabe, querida mia, dijo Madama, que mi lectora y compañera me dejó por casarse con el capitan Roch; y como se me lastima tanto la vista si escribo una sola letra, hace algunos dias que estoy solicitando una persona. No se encuentra fácilmente una que tenga todas las cualidades necesarias: bien es verdad que treinta libras anuales es muy pequeño estipendio para una jóven de carácter, bien educada, que sepa leer y escribir, y que no ignore cómo portarse en una tertulia de gentes condecoradas. En cuanto á las muchachas sin principios, no hablarémos, porque á esas es imposible sufrirlas."

"Eso lo sé yo muy bien por esperiencia, esclamó la señorita Carolina Wilhelmina, porque de tres compañeras que tuve el año pasado, la una rehusaba trabajar en la costura una hora al dia; la otra dijo que veinticinco guineas al año era muy corto salario, y la tercera me ví precisada á despedirla, porque tenia mis sospechas de que llevaba con el capellan una intriga amorosa. ¡La virtud, mi querida madama Blarney, la virtud es digna de cualquier precio! ¿Pero dónde puede encontrarse?"—

Mi mujer habia estado sin pestañear todo el tiempo que duró este largo diálogo; pero la última parte de él llamó mas particularmente toda su atencion. Treinta libras y veinticinco guineas al año hacian la suma anual de cincuenta y seis libras y cinco chelines, moneda inglesa la cual estaba, en cierto modo, á disposicion del primero

que se presentara, y podia con facilidad asegurarse en la familia. Estuvo por un momento estudiando mis miradas, como exigiendo mi aprobacion, y si he de confesar la verdad, yo fuí de opinion que las dos plazas convenian esactamente á mis dos hijas. Ademas, si Mr. Thornhil tenia un afecto verdadero á la mayor, este seria el medio mas conveniente de proporcionarla todas las cualidades que su fortuna requeria. Por tanto, mi mujer se resolvió á nó perder destinos tan ventajosos por falta de firmeza para hablar, y emprendió arengar por la familia.

"Espero, dijo á las damas, que vuestras señorías perdonarán mi atrevimiento. Conozco que no tengo derecho para pretender tales favores; pero tambien es muy natural que yo desee colocar á mis hijas ventajosamente; pues, sin que se tenga á orgullo, las muchachas han tenido una educacion muy buena, y poseen mucha capacidad: á lo menos en el distrito de la parroquia no se pueden presentar otras que les lleven ventaja. Ellas saben leer, escribir y contar: están diestras en todo género de costura blanca, y ojalan, marcan y hacen randas con perfeccion, entienden algo de música y aun de coser en paño. Mi hija mayor sabe picar papel primorosamente, y su hermana tiene gracia particular para decir la buena-ventura con una baraja."

Acabada de pronunciar esta piececita de elocuencia, las dos damas se miraron una á otra en silencio por algunos minutos, con un aire de duda é importancia. Por último, la señorita Carolina Wilhelmina Amelia Skeggs se dignó decir que segun la opinion que el poco conocimiento que tenia de las dos señoritas le habia hecho formar de la capacidad de ambas, lascreia muy á propósito para los destinos de que se trataba. "Pero, señora, añadió dirigiéndose á mi esposa, un asunto de esta naturaleza requiere un exámen mas prolijo de los carácteres de las personas, y un contecimiento mas perfecto entre unos y otros. No es esto, señora, decir que yo sospeche lo mas leve de la virtud, prudencia y discrecion de las señoritas; pero, ñora, en estas cosashay cierta fórmula."

Mi mujer aprobó alta mente sus sospechas, asegurándola que ella misma acostumbraba algunas veces á sospechar de los otros; pero que si queria, nó obstante, enterarse de las cualidades de las muchachas, podia pedir informe á todos los vecinos. A esto contestó la dama que no eran necesarios semejantes informes, pues ue

la sola recomendacion de su primo Thornhill seria suficiente. Con lo que no se habló mas del asunto por entonces.

XII.

La fortuna parece resuelta á humillar á la familia de Wakefield. Para la gente engreida, son mas penosas las humillaciones que las calamidades efectivas.

Volvimos á casa, y ocupamos toda la noche en trazar proyectos de futuras conquistas. Mi mujer puso en ejercicio toda su sagacidad, conjeturando cuál de las dos muchachas obtendria probablemente el mejor puesto, y por consecuencia mas oportunidad de acompañarse con gentes distinguidas. El solo obstáculo que teniamos que vencer para ver cumplidas tan halagüeñas esperanzas, era conseguir la recomendacion del caballero Thornhill; mas este nos habia dado tantas pruebas de amistad, que no dudába mos nos serviria esta vez. Ya estábamos recojidos, y no por eso dejó mi mujer el hilo de la conversacion. "Y bien, mi querido Cárlos, me dijo; aquí entre los dos, yo creo que hemos aprovechado bien el dia.—Tal cual, repliqué, sin saber lo que decir.—¡Cómo! ¡tal cual no mas! yo creo que muy bien. Supongo que las muchachas adquieran conocimientos en la capital entre las personas de gusto, y debo decirte que estoy segura de que en ninguna parte del mundo hay tanta proteccion como en Lóndres para encontrar maridos de todas clases. Ademas, que todos los dias suceden cosas estrañas; y si las señoras de alto copete se enamoran de mis hijas, ¿qué no harán los caballeros principales? Te confieso que la señora Blarney me gusta en estremo: es tan fina, tan atenta! no obstante, la señorita Carolina Willelmina Amelia Skeggs me ha robado el corazon. Con todo, cuando hablaron de las dos colocaciones, tú viste que las dejé como estátuas. Dime, querido Cárlos, ¿no crees que trabajé bien por mis hijas?—Sí, contesté, no sabiendo muy bien lo que pensar del asunto. ¡Dios quiera que ambas de aquí á tres meses hayan encontrado por ese medio lo que mejor les convenga! Esta era una de aquellas observaciones que yo acostumbraba hacer para infundir á mi mujer una alta idea de mi prevision; pues si las muchachas tenian buena suerte, pa-

saba por un piadoso deseo cumplido, y si les sucedia alguna desgracia, mi observacion pasaba entonces por una profecía.

Mas toda esta conversacion fué solo el preliminar de otro proyecto; y á la verdad que así me lo habia yo temido. El proyecto era nada menos que el siguiente:—que, como íbamos á hacer alguna figura en el mundo, seria muy conveniente que en la feria inmediata vendiésemos el potro, pues ya era viejo, y comprásemos un buen caballo en que poder ir con decencia á la iglesia ó á una visita. Desde luego me opuse á este plan con la mayor firmeza, pero con la misma fué defendido; y á medida que yo me iba debilitando iba, mi antagonista cobrando fuerzas, hasta que, por último, quedó acordada la venta del potro.

La feria era al dia siguiente: quise yo mismo ir á ella, pero mi mujer me convenció de que estaba resfriado, y nada pudo hacerla consentir en que yo fuera.—No, querido Cárlos, me dijo: nuestro Moises es un muchacho discreto, y sabe comprar y vender con mucha ventaja: tú no ignoras que todas nuestras compras han sido hechas por él. Siempre ofrece la mitad de lo que piden, y se está regateando hasta que cansa al vendedor, y consigue el género por lo que él quiere.

Yo tenia buena opinion de la prudencia de mi hijo, y le confié gustoso esta comision. A la mañana próxima, advertí á las hermanas muy ocupadas alistando á Moises para la feria: mientras la una lo peinaba, la otra le limpiaba las hebillas y le armaba el sombrero con alfileres. Concluido el tocador, tuvimos la sa tisfaccion de ver á Moises montado en el potro, con un cajon por delante para traer en él especias. Llevaba puesta una casaca de sempiterna, que aunque le estaba muy corta, se hallaba, sin embargo, todavía de muy buen servicio; su chaleco era de un verde bajo, y sus hermanas le habian atado el pelo con una cinta negra de seda de las mas anchas Lo seguimos algunos pasos fuera de la puerta, y no cesamos de gritarle:—¡Dios te dé fortuna! ¡Dios te dé fortuna!—hasta que lo perdimos de vista.

Apenas se habia marchado, cuando llegó el mayordomo de Mr. Thornhill á darnos la enhorabuena por nuestra gran fortuna, diciendo que habia oido á su jóven amo hacer mencion de nosotros con grandes elogios.

Parecia que la dicha se habia declarado á nuestro favor. En se

guida del mayordomo se presentó un lacayo de la misma familia con un billete de las dos damas para mis hijas, en el que las decian que Mr. Thornhill habia dado los mejores informes de todos nosotros, y que esperaban, con muy pocas indagaciones mas, quedar enteramente satisfechas.—En verdad, esclamó mi mujer, ahora veo que no es tan fácil introducirse en las familias de los grandes; pero como dice mi hijo Moises, en consiguiendo uno poner el pié dentro, ya puede echarse á dormir á pierna suelta.—A esta ocurrencia, que ella tuvo por un gran chiste, rieron mucho mis hijas, y convinieron en que su madre decia muy bien. En una palabra, fué tal la satisfaccion que causó á mi mujer este mensage, que metió la mano en el bolsillo, y dió al portador una pieza de siete peniques y medio.

Este fué para nosotros dia de visitas. La próxima que tuvimos bué Mr. Burchell, que venia de la feria. Traia un penique de mazapan á cada uno de los chicuelos, los que recogió mi mujer para guardárselos ó írselos dando á pedacitos: traia tambien una cajita á cada una de mis hijas, para que metieran en ellas obleas, tabaco de polvo, lunares postizos, ó dinero cuando lo tuvieran. Diré de paso que mi mujer era muy apasionada á las bolsas de piel de comadreja, porque poseen la rara virtud de atraer la fortuna. Aun miráramos con alguna consideracion á Mr. Burchell, no obstante habernos disgustado mucho el grosero porte que habia tenido últimamente; por tanto, le participamos nuestra buena suerte, y le pedimos nos aconsejara lo que deberiamos hacer, pues aunque rara vez ó nunca seguimos el consejo que se nos da, siempre estamos muy prontos á pedirlo. Despues que leyó la esquela de las dos damas, meneó la cabeza, y nos dijo que un asunto de aquella clase requeria la mayor circunspeccion. Este aire de desconfianza desagradó sumamente á mi mujer.—Nunca dudé, señor, dijo á Mr. Burchell, de la disposicion de vd. contra todo lo que toca á mis hijas y á mí: vd. tiene mas circunspeccion de la que necesita; sin embargo, ahora se me ocurre que cuando vamos á pedir consejos, debemos acudir á personas que demuestren que han sabido hacer buen uso de ellos.—Señora, replicó Mr. Burchell, cualquiera que haya sido mi pasada conducta, nada tiene que intervenir en la cuestion presente; pues aunque yo no haya hecho uso de consejos, debo, en conciencia, darlos á los que me los piden.

Temeroso de que esta contestacion produjera una réplica de parte

de mi mujer, en la que la falta de talento fuese suplida por la personalidad y el abuso, cambié de conversacion, diciendo estrañaba qué seria lo que detenia á mi hijo tanto tiempo en la féria, pues que ya era casi de noche.—No estés con cuidado por eso, me dijo mi mujer, que Moises sabe muy bien lo que trae entre manos. Yo te aseguro que no venderá él nunca su gallina en dia que llueva. Le he visto hacer compras que á cualquiera admirarian. Te voy á contar una de las suyas, que te va á hacer reventar de risa.... Pero, si no me engaño, allá viene Moises sin caballo y con el cajon á cuestas.

En efecto, él era: venia á paso lento, y sudando bajo el peso del cajon que se habia colgado de los hombros.—Bien venido seas, Moises, bien venido seas: ¿qué nos traes de la féria?—Mi cuerpo, contestó con una picaresca sonrisa, descansando el cajon sobre la mesa.—Sí, Moises, replicó mi mujer, eso ya lo vemos: ¿pero el caballo? —Lo vendí, dijo Moises, en tres libras, cinco chelines y dos peniques. —Grandemente, hijo mio, replicó de nuevo la madre; bien sabia yo que tú no te dejarias engañar. Aquí para nosotros; tres libras, cinco chelines y dos peniques, no es un mal salario por un dia. Vaya, hijo, dame el dinero.—No traigo el dinero, volvió á decir Moises; compré con él otra cosa, que aquí está (y sacó un paquete del seno). Es una gruesa de espejuelos verdes, montados en plata, y con sus estuches de lija.—¡Una gruesa de espejuelos verdes! esclamó mi mujer con voz desmayada: ¡y tú has dejado el caballo, y no nos has traido en cambio mas que una gruesa de espejuelos verdes!—¡Querida madre! esclamó el muchacho, ¿por qué no quiere vd. oir la razon? Si yo no hubiera visto que era un negocio que me tenia mucha cuenta, no los hubiera comprado: solo la plata en que están montados se venderá por doble dinero del que me cuestan.—Una higa para la plata en que están montados, replicó su madre en un tono impaciente: me atreveria á jurar á que no se saca por ella la mitad del dinero, vendiéndola á cinco chelines onza, que es el valor de la plata usada.—No tienes por qué inquietarte, dije yo, acerca de la venta de la plata de estos espejuelos, porque estoy advirtiendo que están montados en cobre plateado.—¡Cómo! esclamó mi mujer: ¡no es plata! ¡los arillos no son de plata!—No, repliqué: esa es plata como la de tu sartén de freir huevos.—¡Conque segun eso, repuso, nos hallamos sin potro, sin dinero, y con solo una gruesa de espe-

juelos verdes montados en cobre, y con sus estuches de lija! ¡Mala peste le caiga á esa hojarasca! Ese tontazo que se ha dejado engañar, deberia haber conocido mejor la gente con que trataba.—En eso, mi querida Débora, la dije, no tienes razon: él no podia absolutamente conocerla.—Sí, merecia ese simplon que lo azotaran, volvió ella á decir: ¡haberme traido semejante porquería! si agarro esos espejuelos los echo á la candela!—Tampoco tienes razon en eso, mujer, la repliqué de nuevo: aunque sean de cobre, mejor es que los guardémos, pues tú sabes que mas vale tener una gruesa de espejuelos montados en cobre que nada.

El desdichado Moises se convenció, por último, de que lo habian engañado: conoció que en efecto habia sido la burla de un estafador mas astuto y sagaz que él, y el cual observando su estraña figura lo habia marcado por su presa. Por tanto, le pregunté las circunstancias de su aventura. De su relacion aparecia que habia vendido el caballo, y que anduvo por la feria buscando otro para comprarlo; que un hombre de un aspecto muy formal, lo llevó á una tienda, so pretesto de que tenia un caballo de venta.—Aquí, continuó Moises, encontramos otro hombre muy bien vestido, que buscaba quien le prestase veinte libras sobre estas alhajas, diciendo que necesitaba el dinero, y que dispondria de ellas por la tercera parte de su valor. El primer caballero, que se vendia por amigo, me dijo al oido que las comprara, aconsejándome no dejase escapar tan buena ocasion. Envié á buscar á M. Flamborough, y cuando llegó le hablaron con la misma finura que á mí, de modo que por último cerramos trato, y entre él y yo compramos las dos gruesas.

XIII.

Se descubre que Mr. Burchell es nuestro enemigo, porque tiene la firmeza de darnos consejos que nos desagradan.

La familia no cesaba de trazar planes para salir de su esfera; pero tan pronto como se trazaban eran desbaratados por algun accidente imprevisto. Yo traté de aprovecharme de estos desengaños, para hacerla entrar en razon, á medida que veia su ambicion frustrada. Ya veis, hijos mios, les dije, cuán poco se consigue queriendo alucinar al mundo para ponernos al nivel de nuestros superiores

Los pobres que quieren asociarse solo con los ricos, son aborrecidos por aquellos cuya compañía huyen, y despreciados por aquellos á quienes siguen. Las amistades desiguales jamas traen ventajas á la parte mas débil: el rico disfrutará los placeres, y el pobre sufrirá las desazones que resultan de semejantes uniones. Pero ven acá, Ricardito, hijo mio, repite para bien de la companía la fábula que estabas hoy leyendo.

Ricardito empezó así:—Eranse una vez un gigante y un enano: los dos eran amigos y vivian juntos. Hicieron el trato de que nunca se separarian uno de otro, y que irian en union á buscar aventuras. La primera batalla que tuvieron fué con dos sarracenos, y el enano, que era muy animoso, dió á uno de los contrarios un golpe muy terrible, pero casi no le hizo daño alguno; y el sarraceno, levantando la espada, echó un brazo á tierra al pobre enano. Este se vió entonces en el mayor apuro; mas viniendo el gigante á su socorro, en poco tiempo dejó á los dos enemigos tendidos en el suelo; y el enano, lleno de rabia, se vengó cortando la cabeza al sarraceno, aunque ya muerto, que lo habia lisiado. Siguieron su camino, y encontraron tres feroces sátiros que llevaban robada una doncella. Al enano se le habia ya bajado un poco la cólera por su última aventura; mas sin embargo, dió el primer golpe, que fué contestado por el sátiro con otro, que le echó un ojo fuera; pero el gigante acudió al punto, y hubiera dejado tambien en el sitio á los tres sátiros, si estos no hubieran huido. Quedaron muy contentos con la victoria, y la doncella, que fué rescatada, se enamoró del gigante y se casó con él. Siguieron otra vez caminando y fueron muy lejos, mas lejos de lo que yo puedo decir, hasta que encontraron una cuadrilla de ladrones. El gigante, por la primera ocasion, se puso á la cabeza, y el enano lo seguia bien de cerca: el combate fué terrible y prolongado; donde quiera que llegaba el gigante con su brazo, todo lo derribaba; pero el enano estuvo mas de una vez á pique de que lo mataran. Por último, la victoria se declaró por los dos aventureros, sin otra pérdida que la de una pierna de parte del enano. Este se encontró entonces con un brazo, un ojo y una pierna de menos; mientras que el gigante, que no tenia ni una herida, lo animaba diciéndole:—Vamos adelante, mi *heroecito:* esta ha sido una hazaña gloriosa: ganemos una victoria mas, y nuestra fama será eterna.—No, esclamó el enano, á quien la esperiencia habia hecho

ya mas prudente: no, yo me retiro; no quiero pelear mas, porque he visto que en todos los combates tú te llevas el honor y las recompensas, y yo los golpes y las heridas.

Ya iba yo á esplicar la moral de esta fábula, cuando nos llamó á todos la atencion una acalorada disputa entre mi mujer y Mr. Burchell sobre el intentado viaje de mis hijas á Lóndres. Mi mujer insistia fuertemente sobre las ventajas que debian resultarnos de esta espedicion: Mr. Burchell daba sus razones en contrario, y yo me mantuve neutral. Sus presentes consejos parecian la segunda parte de los que nos habia dado por la mañana, y que nosotros recibimos tan mal. La disputa se iba acalorando por momentos; y la pobre Débora, en lugar de contestar con razones, no hacia otra cosa que levantar por grados la voz, hasta que, al cabo, por ocultar su derrota, recurrió á los gritos. La conclusion de su arenga nos disgustó á todos en estremo.—Yo sé de algunos, dijo, que tienen sus razones secretas para lo que aconsejan; mas por mi parte, desearé que tales personas no vuelvan mas á mi casa.—Señora, replicó Mr. Burchell con la mayor compostura, lo que solo servia á aumentar el enojo de mi mujer; en cuanto á las razones secretas, vd. se funda. En efecto, las tengo; y no se las digo á vd., porque veo no puede contestarme á las que no le oculto. Pero conozco que ya incomodan aquí mis visitas; por tanto, quédense vdes. con Dios, y quizás volveré á despedirme para siempre cuando vaya á dejar el pais.—Diciendo esto tomó su sombrero, sin que las miradas de Sofía, que parecian reprenderle su precipitacion, pudiesen impedir el que partiera.

Cuando se fué, nos quedamos por algunos minutos como atontados, mirándonos unos á otros en silencio. Mi mujer, que conoció la falta que habia cometido, trató de cubrirla con una sonrisa falsa y un aire de firmeza, que quise reprobar.—¡Cómo, mujer! la dije ¿es este el modo con que tratamos á los estraños? ¿Es así como recompensamos su bondad? Cree, querida mia, que jamas han salido de tus labios palabras tan duras, ni que mas me hayan disgustado. —¿Y por qué me provocó él entonces? replicó. Yo sé muy bien el motivo que él tiene para dar su consejo. El quisiera que mis hijas no fueran á la capital, para tener el gusto de estar siempre aquí en casa al lado de mi hija Sofía. Pero sea como fuere, ella tendrá que elejir mejor compañía que la de un hombre tan bajo como él.—

—¡Hombre bajo le llamas, Débora! esclamé. Quizás nos hemos engañado en el carácter de este hombre, porque en algunas ocasiones se porta como el caballero mas completo que jamas he visto. Díme, querida Sofía, ¿te ha dado algunas pruebas secretas de su afecto?—Su conversacion conmigo, contestó la muchacha, ha sido siempre sensible, modesta y agradable; en cuanto á otra cosa, no señor, nunca. Es verdad que me acuerdo haberle oido decir una vez que él jamas habia conocido una mujer que encontrase mérito en un hombre que fuese ó pareciese pobre.—Esa es, hija mia, la comun cantinela de los desdichados ó perezosos; pero creo que te hemos enseñado á juzgar con propiedad de semejantes hombres, y que conoces que seria una locura esperar felicidad de uno que ha sido tan mal economista de la suya. Tu madre y yo tenemos mejores proyectos para tí. El invierno prócsimo lo pasarás probablemente en Lóndres, y tendrás bastante oportunidad para hacer una eleccion mas prudente.

No sé cuáles serian en esta ocasion las reflexiones de Sofía; pero en mi interior no me disgustó mucho que nos hubiésemos deshecho de una visita de quien teniamos tanto que temer. La conciencia me acusaba el haber infringido las leyes de la hospitalidad; mas pronto acallé este censor con dos ó tres razones especiosas, que sirvieron para satisfacerme y reconciliarme conmigo mismo. Los remordimientos de la conciencia son muy pasajeros para el hombre que ya hizo el daño. La conciencia es cobarde, y rara vez es bastante justa para castigar, acusándolas, las faltas que no tiene poder para impedir.

XIV.

Nuevas humillaciones.—Se demuestra que las calamidades aparentes pueden ser bienes verdaderos.

Por último, quedó resuelto el viaje de mis hijas á Lóndres, habiendo tenido la bondad Mr. Thornhill de prometernos vigilar él mismo sobre la conducta de ambas, y escribirnos á menudo el proceder que observaban. Pero creimos absolutamente indispensable que se presentaran de una manera igual á las grandes esperanzas que habiamos concebido, y esto no podia hacerse sin al-

gun gasto. En esta virtud tuvimos consejo pleno, para tratar en él del medio mas fácil de procurarnos dinero, ó hablando con mas propiedad, para indagar lo que podiamos vender que menos falta nos hiciese. En un momento quedó el punto decidido; vimos que el caballo que nos quedaba era enteramente inútil para el arado faltando su compañero, y no servia para la silla, porque era tuerto. Por tanto, se determinó que fuese vendido en la feria vecina, para acudir con el producto á la urgencia mencionada, y que para prevenir otro engaño, yo mismo fuese en persona á venderlo. Aunque este era uno de los primeros negocios mercantiles de mi vida, no dudé que saldria de él con lucimiento. Un hombre forma opinion de su prudencia comparándola con la de aquellos con quienes vive, y como la mia era superior para los asuntos domésticos, creí que para los tratos del mundo mi inteligencia era mas que suficiente. No obstante, la mañana próxima al partir, despues de estar á algunos pasos de la puerta, me hizo volver mi muje para advertirme en secreto que no me engañaran.

Llegué á la feria, y segun costumbre, hice dar varias vueltas á mi caballo para que viesen su andadura, pero por algun tiempo nadie se presentó á ofrecer por él. Al fin se acercó un comprador, y despues de haberlo ecsaminado por un gran rato, dijo que nada queria ofrecer por un caballo tuerto: vino otro, pero observando que tenia un esparavan, dijo que si se lo daban de balde, no lo queria: el tercero que llegó, advirtió que tenia una aventadura, y se marchó: el cuarto dijo que se conocia por los ojos del caballo que tenia lombrices; y el quinto, mas impertinente que los demas, se admiró de que yo me presentara á apestar la feria con un caballo tuerto, lleno de esparavanes, aventaduras y lombrices, y que solo estaba bueno para echarlo á los perros. Yo mismo empecé á concebir el mas alto desprecio por el pobre animal, y ya me avergonzaba de que llegase alguno á comprarlo; porque aunque no creia todo lo que decian aquellos chalanes, sin embargo, reflexioné que el número de testigos era una presuncion muy fuerte de que tenian razon; pues el mismo San Gregorio asegura ser esta una de las maneras de juzgar el mérito de las buenas obras.

Me encontraba en esta penosa situacion, cuando un clérigo, antiguo conocido mio, que tenia tambien sus negocios en la feria, se

llegó á mí, y despues de saludarme, me propuso fuésemos á alguna tienda á tomar un vaso de alguna cosa. Acepté la oferta al momento: llegamos á una taberna, y nos metieron en un pequeño cuarto donde no habia mas persona que un venerable anciano sentado y todo embebecido en la lectura de un gran libro que tenia delante. Jamas ví una figura que me interesase mas á primera vista que la de este hombre. Sus respetables canas le sombreaban majestuosamente las sienes, y la frescura de su rostro parecia ser el resultado de su salud y de su buen natural. Su presencia, sin embargo, no interrumpió nuestra conversacion: mi amigo y yo discurrimos sobre los varios cambios de fortuna que habiamos tenido; sobre la disputa Whistoniana; sobre mi último folleto sobre la respuesta del arcediano y la manera con que yo habia sido tratado. Mas á corto rato, nuestra conversacion fué interrumpida por la llegada de un jóven, quien entrando en el aposento y llegándose respetuosamente al anciano, le dijo algunas palabras en voz baja, á lo que este contestó:—Basta de apologías, hijo mio: hacer bien es una obligacion que debemos á todos nuestros semejantes: toma; yo deseara poder darte mas, pero al fin cinco libras aliviarán tu necesidad: yo celebro que hayas acudido á mí.—El modesto jóven derramó lágrimas de gratitud; mas con todo, apenas igualaba su gratitud á la tierna sensacion que yo esperimenté con la accion del anciano: hubiera querido poder estrecharlo entre mis brazos, tanto me encantó su beneficencia.

Continuó leyendo, y nosotros volvimos á nuestra conversacion, hasta que mi compañero, recordando que tenia que concluir algunos negocios en la feria, se despidió, prometiendo volver cuanto antes, añadiendo que siempre estaba deseando gozar de la compañía del doctor Primrose. El anciano, al oir mi nombre, fijó en mí la vista con atencion, y cuando marchó mi amigo, me preguntó con la mayor cortesía si era yo pariente del gran Primrose, el valeroso monógamo, que habia sido el baluarte de la Iglesia. Nunca sintió mi corazon un placer mas sincero que en aquel momento.—Señor, le contesté: el aplauso de un hombre tan justo como estoy seguro es vd., aumenta en mi pecho la felicidad que ya habia vd. escitado con su benevolencia. Aquí tiene vd. delante de sus ojos al doctor Pimrose, el monógamo, á quien se ha dignado llamar grande: aquí tiene vd. á este desgraciado teólogo, que tanto, y permítame decir,

con tan buen suceso ha luchado contra la deuterogamia del siglo.—Señor, replicó el anciano como sorprendido, temo que he sido demasiado familiar; pero, señor, espero que vd. disimulará mi temeridad. —Tan lejos está vd., le dije tomándole la mano, de haberme incomodado con su familiaridad, que espero se digne vd. aceptar mi amistad, pues ya tiene toda mi estimacion.—Entonces acepto con gratitud la oferta, repuso apretándome la mano.—¡Oh tú, glorioso pilar de la inmutable ortodoxia! ¿Y es cierto que estoy mirando?....—Aquí le interrumpí lo que iba á decir; pues aunque como autor podia digerir no pequeña porcion de lisonjas, sin embargo, mi modestia no me permitia mas ahora. Con todo, ningunos amantes de novelas consolidaron jamas mas pronto una amistad formada en un momento. Hablamos sobre varias materias; al principio lo tuve por mas fanático que instruido, y aun empecé á creer que despreciaba todas las doctrinas, mirándolas como composiciones miserables de los hombres. A pesar de esto, mi estimacion hácia él no se disminuyó en lo mas leve, pues por algun tiempo habia yo empezado á abrigar semejantes ideas. Por tanto, aproveché la ocasion para observar que el mundo, en lo general, comenzaba á mirar con una indiferencia culpable los asuntos de doctrina, para entregarse con mas ahinco á las especulaciones humanas.—¡Ah, señor! replicó como si hubiera reservado todo su saber para este momento: ¡ah, señor! el mundo ha llegado á su decrepitud; y sin embargo, la cosmogonia ó creacion del mundo ha ocupado hasta ahora á los filósofos de todos los siglos.

¡Qué mezcla tan confusa de opiniones han amontonado al tratar de la creacion! Santoniaton, Manes, Beroso y Ocelo Lucano han intentado todo, pero inútilmente. El último dice estas nobles palabras:—*Anarchon ara kai atelutaion to pan*, que significan que ninguna cosa ha tenido principio ni fin. Manes, que vivió hácia el tiempo de Nabucodon-Asser, debiendo observar de paso que Asser es palabra siriaca, aplicada comunmente por sobrenombre á los reyes de aquel país, como Teglat Phael Asser, Nabon Asser; Manes, digo, formó tambien una conjetura igualmente absurda; pues así como nosotros acostumbramos á decir: *ek to biblíon kubernetes*, esto es, que los libros nunca enseñaron al mundo, del mismo modo intentó él investigar.... Pero, dispense vd., señor, veo que me he apartado de la cuestion.—En efecto, así era la verdad; pues no

podia yo comprender qué relacion tenia la creacion del mundo con el asunto de que nosotros hablábamos; pero para mí bastaba que él mostrase ser un literato, para que yo le mirara con reverencia. Resolví, en esta virtud, hacerle entrar en la cuestion; mas su modestia y finura dejaron burlados mis esfuerzos todas las veces que lo intenté. Al punto que yo hacia una observacion, que indicaba mi idea de empeñarlo en la controversia, él se sonreia, meneaba la cabeza y se mantenia en silencio; por lo cual yo entendia que él hubiera podido decir mucho si le hubiera parecido conveniente. Nuestra conversacion pasó sin sentir de los asuntos de la antigüedad á los que nos habian traido á la feria: afortunadamente él habia venido á comprar un caballo para uno de sus arrendadores; y habiéndole yo dicho que mi objeto no era otro que vender uno, fué traido mi caballo, y á pocas palabras cerramos el trato. Nada faltaba mas que pagarme, y al efecto sacó una nota de banco de treinta libras, y me pidió que la cambiase. No pudiendo yo cumplir con su demanda, mandó á la tabernera llamase á su lacayo, el cual se presentó vestido de una librea muy gallarda.—Abraham, le dijo el anciano, toma esta nota y anda á cambiarla por oro; puedes ir en casa del vecino Jackson ó á cualquiera otra parte.—Mientras que el lacayo estuvo ausente, me entretuvo el caballero con un patético discurso sobre la escasez de la plata, cuyo discurso traté de mejorar, deplorando igualmente la escasez del oro; de suerte que á la vuelta de aquel, habiamos los dos convenido en que nunca habia sido tan dificil encontrar dinero como entonces. Abraham nos informó al volver que habia corrido toda la feria, y no habia podido encontrar cambio, aunque habia ofrecido media corona. Este era un gran inconveniente para nosotros; pero el caballero anciano, despues de haber estado pensando un rato, me preguntó si conocia á un tal Salomon Flamborough en mi parroquia.—Respondí que sí, y que vivia en la casa inmediata á la mia.—Pues entonces, me replicó, creo que todo está ya compuesto. Le daré á vd. una libranza contra él pagadera á la vista; y permítame vd. que le diga que Flamborough es un hombre tan completo como el mejor en cinco millas en contorno. El y yo somos conocidos de muchos años: me acuerdo que cuando muchachos, siempre que jugábamos al salto, le ganaba, pero él jugaba mejor que yo á la *coz cojita.*—Una libranza contra mi vecino era para mí tan buena como el dinero, pues esta-

ba suficientemente convencido de que tenia con qué pagarla. Por último, la libranza fué firmada y puesta en mis manos, y el anciano caballero Mr. Jenkinson, su lacayo Abraham y mi caballo viejo Blackberry se separaron de mí á la carrera, todos muy contentos.

Estando ahora á mis solas, empecé á reflexionar lo mal que habia hecho en tomar una libranza de una persona enteramente desconocida para mí; por lo que prudentemente resolví seguir al comprador para que me devolvicse mi caballo. Pero ya no era tiempo: en esta virtud, me dirigí á casa con la intencion de presentar cuanto antes la libranza á mi vecino. Cuando llegué, lo encontré á la puerta fumando su pipa, y habiéndole presentado el papel, le leyó dos veces como admirado.—Supongo puede vd. leer la firma, le dije; Efrahim Jenkinson.—Sí, me replicó; la firma está bien clara, y conozco tambien el sugeto, por señas que es el pícaro mas grande que pisa la tierra. Este es el mismo tuno que nos vendió los espejuelos. ¿No era un hombre de aspecto venerable, pelo cano, y sin carteras en los bolsillos de la casaca? ¿Y no le espetó á vd. un gran retazo de literatura sobre griegos, cosmogonía y creacion del mundo?—A esto contesté con un profundo suspiro.—Sí, continuó mi vecino: el bribon no sabe mas que ese trozo de literatura, y jamas se le queda en el buche cuando está en compania de algun escolar. Pero yo le conozco bien, y confio que no se escapará de mis manos.

Aunque yo estaba suficientemente mortificado, nada me afligia tanto como el considerar que tenia que presentarme ante mi mujer é hijas. Ningun muchacho tuvo mas miedo de volver á la escuela de donde se ha escapado, y aparecer ante el maestro que lo aguarda con una carita risueña, que el que yo tenia de llegar á mi casa. Mas ello era preciso: por tanto, para anticiparme á la furia de mi familia, determiné fingirme colérico y entrar muy enfadado conmigo mismo.

Pero ¡ay de mí! al entrar en casa hallé que la familia no estaba dispuesta para el ataque. Mi mujer y las dos muchachas estaban llorando amargamente: Mr. Thornhill habia estado allí y les habia informado de que el viaje de mis hijas á Lóndres se habia frustrado y que las dos damas, habiendo sido informadas por alguna persona maliciosa acerca de nosotros, iban á partir aquel mismo dia para la capital. El no habia podido descubrir la naturaleza de estos informes, ni el autor de ellos; pero quien quiera que este fuese, y

aquellos buenos ó malos, aseguró á la familia que su amistad y proteccion no se disminuirian por eso en lo mas leve. Por consiguiente, mi chasco les causó muy poca alteracion, pues quedaba como eclipsado en la magnitud del de ellas. Pero lo que mas nos confundia, era el pensar quién podia haber sido tan vil que manchase la reputacion de una familia tan inocente como la nuestra, demasiado humilde para escitar la envidia, é incapaz de ofender para atraerse el aborrecimiento.

XV.

Descúbrese toda la villanía de Mr. Burchell. La locura de querer ser demasiado sabio.

Todo el tiempo hasta que fuimos á acostarnos, y parte del siguiente dia, lo empleamos en vanas conjeturas para averiguar quiénes podian ser nuestros enemigos. Apenas quedó una familia en toda la vecindad sobre quien no cayeran nuestras; sospechas, cada uuo de nosotros tenia sus particulares razones, que ninguno ignorábamos, para apoyar su opinion. Estando en esta perplejidad, uno de los chicuelos, que estaba jugando afuera, entró con una cartera que se habia encontrado. Al instante conocimos que era de Mr. Burchell, á quien se la habiamos visto varias veces: la examinamos, y contenia varios apuntes sobre diversos asuntos, llamó particularmente nuestra atencion un papel cerrado y rotulado: *Copia de la carta enviada á las dos señoras de la quinta de Thornhill.*—Inmediatamente nos ocurrió que Mr. Burchell era el villano que habia informado contra nosotros, y conferenciamos sobre si se abriria ó no el papel. Yo me opuse; pero Sofía insistió en que se abriera, diciéndonos que estaba segura de que de todos los hombres: Mr. Burchell era el menos capaz de semejante bajeza. El resto de la familia fué tambien de parecer que se abriese, y á solicitud de todos lo hice así, y leí lo siguiente:

"Señoras: el portador instruirá á vdes. suficientemente acerca del individuo que las dirije ésta: uno, al menos, amigo de la inocencia y dispuesto á impedir que se la seduzca. Se me ha informado por conducto verdadero, de que tratan vdes. de llevarse á Lóndres dos señoritas á quienes conozco, en calidad de compañeras. Como yo no consentiré que se abuse de la sencillez, ni que se contamine la vir-

tud, digo á vdes. que, segun opino, semejante paso será seguido de las mas peligrosas resultas. Jamas he acostumbrado á tratar con severidad al libertino; ni aun ahora hubiera adoptado este medio de esplicarme ó reprobar la locura, si no viera que esta tiende al crímen. Por tanto, aprovéchense vdes. del aviso de un amigo y reflexionen sériamente sobre las consecuencias de introducir la infamia y el vicio en la mansion de la paz y la inocencia."

Esta carta puso fin á nuestras dudas. Es cierto que en ella aparecia algo aplicable á ambas partes, y su censura podia referirse á las personas á quienes se escribia como á [nosotros; pero el sentido malicioso estaba bien patente, y así no quisimos cansarnos en interpretarla. Mi mujer apenas tuvo paciencia para escuchar hasta el fin, y sin que nada la contuviera, empezó á echar pestes contra el escritor. Olivia se espresó tambien con bastante dureza, y Sofía quedó enteramente asombrada de tamaña villanía. Por mi parte, me pareció la prueba mas vil de ingratitud no provocada de que yo tuviese noticia, y no pude encontrar otro motivo para ella, que el deseo de detener en casa á mi hija menor para gozar de su vista mas á menudo.

En esta situacion, y estando cada uno de nosotros pensando en el medio más seguro de vengarnos, entró uno de mis chicos diciéndonos que Mr. Burchell venia hácia casa. Es mas fácil concebir que describir las diferentes sensaciones que producen en la criatura el dolor de una injuria reciente y el placer de una venganza próxima. Aunque neurtra intencion era solo echarle en cara su ingratitud, resolvimos, no obstante, hacerlo de manera que quedáramos enteramente satisfechos y para él fuese mas bochornoso. Al efecto, convenimos en recibirlo con nuestra acostumbrada sonrisa, y empezar hablándole con mas cariño que lo acostumbrado para divertirlo un poco; mas luego, en lo mas seguro de su tranquilidad y lisonjera calma, caer sobre él de repente y oprimirlo con todo el peso de su inicua bajeza. Resueltos á esto, mi mujer tomó á su cargo la direccion del negocio, pues que realmente tenia algun talento para una empresa de esta clase. Llegó nuestro hombre, entró y tomó asiento —Hermoso dia, Mr. Burchell.—Muy hermoso, doctor, aunque presumo tendrémos agua, porque los callos me pican como un cuerno.—¡Le pican á vd. los cuernos! esclamó mi mujer, dando una gran carcajada; y en seguida le pidió la escusara por ser tan amiga de chistes.

—Señora, replicó Burchell, por mi parte perdono á vd. de todo mi corazon; pero jamas hubiera creido que ese era un chiste, si vd. no lo hubiese dicho.—Así será, repuso mi mujer guiñándonos al mismo tiempo; mas, sin embargo, yo apostaria á que vd. puede decirnos cuántos chistes entran en una onza.—Se me figura, señora, dijo el otro, que ha estado vd. leyendo esta mañana algun libro de chistes y agudezas, porque, á la verdad, esa onza de chistes es una ocurrencia muy feliz; no obstante, á mí mas me gustaria media onza de entendimiento.—Así lo creo, contestó ella, mirándonos con una sonrisa forzada; pero con todo, yo he visto algunos hombres con muy poco talento aparentar que tenian mucho.—Y sin duda, replicó su contrario, habrá vd. tambien conocido señoras que querian pasar por ingenios agudos, sin que absolutamente tuviesen el mas mínimo.—Yo conocí que mi mujer iba á ganar muy poco terreno en este asunto, por lo que me resolví á tomar la palabra, y tratarlo con mas severidad.

"Tanto el ingenio, dije, como el talento, son cosas bien despreciables cuando no los acompaña la integridad: solo esta es la que da precio á todo carácter. El ignorante aldeano, sin vicios, es mayor que el filósofo lleno de ellos; porque ¿de qué sirven el genio ó el valor sin la honradez? Un hombre honrado es la obra mas grande del Altísimo.—Siempre he mirado esa máxima favorita de Pope, me repuso Burchell, como indigna de un hombre de su talento y una baja desercion de su propia superioridad.—La reputacion que alcanzan los libros no proviene de que estén sin defectos, sino de la magnitud de sus bellezas; del mismo modo la reputacion y gloria de los hombres dimana de la grandeza de las virtudes que poseen, y no de que estén escentos de vicios. El hombre instruido es tal vez imprudente, el estadista orgulloso, y el militar feroz; ¿pero preferirémos á estos hombres el humilde artesano que pasa toda su vida encorvado en su trabajo sin censura ó aplauso? Esto seria lo mismo que preferir las pinturas correctas, pero sin animacion, de la escuela flamenca, á las erróneas, pero sublimes emanaciones del pincel romano.—Señor, le dije, esa observacion es justa cuando á virtudes brillantes se oponen defectos de poca entidad; pero cuando en una misma persona se encuentran grandes vicios mezclados con virtudes estraordinarias, semejante carácter es digno de desprecio. —Quizás, replicó Burchell, existirán monstruos de esa clase que

reunan grandes vicios á grandes virtudes; mas en todo el curso de mi vida jamas he encontrado con prueba alguna de su existencia; al contrario, siempre he advertido que donde habia un talento capaz, las inclinaciones eran buenas. La Providencia nos ha mirado con mucha bondad en esta parte, pues debilita el entendimiento donde el corazon está corrompido, y disminuye el poder donde hay la voluntad de hacer mal. Esta regla parece se estiende hasta á los animales: la pequeña raza de los insectos nocivos, es traidora, cruel y cobarde; mientras que las que están dotadas de fuerza y poder son generosas, apacibles y valientes.—Esas observaciones, le repuse, suenan muy bien; y no obstante, me seria fácil señalar en este momento [y fijé mi vista sobre él], un hombre cuyo talento y corazon forman el contraste mas despreciable. Sí señor, continué levantando la voz, y celebro infinito esta oportunidad de rasgarle el velo y oprimirlo con su fraude en medio de su fingida tranquilidad. ¿Conoce vd. esta cartera?—Sí señor, me contestó, con el rostro muy sereno y sosegado: esa cartera es mia, y me alegro de que vd. la haya encontrado.—¿Y conoce vd. esta carta? añadí. No, no titubee vd., hombre: míreme vd. cara á cara: ¿conoce vd. esta carta?—Sí señor, contestó; conozco esa carta; yo he sido quien la ha escrito.—¿Y cómo, repliqué, pudo vd. ser tan bajo, tan ingrato, que se atreviese á escribir esta carta?—¿Y cómo, me dijo, mirándome con la mayor desfachatez, se ha atrevido vd. tan bajamente á abrir esta carta? ¿Ignora vd. que yo ahora pudiera hacer que ahorcasen á todos vdes. por esto? No me costaria mas trabajo que el de ir al inmediato juez de paz, y jurar que vd. ha abierto violentamente mi cartera, y los colgarian á todos vdes. de esa puerta.

Esta inesperada insolencia me incomodó á tal estremo, que apenas pude contener mi cólera.—Anda, miserable, desagradecido; márchate, y no estés manchando por mas tiempo esta habitacion con tu bajeza! Vete, y nunca vuelvas á presentarte á mi vista; aléjate de mi puerta, y lleva contigo el único castigo que te doy; una conciencia alarmada, que será tu continuo tormento!—Diciendo esto, le tiré la cartera, la que él levantó sonriéndose, y cerrándola con la mayor compostura, se fué, dejándonos admirados con la serenidad de su descarada confianza. Mi mujer particularmente se impacientó sobremanera al ver que nada habia podido incomodarlo, ó hacerlo avergonzar de su villanía.—Mi querida Débora, le

dije, deseando calmar la cólera de que nos habiamos dejado apoderar demasiado; no debemos maravillarnos de que los malvados no tengan vergüenza; ellos solo se ruborizan si los sorprenden haciendo alguna obra buena; pero se glorían de sus vicios. El crímen y la vergüenza, dice la alegoría, fueron un tiempo compañeros, y en el principio de su jornada eran inseparables. Pero á poco, esta union se hizo embarazosa y desagradable para ambos: el crímen daba á la vergüenza frecuentes incomodidades; y la vergüenza muy á menudo descubria las secretas conspiraciones del crímen. Despues de largas disputas, convinieron en separarse para siempre. El crímen siguió intrépidamente su ruta hasta alcanzar al Destino, que iba adelante disfrazado de verdugo; pero la vergüenza, siendo naturalmente tímida, volvió para acompañarse con la virtud, á quien desde los primeros pasos de su jornada habian dejado atras. Así, pues, hijos mios, desde que los hombres han dado algunos pasos en la carrera del vicio, cesan de avergonzarse de hacer mal, y solo se ruborizan de sus virtudes.

VII.

La familia usa de un artificio, el cual es rechazado con otro mayor.

No sé lo que pasaria en el corazon de mi hija Sofía por la ausencia de Mr. Burchell; pero el resto de la familia se consoló prontamente con la compañía de nuestro jóven señor, cuyas visitas se hicieron entonces mas frecuentes y largas. Aunque habia sido chasqueado en su intencion de procurar á mis hijas las diversiones de Lóndres, como él deseaba, no perdia oportunidad de distraerlas con las pocas recreaciones que nuestro retiro podia proporcionar. Comunmente venia por la mañana, y mientras que mi hijo y yo seguiamos nuestras labores en el campo, él quedaba en casa sentado entre la familia, divirtiéndola con descripciones de la capital, de la que no quedaba ni un rincon que él no conociese á palmos. Repetia todas las observaciones que se habian detallado en el recinto de los teatros, y sabia de memoria todas las agudezas pronunciadas por los mas afamados ingenios, mucho antes de que se insertaran en el catálogo de los *Dichos agudos*. Los intervalos de la conversacion los empleaba en enseñar á mis hijas el juego de los cientos,

y otras veces en poner á mis dos chiquitos á pelear á los puñetes, para hacerlos, segun él decia, sagaces y avisados: la esperanza de tenerlo por hijo, contribuia en cierto modo á cegarnos para que no viésemos sus defectos. Es preciso confesar que mi mujer ponia en planta mil proyectos para atraparlo, ó hablando con mas ternura, usaba de todo el arte posible para realzar el mérito de su hija Olivia. Si los bollos para el té eran chiquitos y bien esponjados, Olivia los habia hecho; si el vino de grosellas exhalaba un olor agradable, era porque Olivia habia sabido cojer las grosellas en sazon; sus dedos eran los que daban á los pepinillos encurtidos un verde tan hermoso; y para la composicion de un pudding, tenia talento particular. Algunas veces la pobre madre le decia al caballero, que, á su parecer, Olivia y él se querian mucho, y le hacia poner en pié al lado de la muchacha, para ver cuál de los dos era mas alto. Estos ardides, que ella creia impenetrables, pero que todos veían y comprendian, agradaban mucho á nuestro bienhechor, quien daba cada dia una nueva prueba de su pasion amorosa. Es verdad que estas pruebas nunca llegaban á propuestas de matrimonio, mas se acercaban mucho; y su lentitud en esta parte la atribuiamos unas veces á un rubor natural, y otras al temor de disgustar á su tio. Una ocurrencia posterior nos hizo creer fuera de toda duda, que su idea era llegar á ser uno de la familia; mi mujer aun lo tuvo por una absoluta promesa.

Fué el caso, que habiendo ido mi mujer é hijas á pagar una visita á la familia del vecino Flamborough, hallaron que todos los de la casa se habian hecho retratar por un pintor que viajaba por el país, á razon de quince chelines cada uno. Como entre esta familia y la mia existia una especie de rivalidad en punto á gusto, nos alarmamos al ver que ellos nos habian ganado la delantera; por lo que, y no obstante todo cuanto pude decir, y dije mucho, se resolvió que nosotros tambien debiamos hacernos retratar. Por tanto, y sin que yo pudiese remediarlo, nos ajustamos con el retratista, siendo nuestra próxima deliberacion manifestar nuestra superioridad de gusto en las actitudes que habiamos de ocupar en la pintura. La familia de nuestro vecino constaba de siete personas, y todas ellas se veian retratadas en la misma postura, cada uno con una naranja en la mano: cosa bien insípida, y que demostraba el mal gusto que tenian. ¡Qué parecerian unos cuadros en los que no habia nin-

guna de las infinitas variedades que hay en la vida, sin composicion alguna de las que presta el mundo! Quisimos que nuestros retratos fuesen hechos en un estilo mas brillante; y despues de muchas disputas, convenimos en que nos retrataran á todos juntos en un gran cuadro histórico de familia. De este modo nos saldria mas barato, porque un mismo cuadro serviria para todos nosotros; y ademas seria infinitamente mas de moda, pues que todas las personas de algun gusto habian adoptado esta manera de retratarse. Como no se nos podia ocurrir á la memoria asunto histórico de la familia, convenimos igualmente en que cada uno de nosotros fuese pintado como figura independiente, aunque siempre con alusion á la historia de nuestra casa.

Mi mujer quiso ser retratada como Vénus, con su cinturon ricamente adornado de diamantes, y los dos chiquitos á sus lados, imitando dos Cupidos, mientras que yo, vestido con mi ropa talar y con mi beca, la presentaba mis libros sobre la controversia Bangoriana. Olivia, en traje de amazona, sentada sobre un banco de flores, con un látigo en la mano: su vestido habia de ser de un verde claro con franjas de oro. Sofía, de pastora, con tantas ovejas cuantas el pintor pudiera ponerle á su lado. Y Moisés, vestido como de costumbre, mas con una pluma blanca en el sombrero. Nuestra idea agradó tanto á Mr. Thornhill, que quiso absolutamente lo incluyeran en el lienzo, como á uno de la familia, debiendo ser retratado á los piés de Olivia, en el carácter de Alejandro el Grande. Esto fué considerado por todos nosotros como una indicacion de querer en realidad pertenecernos, por lo que accedimos á lo que queria. El pintor empezó su obra, y como trabajaba con asiduidad y lijereza, en menos de cuatro dias estuvo la pieza concluida. El cuadro era grande, y el pintor no economizó sus colores, por lo cual mi mujer hizo de él los mayores elogios. Quedamos todos perfectamente satisfechos de la obra; pero una circunstancia bien desagradable, y que no se nos habia ocurrido hasta que la pintura estuvo acabada, vino á aguar nuestro placer. Resultó que el cuadro era tan disforme, que no habia en la casa sitio donde colocarlo; es inconcebible cómo á ninguno de nosotros ocurrió una dificultad tan patente; mas lo cierto es que en esta ocasion todos estuvimos enteramente ciegos. La pintura, pues, en vez de satisfacer nuestra vanidad, como esperábamos, quedó arrimada, en la manera mas humillante, á la pared de

la cocina, donde el lienzo habia sido estendido y pintado, siendo demasiado grande para poder sacarlo por ninguna de las puertas, y escitando la burla de todos nuestros vecinos. Unos lo comparaban al gran bote de Robinson Crusoé, el cual no pudo mover por su estraordinario tamaño del lugar en que lo habia hecho; otros decian que mas se asemejaba á una devanadera dentro de una botella; y algunos se admiraban al pensar cómo saldria del cuarto, y se confundian reflexionando cómo habria entrado.

Pero al par que escitó el escarnio de algunos, dió orígen en muchos á las mas perversas sujestiones. El retrato de Thornhill se veia mezclado entre los nuestros, y este era demasiado honor para escapar de los tiros de la envidia. Empezaron á esparcirse las hablillas mas maliciosas contra nosotros, y nuestra tranquilidad se veia continuamente perturbada por personas que venian, como amigos, á decirnos lo que oian hablar de nosotros á nuestros enemigos. Estas relaciones eran siempre recibidas con decorosa resistencia, mas el escándalo se aumentaba con la oposicion. En esta virtud, entramos de nuevo en consulta para buscar los medios de evitar la malicia de nuestros enemigos; y por último, se adoptó una resolucion, que no fué enteramente de mi gusto por lo mucho que tenia de astuta. Se resolvió, pues, que siendo nuestro principal objeto descubrir á qué fin se dirigia el galanteo de Mr. Thornhill, mi mujer emprenderia averiguarlo, pidiéndole su consejo sobre la eleccion de un marido para su hija mayor. En caso que esto no fuera suficiente para inducirlo á declararse, se habia determinado aterrarlo con un rival, lo cual se juzgaba lo compeleria á descubrirse, por mas obstinado que fuese. Sin embargo, por ningun motivo quise dar mi consentimiento para este último paso, hasta que Olivia me prometió del modo mas solemne qne se casaria con la persona destinada en esta ocasion para rival de Mr. Thornhill, si este no lo impedia casándose con ella. Tal fué el proyecto adoptado, al que si bien no me opuse fuertemente, no dí toda mi aprobacion.

Así preparados, la primera vez que vino á vernos Mr. Thornhill tuvieron mis hijas la precaucion de retirarse para dar á su mamá el tiempo oportuno de poner su plan en ejecucion; pero se quedaron en el cuarto inmediato, desde donde, sin ser vistas, podian oir toda la conversacion. Esta fué introducida por mi mujer con la mayor sagacidad, observando que una de las señoritas Flamborough estaba

para casarse con Mr. Spanker, uno de los partidos mas ventajosos del dia. A esto asintió el caballero; y ella prosiguió su conversacion, notando que las ricas estaban seguras de encontrar buenos maridos. Pero el cielo ayuda, añadió, á las pobres que nada tienen. ¿Qué vale la belleza, Mr. Thornhill? ¿ó qué valen la virtud y to das las buenas cualidades del mundo en este siglo interesado? Cuando ahora se habla de una mujer, nadie pregunta lo que ella es, sino lo que tiene.—Señora, replicó Thornhill, apruebo en un todo lo justo y nuevo de esas observaciones; pero crea vd. que si yo fuera rey, la cosa iria de otro modo. Entonces sí que veria vd. buenos tiempos para las muchachas que no tienen caudal. Las dos hijas de vd. serian las primeras á quienes yo atenderia.—¡Ah, señor! repuso mi mujer; siempre está vd. de humor; pero si yo fuese reina, ya sabria entonces dónde buscarlas maridos. Mas ahora que vd. me lo ha traido á la memoria, ¿no puede vd., en formalidad, recomendarme un hombre propio para casarlo con mi hija mayor? Ya tiene diez y nueve años, es bien hecha, está bien educada, y sin que sea pasion de madre, está dotada de cualidades muy apreciables.—Si en mi mano estuviera, contestó Thornhill, yo la buscaria un hombre que reuniera en sí todas las prendas que pudiesen hacer feliz á un ángel. Uno prudente, rico, cortés y sincero, tal debe ser, señora, en mi opinion, el marido que conviene.—Sí señor, replicó ella; ¿pero conoce vd. á alguna persona de esas circunstancias?—No señora, la respondió: es imposible conocer una persona digna de ser el esposo de la señorita Olivia: es un tesoro demasiado grande para la posesion de un hombre; es una diosa. Por mi honor, que digo lo que pienso: es un ángel.—¡Ah, Mr. Thornhill! vd. hace mucho favor á mi pobre hija. Pero hemos estado pensando en uno de los arrendadores de vd., cuya madre ha muerto últimamente, y necesita una mujer que cuide la casa: vd. conoce á quien yo quiero decir, al hacendado Williams, hombre de mucho provecho, y con quien no le faltará pan á mi hija: él la ha hecho ya varias propuestas (y en efecto era así); pero yo me alegraria mucho, Mr. Thornhill, de que vd. me dijera si aprobaba esta eleccion.—¡Cómo, señora, esclamó el caballero. ¡Aprobar yo esta eleccion! ¡Yo.... nunca.... jamas! ¡Cómo! ¡Sacrificar tanta hermosura, tanto juicio, tanta bondad!—¿En verdad, señor? prorrumpió Débora. ¡Oh! pues si vd tiene sus razones, ya eso es otra cosa; pero gustaria saber esas raze

nes.—Dispénseme vd., replicó Thornhill: las razones que yo tengo están muy profundas para descubrirlas (poniendo la mano en su pecho): están aquí enterradas, remachadas.

Despues que se marchó, entramos en consulta para averiguar lo que significaban estos finos sentimientos: mas nada pudimos sacar en claro. Olivia los juzgó como la prueba del amor mas vehemente; pero yo no fuí de la misma opinion. A mi entender, demostraban claramente que en ellos habia mas de amor que de matrimonio. No obstante, y cualquiera que fuese su significado, se resolvió seguir el plan del hacendado Williams, quien desde nuestra llegada á la aldea habia hecho la corte á mi hija.

XVII.

Apenas hay virtud que resista al poder de una larga y agradable tentacion.

Como yo no deseaba mas que la verdadera felicidad de mi hija, estaba sumamente complacido con la asiduidad de Mr. Williams, que era un hombre acomodado, prudente y sincero. No fué necesario mucho estímulo para hacer revivir en él su pasion, así que de allí á unos dias, él y Mr. Thornill se encontraron de visita en nuestra casa, y por un rato estuvieron dirigiéndose mútuamente miradas de indignacion; pero como aquel nada debia á su propietario, no hizo caso alguno de su enojo. Olivia, por su parte, representó á la perfeccion el papel de coqueta, si puede llamarse representar hacer lo que era su verdadero carácter, haciendo que prodigaba toda su ternura á su nuevo amante. Mr. Thornhill se mostró muy abatido por esta preferencia, y se despidió con un aire pensativo, y á decir verdad, confieso que yo no atinaba á comprender cómo podia estar sufriendo tanto, cuando le era tan fácil remover la causa de su tormento pidiendo la mano de mi hija. Pero por muchas que fuesen las incomodidades que él padeciera, las angustias de Olivia eran mucho mayores. Despues de estas entrevistas entre sus amantes, que eran bien repetidas, acostumbraba retirarse á un paraje solitario, y allí entregarse toda á su dolor. De este modo la encontré una tarde, despues que habia estado por algun tiempo sosteniendo una alegría fingida.—"Hija mia, la dije, ya ves que

tu confianza en la pasion de Mr. Thornhill fué todo un sueño: él consiente la rivalidad de otro, su inferior en todos sentidos, aunque sabe que tiene en su mano asegurar tu posesion solo con declararse honradamente.—Si, papá, me replicó; pero él tiene sus razones para esta dilación; yo sé que las tiene. La sinceridad de sus intenciones y palabras me convencen de su verdadera estimacion hácia mí. Dentro de poco espero descubrir la generosidad de sus sentimientos, y convencer á vd. de que la opinion que de él he formado es mas justa que la que á vd. le debe.—Olivia, querida hija mia, todos los planes que hasta ahora se han seguido para obligarlo á declararse, han sido propuestos y ejecutados por tí misma, y no puedes decir que yo haya violentado tu inclinacion en lo mas leve. Pero no debes suponer, hija mia, que yo quiera servir de instrumento para que su honrado rival sea el juguete de tu infundada pasion. Te concedo que te tomes todo el tiempo que quieras para hacer que tu caprichoso amante se declare; pero á la espiracion del plazo que elijas, si aun persiste en su silencio, el honrado Mr. Williams será recompensado con tu mano por su fidelidad. Debo insistir absolutamente sobre esto, pues el carácter que hasta ahora he tenido en la sociedad lo exige así de mí, y mi ternura como padre, jamas influirá en mi integridad como hombre. Señala, pues, el dia que quieras sea tan remoto como te parezca; y al mismo tiempo ten cuidado de que Mr. Thornhill sepa esactamente el tiempo en que estoy resuelto pases á poder de su contrario. Si él te ama verdaderamente su propio buen sentido le dirá al instante que aun le queda un medio honesto para impedir el perderte para siempre.

Mi hija convino luego en esta propuesta, la que no pudo menos de considerar perfectamente justa. Renovó de nuevo en los términos mas positivos su promesa de casarse con Mr. Williams en caso de la insensibilidad del otro; y en la primera oportunidad y á presencia de Mr. Thornhill, quedó aplazado el dia para su boda, que seria de ahí á un mes.

Tan vigorosos procedimientos parecia redoblaban la ansiedad de Mr. Thornhill; mas á mí me dió alguna inquietud la que sufria efectivamente mi hija Olivia. En su lucha entre la virtud y su pasion, su vivacidad la abandonó en un todo, y buscaba con ansia toda ocasion de estar sola para dar soltura á sus lágrimas. Pasó una semana, y su amante no hizo cosa alguna para impedir su matri-

monio: la siguiente continuó con la misma asiduidad, mas tampoco se dió por entendido. A la tercera cesó enteramente de visitarlos; mi hija, en vez de manifestar, como yo esperaba, alguna impaciencia, se mostró con una tranquilidad pensativa, que yo juzgué como resignacion. Por mi parte estaba enieramente satisfecho al considerar que mi hija iba á asegurar para siempre su paz y fortuna, y aplaudia á menudo su resolucion.

Una noche, que creo era la cuarta anterior al dia señalado para el casamiento, se juntó mi pequeña familia alrededor de una hermosa lumbre á contar cuentos y á fraguar planes para lo futuro: estábamos engolfados en formar mil proyectos, y reiamos á carcajadas de cuantos desatinos se nos ocurrian.—Y bien, Moisés, esclamé; vamos pronto, hijo mio, á tener una boda en la familia. ¿Cuál es tu opinion sobre esto y sobre todas las cosas en general?—Mi opinion, contestó, es que todo va bien; y justamente estaba yo ahora pensando que cuando mi hermana Olivia se case con el hacendado Williams, éste nos prestará de balde la prensa y las tinas para hacer cerveza.—Eso sin remedio, Moisés, repliqué; y *de contra* nos cantará para alegrarnos la cancion de *la Muerte y la Señora.*—El le ha enseñado esa cancion á Ricardito, repuso, y pienso que este la canta muy bien.—¿Sí? Pues entonces que nos la cante: ¿dónde está Ricardito? Que la empiece al momento.—Mi hermano Ricardito, contestó el otro pequeño, acaba de salir con mi hermana Olivia; pero Mr. Williams me ha enseñado á mí dos canciones, y yo se las cantaré á vd., papá. ¿Cuál le gusta á vd. mas? *¿El Cisne moribundo*, ó la *Elegia á la muerte de un perro rabioso?*—La Elegia primero, hijo mio: yo todavía no la he oido. Pero, Débora, vida mia, tú sabes que la tristeza es seca; danos una botella del mejor grosella que haya en casa para alegrarnos. He llorado tanto últimamente por toda suerte de elegías, que sin un vaso que me reanime, creo que esta me rendirá. Y tú, Sofía, mi alma, toma la guitarra, y rasca esas cuerdas para acompañar á Guillermito.

ELEGIA A LA MUERTE DE UN PERRO RABIOSO.

Pobres, ricos, plebeyos, nobleza,
Oid atentos mi triste cancion,
Que si os causa, por corta, estrañeza,
Poco tiempo os tendrá en suspension.

En Islington un hombre vivia,
De quien siempre dijera el lugar
Que la senda del justo seguia,
Si á la iglesia lo via encaminar.

Entre todos igual repartiera
Sus consuelos, ternura y querer,
Y á vestir el desnudo atendiera
Cuando se iba su ropa á poner.

Habia un perro en el mismo poblado,
Que do quier hay de perros un mil,
De linage confuso y mezclado,
Y de raza muy baja y muy vil.

Hombre y perro se amaban fielmente,
Mas el diablo á los dos enredó,
Y al mastin, por idea solamente,
Le dió rabia, y al hombre mordió.

Los vecinos, de asombro al momento
Por las calles se dan á correr;
Perdió, juran, el perro el talento,
Pues fué un hombre tan bueno á morder.

Que es de aspecto fatal, peligroso,
La mordida, llegan á decir,
Y jurando está el perro rabioso,
Tambien juran va el hombre á morir.

Pero al fin un milagro se obrara
Que á la plebe toda desmintió,
Pues la herida del hombre sanara,
Y fué el perro el que solo murió.

"Bravo, Guillermito; eres un buen muchacho y la elegía puede llamarse verdaderamente trágica. Vamos, hijos mios, á beber á la salud de Guillermito y á que Dios quiera que lo veamos algun dia obispo.—Con todo mi corazon, esclamó mi mujer, y no dudo que lo sea si predica tan bien como canta. Los mas de su familia, por parte de madre, han sido buenos cantores: era un dicho comun en nuestro pueblo que ni la familia de los Blenkisops ni la de los Huggi nesses servian para descalzarnos el zapato; y que no habia ni uno

entre nuestros Grograms que no supiere cantar, ni ninguno entre nuestros Majorams que no tuviese gracia para contar un cuento.—Sea de esto lo que quiera, dije yo; mas me gusta el peor de todos esos romances que la mejor de las elegantes odas del dia, y demas producciones que nos petrifican con una sola estancia; producciones que elogiamos y detestamos al mismo tiempo. Da el vaso á tu hermano, Moisés. La mayor falta que yo noto en estos compositores de elegía es que desesperan por males que á la parte sensible del mundo dan muy poca ó ninguna pena. Muerésele á una señorita su perrito faldero, y el mentecato poeta corre á su casa á poner en verso el desastre.—Quizás será esa la moda, esclamó Moisés, para las composiciones sublimes; pero las canciones de Ranelagh que llegan á nosotros, son todas de un estilo perfectamente familiar. Colin se encuentra con Dorotea y se hablan de amores: él la regala una joya para que se adorne la cabeza, y ella le da á él un ramillete; y en seguida marchan juntos á la Iglesia en donde aconsejan á las pastoras y zagales que se casen lo mas pronto posible.—Y es un consejo muy bueno, repliqué, y me han dicho que en ninguna parte del mundo puede darse con mas propiedad que allí, pues á la par que nos persuaden á casarnos nos facilitan tambien la mujer; y seguramente, hijo mio, debe ser un buen mercado aquel en que nos dicen lo que nos falta y nos proveen de ello cuando se necesita.—Sí señor, repuso Moisés, y solo sé de dos mercados de esa clase en Europa, que son Ranelagh en Inglaterra y Fuenterrabia en España; mas con esta diferencia, que el mercado español está abierto una vez al año, y el inglés lo está todos los dias.—Tienes razon, hijo mio, esclamó su madre; no hay plaza en el mundo como la antigua Inglaterra para casarse los hombres.—Ni donde las mujeres tengan mas habilidad para conducir y gobernar á sus maridos, interrumpí yo. Es un proverbio entre los estranjeros, que si se construyera un puente que uniese el continente á nuestra isla, todas las señoras de allá vendrian de muy buena gana á tomar ejemplo de las nuestras; porque no hay mujeres como las inglesas en toda Europa. Pero danos otra botella, mi querida Débora; y tú, Moisés, cántanos una bonita cancion. ¡Cuántas gracias no debemos al cielo por habernos dejado la tranquilidad, la salud y lo necesario para nuestra subsistencia! Yo me considero ahora mas feliz que el mayor monarca del mundo: estoy seguro de que él no goza de rato tan placentero, ni

está rodeado de caras tan alegres. Sí, mi amada Débora; ya los dos vamos envejeciendo, pero la tarde de nuestra vida probablemente será dichosa. Mientras vivamos, serán nuestro apoyo y felicidad, y despues que hayamos desaparecido, trasmitirán intacto nuestro honor á nuestros nietos mas remotos. Vamos, hijo mio, aguardamos tu cancion: hagamos coro. ¿Pero á dónde está mi querida Olivia? Su voz de querubin es siempre la mas dulce y la que sobresale mas en el concierto.

No bien acababa de hablar, cuando entró Ricardito gritando:—"Papá, se ha ido; papá, se ha ido; mi hermana Olivia se ha ido; y nos ha dejado para siempre.—¡Se ha ido, hijo mio!—Sí señor, se ha ido con dos caballeros en un coche, y uno de ellos la besó, y la dijo que moriria por ella; y mi hermana lloró mucho y queria volver; pero él la habló otra vez, y ella fué al coche, y dijo:—¡Oh! ¡qué dirá mi pobre papá cuando sepa que estoy perdida!—Pues entonces, hijos mios, esclamé, id y sed miserables, porque ya no gozarémos ni una hora de felicidad.... ¡Ojalá que la eterna furia del Altísimo descargue sobre el inicuo raptor y los suyos!.... ¡Robarme así á mi hija! ¡Sí! ¡lo castigará por haberme arrebatado á una inocente que yo estaba encaminando para el cielo!.... ¡Aquella sinceridad de mi hija!.... ¡Pero toda nuestra dicha acabó ya para siempre en la tierra! ¡Id, hijos mios, id y consumíos en la miseria y en la infamia!.... ¡El corazon se me parte!....—¡Padre! esclamó Moisés, ¿es esa la fortaleza de vd.?—¡Fortaleza, hijo mio! Sí, él verá que tengo fortaleza. Traeme mis pistolas. Yo perseguiré al traidor; mientras exista, yo lo perseguiré. Viejo como estoy, él verá que no puede escapar de mis manos. ¡Vil!.... ¡pérfido, vil!

Ya habia yo alcanzado mis pistolas, cuando mi pobre mujer, cuyas pasiones no eran tan fuertes como las mias, me cojió entre sus brazos, y me dijo:—¡Mi amado, mi querido esposo! La Biblia es la única arma de que ahora necesitan tus ancianas manos; ábrela, Cárlos mio; su lectura nos hará soportar con paciencia nuestra cruel angustia; ¡ah! ¡mi hija ha sido vilmente engañada!

Su dolor nos hizo quedar á todos en un profundo silencio.—En verdad, señor, reasumió mi hijo despues de una pausa, su dolor de vd. es demasiado violento é indecoroso.—Vd. debia ser el consolador de mi madre, y no hace mas que aumentar sus penas. Ademas, es muy impropio de vd. y de su sagrado carácter maldecir

de esa manera aun á su mayor enemigo. Por villano é inicuo que este sea, nunca debia vd. maldecirlo.—Yo no lo he maldecido, hijo mio: ¿lo he hecho así?—Sí señor, papá: vd. lo maldijo dos veces.—Pues si lo hice, el cielo me perdone, y á él tambien. Yo ahora veo, hijo mio, que es mas que humana benevolencia la que nos enseñó á bendecir á nuestros enemigos. ¡Bendito sea su santo nombre por todo lo que nos ha dado y por todo lo que nos ha quitado! Pero no es una desgracia pequeña la que puede arrancar lágrimas á estos cansados ojos, que tantos años hace no han sabido lo que es llorar. ¡Hija mia!... ¡Perder así á mi querida hija!.... ¡Ojalá que todos los males cayesen.... ¡El cielo me perdone lo que iba á decir. Acuérdate, amada Débora, de su buen natural y de su hermosura: hasta este detestable momento, todos sus cuidados se cifraron en hacernos felices. ¡Si al menos hubiera muerto! Mas ella ha huido de nosotros, dejando manchado el honor de nuestra familia... y es preciso que yo busque la felicidad en el otro mundo, pues en este ya acabó para mí. ¿Pero, hijo mio, la viste tú marcharse? ¿quizás él la forzó á seguirlo? Si él la forzó, aun puede ella ser inocente. ¡Oh! no señor, esclamó Ricardito: él no hizo mas que besarla, y la llamó su ángel, y ella lloró muchísimo, y tomó el brazo de él, y se metieron en el coche, y se fueron corriendo muy á prisa.—¡Ingrata desagradecida! esclamó mi mujer, á quien apenas dejaba hablar el llanto. ¡Habernos tratado de este modo! nunca violentamos en lo mas mínimo su inclinacion. ¡Miserable!... ¡Abandonar á sus padres sin motivo, haciendo bajen deshonrados á la tumba á donde sin duda me llevará muy pronto este pesar.

Así pasamos aquella noche, la primera de nuestras efectivas desgracias, luchando entre la amargura de nuestro quebranto y las mal sostenidas agudezas del entusiasmo religioso. Determiné, sin embargo, buscar al raptor donde quiera que estuviese, y echarle en cara su bajeza. A la mañana siguiente se aumentó en cierto modo nuestro dolor al no ver á nuestra desdichada hija en el almuerzo, donde acostumbraba á darnos espíritu y alegría con sus placenteras é inocentes jocosidades. Mi mujer, como el dia anterior, procuró mitigar el dolor de su corazon usando de las espresiones mas duras.—Nunca volverá, esclamó, esa vilísima mancha de nuestra familia á oscurecer con su presencia esta morada de la inocencia y sencillez. No la llamaré mas hija mia! no, viva la miserable con su seductor; ella ha

podido avergonzarnos, pero no podrá engañarnos otra vez.—Mujer, la dije, no hables de esa manera; yo detesto su crímen tanto como tú; pero no obstante, siempre estarán esta casa y este corazon prontos á recibir una pobre y arrepentida pecadora. Cuanto mas breve vuelva de su delito, tanto mejor recibida será de mí. La primera falta es hija de la simplicidad; las siguientes son la consecuencia del crímen. Sí; la infeliz encontrará abierto este corazon y esta casa, aunque venga manchada de mil delitos. Yo oiré otra vez el sonido de su dulce voz, y reclinaré amorosamente mi cabeza en su seno, si en él encuentro el arrepentimiento. Hijo mio, traeme mi biblia y mi báculo; voy á buscarla á donde quiera que esté; y ya que no pueda salvar su honor, impediré á lo menos continúe en la iniquidad.

XVIII.

Anhelo de un padre por atraer á la virtud á una hija estraviada.

Aunque mi Ricardito no pudo darme las señas de la persona que habia llevado á mi hija al coche, sin embargo, mis sospechas todas recayeron sobre nuestro jóven señor, cuyo carácter para semejantes intrigas era bien conocido. Por tanto, me dirigí hácia la quinta de Thornhill, resuelto en echarle en rostro su infame accion, y si podia, traerme á mi hija. Pero antes de llegar á la casa me encontré con uno de mis feligreses, quien me dijo habia visto á una señorita, en todo parecida á mi hija, en una silla de posta, con un caballero, que, por la descripcion que de él me hizo, conjeturé no podia ser otro que Mr. Burchell, y que iban á todo escape. No satisfecho con esta noticia, seguí hasta la casa de Thornhill. Sin embargo de ser muy temprano, insistí en la necesidad de verlo inmediatamente. En efecto, se me presentó luego, con su acostumbrado aire franco y familiar, y quedó enteramente sorprendido al saber el rapto de mi hija, protestándome por su honor que nada habia oido de semejante desgracia hasta aquel momento. Me acusé á mí mismo por las sospechas que de él habia formado, y no pude menos de volverlas todas sobre Mr. Burchell, á quien me acordaba haber observado últimamente en continuas y secretas conferencias con mi hija. Pero la llegada de otro testigo no me dejó ya duda de la villanía de Mr. Burchell, pues me afirmó que éste y mi hija se encaminaban en aquel momento para

los Pozos, parajo distante como treinta millas de donde me hallaba, y al que habia acudido mucha gente para los baños. Al oir esto, resolví marchar allá inmediatamente. Caminé con toda la celeridad posible, preguntando á cuantos encontraba; pero nadie me dió noticia, hasta que al entrar en el pueblo hablé á un hombre á caballo que salia de él, y á quien recordaba haber visto en la quinta de Thornhill, el que me aseguró que volvia de New-market de ver las carreras de caballos, y que si yo queria alcanzar á Burchell y á mi hija, no tenia mas que seguir hasta aquel paraje, que distaba unas treinta millas de allí, pues los habia visto en él bailando la noche anterior, y que toda la gente habia quedado encantada de la gracia y habilidad de mi hija. Al otro dia muy de mañana emprendí la marcha hácia dicho punto, y llegué á él como á las cuatro de la tarde.

Acudí al mismo sitio de las carreras: el gentío era inmenso y lucido, y una sola idea ocupaba al parecer el corazon de todos:—la de divertirse. ¡Cuán diversa de la que albergaba en el suyo un triste padre cuyo objeto era atraer á la virtud una infeliz hija estraviada! Creí haber visto á Mr. Burchell á alguna distancia; pero como si temiese una entrevista conmigo, al acercarme á él se mezcló entre la multitud, y no volví mas á verlo. Entonces reflexioné que ya seria inútil proseguir mas adelante, y resolví volverme á casa, donde mi inocente familia necesitaba de mi asistencia.

Pero las agitaciones de mi espíritu y las fatigas que habia sufrido me causaron una fiebre, cuyos síntomas advertí antes de retirarme del sitio de las carreras. Este inesperado golpe me causó la mayor inquietud, pues me hallaba á mas de setenta millas de mi casa. Sin embargo, me recojí en un pequeño meson, que estaba á un lado del camino, y en este lugar, comun retiro de la frugalidad é indigencia, me prepararon un pobre lecho, donde me tendí aguardando pacientemente el resultado de mi enfermedad. Estuve aquí tres semanas batallando con la calentura, hasta que al fin mi constitucion me sacó victorioso del combate. Aun me quedaba otra terrible desazon que esperimentar, pues me encontré con que no tenia dinero para satisfacer los gastos que habia hecho en el meson. La ansiedad en que me ví por esta última circunstancia, me hubiera sin duda hecho recaer en mi enfermedad, á no haber sido socorrido por un caminante, que entró de paso á tomar algun refrigerio. Esta perso-

na era nada menos que el filantrópico librero del portal de San Pablo de Lóndres, que ha escrito tantos libritos para los niños, de quienes se decia el amigo, aunque ciertamente lo era de todo el género humano. No bien se habia apeado, y ya queria volver á montar y partir, pues siempre lo tenian ocupado asuntos de la mayor importancia, hallándose justamente en aquellos dias recopilando materiales para la historia de Mr. Tomas Trip. Al momento reconocí á este buen hombre por sus cachetes gordos y colorados; y como él me conocia de antemano por haberme publicado algunos folletos contra los *deuterogamos* del siglo, le pedí y me dió prestado algun dinero, bajo la condicion de volverlo á mi llegada á mi casa. Dejé el meson, aunque me hallaba algo débil, y resolví hacer las jornadas de diez millas al dia, para de este modo no fatigarme tanto en mi viaje de vuelta.

Mi salud y acostumbrada tranquilidad estaban ya casi recobradas, y ahora condené en mí aquella soberbia que me habia hecho indócil á la mano de la correccion. El hombre no conoce las calamidades que esceden, á su paciencia hasta que las prueba; así como al ascender á la cumbre de la ambicion, cada paso que subimos nos hace ver algun nuevo prospecto de oculto desengaño, del mismo modo al bajar al valle de la miseria, que desde las cimas del placer nos parece oscuro y melancólico, nuestro ocupado entendimiento, siempre atento á su propia diversion, encuentra algo que lo lisonjea y sorprende. Mientras mas bajamos, los mas oscuros objetos aparecen mas brillantes; las perspectivas inesperadas nos divierten, y nuestra vista mental se acomoda, por último, á su lúgubre y triste situacion.

Habria caminado como dos horas, cuando percibí á lo lejos un objeto que me pareció un carro, y me determiné á alcanzarlo; pero al llegar á él encontré que era una carreta de una compañía de cómicos de la legua, que llevaba los telones y demas muebles de teatro á la inmediata villa, á donde la compañía pasaba á representar. Con la carreta no iban mas personas que el mozo que la conducia y uno de los cómicos, debiendo los otros llegar al dia siguiente. *El mejor atajo en un camino es ir en buena compañía*, dice el proverbio, por lo que entablé conversacion con el pobre histrion; y como yo en mi tiempo habia tenido tambien mis conocimientos teatrales, empecé á comentar sobre esta materia con mi libertad acostumbrada.

No hallándome muy enterado del estado presente del teatro, le pregunté;—¿quiénes eran los escritores dramáticos que estaban mas en boga? ¿Quiénes los Drydens y Otwais de nuestros dias?—Estoy persuadido, señor, esclamó mi compañero, de que pocos de nuestros modernos autores dramáticos se creerian muy honrados al verse comparar á los escritores que vd. menciona. Ya no es de moda el estilo de Dryden y de Rowe; nuestro gusto ha retrocedido un siglo entero: Fletcher, Ben Jonhson y todas las comedias de Shakspeare son las únicas cosas que se reciben con aplauso.—¡Cómo! rspliqué; ¿es posible que en nuestros dias agraden aquel dialecto anticuado, aquel humor estravagante y aquellos caractéres tan sobrecargados é impropios en que abundan las obras que vd. cita?—Señor, repuso el actor, el público nada piensa sobre dialecto, humor ni caractéres, porque nada de eso le importa. El público solo quiere divertirse, y se tiene por muy dichoso cuando puede disfrutar de la representacion de una pantomima sancionada bajo el nombre de Johnson ó Shakspeare.—Entonces, supongo, esclamé, que nuestros modernos dramáticos imitan mas bien á Shakspeare que á la naturaleza.—A decir verdad, añadió el histrion, no sé que imiten absolutamente cosa alguna, ni el público tampoco lo exije de ellos. Ademas, que lo que atrae el aplauso no es la composicion de la pieza, sino el número de movimientos y actitudes repentinas y estraordinarias que el autor introduce en ella. Yo he visto una pieza sin la menor gracia en su composicion, atraerse la popularidad por esas contorsiones; y otra haberse salvado de ser silbada por haber introducido el poeta un personaje á quien en una escena le da un ataque furioso de cólico. No señor: las obras de Congrave y Farquhar tienen demasiado ingenio para el gusto del dia: nuestro moderno diálogo es mucho mas natural.

Ya para entonces habia llegado la carreta á la villa, y los habitantes, noticioso al parecer de nuestra venida, habian salido á mirarnos; pues como observó mny bien mi compañero, los cómicos de la legua siempre tienen mas espectadores fuera que dentro de puerta. Yo no habia pensado en la impropiedad de estar con semejante compañía hasta que me ví rodeado de la plebe. Por lo tanto, me acojí á toda prisa á la primera taberna que encontré, en la cual no bien habia entrado, cuando se acercó á mí un caballero bien vestido, y me preguntó—si era yo efectivamente capellan de la compañía de los

cómicos, ó si tal vez era este el papel que me tocaba representar en la comedia.—Al informarle de la verdad, se mostró tan complacido, que nos convidó al cómico y á mí á tomar con él un ponche, habiendo empleado todo el tiempo que invertimos en beberlo, en discutir sobre asuntos modernos de política, lo que hacia con el mayor calor é interes. Yo lo tuve por nada menos que por un individuo del parlamento; y casi me confirmé en esta idea cuando al preguntar yo al tabernero qué tenia para darnos de cenar, el caballero insistió en que mi compañero de viaje y yo fuésemos á cenar con él á su casa: propuesta á que accedí, despues de algunos ruegos de parte del que la proponia.

XIX.

Descripcion de una persona descontenta con el presente gobierno y temerosa de la pérdida de nuestra libertad.

La casa á donde habiamos de cenar estaba á corta distancia de la villa, y el caballero nos dijo que pues no tenia allí pronto su coche, iriamos á pié. A poco rato llegamos á una de las magníficas casas de campo que yo habia visto en todo aquel pais. El salon donde fuimos introducidos, estaba amueblado con mucha elegancia y al gusto moderno. Nuestro invitador pasó á dar las órdenes necesarias para la cena, mientras que el cómico con una guiñada me dió á entender que habiamos tenido un buen encuentro. El caballero volvió al instante, y no pasaron muchos minutos cuando trajeron una cena espléndida, y en seguida se presentaron dos ó tres señoras en vistoso *deshabillé.*

Nos sentamos á la mesa, y la conversacion principió con alguna jovialidad y desembarazo. No obstante, el asunto sobre que principalmente se difundia nuestro convidador, era el de política, asegurándonos que la libertad era á un tiempo su vanagloria y su terror. Despues de cenar, me preguntó—si habia leido el último Monitor;—habiéndole contestado en la negativa, replicó:—"¡Cómo! supongo que el Auditor—tampoco, señor, le contesté.—Eso es estraño, y estrañísimo, repuso: yo leo todos los papeles que se publican sobre política: el Diario, el Público, el Libro mayor, la Crónica, la Tarde de Lóndres, Whitehall, los diez y siete Almacenes y los dos Análisis literarios, y aunque ellos se detestan unos á otros, yo los quiero á to-

dos. La libertad, señor, es la vanagloria de todo inglés, y le aseguro á usted, por todas mis minas de carbon de piedra de Cornwalls, que reverencio á los custodios de ella.—Entonces es de esperar, repliqué, que tambien reverencia usted al rey.—Sí, contestó, cuando hace lo que debe; pero si continúa como hasta aquí haciendo lo que se le antoja, nunca volveré á mezclarme en sus asuntos. No queria decirlo; pero me parece á mí que algunos negocios los hubiera yo dirigido mejor que él. Yo creo que no tiene un número suficiente de consejeros: deberia aconsejarse con todos los que quisieran prestarle este buen oficio, y entonces veriamos caminar las cosas de otra manera.—Y yo deseara, esclamé, que todos esos consejeros intrusos fuesen puestos en la picota. Deberia ser la obligacion de todos los hombres honrados el sostener y ayudar la parte flaca de nuestra constitucion, ese poder sagrado, que hace algunos años va declinando de dia en dia y perdiendo la influencia moral que debia tener en el Estado. Pero estos ignorantes continúan siempre gritando, y si tienen algun peso que echar en la balanza, lo echan bajamente en el platillo que miran mas cargado.—¡Cómo! esclamó una de las señoras. ¡Tengo yo la desgracia de existir para escuchar un hombre tan vil, tan sórdido, que se atreva á ser enemigo de la libertad y defensor de los tiranos! ¡Libertad, sagrado don del cielo, privilegio glorioso de los bretones!—¡Es posible, añadió nuestro convidante, que se encuentre en el dia uno que abogue por la esclavitud! ¡Uno que tan villanamente quiera privar de sus privilegios á los bretones! ¡Es posible, señor, contesté: yo estoy por la libertad, atributo divino de los dioses! ¡Gloriosa libertad, tema de las modernas declamaciones! Yo quisiera que todos los hombres fueran reyes; yo tambien quisiera serlo: todos tenemos por naturaleza un derecho igual al trono; todos somos originalmente iguales. Esta és mi opinion, y lo fué tambien en otro tiempo de una reunion de hombres llamados los *igualadores*. . . . .

. . . .

. . . .

Advertí que mi acaloramiento habia alargado mi discurso mas de lo que la buena crianza me permitia. El caballero, cuya impaciencia por interrumpirme habia sido estremada, no pudo contenerse mas y esclamó:—¡Cómo! ¡He tenido, pues, á mi lado todo este tiempo un jesuita vestido de cura! Pero por todas las minas de carbon

de piedra de Cornwallis, que se marchará ahora mismo, ó pierdo yo mi nombre de Wilkinson.—Conocí que, en efecto, me habia escedido, y pedí perdon por el calor con que habia hablado.—¡Perdon! esclamó el otro encendido en cólera; yo creo que semejantes principios requieren diez mil perdones. ¡Cómo! ¡Privarnos así de nuestra libertad y propiedad, y, como el Gacetero dice, ponernos en cuatro piés para que nos echen la albarda! Señor, insisto en que se marche vd. inmediatamente de esta casa para impedir peores consecuencias: señor, insisto en que se vaya vd. al momento."—Yo iba á repetir mi súplica, cuando oimos que un lacayo llamaba á la puerta, y las señoras esclamaron á una voz:—Tan cierto como nos hemos de morir, que son los amos que han llegado.

Parece que nuestro convidante era el mayordomo de la casa, y quiso hacer figura en ausencia del dueño, representando por un rato el caballero, y á la verdad que en cuanto á política, hablaba con tanto tino como la mayor parte de los hidalgos de provincia. Mas nada puede compararse con mi confusion al ver entrar en la sala al amo con su señora, ni fué menos la sorpresa de ellos al encontrarse en su casa con tan buena fiesta y compañía.—Caballeros, nos dijo el verdadero amo dirigiéndose al cómico y á mí, soy el mas atento servidor de vdes.; pero protesto que tan inesperado favor me abruma con la idea de la obligacion que me impone.—Por inesperada que le pareciese nuestra compañía, no lo fué sin duda menos para nosotros: yo me quedé estupefacto con el temor de mi propio absurdo, y nada sabia ni atinaba á contestar, cuando para mi mayor sorpresa y fortuna, veo entrar en la misma sala á la señorita Arabela Wilmott, la que debia haber sido esposa de mi hijo Jorge, pero cuyo casamiento quedó frustrado como se refirió al principio. Al momento que ella me vió, se arrojó á mis brazos con la mayor alegría.—Mi amado señor, esclamó: ¿á qué dichoso accidente debemos esta visita? Estoy segura de que mis queridos tios se regocijarán infinito al saber tienen por huésped en su casa al doctor Primrose.—Al oir mi nombre, el anciano caballero y su esposa se adelantaron hácia mí muy cortesmente, y me dieron la bien-venida con la mas espresiva cordialidad. Al informarles de la circunstancia que habia motivado mi actual visita, no pudieron menos de sonreirse; y el desdichado mayordomo, que un momento antes parecia dispuesto á arrojarme de la casa, quedó en ella ahora por intercesion mia.

Mr. Arnold y su señora, á quienes pertenecia aquella magnífica quinta, desearon los acompañase algunos dias, á lo cual accedí, habiendo unido sus ruegos á los de sus tios mi amada discípula, cuyo talento se habia en cierto modo formado por mis instrucciones. Aquella noche me destinaron una escelente alcoba, y por la mañana temprano me convidó la señorita Wilmott á dar un paseo por el jardin, el cual estaba decorado al gusto moderno. Despues de emplear un rato en examinar las bellezas de aquel sitio, me preguntó con aparente indiferencia cuánto tiempo hacia que no sabia de mi hijo Jorge.—¡Ay de mí, señora! le contesté. Hace ya tres años que se ausentó de nosotros, y en todo este tiempo no ha escrito ni á sus amigos ni á mí. No sé dónde se halla, y tal vez no volveré á verlo, como ni tampoco la felicidad. No, mi querida señorita, ya no volverémos á ver aquellas felices horas, pasadas tan alegre é inocentemente al lado de la lumbre en Wakefield. Mi pequeña familia empieza á disiparse á toda prisa, y la pobreza nos ha traido no solo la necesidad, sino la infamia. La buena señorita dejó caer algunas lágrimas de compasion al oir estas palabras; y como yo conocia su escesiva sensibilidad, me contuve en hacerle una relacion circunstanciada de nuestros males. Entretanto, me sirvió de algun consuelo ver que el tiempo no habia hecho la mas leve alteracion en su cariño, y saber que habia despreciado varias propuestas de casamiento desde que nosotros dejamos á Wakefield. Me iba mostrando todos los sitios mas primorosos del jardin, sus calles y glorietas, prestándola todos los objetos que me indicaba, alguna escusa para preguntarme algo acerca de mi hijo. De este modo invertimos toda la mañana hasta que nos llamaron á comer. Encontramos en la casa al director de la compañía de cómicos de la legua, que habia venido á disponer de algunos asientos para la comedia.—*la Hermosa penitente*,—que iba á representarse aquella noche, debiendo ser desempeñado el papel de Horacio por un jóven caballero que jamas habia salido antes á las tablas. El director alababa con mucho encarecimiento al nuevo compañero, y nos aseguró que ninguno habia visto que prometiese mas esperanzas que este jóven de llegar á ser un actor escelente. Observó que un buen cómico no se formaba en un dia; pero el caballero de quien hablo, añadió, parece nacido para pisar las tablas. Su voz, su figura, su accionar, todo es interesante. Nosotros nos hicimos de él casualmente en nuestra última jornada.

Esta relacion escitó algun tanto nuestra curiosidad, y las señoras se empeñaron en que yo las acompañara al paraje destinado para la representacion, el cual era un troje. Como las personas con quienes yo iba eran sin disputa las principales del pueblo, nos recibieron con la mayor atencion, y nos colocaron en el mejor asiento frente del tablado. Estuvimos sentados algun tiempo aguardando con impaciencia la salida del decantado Horacio: por último, este se presenta... ¡Era mi desdichado hijo Jorge! Antes de empezar, echó una ojeada á la audiencia, y al vernos, se quedó inmóvil como una estátua. Los cómicos que estaban detras de los bastidores, atribuyendo esta pausa á una timidez natural, hacian todos sus esfuerzos para animarlo; pero él, en vez de darse por entendido, prorrumpió en un amargo llanto, y se retiró de la escena. No me es posible describir las sensaciones que esperimenté: se sucedian unas á otras con una rapidez estraordinaria para poder pintarlas. Pero pronto me sacó de esta desagradable distraccion la señorita Wilmott, quien, pálida, y con voz trémula, me suplicó la volviese á casa de su tio.

A nuestra llegada, informamos á Mr. Arnold de la estraña ocurrencia que nos hacia volver tan prontamente, y al oir que el nuevo actor era mi hijo, tuvo la bondad de demandar su coche para que lo trajese. En breve lo tuvimos con nosotros, pues los cómicos se habian visto obligados á dar su papel á otro, por haber él rehusado terminantemente volver á presentarse. Mr. Arnold lo recibió con la mayor ternura, y yo con mis acostumbrados trasportes de cordial alegría, porque nunca he podido fingir el estar resentido. El recibimiento de la señora Wilmot, fué mezclado con cierto aire de indiferencia; sin embargo, noté que estaba haciendo un papel estudiado. El tumulto causado en su espíritu, aun no se habia estinguido: decia veinte cosas inconexas, que se parecian al gozo, y luego se reia á carcajadas al conocer la falta de sentido en lo que habia dicho. De cuando en cuando dirigia á hurtadillas una mirada al espejo, como felicitándose del convencimiento en que estaba de que no podia resistir nadie á su hermosura; y con frecuencia hacia varias preguntas, sin prestar atencion á lo que la respondia.

XX.

Historia de un filósofo que vaga por el mundo en solicitud de la novedad, á costa del contento de su espíritu.

Despues de haber cenado, la señora Arnold ofreció con mucha cortesía enviar un par de lacayos por el equipaje de mi hijo: este, al principio, hizo como que rehusaba la oferta, agradeciéndola; mas habiendo insistido la señora, se vió en la precision de declararla que un palo y una mochila eran todos los bienes terrenales que poseia.—¡Cómo así, hijo mio, esclamé! te apartaste pobre de mí, y pobre te vuelvo á hallar, sin embargo de que no dudo has andado una gran parte del mundo.—Sí señor, replicó mi hijo; pero el viajar en busca de la fortuna no es el medio de asegurarla; y ya he desistido, por último, de ir en su solicitud.—Se me figura, caballero, dijo la señora Arnold, que las aventuras de vd. han de ser muy divertidas: mi sobrina me ha referido varias veces la primera parte de ellas; y si vd. gustara relatarnos ahora el resto, nos obligaria infinito con su condescendencia.—Señora, la contestó mi hijo, crea vd. que por grande que sea el placer que vd. tenga en oirlas, mayor será mi vanidad en relatarlas; sin embargo, en toda la narrativa apenas puedo prometer á vd. una sola aventura, pues mi relacion mas bien se compone de las cosas que he visto, que de las que yo he hecho. La primera desgracia de mi vida, que todos vdes. conocen, fué grande; pero aunque me redujo á la miseria, no por esto pudo acobardarme. Jamas hubo persona que estuviese dotada de tan gran fondo de esperanzas como yo. Mientras mas ingrata encontraba en una ocasion á la fortuna, mas esperaba de ella en otra; y aun ahora mismo, que me hallo debajo de su rueda, espero que una nueva revolucion de su capricho pueda elevarme, mas no ponerme mas abajo de donde estoy.

"Despues de aquella mi primera desgracia, proseguí mi viaje para Lóndres, en una hermosa mañana, alegre como los pajarillos que oia cantar por mi camino, sin incomodarme en lo mas leve, pensando en el dia siguiente, y consolándome con la idea de que la capital era el verdadero punto donde las habilidades y talentos de toda especie estaban seguros de encontrar distincion y recompensa.

"A mi llegada á ella, mi primer cuidado, señor, fué entregar la carta de recomendacion que vd. me dió para mi primo, á quien

hallé en circunstancias poco mejores que las mias. Mi proyecto, como vd. sabe, era colocarme de ayo de escuela, y al efecto le pedí su parecer sobre este punto. Mi primo oyó la proposicion con una risita verdaderamente sardónica.—¡Vaya! esclamó: ¡á la verdad que te han destinado para una carrera muy lucida! Yo mismo he sido ayo en una escuela de pupilos, y quiero que me ahorquen si no prefiero ser mozo del carcelero de Newgate, á volver á desempeñar semejantes ayudantías. Yo debia levantarme muy temprano, y acostarme muy tarde; el maestro principal me miraba con ceño y desprecio; la maestra me aborrecia por mi fea cara; los muchachos se burlaban de mí á todas sus anchas, y nunca me era permitido salir á gozar un rato de la vista y sociedad de mis amigos. ¿Pero estás tú cierto de que eres propio para ayo de escuela? Deja que yo te examine. ¿Has pasado tu aprendizaje para este oficio?—No. —Pues entonces no eres para ayo de escuela. ¿Puedes tú peinar á los muchachos?—No.—Pues entonces no sirves para ayo de escuela. ¿Has tenido las viruelas?—No.—Pues entonces no eres á propósito para ayo de escuela. ¿Sabes acostar á tres en una cama? —No.—Pues entonces nunca servirás para ayo de escuela. ¿Tienes estómago delicado?—Si.—Vaya, pues entonces no sirves absolutamente para ayo de escuela. No señor; si tratas de adquirir con facilidad una profesion decente, escritúrate por siete años de aprendiz de un cuchillero para dar vueltas á la rueda, y ni siquiera te pase mas por la imaginacion eso de ayo. Pero, escucha, continuó; veo que eres un mozo de talento y de algun saber. ¿Por qué no empiezas haciéndote un autor como yo? Tú habrás leido, sin duda, que muchos hombres de ingenio han perecido de hambre por haberse dedicado á escribir; mas al presente yo puedo enseñarte en la ciudad cuarenta ignorantes consumados que viven en la opulencia por haberse hecho escritores. Todos son á cual mas pollinos; pero siguen adelante con su proyecto, escriben de historia y de política, y son elogiados: hombres que si se hubieran dedicado desde pequeños á zapateros de viejo, se hubieran pasado toda la vida remendando zapatos, sin que hubiesen jamas sabido hacer un par nuevos.

"Viendo la poca consideracion en que se tenia, y el desprecio con que se miraba el destino de ayo de escuela, resolví abrazar su proposicion. Yo tenia el mas alto respeto á la literatura, y saludaba con

reverencia la *Antiqua Mater* de la calle de Grub. Me imaginé que seria para mí de mucha gloria seguir la senda que antes de mí habian hollado los Drydens y Otways. Consideré á la diosa de esta region como á la madre por escelencia; y á pesar de que el trato del mundo pudiera haberme dado algun conocimiento, supuse que la pobreza que esta diosa concedia, era el verdadero fomento y nutricion de los ingenios. Engolfado en estas reflexiones, puse manos á la obra; y encontrando que nada bueno quedaba ya por decir, tomé la resolucion de dar á mi pluma el giro contrario, y escribir un libro enteramente nuevo. En esta virtud, arreglé tres paradojas de un modo algo ingenioso: es cierto que eran falsas, pero eran nuevas. Las joyas de la verdad habian sido tan á menudo presentadas por otros, que yo no podia sacar á luz sino alguna cosa brillante que á cierta distancia tuviese todo el esplendor y apariencia de lo verdadero. Testigos vosotras, divinidades inspiradoras, de la fantástica importancia que animaba mi pluma mientras escribia. No dudé que todo el mundo literario iba á levantarse contra mis sistemas, pero ya estaba yo preparado para oponerme á todos los sabios del universo. Semejante al puerco-espin, permanecí recogido en mí mismo, y con mi puntiaguda pluma en ristre, aguardaba el ataque de cualquier oponente."

"Bien dicho, hijo mio, esclamé. ¿Y cuál fué la materia de que trataste? Espero que no olvidarias el importante punto de la monogamía eclesiástica. Pero veo que te interrumpo; prosigue. Publicaste tus paradojas; y bien, ¿qué dijo el orbe literario al leerlas?—

"El orbe literario, replicó mi hijo, nada dijo de mis paradojas; nada absolutamente, señor. Todo él estaba ocupado en alabar á sus amigos, ó en combatir á sus enemigos; y como yo desgraciadamente no tenia ni unos ni otros, sufrí la mas cruel de las mortificaciones: el menosprecio. Hallándome un dia sentado en un café, meditando sobre la suerte de mis paradojas, entró un hombre de estatura muy pequeña, y acercándose á la mesa donde yo estaba, tomó asiento y entabló conversacion conmigo. Despues de algunas palabras preliminares, conociendo que yo era escolar, sacó un rollo de *prospectos*, y me rogó me suscribiese á una nueva edicion que iba á publicar del *Propercio con notas*. Esta peticion produjo necesariamente la respuesta de que no tenia dinero, y mi confesion le animó á preguntarme con qué contaba yo para lo futuro. Conociendo él

que mis esperanzas eran justamente tan grandes como mi bolsa,—ya veo, me dijo, que no tiene vd. el menor conocimiento de esta ciudad, y quiero enseñarle el modo como debe manejarse. Mire vd. estos *prospectos;* por medio de ellos he vivido con mucha comodidad por espacio de doce años. En el momento que un noble vuelve de sus viajes, una viuda rica de su casa de campo, ó un criollo llega de Jamaica, corro á presentarme á ellos solicitando una suscricion; primero sitio sus corazones con la lisonja, y cuando noto la brecha abierta, cargo con mis *prospectos.* Si desde luego se suscriben, renuevo mi ataque, suplicándoles me permitan les dedique la obra, y en seguida pido la propina de la dedicatoria. Si consigo tambien esto, aun les doy otra sangría por el grabado de sus escudos de armas en el frontispicio. Así, pues, vivo sostenido por la vanidad, y burlándome de ella. Pero, aquí entre nostros, añadió, yo soy ya bien conocido, y me alegraria de que vd. quisiera prestarse á una idea que me ocurre y que á los dos nos conviene: un caballero acaba de llegar de vuelta de sus viajes de Italia; mi cara es muy familiar á su portero: tome vd. esta copia de versos, y llévesela, que apuesto la vida á que no hace vd. su viaje en balde, y los dos partirémos el botin.

—¡Cielos! esclamé interrumpiendo á mi hijo. ¿Y es este ahora, Jorge, el empleo de los poetas? ¿Y así se entregan á la mendicidad los talentos sublimes? ¿Pueden degradar á tal punto su carrera, que hagan tan vil tráfico de los elogios para grangearse el pan?

—¡Oh! no señor, repuso mi hijo. El verdadero poeta nunca es vil ni bajo, pues un talento superior siempre está acompañado de un noble orgullo. Las personas de la clase de que estoy hablando, son pordioseros en rima. El poeta por escelencia, atento solo á adquirir fama, arrostra todos los rigores de la suerte, y su mérito lo hace al mismo tiempo demasiado cobarde para esponerse al desprecio: los indignos de proteccion son únicamente los que se atreven á solicitarla. Sigo, pues, con mi relacion.

"Dotado de un carácter demasiado altivo para humillarme á semejantes bajezas, y siendo por otro lado mi fortuna muy escasa para intentar por segunda vez el hacerme famoso, me ví obligado á tomar un partido medio, y escribi[illegible] mantenerme. Mas yo no era á propósito para una profesi[illegible] que la mera industria es la que puede asegurar el buen éxi[illegible] No podia sofocar mi ardien-

te pasion por la gloria, y por lo regular consumia en esfuerzos inútiles por la perfeccion, que tan poco lugar ocupa, todo aquel tiempo que debiera haber empleado mas ventajosamente en las infinitas producciones de una abundante mediocridad. Mis piezas salian á luz insertas en los periódicos, sin que el mundo tomara la menor noticia de ellas. El público tenia ocupaciones mas importantes que la de atender á la encantadora sencillez de mi estilo y á la elegante armonía de mis periodos; así que mis escojidas producciones eran condenadas al olvido tan pronto como aparecian. Mis ensayos fueron sepultados con los ensayos sobre la libertad, los cuentos orientales y los remedios contra la hidrofobia, mientras que Filatos, Filaleites, Filalenteros y Filantropos, gozaban de la mejor reputacion y eran leidos sus papeles, porque escribian todos los dias.

No tenia mas sociedad que la de otros autores desgraciados como yo, que se alababan, lamentaban y despreciaban unos á otros. La satisfaccion que encontrábamos en las empresas de todo escritor célebre, estaba siempre en razon inversa de su éxito. Conocí que no podia agradarme el genio en ningun otro: mis malhadadas paradojas habian secado en mí enteramente este manantial de consuelos, y no podia leer ni escribir con gusto, porque la escelencia en otro era mi tormento, y el escribir mi oficio.

"Un dia que, sumergido en tan melancólicas reflexiones, estaba sentado en un banco del parque de Saint-James, se acercó á mí un jóven de distincion, que habia sido mi amigo íntimo en la Universidad. Nos saludamos mútuamente con alguna cortedad; él, casi avergonzado de ser conocido de uno de esterior tan despreciable como el mio, y yo temeroso de un desaire. Pero mis sospechas pronto se disiparon, porque Eduardito Thornhill era en el fondo un jóven de buen natural....

—"¿Qué dijiste, Jorge? le interrumpí. ¿No era su nombre Thornhill? Ciertamente no puede ser otro que mi propietario.—¡Cómo! esclamó la señora Arnold; ¿tan inmediato vecino es vd. de Mr. Thornhill? Hace tiempo que es uno de los amigos de nuestra familia, y estamos aguardando por momentos su visita."

—"El primer cuidado de [illegible]migo, continuó mi hijo, fué el de cambiar del todo mi esterior[illegible]me uno de sus hermosos vestidos, y en seguida me admitió [illegible] casa bajo el carácter de medio amigo, y medio agente inferior. Mi obligacion era acompañarlo á

las almonedas ó *vendutas;* entretenerlo con mis chistes cuando se sentaba á que lo retrataran, para que sus facciones adquiriesen mayor viveza y gracia; tomar el asiento izquierdo en su quitrin, cuando no habia otro que lo ocupase, y asistir con él á hacer diabluras y romper los muebles en las casas de las mujeres públicas cuando se le antojaba esta humorada. Ademas de estos, tenia otra porcion de empleos menores en la familia. Debia hacer multitud de frioleras sin que me lo mandasen; llevar el tirabuzon para abrir las botellas; ser padrino de los hijos del mayordomo; cantar cuando me lo ordenasen; estar siempre de buen humor; ser humilde, y si podia, feliz.

"No dejé, sin embargo, de tener un rival en tan honroso puesto. Un capitan de tropa de marina, á quien la naturaleza habia formado para mi plaza, vino á disputarme el afecto de mi amo. Su madre habia sido lavandera de un hombre de distincion, y de este modo habia el hijo contraido desde muy pequeño un gusto estraordinario por el lenocinio y alto linaje. Como este caballero hacia el estudio de su vida el introducirse con los grandes, aunque era despreciado de muchos por su estupidez, habia encontrado algunos tan imbéciles como él, que le permitian sus diarias visitas. Su oficio era la adulacion, y la practicaba con una destreza y facilidad admirables; yo tenia tan poca gracia para esto, que mis lisonjas mas esquisitas parecian represiones amargas; y como á la par que se aumentaba en mi amigo y amo el deseo de ser adulado, iba yo conociendo mejor sus defectos, resultaba de aquí que cada dia se me hacia mas imposible el adularlo. En esta virtud, estaba ya resuelto á ceder buenamente mi empleo, cuando se ofreció una ocurrencia que hizo á mi amo necesario mi servicio. Fué nada menos que para batirme por él en un desafío con un caballero, á cuya hermana se pretendia habia seducido; y me presté al momento á su solicitud. Ya veo que vd., señor, no aprueba mi conducta; pero como yo reputaba aquel acto como una deuda debida á la amistad, no pude rehusar el satisfacerla. Por último, nos batimos, y desarmé á mi antagonista; y á poco tuve el gusto de saber que la tal señora era una ramera, y el caballero que habia tomado su defensa un jugador y petardista de profesion. Este servicio me fué pagado con las mas ardientes espresiones de gratitud; mas como mi amigo iba á dejar á Lóndres, no le ocurrió otro medio de recompensar mi afec-

t o,que el de recomendarme á su tio Sir Guillermo Thornhill, y á otro caballero de mucho rango, que ocupaba un puesto muy distinguido en la corte.

"Al punto que partió, llevé sin detenerme su carta de recomendacion á su tio, conocido universalmente por su carácter justo y virtuoso. Fuí recibido por sus criados con el mayor agrado y hospitalidad: los semblantes de los domésticos dan siempre á conocer la benevolencia de sus amos. Me introdujeron en una gran sala donde en breve se presentó Sir Guillermo, y le entregué la carta: la leyó, y despues de una pequeña pausa, me dijo:—suplico á vd. me informe de la clase de servicio que ha prestado á mi pariente, que exija tan fuerte recomendacion. Pero ya conjeturo, señor, cuále son sus méritos: vd. se ha batido por mi sobrino, y espera que yo ahora le recompense por ser el instrumento de sus vicios. Deseo, señor, deseo sinceramente que mi negativa sirva á vd. de algun castigo por su delito, y aun deseo mucho mas que pueda de algun modo inducir á vd. al arrepentimiento."

"Sufrí pacientemente esta severa amonestacion, porque conocí que era justa. Todas mis esperanzas quedaron, pues, reducidas á la carta del personaje. Como las puertas de la nobleza se ven casi siempre sitiadas de mendigos, prontos á introducir con maña alguna peticion, me fué algo difícil conseguir entrada, y no la logré hasta despues de haber sobornado á los criados con la mitad de toda la riqueza que poseia. Fuí introducido en un espacioso salon, habiendo tenido que enviar antes mi carta á S. E. para que la inspeccionase. Para entretener las agonías de este intervalo, me puse á examinar lo que me rodeaba. ¡Todo era grande y magnífico! Los cuadros, los dorados, los muebles, todo me infundió un temor reverente, y me hizo concebir la mas alta idea del dueño á que pertenecian. ¡Ah! me decia á mí mismo: ¡cuán grande debe ser el poseedor de todas estas grandezas, pues lleva en su cabeza los negocios del Estado, y su casa ostenta la mitad de las riquezas de un reino! ¡Seguramente su talento y capacidad son estremadas! En medio de estas respetuosas reflexiones, oigo los pasos de una persona...... ¡Ah! él es, sin duda: mas no: era una de sus camareras! Poco despues oigo otros pasos...... ¡Este debe ser! Tampoco: era su ayuda de cámara. Por último, aparece su escelencia.—¿Es vd. me dijo, el portador de esta carta?—Yo contesté con una inclina

cion profunda de cabeza.—Por ella he sabido, continuó, que.....—Mas á este tiempo le entregó un criado un billete, y sin mas ceremonia salió apresuradamente de la sala, dejándome dijerir á mis anchas mi felicidad. Me hubiera pasado allí todo el dia aguardándolo, si un lacayo no hubiese entrado al cabo de un buen rato, el que me dijo que S. E. iba á subir al coche. Bajo inmediatamente, y uno mi voz á las de otros tres ó cuatro que, como yo, iban á solicitar alguna gracia. Pero S. E. apresuraba el paso sin atendernos, y ya estaba con el pié en el estribo del coche, cuando yo le pregunté en alta voz si mi carta tenia alguna respuesta. Para entonces ya habia ocupado su asiento, y me dió entre dientes una contestacion, parte de la cual oí, y parte quedó confundida entre el ruido de las ruedas de su coche. Yo permanecí por un rato con el pescuezo sacado fuera, en la actitud de uno que escucha atentamente para percibir la deliciosa voz que asegura su fortuna, hasta que mirando al rededor de mí, me encontré solo en la puerta de S. E.

"Mi paciencia llegó á su término con este atroz desengaño. Atormentado con la idea de las infinitas vejaciones que habia sufrido, estaba ya determinado á precipitarme en el torrente del mundo, y solo esperaba que se me presentase la ocasion. Me consideraba á mí mismo como uno de aquellos viles insectos á quienes la naturaleza ha destinado á arrastrarse en el fango y á ser hollados por todos, sin que nadie se digne detenerse á mirarlos.

"Aun me quedaba media guinea, y creí, que al menos de esto no me privaria la fortuna; mas para asegurarme en mi creencia, resolví marchar á emplearla inmediatamente, y dejar á la casualidad el proveer para lo futuro. Firme en mi resolucion, me dirijia á ponerla por obra; pero al pasar por el escritorio de Mr. Crispe, lo ví abierto y me pareció me estaba convidando con el recibimiento mas cordial. El destino de Mr. Crispe en esta oficina se reducia á ofrecer bondadosamente á todos los súbditos de S. M. una generosa promesa de treinta libras esterlinas anuales, sin que se les exijiese en cambio mas que su libertad por toda la vida y el permiso de dejarse llevar á la América como esclavos. Sin embargo de todo, me alegré de encontrar un paraje como este, donde terminaban todos mis recelos de entregarme á la desesperacion, y entré en la celda (tenia todas las apariencias de tal) con la compuncion y modestia de un fraile novicio. Encontré en ella una multitud de pobres, en circuns-

tancias iguales á las mias, esperando la llegada de Mr. Crispe, y presentando el verdadero epítome de la impaciencia inglesa. Estos desgraciados, á quienes los rigores de la fortuna hacian groseros é intratables, espresaban con un murmullo inarticulado y sordo, la venganza que tomaban en sus propios corazones de los insultos de la diosa; pero todo quedó en el silencio mas profundo á la entrada de Mr. Crispe. Este se dignó mirarme con particular atencion, y á la verdad, debo decir que él fué el primero á quien, hacia un mes, oí que hablaba con alguna afabilidad. Despues de satisfacer algunas preguntas que me hizo, declaró que yo era un hombre propio para todo en este mundo: se detuvo un rato pensando en la plaza que mas me convendria, y dándose de repente una palmada en la frente, como en señal de haberse acordado, me afirmó que á la sazon estaba tratando el sínodo de Pensilvannia de enviar una embajada á los indios Chickasaw, y que empeñaria todo su influjo para que me nombrasen secretario de ella. Mi corazon me decia que el truhan me engañaba; mas sin embargo, su promesa tenia tanto de halagüeño al oido, que me dió el mayor placer. En esta virtud, y con la mejor buena fé, hice dos partes de mi media guinea: la una pasó á aumentar sus treinta mil libras esterlinas, y con la otra resolví entrar en la inmediata taberna para ser mas feliz que él.

"Al salir de su escritorio para poner en planta mi resolucion, me encontré con un capitan de buque, con quien habia tenido en un tiempo alguna amistad: lo convidé, y accedió á acompañarme á beber un ponche. Como nunca me ha gustado hacer misterio de mis circunstancias, le referí francamente mi situacion, y él me aseguró que me perdia sin remedio si me fiaba en las promesas de Mr. Crispe, pues la sola intencion de éste, era venderme á las nuevas colonias.—Pero se me figura, continuó, que haciendo un viaje mas corto, podia vd. proporcionarse un modo mas decente de subsistir. Tome vd. mi consejo: mi buque sale mañana para Amsterdam, véngase vd. conmigo de pasajero, y al momento que desembarque, todo el trabajo que vd. tiene que hacer es ponerse á enseñar el idioma inglés á los holandeses; y yo le prometo que en poco tiempo tendrá vd. bastantes discípulos y dinero. Supongo, añadió, que vd. entiende bien el inglés para enseñarlo á otros, ó el diablo anda en ello."
—Yo le aseguré que sí, espresando al mismo tiempo alguna duda sobre si los holandeses querrian aprenderlo; á lo cual me replicó, con un juramento, que eran apasionadísimos de di[illegible]

"En esta virtud acepté su oferta, y al siguiente dia me embarqué para Holanda, con la idea de ir á enseñar el inglés á los holandeses. Nuestra travesía fué corta, y despues de pagar mi pasaje con la mitad de mis bienes muebles, me encontré en las calles de Amsterdam solo y sin conocido alguno, como si hubiese caido del cielo. En tan crítica situacion, conocí no tenia tiempo que perder; y al efecto me dirijí á dos ó tres personas de las que encontré al paso, y cuya apariencia me prometia algunas esperanzas, pero nos fué imposible hacernos entender mútuamente. Hasta este momento no se me habia ocurrido que para enseñar mi idioma á los holandeses, debian estos haber empezado por enseñarme á mí el suyo. Es cosa que me admira todavía cómo no preví tan obvia objeccion; pero lo cierto es que no me pasó por la imaginacion semejante inconveniente.

"Frustrado de este modo mi proyecto, tuve intenciones de embarcarme de vuelta á Inglaterra; pero habiéndome casualmente encontrado con un irlandés que volvia de sus estudios de Lovaina, y recayendo nuestra conversacion sobre puntos de literatura (pues debo observar de paso que siempre olvidaba lo miserable de mis cir cunstancias cuando se ofrecia hablar de estas materias), supe por que en toda aquella universidad no habia dos hombres que entendiesen el griego. Esta novedad me dejó sorprendido. Inmediatamente resolví marchar á Lovaina, y allí agenciar mi vida enseñando este idioma, cuyo designio elogió y aprobó mi concolega, indicando al mismo tiempo podia hacerse una gran fortuna por este medio.

"Sin mas noticias ni precauciones, emprendí mi marcha para Lovaina la mañana inmediata. Mi equipaje, semejante á la carga de pan de Esopo, se iba aligerando cada dia, pues pagaba con mis vestidos el gasto que hacia en las posadas del tránsito. Llegado á Lovaina, determiné no irme humillando á los profesores subalternos, sino en derechura presentarme francamente al principal de la universidad. En efecto, pasé á verlo, y le ofrecí mis servicios como maestro de la lengua griega, que, segun se me habia dicho, se deseaba con ansia en aquella universidad. Al principio dudó de mi suficiencia; mas yo lo convencí, obligándome á trasladarle en latin cualquier pasaje que me señalase de un libro griego. Viendo, pues, que mi propuesta era formal, me dijo estas palabras:—Amigo mio, sepa vd. que yo nunca he estudiado griego, y jamas lo he echado de menos; tengo un bonete y una bata de doctor sin necesidad de

griego; tengo diez mil florines anuales sin necesidad de griego. Y en una palabra, como yo no sé griego, no creo pueda ser útil para cosa alguna.

"Me encontraba ya demasiado retirado de mi país para pensar en volverme; por tanto, determiné seguir adelante. Yo tenia algun conocimiento de la música, y mi voz era tolerable; y de esta habilidad, que fué en un tiempo mi diversion, resolví hacer el medio de mi subsistencia. Caminaba con mi música por entre los sencillos habitanes de las aldeas de Flandes, y por entre los de las francesas, á quienes su demasiada pobreza tenia de buen humor, pues los encontraba mas vivarachos á proporcion que eran mas pobres; y siempre que llegaba á la casa de un aldeano hácia el anochecer, y tocaba uno de mis sones mas alegres, estaba seguro de hallar no solo albergue para aquella noche, sino tambien mi sustento para el otro dia. Una ó dos veces intenté tocar para gentes de moda, pero encontraban mi ejecucion insufrible, y jamas me gratificaron con una friolera. La conducta de estas personas me parecia tanto mas estraordinaria, cuanto que yo me acordaba que en las tertulias en que yo habia tocado allá en mis buenos dias, cuando la música era mi diversion, quedaban todos complacidos en estremo de oirme, y en especial las señoras. Pero la música era al presente mi oficio, y por eso la recibian con desprecio. Prueba clara de lo pronto que está el mundo á rebajar las habilidades con que el hombre se sostiene.

"De esta manera continué hasta Paris, sin otro designio que el de proporcionarme algunos medios y seguir mi viaje. Los parisienses son mucho mas apasionados de los estrangeros que tienen dinero que de los que solo tienen talento; y como á mí me faltaban ambas cosas, no pude atraerme sus favores. Despues de haber paseado por unos cuatro ó cinco dias y visto las cosas por su esterior, me preparaba á dejar este retiro de hospitalidad venal, cuando al pasar por una de sus calles me encontré con mi primo el de Lóndres, aquel á quien vd. me recomendó, y de quien antes he hablado. Este encuentro fué para mí muy agradable, y creo que á él no le disgustó. Me preguntó la causa de mi ida á Paris, informándome al mismo tiempo de los negocios que le tenian á él en aquella capital, los que se reducian á colectar pinturas, medallas, *intaglios* y antigüedades de todas c ases para un caballero de Lóndres que acababa de adquirir una gran fortuna, y con ella el gusto para estas cosas. Me sorpren-

dí sobremanera al verle desempeñando una comision de esta naturaleza, pues él mismo me habia asegurado varias veces que nada absolutamente entendido en la materia. Al preguntarle cómo habia aprendido tan pronto este arte, hasta el punto de ser tenido por un consumado inteligente, me contestó que nada era mas fácil, y que todo el secreto se reducia á adherirse estrictamente á estas dos reglas:—Primera: observar siempre que la pintura habria estado mejor, si el pintor se hubiera tomado un poco mas de trabajo. Segunda: alabar siempre las obras de Pietro Peruggio. Pero, añadió, así como en otro tiempo te enseñé en Lóndres á ser autor, voy á enseñarte ahora en Paris á comprar pinturas.

"Acepté al momento su propuesta, pues la consideraba como un medio de proveer á mi subsistencia, y á esto se reducia entonces toda mi ambicion. Fuí con él á su posada, donde mejoré de vestido con los suyos, y de allí á unos dias lo acompañé á una almoneda de pinturas, en la que se esperaba serian los compradores ingleses de alguna nota. No dejó de admirarme un tanto la intimidad con que lo ví trataba con las personas de mas rango, las cuales miraban su parecer sobre cualquier cuadro ó medalla como regla cierta é inequívoca de buen gusto. Hacia muy buen gasto de mi asistencia en estas ocasiones, pues cuando le pedian su opinion me llamaba aparte con mucha gravedad, y me preguntaba la mia; en seguida encogia los hombros, se quedaba un rato pensativo, volvia y aseguraba á los presentes que no se atrevia á arriesgar su opinion sobre un asunto de tanta importancia. Sin embargo, hubo veces en que su arrojo era singular. Me acuerdo de una que lo ví, despues de haber tachado de poco fresco el colorido de una pintura, tomar una brocha con barniz oscuro que se hallaba allí por casualidad, pasarla por ella con la mayor sangre fria delante de todos los concurrentes y preguntar luego si no habia mejorado el colorido.

"Concluida su comision en Paris, me dejó recomendado á varias personas de las principales, como sugeto muy á propósito para acompañar á un jóven en sus viajes, en calidad de tutor. En efecto, á poco tiempo despues fuí empleado con este carácter por un caballero que habia traido su pupilo á Paris con el objeto de hacerle salir á viajar por la Europa. Se me nombró ayo del señorito, mas con la precisa condicion de que le seria á él siempre permitido gobernarse á sí mismo. A la verdad, mi nuevo pupilo entendia el

arte de gobernar en asuntos de dinero mucho mejor que yo. Habia heredado cerca de doscientas mil libras esterlinas de un tio suyo, muerto en la América; y su curador, para ponerlo en estado de manejarlas, lo habia escriturado con un procurador para que aprendiese este oficio: así que, la avaricia era su pasion predominante. Todas sus preguntas por el camino se reducian á—"¿Cuánto dinero puede ahorrarse? ¿Cuál es el modo menos costoso de viajar?—¿No podria comprarse alguna cosa que vendiéndola luego en Lóndres dejase alguna utilidad para ayudar así á los gastos del viaje?—Si habia algunas curiosidades en los parajes de nuestro tránsito, cuya vista nada costase, siempre estaba pronto para ir á verlas; pero por poco que hubiera de pagarse por mirarlas, se escusaba de ir, asegurando que ya le habian hablado de ellas, y le habian afirmado que no eran dignas de verse. Jamas pagó una cuenta de posada, que no observase cuán admirablemente costoso era el viajar; y á todas estas gracias agregaba el señorito la de no haber aún cumplido los veinte y un años. Llegamos á Liorna, y estando paseándonos por el muelle viendo los buques, preguntó cuánto le costaria el volverse desde allí por mar á Inglaterra; yhabiéndole informado de que sería una bagatela en comparacion de lo que gastaria si volvia por tierra, no pudo resistir la tentacion. Por tanto, despues de pagarme la pequeña parte de salario que me debia, se despidió de mí y se embarcó para Lóndres, llevando consigo un solo criado.

"Volví á verme otra vez en el mundo solo y á mis anchuras; pero ya era esta para mí una cosa á que me habia acostumbrado. Con todo, nada podia servirme mi conocimiento de la música, pues me hallaba en un pais en que cualquier aldeano era mejor músico que yo. Mas para entonces habia yo adquirido otra habilidad que correspondia á mi objeto tan bien como aquella: esta era mi maestría en argumentar. En todos los conventos y universidades estrangeras se tienen en ciertos dias tésis filosóficas que se sustentan contra todo oponente advenedizo; y si este gana el acto, puede reclamar una gratificacion en dinero, una comida y hospedaje por una noche. Disputando de este modo durante mi camino de vuelta para Inglaterra, pasé de ciudad en ciudad, examinando al género humano mas de cerca, y si puedo espresarme así, viendo los dos lados de la pintura. Mis observaciones, sin embargo, fueron muy pocas.

"A mi llegada á Lóndres resolví pasar ante todo á ver á vd., y

en seguida alistarme de voluntario en la primera espedicion que se habilitase para salir del reino; pero en mi jornada á este pueblo encontré á un antiguo conocido mio, y todas mis resoluciones se trastornaron. Mi amigo pertenecia á una compañía de cómicos que iba á hacer una *campaña* de verano, representando en los pueblos y aldeas de estos contornos, y todos me dieron á entender el gusto que tendrian en alistarme con ellos. Yo lo hice así, y cada uno por su turno me fué instruyendo sobre la importancia de la gran tarea á que me habian comprometido; me decian que el público es un mónstruo de muchas cabezas á quien solo pueden agradar aquellos que están dotados de talentos sobresalientes; que el ser actor, no era cosa que se aprendia en un dia, y que sin algun conocimiento y gusto para las ejecuciones de aquellas actitudes y contorsiones que habian sido la moda y el embeleso del teatro por espacio de estos cien últimos años, ninguno podria aspirar al aplauso y celebridad. Solo hubo el inconveniente, y no pequeño, de buscarme el papel que me conviniera, pues todos estaban ya repartidos. Por algun tiempo me estuvieron pasando de un carácter á otro, hasta que por último, se me señaló el de Horacio, que la presencia de esta amable compañía me impidió afortunadamente desempeñar."

XXI.

Entre los libertinos es muy corta la duracion de la amistad, pues esta solo puede existir cuando está fundada sobre la honradez.

Lo largo de la relacion de mi hijo hizo necesario que refiriese una parte de aquella noche, y el resto al dia siguiente, despues de comer. Estaba próximo á concluir, cuando vinieron á anunciar que el coche del caballero Thornhill habia llegado á la puerta: noticia que en cierto modo resfrió nuestra comun alegría. El mayordomo de la casa, que ya se habia hecho amigo mio, se acercó á mí con disimulo y me dijo en secreto que el caballero Thornhill tenia ya hechas algunas propuestas de casamiento á la señorita Wilmot, las que, al parecer, el tio y la tia aprobaban altamente. Al entrar Thornhill en la sala, dió un paso hácia atras sobresaltado al ver á mi hijo y á mí, lo que atribuí á sorpresa y no á disgusto. Sin embargo, nos adelantamos á saludarlo, y él contestó nuestro saludo con el

mas patente candor; y á poco rato, su presencia parecia aumentar el buen humor de todos.

Despues de tomar el té, me llamó aparte para saber de mi hija; pero habiéndole informado que todas mis pesquisas habian sido inútiles, espresó una sorpresa estraordinaria, añadiendo que él habia estado desde entonces muy á menudo en mi casa para consolar á la familia, á la que habia dejado perfectamente buena. En seguida me preguntó si habia comunicado mi desgracia á la señorita Wilmot ó á mi hijo, y contestándole que no, elogió mucho mi prudencia y precaucion, deseando que por todos los medios posibles guardase yo mi secreto. Pues al cabo, añadió, hablar de eso no es mas que divulgar uno su propia deshonra, y quizá la señorita Olivia no es tan culpable como todos nosotros imaginamos.—Nuestra conversacion fué aquí interrumpida por un criado qne vino á avisar al caballero que le aguardaban para bailar una contradanza; de modo que nos apartamos dejándome enteramente complacido al observar el gran interes que tomaba en mis asuntos.

No obstante de que él hacia la corte á la señorita Wilmot de un modo bien público para que pudiésemos dudarlo, se conocia que ella no estaba perfectamente de acuerdo con su galanteo, y que lo sufria mas bien por complacer á los tios, que por inclinacion que le tuviera. Aun tuve la satisfaccion de verla dirigir continuamente tiernas miradas á mi desdichado hijo, las que el otro no podia lograr ni por su constante empeño, ni por su fortuna. Con todo, la aparente compostura de Mr. Thornhill no dejaba de sorprenderme; hacia una semana que estábamos en la casa, y parecia aumentarse diariamente su amistad para con mi hijo, á medida que la señorita Wilmot manifestaba á este mas ternura y cariño.

Mr. Thornhill nos habia prometido en otro tiempo, de la manera mas afectuosa, emplear su crédito en favor de la familia; pero ahora su generosidad no se contentó con solas promesas. La mañana que yo habia destinado para mi partida se me presentó con aspecto placentero á informarme del servicio que habia hecho á su amigo Jorge. Era nada menos que haberle proporcionado una plaza de subteniente en uno de los regimientos que iban á las Indias occidentales, cuya plaza habia conseguido por solo cien libras esterlinas, habiendo sido su crédito suficiente para obtener la rebaja de las otras oscientas.—Considero este servicio, me dijo, como una friolera, y no

deseo otra recompensa por él mas que el placer que me resulta de haber sido útil á su hijo de vd.: en cuanto á las cien libras esterlinas que deben pagarse, si vd. no puede reunirlas yo las adelantaré, y vd. me las reintegrará cuando tenga oportunidad de hacerlo.—No tuvimos palabras con que espresarle nuestra gratitud por este favor; inmediatamente firmé y dí una obligacion por las cien libras esterlinas, y manifesté tanto agradecimiento como si hubiese intentado no pagarlas jamas.

Jorge debia marchar á Lóndres el próximo dia para asegurar su plaza, en virtud de las direcciones de su generoso bienhechor, el cual juzgaba absolutamente indispensable usar de toda presteza por temor de que en el entretanto se presentase otro haciendo proposiciones mas ventajosas. Por tanto, la siguiente mañana nuestro jóven militar se preparó desde muy temprano para su partida, siendo la única persona entre nosotros á quien esta ocurrencia no causaba sensacion. Ni las fatigas y peligros con que iba á encontrarse, ni el dejar sus amigos y su amante, pues la señorita Wilmot lo amaba efeetivamente, pudieron entristecer su espíritu. Despues de haberse despedido de la familia, vino á hacerlo de mí: yo le dí mi bendicion, que era cuanto poseia, y le dije:—Vas, hijo mio, á pelear por tu patria; acuérdate cómo peleó tu abuelo por su rey, cuando la lealtad á este era una virtud de los bretones; parte, pues, á imitarle, en todo, menos en su desgracia, si puede llamarse tal, el haber muerto al lado del lord Falklanz. Adios, hijo mio; y si pereces en el campo del honor, lejos de tu patria, sin que tu cuerpo sea enterrado, ni regado con el llanto de los que te aman, sabe que no hay lágrimas mas preciosas que las que el cielo derrama sobre la insepulta cabeza del soldado.

Al otro dia me despedí de aquella buena gente, que con tanto cariño me habia tratado, sin olvidarme de espresar mi sincera gratitud á Mr. Thornhill por su última liberalidad. Los dejé disfrutando de toda la dicha que proporciona la abundancia y una fina educacion, y tomé la ruta hácia mi casa desesperanzado de encontrar ya á mi desdichada hija, dirigiendo al cielo mis fervientes súplicas porque la favoreciese y perdonase. Un caballo que habia alquilado, por sentirme algo débil, y las dulces esperanzas de volver pronto á ver lo que me quedaba de mas querido sobre la tierra, me hacian ahora mas tolerable el camino. Como á unas veinte millas

de mi aldea me cojió la noche, y entré á pasarla en un pequeño meson que habia á orillas del camino. Segun mi costumbre, pedí al mesonero me viniese á acompañar á beber un par de cuartillos de vino. Nos sentamos junto á la lumbre en la cocina, que era el mejor cuarto de la casa, y empezamos á charlar sobre política y noticias del país. Por casualidad salió en la conversacion Mr. Thornhill, y el huésped me aseguró que este caballero estaba en muy mala opinion por todas aquellas cercanías, donde todos lo aborrecen; pero que su tio Guillermo, que solia venir á ellas de cuando en cuando, era amado de todos con estremo. Observó en seguida que Mr. Thornhill habia hecho su estudio en seducir á las hijas de los que lo recibian en sus casas, y que despues de tenerlas en su poder dos ó tres semanas las echaba á la calle en la mayor miseria, abandonándolas al mundo. Al llegar á esta parte de nuestro discurso, entró su mujer que habia ido á buscar cambio, y viendo que su marido estaba disfrutando de un placer en que ella no tenia parte, le preguntó con mucho enfado qué hacia allí, á lo cual él le contestó de un modo irónico bebiendo á la salud de ella.—Symmonds, replicó la mujer, tú me tratas muy mal, y ya no quiero aguantarte por mas tiempo. A mí se me cargan las tres cuartas partes del trabajo de la casa, y la otra cuarta parte queda sin concluir, pues tú no haces mas en todo el dia que pasártelo bebiendo con los huéspedes, y entretanto, si yo necesitase una cucharada de licor para curarme de una fiebre, ni por eso tocarian mis labios una gota.—Conocí inmediatamente su idea, y al punto la llené un vaso de vino y se lo presenté: ella lo recibió haciéndome una cortesía, se lo bebió á mi salud, y me dijo:—Señor, no es por el vino por lo que yo me enfado; pero una no puede remediarlo cuando ve que la casa se va arruinando por el pié. Si los parroquianos ó los huéspedes son tardíos en pagar, y es menester apretarles, todo el peso cae sobre mí, pues mi marido primero se tragaria ese vaso hecho pedazos, que moverse á hacer la menor cosa para obligarles á que paguen. Justamente ahora tenemos ahí arriba una moza que vino aquí á hospedarse, y segun su mucha política y estremados cumplimientos, creo que no tiene ni un penique. Lo que sé de cierto es que su paga no parece, y quisiera que la diésemos un recuerdo....—¿Y por qué la hemos de dar ese recuerdo? esclamó el mesonero. Si su paga es morosa, no por eso deja de ser segura.—Eso es lo que yo no sé, replicó su consorte: lo

que á mí me consta es que en quince dias que hace que está aquí, no le hemos visto la cara á su dinero.—Yo supongo, hija mia, dijo el marido, que lo pagará todo junto.—¡Todo junto! esclamó la mujer: yo creo que no lo verémos de ninguna manera, y estoy resuelta á que nos pague esta misma noche, ó tendrá que salir á puntapiés de mi casa.—Considera, mujer, la dijo su esposo, que es una señora decente, y merece que se la trate con mas respeto.—En cuanto á eso, repuso la mesonera, decente ó no decente, tendrá que marcharse á la calle y llevando que contar. La gente decente podrá ser muy buena cosa en otra parte; pero yo jamas he visto que se hayan portado muy generosamente en mi casa.

Dijo, y subió por una escalerilla que iba desde la misma cocina á un cuarto que caia encima de nosotros. Pronto advertí por lo fuerte de sus voces y la acritud de sus palabras, que la pobre huéspeda no tenia dinero con qué pagar. Desde abajo oiamos distintamente todo lo que hablaba.—Afuera, te digo, gritaba la mesonera; sal de mi casa corriendo, indecente ramera, si no quieres que te haga que te acuerdes de mí por algun tiempo. ¡Cómo! ¡venir con toda esa majestad á hospedarse en una casa decente, sin traer cousigo ni un penique ni cosa que lo valga! Vamos presto; ¡márchate de aquí!—Mi querida señora, esclamó la forastera, compadézcase vd. de mí; tenga vd. piedad por una noche, de una pobre criatura abandonada, que la muerte hará pronto lo demas.—Al momento conocí la voz de mi infelice hija, y volé á su socorro. Encuentro á la mesonera llevándola por los cabellos hácia la puerta; arráncosela de las manos, y estrecho entre mis brazos á la pobre desventurada.—Ven á mi seno, alma mia; una y mil veces seas bien venida al seno de tu infeliz y anciano padre, mi mas querido tesoro, que ya contaba por perdido. Si los vicios te abandonan, aun tienes aquí un tierno padre que jamas te abandonará, y que te perdonará cuantos crímenes puedas haber cometido.—¡Oh! mi queridísimo.... (por algu nos minutos no pudo proseguir), mi queridísimo y buen papá! ¡Pueden los ángeles ser mas bondadosos! ¡Soy yo digna de tanta ternura!.... ¡El villano!....¡Cuánto lo aborrezco.... y cuánto me aborrezco á mí misma en este instante, porque conozco no soy merecedora de tanta bondad!... No es posible que vd. me perdone, papá; sé que no es posible....—Sí, hija mia, te perdono de todo mi corazon, la interrumpí. Arrepiéntete, y aun serémos felices. Sí, mi querida

Olivia; aun disfrutarémos dias dichosos.—¡Ah, nunca, señor, nunca! La infamia y la vergüenza seguirán por todas partes el resto de mi miserable vida. Pero ¡ay de mí! ¡Papá, vd. está muy pálido! ¿Es posible que una infeliz descarriada como yo cause á vd. tantas desazones? Ciertamente, señor, vd. tiene demasiada sabiduría para tomar sobre sí mi delito.—Nuestra sabiduría, mujer. . . .—¡Ay cielos! me interrumpió: ¡qué nombre tan frio! Esta es la primera vez que vd. me ha llamado así.—Perdona, mi querida hija, repuse: iba á decir que la sabiduría nos defiende con mucha lentitud de las aflicciones, aunque al cabo es una defensa segura.

A este tiempo volvió la mesonera á decirnos si queriamos un cuarto mas decente, y habiéndola dicho que sí, nos llevó á uno mas cómodo, donde podiamos hablar mas libremente. Despues de haber conversado un rato con alguna tranquilidad, no pude menos de indicarla mi deseo de que me hiciera una relacion de las causas que la habian conducido á la situacion en que se hallaba.—"Señor, me dijo: aquel villano desde el primer dia de nuestra vista me hizo proposiciones honrosas, aunque secretas.—¡Villano, en verdad! esclamé; y con todo, me sorprende aún en cierta manera cómo un hombre del honor y juicio que aparentaba Mr. Burchell, ha podido hacerse delincuente de tan deliberada bajeza, é introducirse de ese modo en una familia inocente para arruinarla.—Mi querido papá, replicó mi hija, vd. padece una equivocacion muy estraña: Mr. Burchell nunca intentó engañarme; al contrario, se valió de toda oportunidad para darme privadamente los mejores consejos que me pusieran á salvo de los artificios de Mr. Thornhill, el que á la presente conozco era mucho peor de lo que aquel me lo representaba.—¡Mr. Thornhill! esclamé: ¡es posible! . . . .—Sí señor, repuso ella: Mr. Thornhill ha sido el que me ha seducido, y el que empleó las dos señoras, como él las llamaba, pero que en realidad no eran mas que dos mujeres públicas de Lóndres, sin educacion y sin conciencia alguna, para llevarnos engañadas á la capital. Vd. se acordará que por poco consiguen su depravado intento, á no ser por la carta de Mr. Burchell, quien dirigia á ellas todos aquellos reproches que nosotros nos aplicábamos. Cómo este tuvo la influencia necesaria para hacerlas desistir de sus planes, es todavía un secreto para mí; pero estoy convencida de que Mr. Burchell fué siempre nuestro mas sincero y afectuoso amigo.—Tú me admiras, hija mia, esclamé: ahora veo

que mis primeras sospechas sobre la bajeza de Mr. Thornhill, eran bien fundadas. Mas él puede triunfar con seguridad, porque es rico y nosotros pobres. Pero seguramente, hija mia, deben haber sido muy grandes y halagüeñas las promesas que pudieron borrar de esa manera todas las impresiones de tus sanos principios y virtuosa inclinacion.—A la verdad, señor, él debe su triunfo al deseo que yo tenia de hacerlo feliz á costa mia. Yo sabia que la ceremonia de nuestro matrimonio, que fué celebrado en secreto por un sacerdote católico, de ninguna manera lo obligaba en público, y que nada me quedaba á mí en que confiar sino en su honor....—¡Cómo! interrumpí. ¿Es cierto que fueron vdes. casados por un sacerdote?—Sí señor, replicó; es cierto que lo fuimos; pero los dos juramos tener reservado su nombre.—Pues entonces, hija mia, vuelve á mis brazos; te quiero ahora mil veces mas que antes, pues eres su legítima mujer, segun todas las leyes divinas, sin que puedan todas las humanas, aunque estuviesen escritas en tablas diamantinas, disminuir en nada la fuerza de ese lazo sagrado.—¡Ah, papá! esclamó mi hija. Vd. está muy poco enterado de las villanías y crímenes del monstruo que me ha perdido. El ha sido ya casado, y por el mismo sacerdote, con otras seis ú ocho mujeres, á quienes, como á mí, ha seducido y abandonado vilmente.—¡Es posible! Entonces, hija mia, merece ser ahorcado ese sacerdote, y es necesario que mañana mismo informes contra él.—Pero, señor, ¿será esto justo cuando he jurado secreto?—Hija mia, si en efecto has hecho esa promesa, ni puedo ni quiero compelerte á faltar á ella. Aun cuando fuera de alguna utilidad al público, no debes informar contra él. En todas las instrucciones humanas se permite ó disculpa un mal menor por un bien mayor: en política puede entregarse una provincia por asegurar un reino: y en medicina se corta un miembro para conservar el cuerpo. Pero en puntos de religion la ley está escrita, y es inflexible:—*Nunca hacer mal.* Y esta ley, hija mia, es justa; porque de otro modo, si cometiéramos un mal menor para procurarnos un bien mayor, incurririamos en un delito cierto por esperar una ventaja contingente. Y aun cuando la ventaja fuera cierta, sin embargo, el intervalo entre la perpetracion del mal y el bien deseado, en cuyo intervalo todos convienen ser delincuente el que hizo el mal, podia ser aquel en que se nos llamara á dar cuenta de todas las cosas que habiamos hecho, y en que el teatro de las acciones hu-

manas se nos cierra para siempre. Pero yo te interrumpo, hija mia; prosigue.—La siguiente mañana, continuó, conocí cuán poco debia esperar de su sinceridad: me presentó á otras dos desdichadas, á quienes habia engañado igualmente, y que vivian con él en una prostitucion tranquila. Yo lo amaba con demasiada ternura para poder sufrir semejantes rivales en su afecto, é hice todo lo posible por olvidar mi deshonra, entregándome al torrente de los placeres. Con esta idea bailaba, me vestia con la mayor bizarría y gusto, y conversaba; mas todo era en vano. Mi corazon me decia sin cesar que era infeliz. Los caballeretes que visitaban la casa, me hablaban á cada momento del poderío de mis encantos, y esto solo servia para aumentar mi melancolía, conociendo que me habia despojado de ellos enteramente de una manera infame. Así, pues, cada dia iba yo poniéndome mas pensativa y él mas insolente, hasta que, por último, el villano tuvo el inicuo descaro de ofrecerme por marido á un jóven baron de su conocimiento. No me es posible describir á vd. el dolor que me causó su ingratitud. Tan bárbara propuesta casi me privó de mi juicio, y no sé qué le respondí. Quise marchar al momento, y él en vez de oponerse á mi partida, me alargó un bolsillo de dinero, el que le arrojé á la cara con indignacion, y salí de su casa en tal acceso de cólera, que por un rato fuí insensible á las miserias de mi situacion. Pero á poco volví en mí, y me encontré una criatura despreciable, abyecta, delincuente, y sin un amigo en el mundo á quien recurrir. Justamente en aquel momento pasaba por allí un coche de diligencia, y tomé un asiento, sin otra idea que la de alejarme cuanto antes de un malvado á quien despreciaba y aborrecia. Me dejaron en este meson, en donde desde mi llegada han sido mis únicos compañeros mis amargas angustias y la humanidad de la mesonera. Las horas de contento que he pasado con mi mamá y hermanos, vienen ahora á mi memoria para mas atormentarme. Sus penas son grandes; pero las mias son mayores que las suyas, pues están mezcladas con la infamia y el delito.—Ten paciencia, hija mia, la dije, que yo espero que las cosas mejorarán todavía. Descansa un poco esta noche, que mañana te llevaré á casa, donde tu madre y hermanos te aguardan con los brazos abiertos. ¡Tu pobre madre! Este golpe ha sido un puñal para su corazon! Pero ella te ama siempre, Olivia, y todo te lo perdonará."

XXII.

Las ofensas se perdonan fácilmente entre personas en cuyos pechos ha residido de antemano un amor sincero.

La mañana siguiente coloqué á mi hija en la grupa de mi caballo y nos pusimos en camino para nuestra casa. A medida que nos acercábamos, me esforzaba en calmar con mis razones los temores y angustias de su alma, y en animarla para soportar la presencia de su ofendida madre. Me aprovechaba de todas las oportunidades que me facilitaba la perspectiva del hermoso país por donde pasábamos, para observar cuánto mas bondadoso es el cielo hácia el género humano, que lo somos nosotros los unos para los otros, y hacerla ver al mismo tiempo que las desgracias que nos envia la naturaleza son muy pocas. La aseguré de que nunca encontraria la menor mudanza en mi cariño hácia ella, y de que durante mi vida, que aun podia ser larga, siempre tendria en mí un amparo y un instructor. La armé contra las censuras del mundo, y la demostré que los tiernos é irreprochables amigos de un miserable, eran los libros, pues si no pueden traerle la felicidad de la vida, le enseñan al menos á soportarla.

El caballo debia yo entregarlo aquella noche en un meson, distante como unas cinco millas de mi casa. Deseaba preparar á la familia para el recibimiento de mi hija, por lo que determiné dejarla pasar la noche en dicho meson, y volver por ella al otro dia temprano, acompañado de su hermana Sofía. Habia ya anochecido cuando llegamos al mencionado punto: no obstante, hice la proveyeran de un cuarto decente; y despues de tomar algun alimento, la abracé con la mayor ternura, y seguí solo para mi casa. Mi corazon palpitaba de alegría al aproximarme á aquella pacífica morada. Cual pájaro que ha sido espantado de su nido, se adelantaban mis afecciones á mis pasos, y por decirlo así, revoloteaban al rededor de mi pequeño hogar con todo el rapto de una esperanza lisonjera. Repasaba en mi memoria una por una todas las cosas agradables que tenia que decirles, y anticipaba la bienvenida que me aguardaba. Ya sentia el tierno abrazo de mi esposa, y reia anticipadament. pareciéndome ver el bullicioso é inocente gozo de mis chicuelos. La noche avanzaba á toda prisa. Los jornaleros todos estaban entre-

gados al reposo, y no se distinguia luz alguna en ninguna cabaña, ni se oia otro sonido que el agudo canto del gallo y el desapacible ladrido del vigilante mastin. Como á doscientas varas de mi casa, vino corriendo mi fiel perro á darme la bienvenida.

Seria la media nocho cuando llamé á la puerta: todo estaba quieto y en silencio. Mi corazon se dilataba con indecible felicidad; mas de repente, con grande asombro mio, veo la casa envuelta en multitud de llamas, que salian por todas sus rendijas. Doy un tremendo y espantoso grito, y caigo sin sentido en tierra. A mi voz despierta alarmado mi hijo Moises, ve las llamas, parte al instante á avisar á mi mujer y mi hija, y salen todos corriendo, medio desnudos y casi locos del susto. Sus llantos y alaridos me hacen volver en mí, para presenciar nuevos objetos de terror. Las llamas habian ya prendido al tejado, y la casa iba cayendo á pedazos á medida qne se quemaba; la familia, en silenciosa agonía, estaba en pié mirando inmóvil al fuego, cual si estuviese disfrutando de su calor. Yo con ojos espantados miraba alternativamente á ellos y las llamas: pero pronto echo de menos á mis dos chiquitos.—¡Oh desgracia! esclamé: ¿dónde están los dos hijitos de mi alma?—Se han quemado en las llamas, y yo moriré con ellos, contestó mi mujer con mucha sangre fria.—Oigo en aquel instante los gritos de los dos inocentes, á quienes el fuego acababa de despertar, y nada puede contenerme.—¿Dónde están mis hijos? esclamé, metiéndome entre las llamas, y rompiendo la puerta del cuarto en que estaban acostados: ¿dónde están mis amados hijos?—Aquí estamos, querido papá, aquí estamos; gritaron á una voz. El fuego habia ya prendido á la cama en que se hallaban; cojo á los dos en mis brazos, atravieso de nuevo por entre las llamas apresuradamente, y al punto que pongo los piés fuera, se desploma todo el techo.—Ahora, esclamé teniendo aún en los brazos á mis hijos, ahora sigan las llamas devorándolo todo y perezca cuanto poseo. Aquí está mi tesoro, yo lo he salvado. Aquí, mi querida Débora, aquí están nuestras riquezas; y aun serémos felices todavía.—Besamos mil veces á nuestros pequeños y queridos hijos: los inocentes enlazaron sus manitas alrededor de nuestros cuellos, y parecia tomaban parte en nuestros transportes de gozo: entretanto mi mujer unas veces lloraba y otras reia.

Desde este momento permanecí siendo tranquilo espectador del incendio, y hasta al cabo de un buen rato no advertí que me habia

quemado el brazo terriblemente. Esto me impidió ayudar á mi hijo á salvar algunas cosas y evitar que el fuego se estendiese á nuestro granero. Para este tiempo ya se habian alarmado los vecinos, y habian acudido á nuestro socorro; mas todo lo que pudieron hacer fué permanecer como nosotros siendo testigos de la desgracia. Todos mis muebles, entre los que guardaba en letras de cambio las cantidades reservadas para las dotes de mis dos hijas, fueron enteramente consumidos, habiendo solo libertado una caja con algunos papeles y dos ó tres frioleras que estaban en la cocina, que mi hijo sacó al principio. Los vecinos contribuyeron con todo lo que pudieron para aliviarnos en nuestra calamidad. Nos trajeron vestidos y proveyeron un cuartito, que yo tenia independiente de la casa, y donde guardaba los aperos de la labranza y todos los utensilios necesarios de cocina; de modo que al amanecer tuvimos ya una habitacion, aunque miserable, donde recojernos. Nuestro honrado vecino y sus hijas no fueron de los últimos en venir á presentarnos aquellos consuelos que puede sujerir una benevolencia sin límites.

Cuando mi familia hubo salido del susto, manifestó su curiosidad por saber la causa de mi larga detencion. Les informé de todos los pormenores de mi viaje, y en seguida pasé á prepararlos para el recibimiento de la infeliz Olivia, pues aunque ya no teniamos mas que miseria que partir con ella, deseaba, no obstante, procurarla una grata acogida. Esta tarea hubiera sido mucho mas dificil á no ser por nuestra reciente desgracia, la cual habia humillado el orgullo de mi mujer y debilitado su resentimiento con otras agudas reflexiones. No pudiendo yo ir en persona por mi pobre hija, pues mi brazo se empeoraba por momentos, causándome los mas punzantes dolores, envié por ella á sus hermanos Moises y Sofía. Volvieron á poco, sosteniendo entre los dos á la mísera delincuente, la que no tenia valor para mirar á su madre, á quien todas mis instrucciones no pudieron persuadir á una perfecta reconciliacion: las mujeres ven con menos indulgencia que los hombres los estravíos de su propio sexo.—¡Oh señora! esclamó su madre, vd. viene á una casa muy pobre despues de haber vivido con mucha magnificencia. Mi hija Sofía y yo podemos contribuir muy poco al buen trato de personas que han acostumbrado á acompañarse solo con las gentes de la primera clase. Sí, señorita Olivia; su pobre padre de vd. y yo hemos padecido mucho últimamente; pero confio que el cielo la perdonará.

Durante este recibimiento, la desdichada víctima permaneció de pié, pálida y temblando, sin poder llorar ni responder. Yo no pude continuar por mas tiempo apático espectador de su congoja, por lo cual, dando á mi voz y estilo un grado de severidad que siempre era seguido de una inmediata sumision, esclamé:—Te ruego, Débora, que escuches mis palabras, y las grabes tan bien en tu memoria que no tenga que repetirlas jamas. He devuelto á tus brazos una hija infeliz y estraviada; su vuelta á su deber exije de nosotros que la restauremos en nuestra ternura. Los verdaderos trabajos de la vida empiezan á venir á toda prisa sobre nosotros; no los aumentemos, pues, con domésticas disensiones. Si vivimos en armonía, aun podemos vivir contentos; nuestra suerte es comun á la de muchas familias, lo que nos facilitará el acallar las censuras del mundo, y nos hará respetarnos unos á otros. El cielo ha prometido su amor al penitente; imitemos, pues, su ejemplo. El mismo cielo se complace mas á la vista de un pecador arrepentido, que á la de noventa y nueve buenos que han seguido imperturbables la senda de la virtud. Y nada es mas justo, porque un solo esfuerzo, por el cual nos detenemos en el borde del precipicio, es en sí mismo un acto de virtud superior á otros cien actos de justicia."

XXIII.

Solo el criminal puede ser por largo tiempo completamente miserable.

Se requeria ahora un constante trabajo para hacer nuestra habitacion lo mas cómoda posible; pero dentro de pocos dias volvimos á gozar de nuestra antigua serenidad. Hallándome imposibilitado de ayudar á mi hijo en nuestras tareas acostumbradas, leia á mi familia los pocos libros que se habian salvado, y en particular aquellos que divirtiendo la mente contribuyen á alegrar el corazon. Nuestros buenos vecinos venian á vernos todos los dias, y ellos mismos, llevados de la mas compasiva bondad, señalaron una hora en la cual todos se ponian á trabajar en el reparo de mi arruinada casa. El honrado hacendado Williams era de los primeros de estos visitadores; al punto que supo nuestra desgracia, acudió á ofrecernos cordialmente sus amistosos servicios. Aun renovó sus propuestas cariñosas á mi hija Olivia; pero esta las desechó de una manera que le

hizo reprimir totalmente sus futuras solicitaciones. El dolor de la pobre muchacha parecia de una manera inestinguible, y ella era la sola en nuestra pequeña sociedad á quien el espacio de una semana no habia podido restablecer en su anterior alegría. Habia perdido aquella irreprensible y encantadora inocencia que la enseñaba á la vez á respetarse á sí misma y á buscar el contento complaciendo á los demas: la negra melancolía se habia apoderado fuertemente de su espíritu: su belleza empezó á participar del menoscabo de su constitucion, y la negligencia y desaseo contribuian á disminuirla. El menor epíteto cariñoso dado á su hermana era una saeta que se clavaba en su corazon, y un motivo para que corriesen sus lágrimas; y como un vicio, aunque curado, deja en el pecho las semillas de otros, así su primer yerro, aunque purgado por el arrepentimiento, la habia dejado tras sí los zelos y la envidia. Yo ponia en ejecucion mil medios para mitigar su pena. y aun olvidaba las mias propias por interesarme mas en las suyas, relatándola, al efecto, aquellos divertidos pasajes históricos que una buena memoria y alguna lectura podian facilitarme.—Nuestra felicidad, hija mia, la decia, está en las manos de uno que puede proporcionárnosla por mil vias invisibles, que burlan nuestra perspicacia. Si para prueba necesitas de algun ejemplo, te referiré un caso que nos cuenta un historiador grave, aunque algunas veces romancesco.

"Matilde fué casada muy jóven con un noble napolitano de la primera distincion, y á la edad de quince años se encontró viuda y con un hijo. Estando un dia con su infante en los brazos en un balcon de su casa, que caia sobre el rio Volturna, acariciándolo enagenada, el niño da un brinco repentinamente, y desde los brazos de la madre salta al rio, y desaparece al momento. La madre, sobresaltada, hace un esfuerzo para salvarlo, y se arroja tras él al rio. Pero lejos de poder libertarlo, hubiera ella misma perecido, si con gran dificultad no hubiese escapado á la orilla opuesta, donde, aun no recobrada del todo, se vió rodeada de algunos soldados franceses, que andaban saqueando el pais, y la hicieron su prisionera.

"Como la guerra entre los italianos y franceses continuaba con una inhumanidad inaudita, iban los soldados á perpetrar á la vez aquellos dos estremos que sujieren la lujuria y la crueldad; mas un jóven oficial se opuso abiertamente á tan bárbara resolucion, y no obstante que su retirada exijia la mayor presteza, la colocó en la

Durante este recibimiento, la desdichada víctima permaneció de pié, pálida y temblando, sin poder llorar ni responder. Yo no pude continuar por mas tiempo apático espectador de su congoja, por lo cual, dando á mi voz y estilo un grado de severidad que siempre era seguido de una inmediata sumision, esclamé:—Te ruego, Débora, que escuches mis palabras, y las grabes tan bien en tu memoria que no tenga que repetirlas jamas. He devuelto á tus brazos una hija infeliz y estraviada; su vuelta á su deber exije de nosotros que la restauremos en nuestra ternura. Los verdaderos trabajos de la vida empiezan á venir á toda prisa sobre nosotros; no los aumentemos, pues, con domésticas disensiones. Si vivimos en armonía, aun podemos vivir contentos; nuestra suerte es comun á la de muchas familias, lo que nos facilitará el acallar las censuras del mundo, y nos hará respetarnos unos á otros. El cielo ha prometido su amor al penitente; imitemos, pues, su ejemplo. El mismo cielo se complace mas á la vista de un pecador arrepentido, que á la de noventa y nueve buenos que han seguido imperturbables la senda de la virtud. Y nada es mas justo, porque un solo esfuerzo, por el cual nos detenemos en el borde del precipicio, es en sí mismo un acto de virtud superior á otros cien actos de justicia."

XXIII.

Solo el criminal puede ser por largo tiempo completamente miserable.

Se requeria ahora un constante trabajo para hacer nuestra habitacion lo mas cómoda posible; pero dentro de pocos dias volvimos á gozar de nuestra antigua serenidad. Hallándome imposibilitado de ayudar á mi hijo en nuestras tareas acostumbradas, leia á mi familia los pocos libros que se habian salvado, y en particular aquellos que divirtiendo la mente contribuyen á alegrar el corazon. Nuestros buenos vecinos venian á vernos todos los dias, y ellos mismos, llevados de la mas compasiva bondad, señalaron una hora en la cual todos se ponian á trabajar en el reparo de mi arruinada casa. El honrado hacendado Williams era de los primeros de estos visitadores; al punto que supo nuestra desgracia, acudió á ofrecernos cordialmente sus amistosos servicios. Aun renovó sus propuestas cariñosas á mi hija Olivia; pero esta las desechó de una manera que le

hizo reprimir totalmente sus futuras solicitaciones. El dolor de la pobre muchacha parecia de una manera inestinguible, y ella era la sola en nuestra pequeña sociedad á quien el espacio de una semana no habia podido restablecer en su anterior alegría. Habia perdido aquella irreprensible y encantadora inocencia que la enseñaba á la vez á respetarse á sí misma y á buscar el contento complaciendo á los demas: la negra melancolía se habia apoderado fuertemente de su espíritu: su belleza empezó á participar del menoscabo de su constitucion, y la negligencia y desaseo contribuian á disminuirla. El menor epíteto cariñoso dado á su hermana era una saeta que se clavaba en su corazon, y un motivo para que corriesen sus lágrimas; y como un vicio, aunque curado, deja en el pecho las semillas de otros, así su primer yerro, aunque purgado por el arrepentimiento, la habia dejado tras sí los zelos y la envidia. Yo ponia en ejecucion mil medios para mitigar su pena, y aun olvidaba las mias propias por interesarme mas en las suyas, relatándola, al efecto, aquellos divertidos pasajes históricos que una buena memoria y alguna lectura podian facilitarme.—Nuestra felicidad, hija mia, la decia, está en las manos de uno que puede proporcionárnosla por mil vias invisibles, que burlan nuestra perspicacia. Si para prueba necesitas de algun ejemplo, te referiré un caso que nos cuenta un historiador grave, aunque algunas veces romancesco.

"Matilde fué casada muy jóven con un noble napolitano de la primera distincion, y á la edad de quince años se encontró viuda y con un hijo. Estando un dia con su infante en los brazos en un balcon de su casa, que caia sobre el rio Volturna, acariciándolo enagenada, el niño da un brinco repentinamente, y desde los brazos de la madre salta al rio, y desaparece al momento. La madre, sobresaltada, hace un esfuerzo para salvarlo, y se arroja tras él al rio. Pero lejos de poder libertarlo, hubiera ella misma perecido, si con gran dificultad no hubiese escapado á la orilla opuesta, donde, aun no recobrada del todo, se vió rodeada de algunos soldados franceses, que andaban saqueando el pais, y la hicieron su prisionera.

"Como la guerra entre los italianos y franceses continuaba con una inhumanidad inaudita, iban los soldados á perpetrar á la vez aquellos dos estremos que sujieren la lujuria y la crueldad; mas un jóven oficial se opuso abiertamente á tan bárbara resolucion, y no obstante que su retirada exijia la mayor presteza, la colocó en la

grupa de su caballo y la llevó con toda seguridad á Francia. La hermosura de su prisionera cautivó sus ojos desde luego, mas sus bellas cualidades se apoderaron bien pronto de su corazon. Por último, se casaron: él fué ascendido á los primeros empleos de la milicia; vivian unidos y eran felices. Pero la felicidad de un militar no puede llamarse permanente. Despues de algunos años, las tropas que él mandaba, habiendo tenido un encuentro desgraciado con el enemigo, se vieron obligadas á retirarse á la ciudad en que habia vivido tan largo tiempo con su esposa. La ciudad fué sitiada, y al cabo la tomaron los sitiadores. Pocas historias pueden presentar mas ejemplos de una crueldad tan bárbara como la que entonces ejercian los franceses é italianos unos contra otros. Los vencedores resolvieron en esta ocasion pasar por las armas á todos los prisioneros, y en especial al esposo de la infortunada Matilde, por haber sido el principal instrumento de la duracion del sitio. Por lo comun, se ejecutaban estas determinaciones tan pronto como se resolvian. Nuestro prisionero fué conducido al lugar del suplicio; el verdugo estaba preparado, alzada su cuchilla, y los espectadores en taciturno silencio aguardaban ver descender el fatal golpe, que solo estaba suspendido hasta que el general, que presidia este acto, diese la señal. En este intervalo de angustia y espectacion, llegó Matilde á recibir el último adios de su libertador y esposo; deploró á gritos su miserable situacion y la crueldad del Destino que la habia salvado de una muerte temprana en el rio Volturna, para hacerla espectadora de mayores infortunios; y el general, que era jóven y que desde que la vió quedó sorprendido de su hermosura, sintió las mayores conmociones al oirla mencionar el primer riesgo de su vida.....¡Era su hijo! ¡El hijo de sus entrañas, por quien ella se habia visto en tan inminente peligro! Reconoce á su madre, y corre á arrodillarse á sus piés. Fácilmente se conciben las consecuencias de este dichoso encuentro: el prisionero fué puesto en libertad, y en adelante vivieron disfrutando toda la felicidad que confieren el amor, la amistad y la ternura filial."

De este modo me esforzaba yo en divertir el dolor de mi triste hija; mas ella siempre me escuchaba con distracion. Sus propias desgracias habian embotado aquella fina sensibilidad que otras veces habia manifestado por los males de otros, y nada podia consolarla. Cuando estaba acompañada, temia el desprecio de

los demas; cuando sola, no veia mas que su afliccion. Tal era su miserable estado cuando recibimos noticia cierta de que Mr Thornhill iba á casarse con la señorita Wilmott, á la que siempre sospeché queria apasionadamente, sin embargo de que él aprovechó toda oportunidad, delante de mí, de espresar el desprecio con que miraba su persona y riquezas. Esta noticia solo sirvió para aumentar la pena de mi infeliz hija Olivia: infidelidad tan pública, era demasiado atrevida para que ella pudiese soportarla. Resolví, pues, adquirir una confirmacion de esta fatal nueva, é impedir si era posible, que Mr. Thornhill consiguiese sus designios, enviando mi hijo al anciano Mr. Wilmott, con las instrucciones necesarias para saber la verdad del caso y entregar al mismo tiempo una carta á la señorita Wilmott, en la que la participaba todo el proceder de Mr. Thornhill hácia mi familia. En su virtud, partió mi hijo, y volvió á los tres dias asegurándonos ser cierta la noticia, y que se habia visto obligado á dejar la carta, no habiéndole sido posible entregarla á la señorita Wilmot, por hallarse esta á la sazon visitando con Mr. Thornhill á los personajes de los alrededores; que iban á ser casados de allí á pocos dias, y que se habian presentado los dos en la iglesia el domingo anterior con mucho fausto y grandeza, la novia acompañada de seis señoritas, y el novio de otros tantos caballeros; que las próximas bodas habian llenado de contento á todo el país; que comunmente salian los dos á paseo en un quitrin tan magnífico, que por muchos años no se habia visto otro igual en todas aquellas cercanías; que todos los amigos de la familia habian acudido para la celebridad de este enlace, y entre ellos el tio del caballero sir Guillermo, conocido por su buen carácter; que no se veian en aquel contorno mas que fiestas y regocijos; que todos elogiaban la belleza de la señorita y la gallarda presencia del caballero, y que era en estremo notable la pasion que se profesaba uno á otro, concluyendo con decir que él no podia menos de pensar que Mr. Thornhill era uno de los hombres mas felices del mundo.

—Séalo en buena hora, si puede serlo, esclamé; pero observa, hijo mio, este jergon de paja, este desabrigado techo, estas paredes arruinadas, este suelo húmedo, mi miserable cuerpo estropeado por el fuego, y mis desdichados hijos llorando por pan al rededor de mí: tú has venido á tu casa á encontrarte con este triste cuadro despues de haber sido allá testigo de tanta pompa y alegría: sin embargo,

grupa de su caballo y la llevó con toda seguridad á Francia. La hermosura de su prisionera cautivó sus ojos desde luego, mas sus bellas cualidades se apoderaron bien pronto de su corazon. Por último, se casaron: él fué ascendido á los primeros empleos de la milicia; vivian unidos y eran felices. Pero la felicidad de un militar no puede llamarse permanente. Despues de algunos años, las tropas que él mandaba, habiendo tenido un encuentro desgraciado con el enemigo, se vieron obligadas á retirarse á la ciudad en que habia vivido tan largo tiempo con su esposa. La ciudad fué sitiada, y al cabo la tomaron los sitiadores. Pocas historias pueden presentar mas ejemplos de una crueldad tan bárbara como la que entonces ejercian los franceses é italianos unos contra otros. Los vencedores resolvieron en esta ocasion pasar por las armas á todos los prisioneros, y en especial al esposo de la infortunada Matilde, por haber sido el principal instrumento de la duracion del sitio. Por lo comun, se ejecutaban estas determinaciones tan pronto como se resolvian. Nuestro prisionero fué conducido al lugar del suplicio; el verdugo estaba preparado, alzada su cuchilla, y los espectadores en taciturno silencio aguardaban ver descender el fatal golpe, que solo estaba suspendido hasta que el general, que presidia este acto, diese la señal. En este intervalo de angustia y espectacion, llegó Matilde á recibir el último adios de su libertador y esposo; deploró á gritos su miserable situacion y la crueldad del Destino que la habia salvado de una muerte temprana en el rio Volturna, para hacerla espectadora de mayores infortunios; y el general, que era jóven y que desde que la vió quedó sorprendido de su hermosura, sintió las mayores conmociones al oirla mencionar el primer riesgo de su vida.....¡Era su hijo! ¡El hijo de sus entrañas, por quien ella se habia visto en tan inminente peligro! Reconoce á su madre, y corre á arrodillarse á sus piés. Fácilmente se conciben las consecuencias de este dichoso encuentro: el prisionero fué puesto en libertad, y en adelante vivieron disfrutando toda la felicidad que confieren el amor, la amistad y la ternura filial."

De este modo me esforzaba yo en divertir el dolor de mi triste hija; mas ella siempre me escuchaba con distracion. Sus propias desgracias habian embotado aquella fina sensibilidad que otras veces habia manifestado por los males de otros, y nada podia consolarla. Cuando estaba acompañada, temia el desprecio de

los demas; cuando sola, no veia mas que su afliccion. Tal era su miserable estado cuando recibimos noticia cierta de que Mr Thornhill iba á casarse con la señorita Wilmott, á la que siempre sospeché queria apasionadamente, sin embargo de que él aprovechó toda oportunidad, delante de mí, de espresar el desprecio con que miraba su persona y riquezas. Esta noticia solo sirvió para aumentar la pena de mi infeliz hija Olivia: infidelidad tan pública, era demasiado atrevida para que ella pudiese soportarla. Resolví, pues, adquirir una confirmacion de esta fatal nueva, ó impedir si era posible, que Mr. Thornhill consiguiese sus designios, enviando mi hijo al anciano Mr. Wilmott, con las instrucciones necesarias para saber la verdad del caso y entregar al mismo tiempo una carta á la señorita Wilmott, en la que la participaba todo el proceder de Mr. Thornhill hácia mi familia. En su virtud, partió mi hijo, y volvió á los tres dias asegurándonos ser cierta la noticia, y que se habia visto obligado á dejar la carta, no habiéndole sido posible entregarla á la señorita Wilmot, por hallarse esta á la sazon visitando con Mr. Thornhill á los personajes de los alrededores; que iban á ser casados de allí á pocos dias, y que se habian presentado los dos en la iglesia el domingo anterior con mucho fausto y grandeza, la novia acompañada de seis señoritas, y el novio de otros tantos caballeros; que las próximas bodas habian llenado de contento á todo el país; que comunmente salian los dos á paseo en un quitrin tan magnífico, que por muchos años no se habia visto otro igual en todas aquellas cercanías; que todos los amigos de la familia habian acudido para la celebridad de este enlace, y entre ellos el tio del caballero sir Guillermo, conocido por su buen carácter; que no se veian en aquel contorno mas que fiestas y regocijos; que todos elogiaban la belleza de la señorita y la gallarda presencia del caballero, y que era en estremo notable la pasion que se profesaba uno á otro, concluyendo con decir que él no podia menos de pensar que Mr. Thornhill era uno de los hombres mas felices del mundo.

—Séalo en buena hora, si puede serlo, esclamé; pero observa, hijo mio, este jergon de paja, este desabrigado techo, estas paredes arruinadas, este suelo húmedo, mi miserable cuerpo estropeado por el fuego, y mis desdichados hijos llorando por pan al rededor de mí: tú has venido á tu casa á encontrarte con este triste cuadro despues de haber sido allá testigo de tanta pompa y alegría: sin embargo,

aquí, sí, aquí ves á un hombre que ni por mil mundos se cambiaria por ese que tú crees tan feliz. ¡Oh, hijos mios! Si aprendiérais á conversar con vuestros corazones, y conociérais la noble compañía que en ellos teneis, ¡cuán poco caso haríais de la grandeza y elegancia del hombre injusto! A casi todos los mortales se les ha enseñado que esta vida no es mas que un paso para la eternidad, y que ellos son los viajeros. Este símil se puede comprobar fácilmente, notando que los buenos están siempre alegres y tranquilos, como los caminantes que vuelven á sus casas, mientras que los malos solo tienen, como aqullos que marchan á su destierro, algunos intervalos de dicha.

Mi compasion por mi angustiada hija, á quien la desastrosa relacion de su hermano habia hecho caer sin sentido, me impidió continuar. Su madre corrió á su socorro, y á poco rato se recobró. Desde este momento apareció mas serena, y aun me imaginé que habia adquirido algun grado de resolucion. Pero las apariencias me engañaron: su simulada tranquilidad no era otra cosa que la languidez de un escesivo resentimiento.

Mis caritativos feligreses nos enviaron algunas provisiones: esto parecia haber difundido nuevo contento entre el resto de la familia, y no me disgustó volver á verles alegres y con alguna comodidad. Hubiera sido una injusticia amortiguar la satisfaccion de todos, para hacerlos condolerse de una melancolía resuelta, ó fatigarlos con el peso de una tristeza que no sentian. Así, pues, empezaron de nuevo los cuentos y las canciones; y la alegría y el buen humor condescendieron en visitar otra vez nuestra humilde morada.

XXIV.

Nuevas calamidades.

El dia siguiente amaneció con un calor estraordinario para la estacion en que nos hallábamos, por lo cual convenimos en ir á almorzar á la glorieta de la madreselva. Nos sentamos como de costumbre, y mi hija menor, á solicitud mia, unió su voz al dulce concierto de los pajarillos, que posaban sobre los árboles vecinos. En este lugar fué en donde mi pobre Olivia vió por primera vez á su seductor, y todos los objetos servian para renovarle su dolor. Pero

aquella melancolía escitada por objetos que recuerdan el placer, ó inspirada por los sonidos de la armonía, alivia, en vez de agravar al corazon. Su madre sintió tambien en esta ocasion una dulce congoja, y despues de haber llorado, amó á su hija Olivia con la misma ternura que antes de su desgracia.—Vamos, mi querida Olivia, la dijo: cántanos aquella cancioncita triste que tanto gustaba á tu padre: tu hermana Sofía ya nos ha entretenido: vamos, hija mia, que agradará mucho á tu pobre padre.—Olivia la obedeció; y en un estilo tan tierno y patético que todo me conmovió, cantó la siguiente—

LETRILLA.

Mujer sensible
Que á amor se entrega,
Y tarde llega
A conocer
El falso pecho
Del hombre ingrato,
Que su recato
Logró vencer;
¿Cómo de negra
Melancolía
La compañía
Dejar podrá?
¿Ni con qué artes
Su desacierto
Tendrá encubierto,
Ni borrará?

¡Ay! solo un triste
Medio la queda
Que ocultar pueda
Su proceder;
Que la liberte
Del cruel estado
De ver tachado
Su honor dó quier;
Y que acusando
Siempre á su amante,
Clame incesante
Su arrepentir;
Y aqueste medio
Tan poderoso,
Mas doloroso,
Es el..... morir!

Al concluir su última estancia, á la cual una interrupcion en su voz, causada por sus aflicciones, dió una dulzura esquisita, avistamos á lo lejos el coche de Mr. Thornhill. Esta vista nos alarmó á todos, y en especial á mi desdichada hija Olivia, la cual, queriendo evitar la presencia de su villano seductor, se volvió á casa con su hermana. El coche llegó en pocos minutos: Mr. Thornhill se apeó, y viniendo hácia el paraje donde yo estaba sentado, me preguntó por mi salud con su acostumbrada familiaridad.—Señor, le contes-

aquí, sí, aquí ves á un hombre que ni por mil mundos se cambiaria por ese que tú crees tan feliz. ¡Oh, hijos mios! Si aprendiérais á conversar con vuestros corazones, y conociérais la noble compañía que en ellos teneis, ¡cuán poco caso haríais de la grandeza y elegancia del hombre injusto! A casi todos los mortales se les ha enseñado que esta vida no es mas que un paso para la eternidad, y que ellos son los viajeros. Este símil se puede comprobar fácilmente, notando que los buenos están siempre alegres y tranquilos, como los caminantes que vuelven á sus casas, mientras que los malos solo tienen, como aqullos que marchan á su destierro, algunos intervalos de dicha.

Mi compasion por mi angustiada hija, á quien la desastrosa relacion de su hermano habia hecho caer sin sentido, me impidió continuar. Su madre corrió á su socorro, y á poco rato se recobró. Desde este momento apareció mas serena, y aun me imaginé que habia adquirido algun grado de resolucion. Pero las apariencias me engañaron: su simulada tranquilidad no era otra cosa que la languidez de un escesivo resentimiento.

Mis caritativos feligreses nos enviaron algunas provisiones: esto parecia haber difundido nuevo contento entre el resto de la familia, y no me disgustó volver á verles alegres y con alguna comodidad. Hubiera sido una injusticia amortiguar la satisfaccion de todos, para hacerlos condolerse de una melancolía resuelta, ó fatigarlos con el peso de una tristeza que no sentian. Así, pues, empezaron de nuevo los cuentos y las canciones; y la alegría y el buen humor condescendieron en visitar otra vez nuestra humilde morada.

XXIV.

Nuevas calamidades.

El dia siguiente amaneció con un calor estraordinario para la estacion en que nos hallábamos, por lo cual convenimos en ir á almorzar á la glorieta de la madreselva. Nos sentamos como de costumbre, y mi hija menor, á solicitud mia, unió su voz al dulce concierto de los pajarillos, que posaban sobre los árboles vecinos. En este lugar fué en donde mi pobre Olivia vió por primera vez á su seductor, y todos los objetos servian para renovarle su dolor. Pero

aquella melancolía escitada por objetos que recuerdan el placer, ó inspirada por los sonidos de la armonía, alivia, en vez de agravar al corazon. Su madre sintió tambien en esta ocasion una dulce congoja, y despues de haber llorado, amó á su hija Olivia con la misma ternura que antes de su desgracia.—Vamos, mi querida Olivia, la dijo: cántanos aquella cancioncita triste que tanto gustaba á tu padre: tu hermana Sofía ya nos ha entretenido: vamos, hija mia, que agradará mucho á tu pobre padre.—Olivia la obedeció; y en un estilo tan tierno y patético que todo me conmovió, cantó la siguiente—

LETRILLA.

Mujer sensible
Que á amor se entrega,
Y tarde llega
A conocer
El falso pecho
Del hombre ingrato,
Que su recato
Logró vencer;
¿Cómo de negra
Melancolía
La compañía
Dejar podrá?
¿Ni con qué artes
Su desacierto
Tendrá encubierto,
Ni borrará?

¡Ay! solo un triste
Medio la queda
Que ocultar pueda
Su proceder;
Que la liberte
Del cruel estado
De ver tachado
Su honor dó quier;
Y que acusando
Siempre á su amante,
Clame incesante
Su arrepentir;
Y aqueste medio
Tan poderoso,
Mas doloroso,
Es el..... morir!

Al concluir su última estancia, á la cual una interrupcion en su voz, causada por sus aflicciones, dió una dulzura esquisita, avistamos á lo lejos el coche de Mr. Thornhill. Esta vista nos alarmó á todos, y en especial á mi desdichada hija Olivia, la cual, queriendo evitar la presencia de su villano seductor, se volvió á casa con su hermana. El coche llegó en pocos minutos: Mr. Thornhill se apeó, y viniendo hácia el paraje donde yo estaba sentado, me preguntó por mi salud con su acostumbrada familiaridad.—Señor, le contes-

té: el descaro de vd. solo sirve para aumentar la vileza de su carácter: hubo un tiempo en que yo hubiera castigado su insolencia en presentarse delante de mí, pero en la actualidad está vd. seguro, porque la edad ha enfriado mis pasiones, y mi ejercicio me las reprime. —Confieso, mi querido señor, esclamó, que me admira el oir á vd., y no sé lo que quiere decir; pues yo no creo que vd. piense que la última escursion de su hija conmigo, tiene en sí algo de criminal.— Anda, miserable, repuse; eres un imprudente embustero, pero tu bajeza te pone á cubierto de mi ira. ¡Sin embargo, señor, yo desciendo de una familia que quisiera no hubiese padecido semejante borron! Y tú, despreciable reptil, por satisfacer una pasion momentánea has hecho infeliz por toda su vida, á una pobre é inocente criatura, y has manchado el honor de una casa, única joya que la fortuna la habia dejado, y que hasta ahora habia conservado puro y sin mancilla.—Si ella, ó vd., me replicó con la mas insolente confianza, están resueltos á ser miserables, no es culpa mia. Pero aun pueden vds. ser felices; y no obstante la opinion que vd. haya formado de mí, siempre me encontrará dispuesto á contribuir á su fortuna. Podemos casar con otro en el momento á la señorita Olivia, y lo que es mas, puede conservar al mismo tiempo á su amante, pues protesto que continuaré siempre teniéndola una verdadera estimacion.

Todas mis pasiones se encendieron con este nuevo insulto: porque aunque el espíritu puede muchas veces sufrir con calma las mayores injurias, si se introduce en el alma una pequeña chispa de orgullo, es fácil inflamarla de rabia.—Apártate, monstruo, de mi vista, esclamé, y no continúes insultándome con tu presencia. Si mi valiente hijo estuviera aquí, él castigaria tu inicua insolencia; pero yo soy viejo, y ademas estoy baldado y enteramente inútil.—Ya veo, me dijo, que vd. se ha propuesto hacerme hablar en un tono mas fuerte del que yo queria. Pero así como le he manifestado á vd. lo que puede esperar de mi amistad, no será fuera de propósito le haga saber igualmente las consecuencias de mi resentimiento. Mi procurador, á quien he pasado la obligacion de las cien libras esterlinas que vd. me firmó, amenaza por su cobro; y no sé cómo impedir que acuda á la justicia, á menos que yo mismo no pague el dinero, lo que me es al presente enteramente imposible, porque he tenido que hacer gastos muy escesivos para mi próximo matrimonio. Ademas, mi administrador trata de cobrar la renta que vd. debe, y él sabe

muy bien su obligacion en esta parte, pues yo nunca me mezclo en asuntos de esta naturaleza. Con todo, aun deseo servir á vd., y quisiera que tanto vd. como su hija asistiesen á mi boda, que se ha de celebrar dentro de poco con la señorita Wilmott: invitacion que tambien le hace á vd. mi encantadora Arabela, á quien creo no negará este placer.—Mr. Thornhill, le repliqué, óigame vd. por la última vez. En cuanto á su casamiento, jamas consentiré sea con otra que con mi hija, y por lo que hace á su amistad ó resentimiento, sepa vd. que aunque la primera pudiera elevarme á un trono, ó el segundo llevarme al sepulcro, desprecio igualmente el uno y la otra. He sido ya engañado ruin y desapiadadamente por vd.: reposé mi corazon en su honor, y me ha pagado con la mas indigna bajeza; por tanto, no espere ya jamas amistad de mí. Vaya vd., y posea lo que la fortuna le ha dado: hermosura, riquezas, salud y placeres, y déjeme á mí en la miseria, infamia, enfermedad y dolor. No obstante lo humillado que me encuentro, mi corazon sabrá vindicar su dignidad; y aunque vd. tiene ya mi perdon, tendrá tambien para siempre mi desprecio.—Pues si es así, esclamó, viva vd. persuadido de que sentirá los efectos de su insolencia, y dentro de poco verémos cuál de los dos es objeto mas digno de desprecio, si vd. ó yo.—Y diciendo esto, se marchó precipitadamente.

Mi mujer é hijo, que presenciaron esta entrevista, se quedaron como petrificados del temor de sus consecuencias; y mis hijas, que vinieron al punto que lo vieron partir, no se alarmaron menos al saber el fin de nuestra conversacion. Pero yo no hice el menor caso de su malevolencia: él me habia ya dado el golpe, y me mantuve preparado para repeler todo nuevo ataque; bien así como uno de aquellos instrumentos de guerra que, aunque arrojados al suelo, aun presentan una punta para recibir al enemigo.

Pronto vimos que sus amenazas no habian sido vanas, pues al siguiente dia vino su administrador á cobrarme la renta anual, la que por el cúmulo de desgracias que dejo referidas, me era imposible satisfacer. El resultado de esta imposibilidad fué el llevarse mis vacas aquella tarde, apreciarlas y venderlas por menos de la mitad de su valor. A vista de esto mi mujer é hijos me suplicaron accediese á algunos términos, antes que incurrir en nuestra cierta destruccion. Aun me pidieron que consintiese otra vez las visitas de Mr. Thornhill, y usaron de toda su elocuencia para pintarme las calamidades

té: el descaro de vd. solo sirve para aumentar la vileza de su carácter: hubo un tiempo en que yo hubiera castigado su insolencia en presentarse delante de mí, pero en la actualidad está vd. seguro, porque la edad ha enfriado mis pasiones, y mi ejercicio me las reprime. —Confieso, mi querido señor, esclamó, que me admira el oir á vd., y no sé lo que quiere decir; pues yo no creo que vd. piense que la última escursion de su hija conmigo, tiene en sí algo de criminal.—Anda, miserable, repuse; eres un imprudente embustero, pero tu bajeza te pone á cubierto de mi ira. ¡Sin embargo, señor, yo desciendo de una familia que quisiera no hubiese padecido semejante borron! Y tú, despreciable reptil, por satisfacer una pasion momentánea has hecho infeliz por toda su vida, á una pobre é inocente criatura, y has manchado el honor de una casa, única joya que la fortuna la habia dejado, y que hasta ahora habia conservado puro y sin mancilla.—Si ella, ó vd., me replicó con la mas insolente confianza, están resueltos á ser miserables, no es culpa mia. Pero aun pueden vds. ser felices; y no obstante la opinion que vd. haya formado de mí, siempre me encontrará dispuesto á contribuir á su fortuna. Podemos casar con otro en el momento á la señorita Olivia, y lo que es mas, puede conservar al mismo tiempo á su amante, pues protesto que continuaré siempre teniéndola una verdadera estimacion.

Todas mis pasiones se encendieron con este nuevo insulto: porque aunque el espíritu puede muchas veces sufrir con calma las mayores injurias, si se introduce en el alma una pequeña chispa de orgullo, es fácil inflamarla de rabia.—Apártate, monstruo, de mi vista, esclamé, y no continúes insultándome con tu presencia. Si mi valiente hijo estuviera aquí, él castigaria tu inicua insolencia; pero yo soy viejo, y ademas estoy baldado y enteramente inútil.—Ya veo, me dijo, que vd. se ha propuesto hacerme hablar en un tono mas fuerte del que yo queria. Pero así como le he manifestado á vd. lo que puede esperar de mi amistad, no será fuera de propósito le haga saber igualmente las consecuencias de mi resentimiento. Mi procurador, á quien he pasado la obligacion de las cien libras esterlinas que vd. me firmó, amenaza por su cobro; y no sé cómo impedir que acuda á la justicia, á menos que yo mismo no pague el dinero, lo que me es al presente enteramente imposible, porque he tenido que hacer gastos muy escesivos para mi próximo matrimonio. Ademas, mi administrador trata de cobrar la renta que vd. debe, y él sabe

muy bien su obligacion en esta parte, pues yo nunca me mezclo en asuntos de esta naturaleza. Con todo, aun deseo servir á vd., y quisiera que tanto vd. como su hija asistiesen á mi boda, que se ha de celebrar dentro de poco con la señorita Wilmott: invitacion que tambien le hace á vd. mi encantadora Arabela, á quien creo no negará este placer.—Mr. Thornhill, le repliqué, óigame vd. por la última vez. En cuanto á su casamiento, jamas consentiré sea con otra que con mi hija, y por lo que hace á su amistad ó resentimiento, sepa vd. que aunque la primera pudiera elevarme á un trono, ó el segundo llevarme al sepulcro, desprecio igualmente el uno y la otra. He sido ya engañado ruin y desapiadadamente por vd.: reposé mi corazon en su honor, y me ha pagado con la mas indigna bajeza; por tanto, no espere ya jamas amistad de mí. Vaya vd., y posea lo que la fortuna le ha dado: hermosura, riquezas, salud y placeres, y déjeme á mí en la miseria, infamia, enfermedad y dolor. No obstante lo humillado que me encuentro, mi corazon sabrá vindicar su dignidad; y aunque vd. tiene ya mi perdon, tendrá tambien para siempre mi desprecio.—Pues si es así, esclamó, viva vd. persuadido de que sentirá los efectos de su insolencia, y dentro de poco verémos cuál de los dos es objeto mas digno de desprecio, si vd. ó yo.—Y diciendo esto, se marchó precipitadamente.

Mi mujer é hijo, que presenciaron esta entrevista, se quedaron como petrificados del temor de sus consecuencias; y mis hijas, que vinieron al punto que lo vieron partir, no se alarmaron menos al saber el fin de nuestra conversacion. Pero yo no hice el menor caso de su malevolencia: él me habia ya dado el golpe, y me mantuve preparado para repeler todo nuevo ataque; bien así como uno de aquellos instrumentos de guerra que, aunque arrojados al suelo, aun presentan una punta para recibir al enemigo.

Pronto vimos que sus amenazas no habian sido vanas, pues al siguiente dia vino su administrador á cobrarme la renta anual, la que por el cúmulo de desgracias que dejo referidas, me era imposible satisfacer. El resultado de esta imposibilidad fué el llevarse mis vacas aquella tarde, apreciarlas y venderlas por menos de la mitad de su valor. A vista de esto mi mujer é hijos me suplicaron accediese á algunos términos, antes que incurrir en nuestra cierta destruccion. Aun me pidieron que consintiese otra vez las visitas de Mr. Thornhill, y usaron de toda su elocuencia para pintarme las calamidades

que iba á sufrir, y los horrores de una prision en la estacion rigorosa en que nos hallábamos, con el peligro que amenazaba á mi salud por el accidente del fuego. Mas yo permanecí inflexible á todo.

—¿Por qué quereis, amadas prendas mias, les dije, intentar persuadirme á hacer una cosa injusta? Mi carácter y mi deber me han enseñado á perdonarlo, pero mi conciencia me prohibe que apruebe su estravío. ¿Quereis que yo aplauda en público lo que mi corazon condena interiormente? ¿Quereis que me siente con la mayor humillacion delante del infame traidor, y que lo adule, y que por evitar una prision esté continuamente sufriendo el mas devorador de todos los martirios, el de un confinamiento mental? No, nunca! Si nos sacan de este mísero albergue, prosigamos cumpliendo santamente nuestro deber hasta la última hora; y donde quiera que nos arrojen, aun podrémos retirarnos á una hermosa habitacion cuando miremos en el interior de nuestros corazones con intrepidez y respeto.

Así pasamos aquella tarde. Por la noche cayó una nevada tan grande, que mi hijo tuvo que ponerse al otro dia temprano á apartar la nieve que estaba delante de la puerta para facilitar el paso. No hacia mucho tiempo que se ocupaba en esta maniobra, cuando entró corriendo y muy sobresaltado á decirnos que dos hombres, que él sabia eran alguaciles, venian hácia casa. Acabando de hablar, entraron estos, y acercándose á la cama donde yo estaba, despues de informarme de sus empleos y del negocio que los traia, me dijeron me diese por preso, y me mandaron me preparase para ir con ellos á la cárcel del distrito, distante de allí once millas.—Amigos mios, les dije; han venido vdes. á prenderme en un dia fatalísimo; desgracia tanto mayor para mí, cuanto que me he quemado un brazo, lo que me ha ocasionado una ligera fiebre: me falta ropa para cubrirme, y estoy ademas demasiado débil y viejo para andar mucho sobre tanta nieve como ha caido. Pero, pues es preciso, haré lo posible por obedecer á vdes.

En seguida me volví hácia mi mujer é hijos, y les ordené reuniesen las pocas cosas que nos habian quedado, y se dispusiesen para dejar al momento aquel lugar. Les rogué se diesen prisa, y llamé á mi hijo para que socorriese á su hermana Olivia, la que, conociendo ser la causa de todas nuestras calamidades, se habia desmayado quedando así por un solo rato insensible á sus crueles penas. Animaba cuanto podia á mi pobre mujer, que pálida y temblando apre-

taba entre sus brazos á los dos chiquitos amedrentados, quienes hacian por esconder sus caritas en su seno, temiendo mirar á los alguaciles. Entretanto, mi hija Sofía preparaba todo para nuestra marcha, y como á cada instante estaba yo diciéndola se despachase, en menos de una hora estuvo todo pronto para partir.

XXV.

No hay situacion, por miserable que parezca, que no tenga en sí alguna suerte de consuelo.

Salimos de aquella pacífica aldea, y caminamos poco á poco hácia nuestro destino. Mi hija Olivia, debilitada en estremo por una fiebre intermitente que hacia algunos dias habia empezado á consumirla, movió la compasion de uno de los alguaciles que tenia un caballo, y la colocó generosamente á la grupa: tan cierto es que ni aun esta clase de hombres puede desnudarse enteramente de todo sentimiento de humanidad. Mi hijo llevaba en la mano á uno de sus hermanitos y mi mujer al otro, y yo marchaba apoyado del brazo de mi hija Sofía, la cual, olvidando su situacion, lloraba amargamente por la mia.

Nos habriamos alejado como dos millas de nuestro último domicilio, cuando nos llamó la atencion la gritería de una turba, compuesta de unos cincuenta de los mas pobres de mis feligreses, que venian corriendo hácia nosotros. En breve nos alcanzaron, y con horribles imprecaciones se apoderaron de los alguaciles, jurando que no consentirian llevasen á su ministro á la cárcel mientras tuvieran una gota de sangre en sus venas. Ya iban á maltratarlos, lo que hubiera tenido unas consecuencias muy fatales; pero inmediatamente me interpuse, y conseguí, aunque con alguna dificultad, arrancarlos de las manos de la encolerizada multitud. Mis hijos, que tuvieron por cierta mi libertad, parecian trasportados de gozo, y no podian contener su entusiasmada alegría. Mas en breve quedaron desengañados al verme dirigir á la pobre turba estraviada, que venia, segun se imaginaba, á hacerme un servicio, y hablarle de esta manera:

—¡Qué es esto, amigos mios! ¿Es este el modo con que me amais? ¿Así obedeceis las instrucciones que os he dado desde el púlpito? Así os arrojais contra la justicia, acarreándoos vuestra ruina como

tambien la mia? ¿Quién es vuestro capitan? Mostradme el insensato que os ha seducido: él sufrirá en castigo mi resentimiento.... ¡Ah, mi querido y alucinado rebaño! Volved, volved á cumplir con las obligaciones que debeis á Dios, á vuestra patria y á mí. Tal vez no está lejos el dia en que me presente de nuevo á vosotros en mejor situacion, y contribuiré á hacer la felicidad de todos vosotros. Pero sea al menos mi consuelo, cuando reuna entonces mis ovejas para la inmortalidad, el ver que ninguna de ellas se ha estraviado.

Al punto se manifestaron todos arrepentidos, y derramando abundantes lágrimas vinieron uno tras otro á despedirse de mí. Les fuí dando cariñosamente la mano, y dejándoles mi bendicion, seguimos nuestro camino, sin encontrar mas tropiezo. Algunas horas antes de anochecer llegamos á la villa, ó mas bien aldea, pues consistia en unas cuantas casas miserables, no conservando de su antigua opulencia y superioridad mas señales que la cárcel. A la entrada nos paramos en un meson, donde nos facilitaron á la carrera algun alimento, y cené con mi familia con mi acostumbrado buen humor. Despues de haberlos dejado allí acomodados del mejor modo posible por aquella noche, proseguí con los alguaciles á la prision; esta habia sido construida con intento de aplicarla á objetos de la guerra, y consistia en un gran salon, cercado con fuertes verjas de hierro, y el pavimento enlosado. En este salon sacaban á recrearse á ciertas horas del dia á todos los presos, mezclados indistintamente los malhechores y los detenidos por deudas. Ademas de este departamento, tenia cada preso su cuarto separado, en el que lo encerraban por la noche.

Yo esperaba no encontrar en este horroroso albergue mas que los lamentos y jemidos de la miseria; pero al entrar ví que todo era diferente de lo que habia pensado. Una sola idea parecia ocupaba á todos los presos: la de apartar de sus mentes toda reflexion que les hiciera conocer sus respectivas situaciones, entregándose á la algazara y tumultuosa risa. Al punto me rodearon todos y me hicieron saber era preciso me sujetase á la requisa de costumbre practicada con todo recien entrado: inmediatamente cumplí con la demanda, entregándoles el poco dinero que tenia. En el acto enviaron por bebida, y toda la cárcel resonó con los gritos risotadas é imprecaciones que les arrancó su triunfo.

"¡Cómo! me dije á mí mismo. ¿Será posible que hombres tan

malvados estén contentos, y que yo esté tan melancólico? Aunque sufro la misma prision, creo que tengo mas razon que ellos para no estar melancólico."

Con semejantes reflexiones trataba de ponerme de buen humor; mas nunca fué producida la alegría por un esfuerzo doloroso en sí mismo. Permanecí sentado en un rincon en una postura pensativa, hasta que uno de los presos se me acercó, tomó asiento á mi lado, y entabló conversacion conmigo. Siempre fué mi constante máxima escuchar á cualquiera persona que quisiese hablarme, porque si su conversacion era buena, podia aprovecharme; y si mala, ella podia sacar provecho de la mia. Advertí que el individuo que llegó á hablarme era de un carácter sutil y de ninguna educacion, pero dotado de un mediano juicio y de un conocimiento esacto del mundo, ó hablando con mas propiedad, muy inteligente en las travesuras y maldades de la especie humana. Me preguntó si habia tenido cuidado de proveerme de una cama, circunstancia en la cual no habia yo absolutamente pensado. Le contesté que no, y él respondió:—Es una desgracia, pues aquí no le darán á vd. mas cama que una poca de paja, y ademas el cuarto á que lo destinan es muy grande y frio. Pero pues vd. parece un caballero, y como yo lo he sido tambien en mi tiempo, parte de mi ropa de cama está á su disposicion.

Le dí las gracias, sorprendido de hallar tanta humanidad entre las miserias de una cárcel, y queriendo hacerle conocer que yo era un hombre instruido, añadí que la sabia antigüedad entendió, al parecer, el precio de la compañía en la afliccion, cuando dijo. *Ton kosmon aire, ei dos ton etairon.*—Y en efecto, continué, ¿qué seria el mundo si no ofreciera mas que soledad?—Habla vd. del mundo, señor, me replicó: el mundo está en su decrepitud, y sin embargo, la cosmogonía ó creacion del mundo ha ocupado á los filósofos de todos los siglos. ¡Qué mezcla tan confusa de opiniones han amontonado al tratar de la creacion! Santoniaton, Manes, Berroso y Ocelo Lucano han intentado todo, pero inútilmente. El último dice estas palabras: *Anarchon arakai atelutaion to pan*; que significan..
—Dispense vd. esclamé, que interrumpa su sabio discurso; pero creo haber ya oido todo eso. ¿No he tenido yo el placer de ver á vd. en la feria de Wuelbridge? ¿No se llama vd. Efraim Jenkinson?—A esta pregunta dió un profundo suspiro.—Supongo, continué, se acordará vd. de un doctor Primrose, á quien compró un caballo.

Entonces me reconoció, porque la oscuridad del sitio y lo próximo de la noche le habian impedido el distinguir antes mis facciones. —Sí señor, me contestó; me acuerdo de vd. perfectamente y de que le compré un caballo, que aun no le he pagado. Su vecino Flamborough es el único perseguidor que temo en la próxima sesion del tribunal, pues está determinado á presentarse en él contra mí y jurar que soy monedero falso. Siento de todo mi corazon haber engañado á vd. ó á cualquier otro hombre; porque, añadió enseñándome los grillos, vea vd. aquí todo lo que he sacado de mis travesuras.— La bondad de vd., le dije, en ofrecerme tan desinteresada y generosamente su ayuda no quedará sin recompensa por mi parte. Yo haré todos los esfuerzos posibles para que mi amigo Flamborough no declare contra vd., ó que al menos lo haga de un modo de que no siga á vd. perjuicio, con cuyo objeto le enviaré mi hijo á la primera oportunidad, y espero que no desatienda mi solicitud; y en cuanto á mí, nada tiene V. que temer. Está bien, señor, esclamó; yo manifestaré á vd. que sé agradecer sus favores. Tendrá vd. esta noche mas de la mitad de mi ropa de cama, y ademas me daré á reconocer por su amigo en la prision, donde creo que tengo algun influjo.

Volví á darle gracias por su oferta, y no pude menos de espresarle mi admiracion al verlo tan rejuvenecido, pues cuando yo le ví por primera vez en la féria, representaba como unos sesenta años. —Señor, me dijo: bien se ve que tiene vd. mny poco conocimiento del mundo. Cuando vd. me vió en la féria llevaba yo pelo postizo, y sabia el modo de fingir todas las edades, desde la de diez y siete á la de setenta. ¡Ah! ¡Si la mitad del tiempo y del trabajo que he invertido en aprender á ser un pícaro, lo hubiera empleado en aprender un oficio, en el dia fuera quizás un hombre de caudal! Pero, pícaro como soy, puedo ser su amigo, y esto cuando vd. menos lo esperaba.

Nuestra conversacion fué aquí interrumpida por la llegada de los criados del alcaide, que venian á hacerle la requisa, y á encerrar los presos. Uno de ellos, que traia la paja que habia de servirme de cama, me llevó por un pasadizo oscuro y estrecho á un cuarto, enlosado como el salon principal: estendí en un rincon aquella, y la ropa que me habia dado mi compañero de prision; hecho lo cual, mi conductor se retiró, habiendo tenido antes la atencion de darme las buenas noches. Despues de mis acostumbradas meditaciones, y ha-

ber alabado á mi Corrector celestial, me acosté, y dormí con la mayor tranquilidad hasta el otro dia.

XXVI.

Reforma en la cárcel. Para que las leyes fuesen completas, deberian premiar igualmente que castigar.

Por la mañana temprano me despertaron los llantos de mi familia, á la que encontré al lado de mi cama. El triste y espantoso aspecto de todo lo que nos rodeaba, los habia asustado terriblemente. Les reprendí con mucha ternura su dolor, asegurándoles que jamas habia dormido con mayor sosiego; y en seguida pregunté por mi hija Olivia, á quien no veia allí. Me informaron que la incomodidad y fatiga del dia anterior habian aumentado su fiebre, y juzgaron mas acertado, dejarla descansando en la posada. Mi próximo cui dado fué el de enviar á mi hijo procurar uno ó dos cuartos cerca de la cárcel, para alojar la familia. Marchó al punto, y á poco volvió á decirnos que solo habia encontrado uno, cuya renta era corta: este quedó alquilado para mi mujer é hijas, habiendo tenido el alcai de la humanidad de consentir que Moises y sus dos hermanitos durmiesen conmigo en la prision. A este fin se preparó una cama del mejor modo posible en un rincon de mi cuarto; mas primero quise saber si los dos chiquitos gustarian de dormir en un lugar, que tanto susto les habia dado á la entrada.

—Y bien, hijos mios, les dije: ¿qué os parece de vuestra cama? ¿Os gusta? ¿Tendreis miedo de dormir en un cuarto tan triste y oscuro como éste?—No, papá, contestó Ricardito; yo no tengo miedo donde está vd.—Y á mí, añadió Guillermito, quien no tenia aún mas que cuatro años, ningun paraje me gusta mas que aquel en que está mi papá.

Despues señalé á cada uno de la familia la ocupacion en que habia de emplearse. Sofía debia dedicar esclusivamente sus cuidados en atender á su pobre hermana; mi mujer tenia el cargo de asistirme, y los dos chiquitos quedaban para leerme.—Del trabajo de tus manos, hijo mio, continué dirigiéndome á Moises, dependen todas las esperanzas de nuestra manutencion: aunque con alguna frugalidad, tu jornal de labrador será suficiente para sostenernos. El cie-

lo te ha concedido esa robustez y fuerzas, que casi esceden á tu edad de diez y seis años, para que las emplees en los mas nobles objetos; por medio de ellas vas á salvar de los horrores del hambre á tus padres y hermanos. Prepárate, pues, hijo mio, á buscar trabajo desde esta tarde para mañana, y entrega el jornal á tu madre todas las noches.

Dispuestas así mis cosas, me dirigí al salon de los presos, en donde podia gozar de mas aire y estension. Pero no estuve allí muchos minutos, pues las imprecaciones, palabras obscenas y brutalidad que me atacaron por todos lados, me hicieron volver á mi cuarto. Aquí me senté, admirando por algun tiempo la estraña demencia de aquellos miserables, quienes, viendo que todo el mundo estaba en guerra abierta contra ellos, trabajaban con el mayor ahinco en hacerse un enemigo mas tremendo para la vida futura.

La insensibilidad de estas criaturas escitó en mí la mayor compasion, y borró enteramente de mi espíritu las incomodidades que lo agobiaban. Aun me pareció que era un deber mio intentar el corregirlos y ponerlos en la senda de la virtud. Por tanto, me resolví á volver al salon, y á pesar del desprecio con que me escucharian, perseverar en amonestarles y aconsejarles hasta que los convenciese de la marcha precipitada con que caminaban á su total y eterna perdicion. En efecto, volví á la gran sala y participé mi designio á Mr. Jenkinson, el cual soltó la carcajada al oirme, y comunicó mi idea á los demas. La propuesta fué recibida con risadas, como que preparaba un nuevo campo de diversion y algazara á unas personas que no conocian otro recurso para alegrarse, que el que provenia del ridículo ó de la licencia.

Empecé desde luego leyéndoles en voz alta, pero sin afectacion, una parte del oficio divino, y mi audiencia manifestó agradarle infinito esta novedad. El acto fué para ellos una continuada risa que escitaban ya los dichos obcenos de unos, ya los profundos suspiros exhalados por otros, remedando la compuncion de un alma contrita, y ora los gestos ridículos y estravagantes de aquellos. Sin embargo, yo continué leyendo con mi natural gravedad, satisfecho de que lo que hacia podia enmendar á alguno, sin perder nada de su intrínseco mérito por las burlas de todos.

Despues de leer, les hice una exhortacion, la que principié en un estilo mas propio para divertirlos que para reprenderlos. Observé,

ante todo, que el único interes que me inducia á dar este paso era el bien de ellos, pues ya veian que yo estaba tambien preso, y nada me habia de producir el predicarles. Añadí que me era tanto mas sensible no oir de sus bocas mas que palabras sacrílegas y profanas, cuanto que ninguna cosa podian grangearse por este medio, y se arriesgaban á perderlo todo.—"Porque estad ciertos, esclamé, amigos mios, pues sois mis amigos, por mas que el mundo rechace vuestras amistades; estad ciertos, digo, que aunque profirais doce mil juramentos al dia, no metereis por todos ellos un solo penique en vuestra faltriquera. ¿A qué viene, pues, el estar llamando al diablo á cada momento, y solicitar su amistad, cuando estais viendo, por esperiencia, la manera tan vil con que os ha tratado? Ya veis que no os ha dado aquí para sustentaros, mas que juramentos y hambre, y por lo que yo sé de él, no os dará en adelante nada bueno. Cuando en nuestros tratos con un hombre conocemos que nos engaña, es natural que lo dejemos y busquemos otro. ¿Y no seria, pues, digno de vuestra atencion probar si os gustaba el trato de otro amo, que al menos os hace buenas promesas si acudís á él? Ciertamente, amigos mios, no hay estupidez que pueda compararse con la de aquel que habiendo robado una cosa, fuera á refugiarse entre los que tienen el cargo de perseguir y cojer á los ladrones. Y bien, ¿os parece que sois vosotros mas sabios en esta parte? Todos estais esperando vuestro consuelo de uno que ya os ha engañado, de uno que sabe mas y es mucho mas astuto y malicioso que todos los jueces y alguaciles juntos; pues estos os atraen con añagazas y os ahorcan, y no pasan de aquí; pero aquel os trae tambien con añagazas, os ahorca, y, lo que es peor de todo, no os suelta de su mano despues que el verdugo acaba con vosotros."

Concluida mi exhortacion, recibí los cumplimientos de mis auditores, algunos de los cuales se acercaron á mí, me dieron la mano, y me aseguraron con un juramento que yo era un hombre honrado, y que deseaban entablar conmigo una amistad estrecha. Les prometí seguir mi lectura al inmediato dia, y desde aquel instante concebí alguna esperanza de reforma, pues siempre fué mi opinion que mientras el hombre vive, no ha pasado la hora de su enmienda, y que no hay corazon, por empedernido que se halle, que resista al dardo del arrepentimiento si este le ha sido disparado por una mano diestra. Satisfecha de este modo mi imaginacion, volví á mi

cuarto, en el que mi mujer tenia preparada una comida frugal: Mr. Jenkinson me suplicó le permitiese añadir su comida á la nuestra, para participar de este modo, segun tuvo la bondad de esplicarse, del placer de mi conversacion. Aun no habia él visto mi familia, porque esta era introducida en mi aposento por una puerta que habia en el pasadizo angosto de que he hablado, evitando así el que la viesen los presos que estaban en el salon. Quedó, pues, no poco sorprendido á su entrada al notar la belleza de mi hija Sofía, cuyo aire melancólico hacia mas interesante su hermosura, llamándole igualmente la atencion los dos chicuelos.

—¡Ah, doctor! esclamó. ¡Qué lástima que unos hijos tan buenos y tan bonitos como los de vd. se hallen en este sitio!—¿Y por qué, Mr. Jenkinson? le repliqué. Gracias al cielo tienen buenos sentimientos, y como ellos sean virtüosos, nada importa lo demas. —Se me figura, señor, repuso mi compañero de cárcel, que debe servir á vd. de un consuelo muy grande el verse rodeado aquí de su pequeña familia.—Lo es en efecto, le contesté, y tanto, que no quisiera verme privado de él por todo el mundo: la presencia de ellos trasforma mi calabozo en un palacio. Solo hay una cosa en esta vida capaz de hacerme infeliz, y es el que alguno la injurie.—Entonces, señor, me dijo, temo que en cierto modo soy culpable para con vd. de esa falta; pues me parece, añadió mirando á mi hijo Moises, que veo aquí uno á quien he ofendido, y al que suplico me perdone."

Moises al momento lo reconoció por su voz y facciones, sin embargo de que cuando él lo vió la primera vez en la feria, estaba disfrazado; y tomándolo cariñosamente por la mano, le dijo:—Perdono á vd. con todo mi corazon; pero deseara que me esplicase qué fué lo que notó en mi semblante que le indujera á señalarme como una persona á quien podia engañar con facilidad.—Mi querido señor, le contestó Jenkinson, no fué la cara de vd. la que me incitó á chasquearlo, sino sus medias blancas y aquella gran cinta negra de seda que llevaba en el pelo. Pero sin que esto sea rebajar á vd. nada de su mérito, sepa que en mi tiempo he engañado á hombres mas sabios y de mucho mas mundo que vd.; y al cabo han venido á parar todas mis tretas, en que los tontos han sido los que se han reido de mí.—Me parece, señor, dijo Moises, que la relacion de la vida de vd. ha de ser muy instructiva y agradable.—Ni lo uno ni

lo otro, replicó Jenkinson. Las relaciones que describen solamente los fraudes y vicios de la especie humana, aumentan nuestras sospechas en la vida, y retardan nuestros progresos. El caminante que desconfia de toda persona que encuentra, y retrocede á la apariencia de todo hombre, por figurársele un bandido, tarde ó nunca llega al término de su jornada. Yo creo, por mi propia esperiencia, que aquellos que pasan por hombres sagaces, son los mas tontos que pisan la tierra. Desde mi infancia me tuvieron á mí por muy astuto; á los siete años decian las mujeres que yo era un hombrecito completo; á los catorce ya conocia el mundo, sabia armarme el sombrero y cortejar; y á los veinte, aunque era un hombre muy honrado, todos me creian tan sutil, que ninguno queria fiarse ni de mi sombra. Así, pues, me ví por último obligado á armarme en mi defensa haciéndome un petardista; y desde entonces he vivido con la cabeza hirviendo en proyectos para engañar, y el corazon palpitando del temor de ser descubierto. Yo acostumbraba á reirme á menudo del honrado y sencillo vecino de vdes., Flamborough, y no quedó año que de algun modo no lo trampease; sin embargo, el buen hombre caminaba sin malicia y se iba enriqueciendo, y yo, con todos mis ardides y sutilezas, estaba siempre pobre, y ni aun siquiera me quedaba el consuelo de ser honrado. Con todo, añadió dirigiéndose á mí, sírvase vd. decirme por qué causa lo han traido á este paraje; pues aunque yo no tengo sagacidad bastante para librarme de una prision, quizás la tendré para librar de ella á mis amigos.

Satisfice su curiosidad, refiriéndole toda la cadena de accidentes y desgracias que me habian sumergido en aquel abismo, y mi entera imposibilidad de salir de él. Acabada mi narracion, se quedó pensativo por algunos minutos, y dándose de pronto una palmada en la frente, como si hubiera atinado con lo que pensaba, se despidió diciendo que veria lo que podia hacerse.

XXVII.

Continúa el mismo asunto.

Comuniqué á mi mujer é hijos al dia siguiente el proyecto que habia formado de reformar los presos; proyecto que todos desapro-

baron, alegando su impropiedad y lo imposible que era tuviese buen resultado; añadiendo que mis esfuerzos no contribuirian á la enmienda de ninguno de ellos, y podian probablemente acarrear algun insulto á mi carácter.

“¡Ah, hijos mios! esclamé: esas gentes, aunque criminales, son hombres, y esto es lo suficiente para que sean dignos de todo mi afecto. Los buenos consejos desechados vuelven al seno del que los da, y si mis instrucciones no corrijen á esos infelices, ciertamente me corregirán á mí. Si fueran príncipes, veríais, hijos mios, venir millares de personas á ofrecerles su ministerio; mas en mi opinion, tan precioso es el corazon del que está sepultado en un calabozo, como el del que está sentado sobre el trono. Sí, queridos mios; voy á tratar de enmendarlos; quizás no todos me despreciarán; quizás conseguiré sacar á alguno del golfo de la iniquidad, y esta será una ganancia muy grande; pues no hay en el universo alhaja de mas valor que el alma del hombre.”

Al decir esto los dejé y fuí al salon, en donde encontré á los presos muy alegres, aguardando mi llegada: cada uno de ellos habia estudiado alguna treta, de las acostumbradas en las cárceles, para divertirse y hacer reir á los demas á costa del doctor. Así, pues, al ir yo á empezar, pasó uno por mi lado, y como por accidente me ladeó la peluca, y en seguida me pidió perdon. Otro, parado á alguna distancia en frente de mí, me estaba rociando el libro con su saliva, la que tenia habilidad de hacer salir de su boca en forma de una perfecta llovizna. Habia uno que de tiempo en tiempo esclamaba—*amen*—en un tono tan compungido, que hacia prorumpir á los otros en carcajadas. Otro me sacó de la faltriquera con la mayor sutileza los espejuelos. Pero hubo uno cuya burla divirtió á la compañía mas que ninguna de las otras; este, pues, observando el órden en que yo habia colocado mis libros sobre la mesa que tenia delante, apartó con una destreza increible uno de los mios, y puso en su lugar uno suyo de cuentos lascivos y asquerosos. Entre tanto yo proseguia con mi lectura, sin hacer caso de cuanto hacian aquellos desdichados; bien persuadido de que lo que habia de ridículo en mi empeño les escitaria á la risa por una ó dos veces; pero lo que habia de serio se les quedaria fijo para siempre. El cielo ayudó mi designio, y en menos de seis dias tuve el placer de ver algunos arrepentidos, y á todos atentos á mis instrucciones.

Aplaudí entonces mi perseverancia y disposicion, pues habia hecho nacer alguna sensibilidad en unos infelices desprovistos de toda moral. Mi buen éxito en esta empresa, al parecer desesperada, me animó á intentar en seguida la de infundirles amor al trabajo, y hacerles de este modo menos insoportable su situacion. Hasta entonces habian estado sus horas divididas entre la hambre y la intemperancia, entre el desenfrenado alboroto y las escandalosas imprecaciones. No habian tenido mas empleo que reñir unos con otros, jugar á las cartas y cortar tapones para las pipas de tabaco. Me aproveché de esta especie de ocupacion indolente para poner á trabajar á los que lo desearon en cortar estaquillas para los tabaqueros y zapateros, habiéndose comprado la madera necesaria por medio de una suscricion, y quedando á mi cargo la venta de la obra cuando estuviese concluida. De esta manera cada uno ganaba un jornal, que aunque á la verdad muy corto, bastaba para mantenerse.

No me contenté con esto, sino que establecí multas para la inmoralidad, y premios para la industria; de suerte que en menos de dos semanas ya se advertia en ellos algo de humano y social, y tuve la satisfaccion de mirarme como un legislador que habia sacado á unos hombres de su natural ferocidad para constituirlos en una familia amistosa y obediente.

¡Cuánto seria de desear que los legisladores, al *formar las leyes*, tuvieran mas presente la enmienda que la severidad, y que se convencieran de que el modo de esterminar el vicio no es familiarizándolo con el castigo, sino haciéndoselo temible! Entonces, pues, en vez de nuestras actuales prisiones donde el hombre entra, ó se hace delincuente, donde se encierra al miserable por haber cometido un solo crímen, y de donde, si lo vuelven á la sociedad, sale preparado para cometer infinitos, veríamos, como en otros parajes de la Europa, lugares de penitencia y soledad, donde el acusado pudiera gozar de la compañía de personas que lo inclinasen al arrepentimiento, si era culpado, ó mantuviesen viva su virtud, si era inocente. Este, y no el aumento de las penas, es el camino que conduce á los hombres á la enmienda. Mas ya que he tocado este punto, permítaseme preguntar:—*¿qué derecho tiene la sociedad para imponer á sus individuos la pena capital por ofensas de poca consecuencia?* En caso de asesinato, su derecho es evidente: la ley de la propia defensa la impone el deber de deshacerse del asesino, pues este ha

manifestado con su accion el desprecio con que mira la vida de sus semejantes, y de consiguiente se ha declarado en guerra abierta contra la sociedad. La naturaleza toda se arma contra el asesino, mas no contra aquel que me ha robado mi propiedad. La ley natural no me da el derecho de privarle de la vida, pues por esta ley el caballo que él me ha quitado, es tan suyo como mio. Si yo tengo, pues, algun derecho, es preciso que provenga de un pacto formado entre nosotros, por el cual estipulamos que muera aquel que robe á otro su caballo. Pero este pacto es enteramente nulo, por la razon de que el hombre no tiene mas derecho á contratar su vida que á quitársela, á causa de que, propiamente hablando, no es suya. Ademas, el pacto es en sí defectuoso, y seria desechado aun en un tribunal moderno, porque impone la mayor pena posible por una privacion de muy poca entidad, pues es mucho mejor que dos hombres vivan, que no que uno ande á caballo. Ahora bien: un pacto que es nulo y defectuoso entre dos personas, lo es tambien entre ciento, ó entre cien mil; porque así como diez millones de círculos no pueden formar un cuadrado, así tampoco la voz reunida de millares de personas, pueden hacer válido y verdadero lo que por su esencia es nulo y falso. De este modo se esplica la Razon y la benéfica Naturaleza. Los salvajes, á quienes no dirije otra ley que la natural, son mas afectos á conservarse mútuamente la vida; y si alguna vez derraman la sangre de uno de sus individuos, es porque éste la ha hecho derramar primero. Nuestros antepasados los sajones, no obstante la ferocidad con que se portaban en la guerra, tenian entre ellos muy pocas escenas de sangre en tiempo de paz; y en todos los gobiernos en que aun se conserva la impresion de la mano de la naturaleza, apenas hay crímen para el que esté señalada la pena de muerte. Solo entre los ciudadanos de los países cultos es donde la ley, que está siempre á favor de los ricos, cae con todo su rigor sobre los pobres. El gobierno, á medida que se acerca á su vejez, parece ir adquiriendo todas las impertinencias de esta edad; y como si nuestras propiedades se nos fuesen haciendo mas queridas segun se aumentan, como si á proporcion que nuestra riqueza es enorme, lo fuese tambien nuestro temor, vamos hacinando todas nuestras posesiones con nuevos y diarios edictos, y plantando horcas al rededor de ellas para alejar á los invasores.

No me es posible determinar si la multitud de leyes penales, ó la

depravacion de nuestro pueblo es la causa de que se vean en un año mas sentenciados en este país, que en una mitad de todos los estados de Europa. Tal vez esto se debe á ambas, pues es cierto que se producen recíprocamente una á otra. Pero sí diré que cuando por un conjunto indistinto de leyes penales, se advierte en una nacion señalado el mismo castigo á diversos grados de delito, el pueblo, que no percibe distincion alguna en la pena, pierde todo sentido de distincion en el crímen; distincion que es el baluarte de toda moral. De esta manera, la multitud de leyes produce nuevos delitos, y estos hacen producir nuevas leyes.

Por tanto, repito, que seria de desear que el poder, en lugar de discurrir nuevas leyes; en lugar de tener tan tirantes las cuerdas de la sociedad, que la menor vibracion pueda romperlas; en lugar de aniquilar como inútiles á seres miserables, antes de haber tratado de emplearlos; en lugar, por último, de convertir la correccion en venganza, probase los medios represivos que tiene á su disposicion, y que hiciese á la ley, el defensor y no el tirano del pueblo. Entonces veriamos que aquellas criaturas, cuyas almas creemos sumidas en el cieno y la escoria, solo necesitan de una mano hábil que las dirija y haga aparecer á estas en todo su brillo; veriamos que estos infelices, que ahora se destinan á padecer largos tormentos por miedo de que el lujo sufra una afliccion momentánea, podian servir para robustecer el Estado en tiempo de peligro, si los trataran de una manera conveniente; veriamos que así como hay una semejanza entre sus caras y las nuestras, así tambien la hay entre sus corazones y los nuestros; veriamos que pocos llegan á pervertirse de tal modo que la perseverancia en amonestarlos no consiga correjirlos; veriamos, en fin, que un hombre puede ver su último crímen, sin morir por él, y que basta muy poca sangre, si por desgracia alguna es necesaria, para cimentar nuestra seguridad.

XXVIII.

La felicidad y la miseria en esta vida, son mas bien el resultado de la prudencia que de la virtud: los males y bienes temporales son mirados por el cielo como cosas de poca importancia é indignas de que se ocupe en su distribucion.

Hacia ya mas de quince dias que me hallaba preso, y aun no habia sido visitado por mi hija Olivia. Dije á mi mujer los vehemen-

tes deseos que tenia de verla, y á la mañana siguiente entró en mi cuarto la pobre muchacha, apoyada en los brazos de su hermana. Su vista me llenó de la mayor consternacion: todas las gracias que adornaban su semblante habian desaparecido; se habian hundido considerablemente sus ojos y sus sienes; una sequedad mortal habia ocupado la antigua frescura de su frente, dándola una contraccion espantosa; en una palabra, parecia que la muerte, para alarmarme, habia modulado con su mano todas sus facciones.

"Me alegro mucho de verte, querida mia, esclamé: pero ¿por qué ese abatimiento, amada Olivia? Creo que me estimas demasiado, para que, porque has sido engañada, destruyas una vida que aprecio como la mia propia. Alégrate, alma mia, ¡quizás nos están aún reservados dias mas felices.—Señor, me replicó; siempre ha sido vd. muy bondadoso para conmigo, y mi pena se aumenta al considerar que ya no disfrutaré esa dicha que vd. me promete. Yo sospecho que la felicidad se acabó enteramente para mí en la tierra, y mi alma desea abandonar cuanto antes una morada donde no ha encontrado mas que desastres. A la verdad, señor, quisiera que vd. se sometiese á Mr. Thornhill; pues esto en algun modo lo induciria á compadecerse de vd., y me serviria á mí de mucho consuelo al morir.—Nunca, Olivia mia, nunca me harán reconocer á mi hija por una proscrita, repuse vivamente; si el mundo mira con desprecio la ofensa que se te ha hecho, yo la consideraré siempre como una señal de ciega credulidad, mas no como un crímen de tu parte. Por horroroso que te parezca este sitio, querida mia, no creas que soy en él miserable; y está cierta, en fin, de que mientras tenga yo la dicha de que tú vivas, no conseguirá Thornhill mi consentimiento de completar tu ruina, casándose con otra."

Despues de la pérdida de mi hija, Mr. Jenkinson, que habia presenciado nuestra conversacion, tomó á su cargo reconvenirme con valor mi pertinacia en rehusar una sumision que prometia mi libertad. Me hizo presente que no debia sacrificar toda mi familia á la paz de uno de sus miembros, y de uno que era precisamente el único que me habia ofendido.—Ademas, añadió, yo no sé si será justo impedir la union del hombre y la mujer, como vd. lo está haciendo, rehusándose á dar su consentimiento para un matrimonio que no puede evitar y que puede hacer desgraciado.—Señor, le repliqué, vd. no conoce al hombre que me oprime. Estoy firmemente persua-

dido que ninguna sumision de mi parte me facilitaria la libertad, ni aun por una hora. Se me ha asegurado que nada menos que el año pasado, y en este mismo cuarto, murió de hambre uno do sus deudores. Ademas, que aunque mi sumision y aprobacion pudieran hacerme pasar desde aquí á una de las mejores habitaciones de las que él posee, sin embargo, no prestaria ni la una ni la otra, pues mi conciencia me dice que esto seria dar mi sancion á un adulterio. Mientras mi hija exista, cualquier otro casamiento que él contraiga será ilegal á mis ojos. Si ella dejase este miserable mundo, y por llevar yo al cabo mi resentimiento, atentara á separar á los que desean unirse, á la verdad que en este caso se me podria llamar con justicia el mas bajo de los hombres. No señor; por villano que sea. desearia entonces que se casara para impedir de este modo las consecuencias de su futuro libertinaje; pero al presente, ¿no seria yo el mas cruel de los padres, si por librarme de una prision, firmara un instrumento que necesariamente haria bajar á mi hija á la tumba? ¡Despedazaré con millares de tormentos el corazon de mi pobre hija por salvarme yo de uno solo!

Mi amigo reconoció lo justo de mis razones; pero no pudo menos de observar que él temia que la salud de mi hija estaba ya demasiado deteriorada para tenerme mucho tiempo preso.—Sin embargo, continuó, pues que vd. no quiere someterse á Mr. Thornhill, espero que no tenga inconveniente en presentar su causa ante el tio, quien goza en todo el reino del carácter de hombre justo y virtuoso. Yo le aconsejaria á vd. que le enviase una carta por el correo, participándole todo el mal tratamiento que ha recibido de su sobrino, y apuesto mi vida á que recibe vd. contestacion á los tres dias.—Le agradecí su indicacion, y al momento quise ponerla por obra; pero faltándome papel, y habiéndose, por desgracia, empleado aquella mañana todo nuestro dinero en provisiones, él tuvo la generosidad de facilitarme todo lo necesario.

Los tres dias que siguieron estuvieron en la mayor ansiedad por saber cómo habia sido recibida mi carta: entretanto, mi mujer no cesaba de suplicarme accediese á cualquiera condicion, antes que permanecer en la cárcel, y á cada hora me llevaban las mas tristes noticias sobre el mal estado de la salud de mi hija. Pasaron el tercero y el cuarto, pero no recibí respuesta alguna. Era mas que probable que no fuesen oidas las quejas de un estraño, contra un sobri-

no favorito; así, pues, mis esperanzas en esta parte se desterraron prontamente como todas mis anteriores. Con todo, mi espíritu se mantenia inalterable, á pesar de que la prision y la insalubridad del aire habian alterado notablemente mi constitucion, y de que el brazo se me habia puesto mucho peor. Mis inocentes hijos, sentados al lado del lecho de paja en que mis males me tenian tendido, me leian alternativamente, ó escuchaban atentos mis instrucciones, que por lo comun concluian haciéndolos llorar. Pero la salud de mi Olivia declina mucho mas aprisa que la mia, y cada noticia que me traian de ella contribuia á aumentar mis penas y mis temores. El quinto dia, despues de aquel en que habia yo escrito la carta á Sir Guillermo Thornhill, vinieron á decirme que mi hija habia perdido ya el habla. Esta novedad me alarmó sobremanera, y entonces fué cuando sentí verdaderamente el estar preso: mi alma se deshacia por volar á la cabecera de mi querida hija, consolarla, fortalecerla, enseñarla el camino del cielo y recibir sus últimos suspiros. Lllega otro aviso.... ya estaba espirando; y no obstante, me rehusan el pequeño consuelo de ir á llorar á su lado. A poco rato llega mi compañero de la cárcel con la última noticia: me suplica tenga valor y paciencia.... ¡Olivia habia muerto!

A la siguiente mañana volvió y me encontró con mis dos chiquitos, entonces mi única compañía, los cuales estaban haciendo uso de todos sus inocentes esfuerzos para aliviarme. Me rogaban les permitiese leerme alguna cosa, y me mandaban no llorase, porque, decian, ya era yo demasiado viejo para llorar.—¿No es ahora un ángel mi hermana, papá? esclamó el mayorcito. ¿Y entonces, por qué llora vd. por ella? Yo tambien quisiera ser un ángel, y estar fuera de este sitio tan feo, si mi papá viniera conmigo.—Sí, dijo el mas chiquito, el cielo donde está mi hermana es mejor lugar que este, y toda la gente que hay allá es muy buena, y la gente de aquí es muy mala.—Mr. Jenkinson interrumpió este tierno é interesante diálogo, diciéndome que, pues mi hija ya no existia, era de mi deber pensar con seriedad en el resto de la familia y en mí mismo, cuya salud iba decayendo diariamente por falta de sustento necesario y por estar respirando un aire mal sano. Añadió que ya me hallaba en el caso de sacrificar todo orgullo y resentimiento al bienestar de los que aguardaban de mí su subsistencia; y, por último, que la razon y la justicia me compelian ya á buscar todos los medios de reconciliarme con mi propietario.

Gracias al cielo, le repliqué, no hay en mí el menor orgullo. Yo me detestaria á mí mismo si conociera que en mi corazon se abrigaba alguna soberbia ó resentimiento; al contrario, conservo la esperanza, pues que mi opresor ha sido feligrés mio, de presentar su alma ante el tribunal divino limpia de toda mancha. No, amigo; en mí no existe el menor rencor; y á pesar de que me ha privado de lo que para mí era mas querido que todos sus tesoros; á pesar de que ha despedazado mi corazon poniéndome casi al borde del sepulcro, sí, mi querido Mr. Jenkinson, casi en los brazos de la muerte, sin embargo, nada de esto podrá inspirarme el menor deseo de venganza contra él. Apruebo ya sinceramente su matrimonio; y si esta mi sumision puede darle algun placer, sepa, pues, que el solo sentimiento que en cuanto á él me ocupa, es el de pensar que tal vez puedo haberlo injuriado."

Mr. Jenkinson tomó la pluma y escribió mi sumision casi en los mismos términos en que la habia yo espresado, y me la dió á firmar, lo que hice en el acto. Mi hijo partió á llevarla á Mr. Thornhill, quien se hallaba á la sazon en su quinta; y al cabo de seis horas volvió con una respuesta verbal. Habia tenido alguna dificultad, nos dijo, para ver al caballero, pues los criados estaban ya avisados y lo trataron con insolencia; pero que casualmente vió que iba á preparar sus asuntos para su casamiento, que habia de efectuarse de allí á tres dias, que se acercó á él con la mayor humildad y le entregó su carta que habiéndola leido Mr. Thornhill, le contestó: "Que toda sumision era ya escusada; que él sabia habiamos dirigido á su tio un memorial, el que habia visto con el desprecio que merecia; y que en cuanto á lo demas, si teniamos algun escrito, debiamos enviarlo en lo sucesivo á su procurador y no á él. Y concluyó diciendo que como él tenia formada una opinion tan buena de la discrecion de las dos señoritas mis hijas, hubiera sido mas acertado y agradable habérselas mandado por intercesoras."

Y bien, señor, esclamé dirigiéndome á Mr. Jenkinson, ¿conoce vd. ahora el carácter del hombre que me oprime? Vea vd. cómo hace uso á un mismo tiempo del chiste y de la crueldad. Pero tráteme como quiera; pronto me veré libre á pesar de los candados y cerrojos con que me tiene aquí sujeto. Voy caminando á toda prisa hácia una deliciosa morada, y mientras mas me aproximo á ella, mas hermosa y brillante me parece; esta esperanza suaviza mis penas,

y aun las cambia en alegría. Y aunque dejo una familia huérfana y desamparada, sin embargo, confio no se verá totalmente abandonada; quizás habrá algun amigo que la socorra, por amor de su pobre padre, y otros usarán tal vez de caridad con ella por respeto y obediencia á los preceptos de nuestro divino Criador."

Mi mujer, á quien no habia visto en todo el dia anterior, entró cuando acababa de hablar: venia toda inmutada, y por mas que se esforzaba, no podia articular ni una palabra.—¿Qué ha sucedido de nuevo, mi querida Débora? la pregunté. ¿Vienes á aumentar mis aflicciones con las tuyas? Aunque no haya sumision que pueda ablandar á nuestro cruel propietario; aunque me haya sentenciado á morir en este lugar de miserias; aunque háyamos perdido una hija adorada.... no obstante, tú hallarás alivio y consuelo en los otros hijos que te quedan cuando yo no exista.—Hemos perdido, en efecto, esclamó ella por último, una hija adorada. Mi Sofía, la hija querida de mis entrañas, ha sido arrebatada, arrancada de mis brazos, y llevada violentamente por unos malhechores.... ¡Cómo, señora! dijo Mr. Jenkinson interrumpiéndola. ¡La señorita Sofía ha sido arrebatada por unos malhechores! No puede ser.—Mi mujer por toda contestacion se le quedó mirando atentamente, y en seguida prorumpió en un torrente de lágrimas. Pero la esposa de uno de los presos, que habia entrado en el cuarto acompañando á la mia, nos dió una relacion circunstanciada del caso. Nos dijo que estando paseándose mi mujer, mi hija y ella por el camino real, á una pequeña distancia de la aldea, vieron venir una silla de posta tirada de dos caballos, la cual hizo alto al momento que las alcanzó. Inmediatamente salió de ella un hombre muy bien vestido, pero que no era Mr. Thornhill; agarró á mi hija por la cintura, y llevándola á la fuerza dentro de la silla, mandó al postillon apretase á los caballos; de modo que en un instante la perdieron de vista.

—Ya se completó la suma de mis desgracias, esclamé, y no hay en todo el universo poder alguno capaz de darme otra afliccion. ¡Ah! ¡no dejarme ni una.... ni una sola hija!.... ¡Mónstruo! ¡arrebatarme la hija de mi corazon.... mi hija, hermosa como un ángel, y casi igual á ellos en prudencia!.... Pero por piedad, sostened á mi esposa; no la dejeis caer.... ¡No dejarme ni una!.... —Mi querido esposo, dijo mi mujer, tu semblante demuestra que tienes mas necesidad de socorro que yo. Nuestras desgracias son grandes; pe-

ro las sufriré todas, y aun mas, con tal de que yo te vea tranquilo. Sí, Cárlos mio; los villanos pueden llevarse mis hijos y cuanto poseo en la tierra, si me dejan á tí solo.

Mi hijo, que estaba presente, se esforzaba en moderar nuestro dolor, y nos exhortaba á que nos consolásemos, pues él esperaba que aun podiamos tener motivos para dar gracias al cielo.—Hijo mio, le dije, echa una ojeada sobre todo el mundo, y dime si ha quedado en él alguna felicidad para nosotros. Ni el mas mínimo rayo de consuelo nos queda en esta vida , y todas nuestras brillantes esperanzas son para despues de haber pasado á la sepultura.—Mi querido padre, repuso Moises, creo que aun existe algo que podrá dar á vd. un intervalo de satisfaccion, pues tengo aquí una carta de mi hermano Jorge.—¡Cómo! esclamé. ¿Y qué dice? ¿Sabe nuestras desgracias? Espero que mi hijo está escento de todas las miserias que aflijen á su familia.—Sí señor, respondió: mi hermano está perfectamente satisfecho y alegre con su destino, y segun él mismo se esplica, es feliz. En su carta no se leen mas que buenas noticias: es el favorito de su coronel, quien le ha prometido conseguirle la primera tenencia que haya vacante en su regimiento.—¿Y estás tú seguro de todo eso? esclamó su madre. ¿Estás tú seguro de que nada malo le ha sucedido á mi Jorge?—Nada, mamá, nada malo le ha sucedido, contestó Moises. Vdes. verán su carta, la que les causará el mayor placer, pues estoy cierto de que solo ella puede consolarlos en sus males.—¿Pero estás tú seguro, volvió á preguntarle su madre, de que la carta es suya, y de que es en efecto feliz?—Sí señora, replicó el muchacho; es suya ciertamente, y él será algun dia el honor y sosten de la familia.—Entonces, repuso mi mujer, doy gracias al cielo, porque mi última carta se ha estraviado. Sí, querido Cárlos, añadió dirigiéndose á mí; ahora confieso que aunque el Altísimo ha descargado su mano pesadamente sobre nosotros, sin embargo, en esta ocasion nos ha sido favorable. En la amargura de mi dolor escribí una carta á nuestro Jorge, conjurándole por mi bendicion y por cuanto el hombre de honor tiene de mas apreciable, hiciese justicia á su ultrajado padre y á su hermana, vengando nuestra causa. Pero gracias al cielo, la carta se ha estraviado, y ya estoy sosegada porque no llegó á sus manos.—Has hecho muy mal, Débora, la dije; y en otras circunstancias te lo hubiera reprendido muy amargamente. ¡Ah! ¡qué abismo tan espantoso has escapado; abismo que tanto

á tí como á él os hubiera tragado para una eternidad! La Providencia nos ha mirado con mas bondad que nosotros mismos; ella nos ha reservado á ese hijo, para que sea el padre y protector de su infeliz familia, cuando yo haya partido de este mundo. ¡Cuán injustamente me he quejado da hallarme destituido de todo consuelo, pues que oigo que mi Jorge es feliz é ignora nuestras penas! ¡Cuando veo que el cielo lo reserva para ser el sostenimiento de su viuda madre y el protector de sus hermanos y hermanas! Pero ¿de qué hermanas? ¿Acaso le ha quedado alguna? Las dos que tenia me han sido robadas....y este golpe me llevará en breve al sepulcro.—Padre, me dijo Moises, permítame vd. que le lea la carta; yo sé que le agradará.—Y al decir esto, leyó lo siguiente:

"Mi estimado señor: He apartado por algunos instantes mi imaginacion de los placeres que la rodean, para fijarla sobre un objeto que me es aun mas agradable sobre el pequeño y querido hogar paterno. Mi fantasía me retrata ese inocente grupo de toda la familia, escuchando con grande interes y compostura cada una de las líneas de esta carta, y me deleito viendo esos semblantes que jamas deformaron la ambicion ni la desdicha. Mas sea cual fuere la felicidad doméstica que vd. disfrute, estoy firmemente persuadido que la aumentará algun tanto el saber que estoy muy gustoso con mi empleo, y que me reputo por feliz en todo sentido. Nuestro regimiento ha recibido contra-órden, ya no sale del reino; el coronel, que me profesa la mayor amistad, me lleva consigo á todas las tertulias que él frecuenta, y despues de mi primera visita, encuentro generalmente que soy recibido con mayor atencion al repetirla. Anoche bailé con la señorita G;— y si yo pudiera olvidar á quien vd. sabe, quizás tendria aquí buena fortuna. Pero es mi suerte estar siempre acordándome de otros, mientras que soy olvidado de todos mis amigos ausentes; y siento, señor, tener que decir que debo contarlo en este número, pues hace mucho tiempo que he estado aguardando carta de vd., y no he tenido aún esta satisfaccion. Olivia y Sofía me prometieron igualmente escribirme, mas parece que tanbien me han olvidado. Dígales vd. de mi parte que son dos grandes picaronas, y que en este instante estoy muy enfadado con ellas; pero sin embargo de que quiero enfadarme, no sé por qué mi corazon no me presta mas que sensaciones de ternura. Dígalas vd., pues, que las amo con el mas afectuoso y entrañable cariño; y vd., señor, viva persuadido del constante respeto y atencion de—Su obediente hijo."

—¡Cuántas gracias, esclamé, debemos dar en medio de nuestras miserias, porque al menos uno de nuestra familia está escento de lo que sufrimos! ¡El cielo sea su custodio, y lo conserve feliz para ser el apoyo de su viuda madre, y el padre de estos dos inocentes, que es toda la herencia que ahora puedo legarle! ¡Ojalá consiga preservarles su inocencia de las tentaciones de la necesidad, y conducirlos por las sendas del honor!

Al decir estas palabras nos llamó la atencion un ruido estrepitoso, semejañte al de un tumulto, que venia de la prision que estaba debajo de la mia; á poco rato cesó, y en seguida oimos el sonido de unas cadenas por el pasadizo que conducia á mi cuarto, en el que entró el alcaide trayendo de la mano á un hombre ensangrentado, herido y cargado de grillos y cadenas. Miré con compasion al infeliz, el cual se me iba acercando, y....¡horror!....¡era mi hijo!— ¡Jorge! grité; ¡hijo mio Jorge!....¡Y este es el modo en que vuelvo á verte! ¡Ah! ¡este espectáculo me ha partido el corazon y yo muero....!—Señor! ¿dónde está la fortaleza de vd.? interrumpió mi hijo Jorge con voz intrepida. Es preciso que yo padezca: he incurrido en la pena de muerte; deje vd. que me quiten la vida!

Quise por algunos minutos tener reprimidas en el silencio mis emociones; mas creí que este esfuerzo me iba á costar la vida.—¡Oh, querido hijo mio! esclamé. ¿Y quieres que sea insensible á tu desgracia? ¿Cómo me ha de ser posible verte de esa manera, sin que se me despedace el corazon? ¡En el mismo momento en que te creia feliz, y rogaba al cielo por tu conservacion, volver á verte en tan deplorable estado!...¡encadenado!...¡herido! Y no obstante, es una dicha morir jóven. Pero yo, tan viejo, tan cargado de años y haber vivido para ver este dia.. para ver á mis hijos todos ir cayendo prematuramente al rededor de mí, mientras que yo, miserable, sobrevivo á tanta ruina! ¡Ojalá que el alma del asesino de mis hijos sucumba al peso de las maldisiones del cielo! ¡Ojalá que viva como yo para ver!....—Deténgase vd., señor, prorumpió mi hijo: deténgase vd., que me avergüenza al oirlo. ¡Cómo! se olvida vd., señor, de esa manera de su edad y de su sagrado carácter, y se arroga la justicia del cielo lanzando esos terribles anatemas que quizás descenderán sobre su blanca cabeza y lo esterminarán para siempre! ¡Ah, señor! Deje vd. á la Providencia el cuidado de su causa, y ocúpese ahora solamente en prepararme para la deshonrosa muerte que en breve he

de sufrir; en armarme con la esperanza y resolucion necesarias, y en darme valor para beber el cáliz de amargura que me espera.—Tú no morirás, hijo mio. Yo estoy cierto de que no puedes haber cometido ningun crímen que merezca tan vil castigo: no, mi Jorge jamás será culpado de un delito que haga avergonzar á su famimilia.—Señor, temo que mi delito es imperdonable. Al momento que recibí la carta de mi madre, me puse en camino para ir á castigar al traidor que nos habia deshonrado, y le envié una esquela, señalándole la hora y paraje donde deberia encontrarme, á la cual contestó despachando cuatro de sus criados para prenderme. Herí al primero que me asaltó, y creo que peligrosamente; pero los demas se echaron sobre mí, y me sujetaron. El cobarde se ha presentado contra mí, y las pruebas le favorecen, pues son incontestables. Yo le he enviado un papel de desafio, y como soy el primer infractor de la ley recientemente publicada contra ellos, no veo esperanzas de perdon. Por lo tanto, señor, deme vd. ahora el ejemplo de aquella magnífica fortaleza en la adversidad con cuyas lecciones me ha ocupado tan agradablemente y tan á menudo.—Te la daré, hijo mio. Sí; estoy ya separado del mundo y todos sus encantos: desde este momento rompe mi corazon todas las ligaduras que lo sujetaban á la tierra, y se prepara á disponernos á tí y á mí para la eternidad; si, hijo mio, yo te señalaré el camino, y mi alma guiará á la tuya en su acension, pues ambas volverán juntas al empíreo. Ahora veo y estoy convencido de que no puedes aguardar perdon entre los hombres, y por tanto te exhortaré á que lo busques en el grandioso tribunal donde en breve tendrémos que comparecer. Pero no séamos mezquinos en el reparto de la palabra divina. Dejemos que todos nuestros com pañeros de cárcel disfruten de ella. Buen amigo, añadí, dirijiéndo me al alcaide; permítales vd. que vengan aquí: tal vez les aprovecharán algo mis exhortaciones."

Hice un esfuerzo para levantarme; pero me faltaron las fuerzas, y y solo pude reclinarme contra la pared. Los presos llegaron, segun habia yo deseado, porque ya gustaban de oir mis consejos; y soste niéndome mi mujer y mi hijo Moisés, cada uno por un lado, dirijí una mirada á mi auditorio, y al ver que ninguno faltaba, pronuncié la plática que forma el capítulo siguiente.

XXIX.

Se demuestra la equidad de la Providencia con respecto á los felices y miserables en este mundo. Segun la naturaleza del placer y del dolor, es preciso que los desdichados sean remunerados en la otra vida de los sufrimientos que padecen en esta.

Amigos, hijos y compañeros mios: cuando reflexiono sobre la distribucion del bien y del mal en este mundo, encuentro que si al hombre se le ha dado mucho que disfrutar, se le ha dado aun mucho mas que sufrir. Aunque recorriéramos todo el mundo, no hallariamos en él un solo hombre que, por feliz que fuera, dejase de estar suspirando por el logro de alguna cosa; por el contrario, vemos cada dia multitud de criaturas que con su suicidio nos demuestran que nada les ha quedado que desear. Resulta, pues, que en esta vida no podemos ser enteramente dichosos, pero sí completamente miserables.

¿Por qué el hombre ha de estar sujeto al dolor? ¿Por qué ha de ser necesaria nuestra miseria para la felicidad universal? ¿Por qué cuando los otros sistemas están perfectos con la perfeccion de sus partes subordinadas, el gran sistema requiere para su perfeccion unas partes no solo subordinadas á otras, sino imperfectas en sí mismas? Cuestiones son estas que jamas pueden esplicarse, y que tal vez seria inútil conocerlas. La Providencia creyó lo mas conveniente eludir nuestra curiosidad en esta parte, satisfecha con habernos concedido abundantes motivos de consuelo.

En esta situacion ha llamado el hombre á su socorro la amistosa asistencia de la filosofía; y el cielo, conociendo la insuficiencia de ésta, le dió la ayuda de la religion. Los consuelos que nos presta la filosofía son agradables, pero muchas veces falsos: ella nos dice que la vida está llena de placeres si queremos disfrutarla; y por otra parte nos asegura que aunque tenemos miserias inevitables, la vida es corta, y por consiguiente nuestros males cesarán pronto. Desde luego se ve que estos consuelos se destruyen uno á otro; porque si la vida está llena de placeres, su cortedad es un mal precisamente; y si la vida es larga, nuestros dolores se hacen mas duraderos. Así, pues, la filosofía es un consuelo muy débil.

Mas la religion les da alivios mas puros y permanentes. El hom

bre, nos dice, está en la tierra perfeccionando su alma y preparándola para otra morada. Cuando el alma del hombre justo deje su cuerpo y aparezca en su estado glorioso, conocerá entonces que ha estado creándose un paraiso de felicidades aquí abajo; mientras que la del malévolo, contaminada y enferma por sus vicios, se retira de su cuerpo con horror, y halla que se ha anticipado la venganza del cielo. A la religion, pues, debemos considerar en todas las circunstancias de la vida como nuestro verdadero consuelo; porque si somos felices, es un placer el pensar que podemos hacer que esta felicidad sea interminable; y si somos desdichados, es muy dulce el reflexionar que existe un paraje en donde nuestras penas tendrán fin. De este modo la religion mantiene al dichoso en una felicidad continua, y al miserable le promete cambiar en gozos sus tormentos.

Pero aunque la religion es una madre tierna para todos los hombres, tienen, no obstante, señaladas recompensas particulares á los desdichados. Frecuentemente se ven hechas en nuestros libros santos las promesas mas lisonjeras al enfermo, al desnudo, al pobre sin asilo, y al que gime bajo el peso del infortunio y en las prisiones. El autor de nuestra sagrada religion fué siempre el amigo del necesitado, y al contrario de lo que se acostumbra en este mundo por los que se arrogan aquel nombre, se le vió continuamente aliviando al desvalido. Los que no reflexionan, han llamado parcial á esta conducta, y la han censurado como una preferencia concedida á personas que no la merecian; pero los que así piensan, no han tenido presente que no es dado ni al mismo cielo hacer parecer tan grande á los ojos del hombre feliz la oferta de una felicidad sin límites, como lo es á los del miserable. Para el primero no es la eternidad mas que una dicha, que, á lo sumo, aumenta lo que él ya posee; mas para el segundo, es una doble ventaja, pues al par que disminuye sus penas terrenales, se las recompensa con bienes eternos en la otra vida.

Aun en otro respecto es la Providencia mas bondadosa con el pobre que con el rico, pues al mismo tiempo que le hace mas deseada la vida futura, le hace mas llano y practicable el paso hácia á ella. El miserable ha estado familiarizado por mucho tiempo con el terrible aspecto del infortunio, y sin que le mortifique el sentimiento de tener que abandonar comodidades que no posee, aguarda tranquilo la hora de su partida, siendo muy pocos los lazos que

tiene que romper para verificarla; en su final separacion no siente mas que una angustia natural, y ciertamente no es esta mayor que las muchas que ha esperimentado, y á las cuales creyó varias veces sucumbir; pues despues de un cierto grado de dolor, la benéfica naturaleza nos hace insensibles á cada nueva brecha que la muerte abre en nuestra constitucion.

Así, pues, la religion ha concedido á los infelices dos ventajas sobre los dichosos: una felicidad mayor al morir, y en el cielo toda aquella superioridad de placer que proviene del contraste del gozo que allí disfrutan y de las aflicciones que aquí sufrieron. Y esta superioridad, amigos mios, no es pequeña ventaja, y parece ser uno de los placeres del hombre de la parábola; el cual, aunque ya estaba en el cielo y sentia todos aquellos raptos de gozo que en él se conceden, sin embargo, se menciona como una adicion á su felicidad que habia sido miserable, y que á la sazon se hallaba consolado; que habia sabido lo que era ser infeliz, y á la presente sabia lo que era ser venturoso.

Por lo dicho se ve, amigos mios, que la religion hace lo que la filosofía jamas podrá hacer. Ella manifiesta la equidad de la Providencia con respecto á todos los hombres, y pone casi al mismo nivel todos los goces humanos; promete al rico y al pobre la *misma* felicidad para lo venidero, y les da iguales esperanzas para aspirar á ella. Pero si el rico tiene la ventaja de disfrutar aquí abajo de placeres, el pobre, cuando se ve rodeado de eterna dicha, tiene la interminable satisfaccion de conocer que fué miserable en la tierra; y aunque esta ventaja puede tenerse por muy corta, con todo, siendo eterna, la hace esceder con mucho su duracion á lo que los placeres temporales del rico pueden tener de aumento.

Tales son los consuelos peculiares de los pobres, y en lo cual son superiores á todo el resto del género humano; bien que, en otro respecto, le son muy inferiores. Los que quisieran conocer las miserias del pobre, debian serlo en efecto, y pasar la vida en la misma situacion que éste la pasa; pues el declamar sobre las temporales ventajas que disfruta, no es otra cosa que repetir lo que nadie cree ni practica. Los hombres que tienen lo necesario para vivir, no son pobres: los que no lo tienen, es preciso que sean miserables. Sí, amigos mios, nosotros somos miserables. Los vanos esfuerzos de una filosofía refinada no pueden aliviar las necesidades de la naturaleza,

ni dar una saludable elasticidad á los densos y fétidos vapores de un calabozo, ni calmar las palpitaciones de un corazon despedazado. Díganos el filósofo desde su lecho de plumas que podemos resistir á todo esto: ¡ah! ¡los esfuerzos con que lo resistimos es la mayor de nuestras penas! La muerte es un dolor lijero que todo hombre puede sufrir: pero los tormentos de la miseria son horrorosos, y no hay fuerzas humanas capaces de resistirlos.

A nosotros, pues, amigos mios, deben ser especialmente queridas las promesas de la felicidad futura, porque si nuestras recompensas hubieran de ser en esta vida, seriamos, á la verdad, los mas miserables de todos los hombres. Cuando miro alrededor de mí, y veo estas lúgubres paredes, hechas tanto para que nos sirvan de terror como de encierro; esa luz opaca y triste, pero suficiente para mostrarnos los horrores de este sitio; esas cadenas, que la tiranía inventó, ó que los crímenes han hecho necesarias; cuando percibo esos semblantes descarnados, y oigo esos profundos lamentos..... ¡oh, amigos mios! ¡Qué cambio tan glorioso debe parecernos el cielo por todas estas cosas! Volar por entre regiones infinitas de gloria; penetrarse del resplandor de una felicidad eterna; unir nuestros cánticos de alabanza á incesantes himnos de alegría; no temer ya á señores que nos amenacen ó nos insulten; gozar para siempre de la vista de la misma bondad..... ¡ah! cuando estas ideas vienen á ocupar mi imaginacion, la muerte es á mis ojos la mensajera de las mas plausibles noticias, y sus mas agudos tiros son mi mas firme y consolador apoyo. Cuando pienso en todo esto, ¿que hay en la tierra que sea digno de poseerse? Los reyes en sus palacios deberian suspirar por conseguir todas estas delicias; ¿pues qué no deben hacer por lograrlas unos seres que se encuentran en el estado miserable en que nosotros nos hallamos.

¿Y serán nuestras todas estas dichas? Sí, lo serán ciertamente, con tal de que lo procuremos, siendo no pequeño bien para nosotros el estar al abrigo de muchas tentaciones que nos impedirian, ó á menos nos retardarian su consecuencia. Procurémoslas, pues, amigos mios, y sin duda serán nuestras, y lo que es mas, muy en breve; pues si volvemos la consideracion á lo que ha pasado de nuestra vida, nos parecerá muy corto intervalo todo el tiempo que ha trascurrido; y por mucho que sea el que aun nos queda por vivir, es preciso que sea de mucha menos duracion. A medida que enve-

jecemos, parece que los dias acortan sus horas, y nuestra intimidad con el tiempo disminuye siempre la percepcion de su tránsito. Consolémonos, pues, porque pronto llegarémos al fin de nuestra jornada; pronto dejarémos el pesado fardo que la Providencia echó sobre nosotros; y aunque la muerte, único amigo del infeliz, se burle por un momento del cansado viajero, huyendo de él como el horizonte, á medida que se aproxima, sin embargo, llegará cierta y prontamente el dia en que los poderosos de la tierra no nos tengan á sus piés; en que recordemos con alborozo nuestros sufrimientos en este mundo; en que nos veamos rodeados de nuestros tiernos amigos, de aquellos que verdaderamente merezcan nuestra confianza, y en que nuestra felicidad sea inesplicable y eterna.

XXX.

Empieza á divisarse un porvenir lisonjero.—Séamos inflexibles en nuestra honradez, y la fortuna se declarará al fin en nuestro favor.

Cuando hube concluido, y mi auditorio se habia retirado, el alcalde, que era uno de los mas honrados de su profesion, me espresó su sentimiento por hallarse en la necesidad de cumplir con su obligacion, llevando á mi hijo á un calabozo mas segu o, pero que le permitiria viniese á visitarme todas las mañanas. Le dí las gracias por su olemencia, y tomando á mi hijo por la mano me despedí de él, encargándole no apartase de su mente el terrible deber que tenia que cumplir.

Volví á acostarme, y uno de mis chicuelos se sentó á leer al lado de mi cama. No hacia mucho que leia, cuando Mr. Jenkinson entró á decirme que habia noticias de mi hija Sofía, pues una persona la habia visto hacia dos horas en compañía de un caballero desconocido; que se habian detenido en una aldea inmediata á tomar algun refresco, y que al parecer venian de vuelta al pueblo. Apenas habia acabado de darme esta nueva, entró el alcalde apresurado, y rebosando en su rostro la alegría, á informarme de que mi hija habia parecido. Poco despues entró Moisés corriendo, y á gritos me dijo que su hermana Sofía acababa de llegar, y subia acompañada de nuestro antiguo amigo Mr. Burchell.

Aun no habia concluido de hablar, cuando mi querida Sofía en-

tró en la habitacion, y casi trastornada de gozo corrió á echarse en mis brazos. El placer privó á su madre de la palabra, y manifestó su satisfaccion con un llanto delicioso.

—Aquí tiene vd., mi querido papá, esclamó la amable jóven; aquí tiene vd. al hombre valeroso que me ha salvado; á la intrepidez de este caballero soy deudora de mi dicha y seguridad..... Un beso de Mr. Burchell, cuya satisfaccion parecia mayor que la de mi hija, interrumpió á ésta lo que iba á añadir.

—¡Ah, Mr. Burchell! esclamé: ¡en qué habitacion tan miserable me encuentra vd., y en qué estado tan diferente de aquel en que nos dejó la última vez! vd. ha sido siempre nuestro amigo: hace tiempo que hemos descubierto nuestro error con respecto á vd., y estamos arrepentidos de nuestra ingratitud. Al acordarme del modo tan grosero con que lo he tratado, me avergüenzo de verme delante de vd.; mas con todo, espero que me perdone, pues he sido engañado con la mayor vileza por un desagradecido miserable que, con la máscara de la amistad, me ha perdido para siempre.—Nada tengo que perdonar á vd., replicó Mr. Burchell, pues nunca mereció mi indignacion; yo ví el alucinamiento de vd., y como no estaba en mi mano el remediarlo, no pude hacer mas que compadecerle.

—Siempre conjeturé, repuse, que tenia vd. un alma noble; mas ahora veo que en efecto es así.—Pero dime, hija mia, cómo has sido libertada, y quiénes fueron los villanos que te llevaban?—A la verdad, señor, replicó ella, en cuanto al pícaro que me arrebató, nada sé absolutamente de él, porque mientras mi mamá y yo estábamos paseándonos, me agarró por detras, y antes de que yo pudiese pedir socorro, me llevó violentamente á la silla de posta, y al instante echaron á correr los caballos. Encontré á varios por el camino, á quienes pedí me socorrieran, pero ellos no hicieron caso de mis ruegos. Entre tanto, mi raptor se esforzaba para impedirme que gritase: no perdonó promesas y amenazas para conseguirlo, y por último, me juró que si callaba no me haria el menor daño. Yo habia roto los vidrios que él habia tenido cuidado de alzar; y considere vd. cuál seria mi contento al distinguir algo distante á nuestro antiguo y buen amigo Mr. Burchell, caminando con su acostumbrada lijereza y con aquel palo tan gordo, por el cual soliamos hacerle tanta burla. Al punto que llegamos á distancia que pudiera oirme, lo llamé por su nombre y le rogué viniese á socorrerme; repetí mis es-

clamaciones varias veces, y él, al oirme, mandó en voz muy fuerte al postillon que se parase; pero el muchacho, sin hacer caso, apretaba mas á los caballos. Perdí ya toda esperanza de ser socorrida, pues creí que no pudiera alcanzarnos, cuando en menos de un minuto lo veo corriendo al lado de los caballos, y que de un garrotazo deja al postillon tendido en tierra. Los caballos se detuvieron al instante que cayó el ginete, y el rufian, saltando fuera de la silla de posta, desenvainó la espada, y con juramentos y amenazas ordenó á Mr. Burchell que se retirara; pero este, arrojándose sobre él, le hizo soltar la espada de la mano hecha pedazos. Mi raptor entonces huyó, y aunque Mr. Burchell lo persiguió cerca de una milla, consiguió escaparse. Yo habia salido de la silla para ayudar á mi libertador, mas en breve le ví venir hácia mí en triunfo. El postillon, que ya habia vuelto en sí, iba tambien á escaparse, pero Mr. Burchell le obligó á montar de nuevo y volver al pueblo; á lo cual obedeció con repugnancia, viendo le era imposible resistir, aunque la herida que habia recibido era, á mi entender, peligrosa. Continuó quejándose por todo el camino, hasta que por fin escitó la compasion de Mr. Burchell, quien á ruego mio lo cambió por otro en un meson donde paramos á nuestra vuelta.

—Bien venida seas, querida hija mia, esclamé; y tú, bizarro libertador suyo, mil veces bien venido. Aunque nuestra alegría se ve aquí sofocada por la desgracia, nuestros corazones están prontos á recibiros. Y ahora, Mr. Burchell, pues que vd. ha librado á mi hija, si la considera recompensa digna de su servicio, desde luego se la entrego; y si puede someterse á enlazarse con una familia tan pobre como la mia, tome vd. la mano de mi Sofía; obtenga su consentimiento, que yo sé que ya posee vd. su corazon, como tambien el mio. Y permítame que le diga que no es pequeño tesoro el que le entrego, sin que quiera dar á entender por esto que es hermosa, aunque por tal la celebran todos; le entrego á vd. un tesoro en sus bellas cualidades.—Pero supongo, señor, esclamó Mr. Burchell, que vd. no ignora mis circunstancias, y mi imposibilidad de mantenerla con toda la dignidad que ella merece.—Si esa objecion que vd. me hace, le repliqué, debe entenderse por una evasion de mi oferta, desde luego desisto de ella; pero, á la verdad, no conozco á hombre alguno tan digno de poseer á mi hija como vd.; y si estuviera en mi mano darla

único á quien elegiria entre todos con mas gusto seria á mi honrado y valeroso Burchell.

Su silencio parecia darme una mortificadora negativa, pues sin contestar lo mas mínimo á lo que acababa de decirle, preguntó si nos podrian traer alguna cosa de la fonda inmediata; á lo cual habiéndole respondido afirmativamente, dió órden para que al punto trajesen la mejor comida posible: le oí tambien hablar sobre traer una docena de botellas del vino mas escelente, y algunos licores para mí; añadiendo con sonrisa que queria echarla de grande siquiera por una vez, y que aunque estaba en una prision, nunca se habia visto mas contento. Al punto se presentó el mozo de la fonda con todos los preparativos para la comida: el carcelero, en quien notaba yo una atencion y esmero estraordinarios, nos facilitó una mesa; el vino se puso en órden sobre ella, y entraron la comida.

Mi hija aun no sabia la triste situacion de su hermano, y todos parecian dispuestos á callársela por no turbar su alegría con esta relacion. Pero en vano me esforzaba yo en aparentar estar alegre: las circunstancias en que se hallaba mi desdichado hijo me impedian disimular; y por último, me ví obligado á entibiar el placer de nuestra diversion, refiriendo sus desgracias y manifestando mi deseo de que se le permitiera participar con nosotros de este pequeño intervalo de satisfaccion. Despues que mis huéspedes se recobraron de la consternacion en que los habia puesto mi narrativa, supliqué que tambien se le permitiera acompañarnos á Mr. Jenkinson, uno de los presos, y el alcaide, con un aire de sumision no acostumbrado, accedió al momento á mi solicitud. No bien se oyó en el pasadizo el ruido de las cadenas de mi hijo, corrió su hermana inmediatamente á su encuentro: entretanto me preguntó Mr. Burchell si el nombre de mi hijo era Jorge, y habiéndole contestado que sí, guardó un profundo silencio.

Luego que mi hijo entró en el cuarto, advertí que se quedó mirando á Mr. Burchell con un rostro en que se veian retratados á un mismo tiempo el respeto y la admiracion.—Ven, hijo mio, esclamé; que aunque nuestra desgracia es mucha, la Providencia se ha dignado conceder un pequeño descanso á nuestra pena. Tu hermana nos ha sido restituida, y he aquí á su libertador: á este hombre valeroso soy deudor de poseer aún una hija; dale, hijo mio, un abrazo amistoso, pues merece nuestra mas ardiente gratitud.—Querido her-

mano mio, esclamó Sofía, ¿por qué no das gracias á mi generoso libertador? Los valientes deben amarse siempre unos á otros.

Aun continuaba el silencio y admiracion de mi Jorge; pero nuestro huésped, advirtiendo que habia sido conocido, asumió toda su dignidad natural, é hizo señas á mi hijo de que se acercara. Jamas habia yo visto antes una cosa tan verdaderamente majestuosa como el aire que Mr. Burchell manifestó en este acto. El objeto mas digno de veneracion en el universo, dice un filósofo, es un hombre de bien luchando con la adversidad; sin embargo, aun hay otro mas digno, y es el hombre de bien que viene á socorrer á otro en la adversidad. Despues de haber mirado á mi hijo por algunos instantes con un aspecto de superioridad:—Vuelvo, irreflexivo jóven, le dijo, á encontrar que el mismo crímen....—pero aquí fué interrumpido por uno de los criados del alcaide que entró á decirnos que una persona de distincion, que acababa de llegar al pueblo en un coche y con mucho acompañamiento, enviaba sus respetos al caballero que estaba con nosotros, pidiéndole al mismo tiempo permiso para pasar á visitarlo.—Diga vd. á ese señor que me aguarde, replicó nuestro huésped, hasta que yo tenga oportunidad de recibirlo.—Y volviéndose en seguida hácia mi hijo, prosiguió diciéndole:—Vuelvo á encontrar á vd. culpable del mismo delito, por el cual hace tiempo mereció mi desaprobacion, y por el cual la ley se halla al presente preparando los mas justos, y severos castigos. ¿Ha imaginado vd. quizás que el desprecio que hace de su propia vida le da el derecho de atentar contra la de otros? ¿Qué diferencia nota vd. entre un duelista que aventura una vida que él no aprecia, y el asesino que obra con mayor seguridad? ¿Se disminuye acaso el fraude del jugador tramposo porque alegue que son fichas las que juega?—¡Ay de mí, señor! esclamé: quien quiera que vd. sea, compadezca el estravío de un jóven que ha obrado de esa manera por obedecer á una madre alucinada, que en la amargura de su resentimiento le mandó, bajo su bendicion, vengar el ultraje que nos habian hecho. Aquí tiene vd. la carta, que servirá para convencerlo á la vez de la imprudencia de la madre y disminuir el delito del hijo.

Tomó la carta, y la leyó apresuradamente.—Esta, dijo cuando concluyó, aunque no una disculpa perfecta, es, sin embargo, suficiente para inducirme á perdonarlo. Y ahora, señor, continuó tomans[illegible] cariñosamente de la mano, veo que le sorprende á vd.l-

hallarme en este sitio, pero estoy acostumbrado á visitar prisiones con motivos menos interesantes que el que me trae á esta. He venido á que se haga justicia á un hombre benemérito, á quien profeso la mas sincera amistad. He sido por largo tiempo espectador de la benevolencia de su padre de vd. sin que él ni ninguno de su familia haya tenido jamas la menor sospecha de quién era yo. En su pequeña morada he recibido atenciones sin lisonja, y al lado de su inocente y placentero hogar he disfrutado de la felicidad que en vano buscamos en los palacios. Advierto que mi sobrino ha sido informado de mi llegada aquí: seria agraviar á vd. y á él si lo condenara sin oirlo; que venga, pues; oigámoslo, y que la justicia, investigando de qué parte está la injuria, aplique el remedio conveniente; porque nadie, permítaseme decirlo, ha tachado jamas de parcial en semejantes actos á Sir Guillermo Thornhill."

Nos hallamos ahora conque el personaje que por tanto tiempo habiamos conocido y tratado como un amigo de sanas intenciones y buen humor, era nada menos que el célebre Sir Guillermo Thornhill, cuyas virtudes y singularidades eran universalmente conocidas. El pobre Mr. Burchell resultó ser un hombre de mucho caudal é importancia, á quien los parlamentos escuchaban con aplauso y aprobacion, y á quien los partidos oian con interes y convencimiento; en una palabra, un hombre amante de su patria y de sus leyes. Mi mujer, recordando el menosprecio con que lo habia tratado en su última visita, quedó como petrificada de temor; y Sofía, que pocos minutos antes lo contaba por suyo, al ver ahora la inmensa distancia que entre los dos habia puesto la fortuna, no pudo contener as lágrimas.

"¡Ah, señor! esclamó mi mujer con un semblante que movia á compasion; ¿cómo es posible que vd. me perdone? Las desvergüenzas que vd. recibió de mí la última vez que tuve el honor de verlo en mi casa, y los chistes que con tanta osadía dije á vd...estos chistes, señor, son los que temo que nunca serán perdonados.—Mi querida y buena señora, replicó sir Guillermo sonriéndose, si vd. tenia su chiste, yo tenia mi respuesta; y dejo á la discrecion de los que allí estaban presentes el que declaren si mis chistes no eran tan buenos y graciosos como los de vd.. Pero, á decir verdad, con nadie me hallo ahora dispuesto á enfadarme, sino con el bribon que ha atemo-

examinar su cara, pues en este caso lo anunciaria en los papeles públicos, y quizás lograria que lo prendiesen. Dime, querida Sofía, ¿lo conocerias tú si lo vieras otra vez?—A la verdad, señor, contestó ella, no lo sé de positivo; sin embargo, ahora me acuerdo de que tenia una señal grande sobre una de sus cejas...—Perdone vd., señorita, dijo Mr. Jenkinson, interrumpiéndola, ¿quisiera vd. tener la bondad de decirme si esa persona de que se habla, traia pelo postizo, ó estaba con su propio pelo colorado?—Sí, me parece que su pelo era colorado, contestó Sofía.—¿Y observó V. S., añadió Jenkinson dirigiéndose á sir Guillermo, lo largo de sus piernas?—No puedo asegurar ciertamente lo largo de ellas, replicó el baron; pero sí estoy convencido de su ligereza, pues me llevó ventaja en correr, cosa que muy pocos hombres en toda Inglaterra podrán hacer. —Pues, con perdon de V. S. repuso Jenkinson, yo conozco á ese hombre; es ciertamente el mismo, el mejor corredor que existe en todo el reino: le ha ganado á correr á Pinurre, el de Newcastle; su nombre es Timoteo Baxter: lo conozco como á mis manos, y sé muy bien el lugar donde en este mismo instante está escondido. Si V. S. tiene á bien mandar al señor alcaide que me deje salir con dos alguaciles, me comprometo á presentárselo aquí en una hora cuendo mas.

En efecto, se llamó al alcaide, el que al punto se presentó, y habiéndole preguntado sir Guillermo si lo conocia, respondió:—Sí señor, tengo el honor de conocer muy bien á sir Guillermo Thornhill. —Bien, repuso el baron; mi solicitud se reduce á que permita vd. que este individuo vaya con dos alguaciles á una diligencia judicial. Como va por mandato mio, y soy ahora el juez de paz de este distrito, no tiene vd. qué temer responsabilidad alguna en el asunto, pues toda carga sobre mí.—La promesa de V. S. es suficiente, replicó el carcelero, y puede al primer aviso enviarlos á correr toda Inglaterra, si le pareciere conveniente.

En virtud de la condescendencia del alcaide fué despachado Jenkinson en busca de Timoteo Baxter. En este intermedio, la entrada de mis dos chicuelos dió nuevo interes á la escena. Guillermito, al punto que vió al baron, á quien él no conocia mas que por Mr. Burchell, corrió á él alegremente y saltó á su cuello para besarlo. Su madre acudió al instante á castigarlo por su familiaridad;

se lo sentó, andrajoso como estaba, sobre las rodillas.—"¡Cómo, Guillermito! le dijo: ¿te acuerdas todavía, picaron gordifloncillo, de tu antiguo amigo Burchell? ¿Y tú, mi honrado veterano Ricardito, tambien estás aquí? Ahora vereis que yo no me he olvidado de vosotros.—Y diciendo esto dió á cada uno un pedazo de mazapan, el que los pobrecitos comieron con ansia, pues aquella mañana habian tenido un almuerzo muy miserable.

Antes de sentarnos á comer, como mi brazo me acusase un dolor agudo, sir Guillermo, que habia hecho de la medicina uno de sus estudios, y en la que habia adquirido mas que mediano conocimiento, escribió una receta, la que fué enviada á la botica inmediata, y habiéndome aplicado su remedio, sentí el alivio casi inmediatamente. El alcaide nos sirvió á la mesa, y se conocia cuánto se esforzaba por dar á nuestro huésped toda la consideracion que estaba en su poder. Aun no habiamos concluido, cuando su sobrino envió de nuevo á suplicar á sir Guillermo le permitiese presentarse, para vindicar su honor y su inocencia. El baron accedió, y mandó que Mr. Thornhill fuese introducido

XXXI.

Antiguos beneficios pagados con usura y cuando menos se esperaba.

Mr. Thornhill entró en el aposento y se dirigió con su sonrisa de costumbre á abrazar á su tio; pero este, rechazándolo con aire desdeñoso, le dijo:—Nada de zalamerías al presente, señor; el único camino á mi corazon es el honor, y aquí solo veo repetidas pruebas de la falsedad, cobardía y tiránico procecer de vd. ¿Cuál es la causa, señor, de que á este hombre, de quien se decia vd. amigo, lo haya tratado tan cruelmente? ¡Y despues de seducirle con la mayor vileza su amada hija en pago de su hospitalidad y haberlo sumergido en una horrible prision, tal vez por haber sido sensible á tamaño insulto! Su hijo tambien, ante quien no se ha atrevido vd. á presentarse como hombre....—¿Es posible, señor, interrumpió Thornhill, que mi tio repute en mí por un delito lo que sus repetidas instrucciones me han enseñado?—Esa réplica es justa, repuso el varon, vd. ha obrado bien y con prudencia en este caso, aunque de un modo enteramente diverso al que hubiera adoptado su padre de vd.

no era la imágen viva del honor; pero tú..... sí, vd. ha obrado en este caso perfectamente bien, y merece por ello toda mi aprobacion.—Y yo espero, señor, añadió el sobrino, que nada encontrará vd. censurable en el resto de mi conducta.—Es verdad que me he presentado en algunas diversiones públicas con la hija de este caballero; pero á esta accion, que cuando mas solo puede tacharse de atolondrada y ligera, se le han dado por los maliciosos los epítetos mas denigrativos, y aun algunos se han propasado á decir que he seducido á la señorita Olivia. Yo mismo en persona pasé á ver á su padre, deseando aclarar este asunto á su satisfaccion, y solo recibí de él insultos é injurias. En cuanto á hallarse aquí, mi procurador y mi administrador podrán informar á vd. mejor que yo, pues son los que teinen el completo y absoluto manejo de todos mis negocios. Si el señor ha contraido deudas, y no quiere ó no puede pagarlas, á ellos toca el proceder de este modo, sin que yo vea que pueda haber la menor crueldad ó injuria en que apelen á los trámites legales, cuando no les queda otro recurso de cobrar las deudas que reclaman.—Si todo es como vd. acaba de manifestar, dijo sir Guillermo, nada hay de culpable en su conducta.—El señor no puede contradecirme ni una sola palabra de cuanto he dicho; lo desafío á que lo haga, al mismo tiempo que presentaré á muchos de mis criados que ratificarán la verdad de lo que acabo de referir. Así, pues, señor, añadió viendo que yo permanecia en silencio, porque en efecto, nada podia contradecirse; así, pues, señor, creo que mi inocencia está vindicada. Pero aunque por la intercesion de vd. estaba yo resuelto á perdonar á este caballero todas las otras ofensas, el haber intentado privarme de la estimacion de vd., escita en mí tal resentimiento, que no está en mi mano contenerlo, y esto justamente cuando su hijo se preparaba á quitarme la vida. Digo, pues, que semejante delito es tan negro á mis ojos, que estoy determinado á que la ley siga su curso y castigue esta agresion. Tengo en mi poder el papel de desafío que me envió, y dos testigos que lo prueben; y ademas, uno de mis criados está peligrosamente herido por su mano. Y aunque mi mismo tio quisiera persuadirme de lo contrario, lo que no creo, no desistiré del empeño de que se haga justicia, y de que sufra públicamente el castigo que la ley le señala.

—¡Monstruo! esclamó mi mujer. ¿Aun no está satisfecho

bárbara venganza? ¿Aun necesitas que mi desdichado hijo sienta tu crueldad? Yo confio en que el justo Sir Guillermo nos protejerá; pues mi hijo está tan inocente en este negocio, como un niño de pecho.—Señora, replicó el baron, no tengo menos deseos que vd. de salvar á su hijo; pero me es muy sensible decir que su delito está muy patente, y si mi sobrino persiste....

La llegada de Mr. Jenkinson con los dos alguaciles, interrumpió á Sir Guillermo, y llamó nuestra atencion. Entraron conduciendo á un hombre alto, decentemente vestido, y cuya fisonomía correspondia en un todo á las señas que se habian dado del raptor de mi hija.—Aquí lo tenemos, dijo Jenkinson empujándolo hácia nosotros; aquí lo tenemos, y si alguna vez hubo un candidato digno para la horca, véanlo ustedes aquí.

Al momento que Mr. Thornhill vió al preso y á Mr. Jenkinson que lo custodiaba, retrocedió como aterrado; hizo ademan para retirarse; pero Jenkinson, que advirtió su designio, lo detuvo diciéndole:—¡Cómo, señor de Thornhill! ¿se avergüenza vd. ahora de ver á sus dos antiguos conocidos Jenkinson y Baxter? Señor, añadió dirigiéndose al baron, el preso lo ha confesado ya todo. El es el caballero que decian habia sido herido peligrosamente: declara que Mr. Thornhill fué el que lo comprometió en este asunto; que le dió el vestido que trae para presentarse como caballero y que le proporcionó igualmente la silla de posta. El plan que entre los dos formaron, fué que él robaria la señorita y la conduciria á un paraje oculto y seguro que ellos habian ya señalado, y que allí la amenazaria hasta amedrentarla; que á este tiempo pasaria Mr. Thornhill por aquel sitio, como por accidente; que al momento sacaria la espada para defenderla, y que los dos pelearian un rato, debiendo el raptor huir en seguida y abandonarla; por cuyo medio tenia Mr. Thornhill la mejor oportunidad de ganar el afecto de ella, bajo el carácter de su defensor.

Sir Guillermo recordó haberle visto puesta muchas veces á su sobrino la casaca que traia el preso; y este confirmó la verdad de todo lo referido haciendo una relacion mas circunstanciada al baron, concluyendo con decir que el mismo Mr. Thornhill le habia confiado muy á menudo, que estaba enamorado de las dos hermanas.

—¡Cielos! esclamó Sir Guillermo. ¡Qué víbora he alimentado en mi seno! ¡y el malvado aparenta ser tan amante de la justicia! Mas

él la verá cumplida. Alcaide, asegúreselo vd..... pero no; deténgase, pues temo que no hay evidencia suficiente para arrestarlo.

Mr. Thornhill suplicó entonces con la mayor humildad que no se admitiesen como pruebas contra él lo que esponian dos personas despreciables y sin concepto, como Jenkinson y Baxter, y que se examinaran á sus criados....—¡Tus criados! interrumpió el baron. ¡Hombre vil, no los llames tuyos por mas tiempo! Sin embargo, oigamos lo que esos individuos tienen que decir: hágase comparecer á su mayordomo.

Este llegó á poco, y al entrar en la habitacion, conoció por el semblante de su amo el estado en que se hallaban las cosas, y el objeto de su comparecencia.—Dígame vd., esclamó Sir Guillermo, con una gravedad imponente; ¿ha visto vd. alguna vez juntos á su amo y á ese hombre que tiene puesta su casaca?—Sí señor, mil veces; contestó el mayordomo; y ese es el mismo hombre que siempre le ha llevado á su casa las mujeres que ha seducido.—¡Cómo! prorumpió el jóven Thornhill: ¿y así habla vd. delante de mí?—Sí señor, replicó el mayordomo, y delante de cualquier otro hombre diré lo mismo. Y pues estoy en el caso de hablar la verdad, sepa vd., Mr. Thornhill, que hace tiempo que sus vicios y desórdenes me lo han hecho aborrecible, y no tengo el menor embarazo de decirle ahora lo que siento. Entonces, esclamó Jenkinson, diga vd. á su señoría si sabe algo de mí.—En cuanto á vd., contestó el otro, tampoco tengo mucho bueno que decir. La noche que trajeron engañada á nuestra casa la hija de este caballero, vd. fué uno de los del complot.—Advierto, pues, dijo el baron á su sobrino, que ha presentado vd. un testigo muy sobresaliente para probar su inocencia. ¿Pero decia vd., señor mayordomo que este fué el que le llevó á su amo de vd. la hija de ese caballero?—Con perdon de V. S., replicó, no señor; él no fué el que la llevó, porque esta empresa la desempeñó mi mismo amo en persona; pero el fué el que trajo el sacerdote para el pretendido matrimonio.—Es verdad, replicó Jenkinson, no puedo negarlo; ese fué el empleo que me asignaron, y lo declaro para confusion mia.—¡Cielo santo! esclamó Sir Guillermo: ¡cómo me alarma cada nuevo descubrimiento que hago de su villanía! Su delito está ya bien patente y probado, y ahora veo claramente que sus procedimientos contra ese afligido padre fueron dictados por la bajeza, la tiranía y la venganza. Señor alcaide, ese jóven oficial que-

14

da desde ahora libre, bajo mi responsabilidad: quítele vd. las cadenas. Yo presentaré el asunto en su verdadera luz ante el magistrado que lo remitió aquí preso. Pero ¿dónde está la desgraciada señorita Olivia? Que se presente para el careo de este miserable: deseo saber de qué medios se valió para seducirla. Suplíquesela que entre.... ¿dónde está?— ¡Ah, señor! contesté: esa pregunta ha traspasado mi corazon. Fuí un tiempo feliz con mi hija, pero sus miserias....

De nuevo fué aquí interrumpida la conversacion, dejándonos á todos admirados la repentina entrada de la señorita Arabela Wilmott, que debia casarse con Mr. Thornhill al inmediato dia. Nada pudo igualar su sorpresa al encontrar en mi cuarto al baron y su sobrino, pues su visita habia sido puramente casual. Se dirijia con su padre, el anciano caballero Wilmott, á la quinta de su tia, porque esta se habia empeñado en que se celebrase en su casa la boda de su sobrina; al pasar por el pueblo se detuvieron á comer en la posada, y estando asomada en sus ventanas, vió casualmente á uno de mis chiquillos jugando en la calle; al momento envió á su lacayo que fuera á llevárselo, y por él supo parte de nuestras desgracias, pero ignoraba absolutamente que Mr. Thornhill fuese la causa de ellas. A pesar de las observaciones de su padre sobre la impropiedad de ir una señorita á hacer visitas á una cárcel, dijo al niño que la guiase, y de este modo acaeció una reunion tan imprevista.

Permítaseme reflexionar un momento sobre estos encuentros casuales, que aunque suceden todos los dias, pocas veces escitan nuestra admiracion, á menos que no sea en un caso estraordinario. ¡A cuántas ocurrencias impensadas debemos todos los placeres y conveniencias de la vida! ¡Cuántas circunstancias, que pudieran llamarse casualidades, es preciso que se reunan para proporcionarnos nuestro alimento y vestido! Es preciso que el labrador se halle con disposicion de trabajar; es preciso que la lluvia riegue los campos; es preciso que el viento hinche las velas del buque; ó de lo contrario, una multitud innumerable perece por falta del necesario sustento y abrigo.

Continuamos todos en silencio por algunos instantes, hasta que mi encantadora discípula (nombre que generalmente daba yo á esta señorita), en cuyo semblante se veian unidos el asombro y la compasion, dijo á Mr. Thornhill, creyendo ella que este habia veni

do á socorrernos:—A la verdad, mi querido Thornhill, me es muy sensible que haya vd. venido aquí sin traerme en su compañía, y que jamas me haya informado de la deplorable situacion de una familia que tanto apreciamos los dos. Vd. no ignora que para mí hubiera sido el mayor placer venir á aliviar á mi anciano y reverendo maestro, á quien nunca cesaré de estimar. Pero ya veo que vd., á imitacion de su señor tio, se complace en hacer el bien en secreto. —¡Se complace en hacer el bien en secreto! esclamó sir Guillermo. No, querida mia; sus placeres son tan bajos como él, y jamas produjo la naturaleza un villano mas completo. Despues de haber seducido vilmente á la hija mayor de este honrado caballero, despues de haber atentado contra la inocencia de la otra, ha sepultado al infeliz padre en una prision, y ha hecho poner en cadenas á su hijo primogénito, porque tuvo la noble osadía de pedirle satisfaccion de tan atroces ultrajes. Por tanto, permítame vd., señorita, que la felicite por haber escapado de las garras de ese mónstruo.—¡Oh bondad infinita! esclamó la noble Arabela. ¡Cuán infamemente he sido engañada! Mr. Thornhill me informó como de cosa cierta, que el hijo mayor de mi amado maestro, el capitan Primrose, habia pasado á América con su esposa.—Mi querida señorita, esclamó mi mujer, Mr. Thornhill no le ha dicho á vd. mas que mentiras. Mi hijo Jorge no ha dejado el reino, ni jamas se ha casado. Aunque vd. lo abandonó, él no ha dejado nunca de amarla, y con tanta finura, que no le ha sido posible pensar en ninguna otra; y aun le he oido decir que estaba resuelto á morir soltero, si no lograba casarse con vd.— En seguida hizo los mayores elogios de la sinceridad y ternura de la pasion de su hijo, y aclaró la causa de su desafío con Mr. Thornhill; de aquí, haciendo una digresion rápida, pasó á esponer los vicios y libertinaje de Mr. Thornhill y sus nulos y repetidos matrimonios, y concluyó con la pintura mas insultante de su cobardía.

—¡Cielos! repitió la señorita Wilmot. ¡Cuán cerca he estado de mi completa ruina! Mas ¡cuán grande es mi placer al haber escapado de ella! Las falsedades que me refirió ese caballero fueron tantas, que consiguió por último persuadirme que la promesa dada por mí al solo hombre que amaba en este mundo, no me obligaba, pues que este la habia quebrantado; y llegó hasta infundirme odio y desprecio hácia un amante valiente y generoso.

A este tiempo mi hijo, libre ya de los embarazos de la justicia, y

habiéndole servido Mr. Jenkinson de ayuda de cámara, se presentó en el cuarto, vestido gallardamente de su uniforme; y sin vanidad, porque no la tengo, parecia tan buen mozo como el mejor que hasta ahora se ha puesto una casaca militar. A su entrada hizo á la señora Wilmot una modesta cortesía, aunque á alguna distancia, pues aun no sabia la mudanza que habia obrado á su favor la elocuencia de su madre. Mas á su jóven amante no pudo contener la consideracion de estar nosotros presentes para solicitar en el acto su reconciliacion. El rubor de su rostro, sus lágrimas, sus miradas, todo estaba indicando las sensaciones de su corazon por haber faltado á su promesa y haberse dejado alucinar por un impostor.—Ciertamente, señora, esclamó mi hijo, para mí es todo esto una ilusion. No creo haber merecido tanta bondad. El proporcionarme una felicidad tan estremada, es hacerme demasiado dichoso.—No señor, repuso ella, no es esta una ilusion: yo he sido engañada, vilmente engañada, y solo así pudiera haber sido infiel á mi promesa. Vd. conoce mi amor, hace mucho tiempo que vd. lo conoce: olvidemos lo pasado; y del mismo modo que en otra ocasion le dí libre y gustosamente mi palabra de serle constante, se la doy ahora de nuevo, y aseguro aquí delante de todos que si Arabela Wilmot no es esposa de Jorge Primrose, jamas lo será de ningun otro hombre.—Y de ningun otro lo será vd., esclamó sir Guillermo, si mi influencia con Mr. Wilmot vale algo.

Esta indicacion fué bastante para mi hijo Moises, el que inmediatamente corrió á la posada donde se hallaba el anciano caballero á informarle de todo lo sucedido. Entretanto, Mr. Thornhill, viéndose atacado y confundido por todos lados, y que nada podia ya esperar por la adulacion ó el disimulo, concluyó que el partido mas sabio que le quedaba, era el de batir de frente á sus enemigos. Así, pues, echando á un lado hasta el menor vestigio de vergüenza, se quitó la máscara, y se declaró abiertamente un malvado.—Veo, dijo, que no es aquí donde me han de hacer justicia; mas estoy resuelto á acudir á otro tribunal donde se atienda á mi causa. Sepa vd., señor, continuó dirijiéndose á su tio, que no solo dejé ya de ser un pobre dependiente de sus favores, sino que los desprecio. Tengo seguro el caudal de la señorita Wilmot, que gracias á los desvelos de su padre, es algo considerable, pues guardo en mi poder los documentos firmados que me lo garantizan. Su fortuna, y

no su persona, fué lo que me indujo á desear este enlace; y pues conseguí la primera, llévese el que guste la segunda."

Este inesperado golpe nos alarmó á todos. Sir Guillermo conoció lo cierto de la reclamacion de su sobrino, pues él mismo habia ayudado á estender los artículos condicionales del matrimonio. La señorita Wilmot, notando que su caudal parecia irremediablemente perdido, se volvió hácia mi hijo y le preguntó si esta pérdida la hacia menos apreciable á sus ojos.—Aunque mi fortuna, esclamó, no está ya en mi poder, al menos puedo darle á vd. mi mano.—Y solo la mano de vd. replicó su verdadero amante, era todo lo que yo deseaba, y lo único que consideré digno de aceptarse. Y pues ha llegado este caso, protesto á vd., mi querida Arabela, que su falta de riquezas aumenta en estremo mi placer, porque sirve para convencer á mi tierna amante de la sinceridad y pureza de mi cariño.

Mr. Wilmot se presentó en este momento, y habiéndole enterado del inminente riesgo de que habia escapado su hija, consintió al punto y con la mayor alegría en la disolucion de la intentada alianza con Thornhill; pero al saber que este no entregaria la herencia de ella, que tenia asegurada por escritura de donacion, quedó enteramente consternado. Vió que todas las riquezas que con tantos afanes habia amontonado, pasaban á las manos de un hombre que nada poseia; bien conoció que Mr. Thornhill era un pícaro de los mas insolentes; pero la idea de la pérdida de la herencia de su hija, era un agudo puñal que le traspasaba las entrañas. Se sentó entregado á las mas tristes cavilaciones, hasta que despues de algunos minutos le dijo sir Guillermo:—Confieso, señor, que la actual desgracia de vd. no me desagrada enteramente, pues así veo castigada su inmoderada pasion por las riquezas. Pero aunque la señorita haya quedado sin herencia, existe todavía un equivalente que puede hacerla dichosa para el resto de sus dias. Vea vd. aquí á un jóven y honrado militar que ansía por desposarse con ella sin caudal como se halla; hace tiempo que los dos se aman tiernamente; y por la amistad que yo profeso á su padre, tomaré un vivo interes en sus adelantos. Abandone vd., pues, esa ambicion que le atormenta, y siquiera por una vez abrace la felicidad que le convida.—Sir Guillermo, replicó el anciano galan; esté vd. persuadido de que jamas violenté la inclinacion de mi hija, ni menos lo haria al presente. Si ella continúa amando á ese jóven caballero, desde luego doy mi con-

sentimiento para que se casen cuanto antes. Gracias al cielo, aun conservo algun capital, el que espero por la promesa de vd. seguirá aumentando. Permítaseme solamente exigir de mi antiguo amigo, dirigiéndose á mí, la oferta de que si algun dia recobra su fortuna, pondrá seis mil libras esterlinas en cabeza de mi hija, y soy el primero que asisto á la boda esta misma noche.

En cierto modo estaba entonces en mi mano labrar la felicidad de los dos jóvenes, por lo que accdí, y prontamente, á la solicitud de Mr. Wilmot; no siendo pequeño favor para uno que tenia las esperanzas que yo de recobrar mi caudal, el que se contentase con mi promesa. Los dos amantes trasportados de gozo corrieron á abrazarse, y mi hijo en el colmo de su satisfaccion, esclamó:—Despues de todas mis desgracias, ¡cómo hubiera yo osado siquiera concebir tamaña felicidad!—Mi querido Jorge, esclamó su encantadora Arabela, guárdese ahora mi herencia ese miserable; para nada la necesito, pues que podemos ser felices sin ella. ¡Nada puede ser comparable á mi presente fortuna! Disfrute, pues, nuestras riquezas, pues ahora hasta en la indigencia puedo ser feliz.—Y yo prometo á vd., la dijo Thornhill con una sonrisa maliciosa, que yo tambien seré muy feliz con lo que vd. desprecia.—Poco á poco, señor, interrumpió Jenkinson, que aun tengo yo que decir dos palabritas sobre el asunto; digo, pues, señor, que por lo que hace á la herencia de que se trata, no tocará vd. ni á un penique de ella. Suplico á usía, prosiguió dirigiéndose al baron; ¿puede el caballero Thornhill retener la herencia de esa señorita, si está ya casado?—De ninguna manera, contestó el baron.—Pues lo siento, repuso Jenkinson, porque el caballero y yo hemos sido antiguos camaradas de juego, y le conservo alguna amistad. Pero á pesar de lo mucho que le estimo, me veo precisado á declarar que puede encender su pipa con su escritura de donacion, pues ya está casado.—Vd. miente como un villano, prorrumpió Thornhill arrebatado de cólera; yo jamas fuí legalmente casado con mujer alguna.—Con perdon de usía, replicó el otro, digo que ya está casado, y espero que muestre algun agradecimiento á su honrado Jenkinson, en pago de que le vuelve su esposa, á la que los presentes, si detienen un poco su curiosidad, van á ver en este instante.—Al decir esto salió apresuradamente, dejándonos á todos suspensos.—Que vaya donde quiera, esclamó Thornhill; por mas culpado que yo aparezca bajo cualquier otro aspecto, en cuanto á este punto desafío á que me pruebe lo mas leve.

"No puedo comprender, dijo sir Guillermo, cuál sea el intento de ese bergante; mas supongo que será alguna de sus truhanerías.—Quizás, señor, repliqué, la cosa puede ser mas séria de lo que parece; pues si reflexionamos en los varios proyectos que este caballero ha puesto en planta para seducir la inocencia, no estrañarémos que alguno mas astuto que él haya encontrado el medio de engañarlo. Si consideramos igualmente los infinitos á quienes ha arruinado, los muchos padres que ahora lamentan la infamia y deshonor que introdujo en sus inocentes familias, no debe sorprendernos si alguno de ellos.... ¡Cielos! ¡Es mi hija, mi perdida Olivia! ¡Sí, ella es; mi vida, mi felicidad! Hija mia, yo te creí perdida para siempre, pero aun te tengo en mis brazos. ¡Sí, aun existes para hacer feliz á tu anciano padre!—Los trasportes del mas tierno amante no igualan á los que yo sentí al ver entrar, al ver en mis brazos á mi amada hija, la cual espresaba en silencio el estático gozo que la ocupaba.—¿Y es cierto, mi amable, mi idolatrada Olivia, que has sido vuelta á mis brazos para ser el amparo y consuelo de mi vejez?—Sí señor, es ella, replicó Jenkinson; es su respetable hija de vd., y debe acariciarla sin rebozo, pues no la aventaja en honor ninguna de las señoras que están presentes, por mas honradas que sean. En cuanto á vd., caballero, dijo á Thornhill, esta jóven es su legítima esposa. Y para convencerlo de que hablo la verdad, aquí está la licencia por la cual fueron vdes. desposados.—En efecto, entregó la licencia al baron, quien la leyó y la encontró en un todo perfecta y válida.—Ahora, señores, continuó Jenkison, sacaré á vdes. de la sorpresa en que les veo, esplicándoles el caso en pocas palabras. Este caballero, de feliz memoria, á quien profeso una grande amistad, como él bien sabe, me ha empleado con frecuencia en comisiones, á la verdad no muy decentes ni honradas. Entre otras, me dió la de procurarle una licencia falsa de matrimonio, y un pillo que quisiera disfrazarse de sacerdote y obrar como tal, para engañar á esta señorita. Pero yo, como era su íntimo amigo, lo que hice fué conseguirle una verdadera licencia, y traerle un sacerdote tan legítimamente ordenado como el primer obispo de Roma, quedando casados los dos por este medio con la misma legalidad que si lo hubiesen sido en público y á la vista de todos sus parientes. Tal vez creerán vdes. que esto lo hice por generosidad ó lástima hácia esta señorita; mas no fué así. Confieso, para mi vergüenza, que no tuve otra inten-

cion que la de guardar la licencia y hacer saber al caballero que podia presentarla contra él cuando se me antojase, para de esta manera tenerla siempre á mi disposicion cuando me hiciese flata dinero.

La felicidad estaba pintada en todos los semblantes, y hasta á las mejillas de Olivia habia dado el placer un color vivo y sonrosado. El verse de repente restituida al honor, á sus amigos y la fortuna, causó en ella tal sensacion, que fué suficiente á detener el curso de su decadencia y devolverle su antigua salud y vivacidad. Pero quizás entre todos ninguno sintió un gozo mas puro que yo. Sin embargo de tener á mi querida hija estrechada contra mi pecho, preguntaba á mi corazon si todos estos trasportes no eran ilusiones.—¿Cómo pudo vd. ser tan cruel, dije á Jenkinson, que añadiese á mis penas la atroz y terrible de la muerte de mi hija? Mas no importa; mi placer al volver á verla, reconpensa escesivamente el dolor que me causó aquella noticia.—La pregunta de vd., replicó Jenkinson, tiene una contestacion muy sencilla. Yo creia que el único y probable medio de libertar á vd. de su prision era el de someterse á Mr. Thornhill, y asentir á su casamiento con la otra señorita; mas como vd. habia jurado no consentir en esto mientras su hija Olivia existiese, no quedaba por consiguiente otro recurso que el de hacerle creer á vd. que esta habia muerto. A fuerza de razones logré convencer á su esposa de la utilidad de este engaño y del beneficio que de él resultaria á toda la familia, y conseguí me ayudase en la empresa; pero hasta ahora no se habia presentado una oportunidad de desengañar á vd.

En toda la concurrencia solo habia dos en cuyos rostros no se notaba la menor señal de alegría; á Mr. Thornhill le habia abandonado su descaro: vió á sus piés el golfo de infamia y miseria que él mismo se habia abierto, y temblaba al pensar que el menor paso iba á precipitarlo en él para siempre. Así, pues, se arrodilló ante su tio, y con voz desmayada y lamentable imploró su perdon. Sir Guillermo queria rechazarlo con desprecio, pero á ruego mio, lo levantó, y despues de algunos minutos de pausa, le dijo:—Tus vicios, tus crímenes y tu ingratitud no merecen compasion; sin embargo, no te abandonaré: tendrás una pension suficiente para acudir á las necesidades de tu vida, pero no á tus locuras. Esta jóven señora, tu esposa, entrará en posesion de la tercera parte de las riquezas que tu

tiempo tuviste como tuyas, y solo de su generosidad debes esperar socorros estraordinarios en lo venidero.—Su sobrino iba á espresarle su gratitud por tanta bondad en un pulido discurso, pero el baron se lo impidió, diciéndole que no hiciese mas visible su bajeza: al mismo tiempo le mandó se retirara, y que de todos sus criados escogiera el que mas le acomodase, pues solo le concedia uno para su servicio.

Luego que el caballero salió del aposento, se acercó sir Guillermo muy cortesmente á su nueva sobrina, y la dió la enhorabuena. Mr. Wilmot y su hija siguieron su ejemplo; su madre tambien la besó con mucha ternura y afecto, pues para usar de su propia espresion, acababan de hacer de ella una mujer honrada. Despues les tocó en turno á Sofía y á sus hermanos, y hasta nuestro bienhechor Jenkinson solicitó ser admitido á este honor, pareciendo nuestra satisfaccion incapaz de aumento.

Sir Guillermo, cuyo mayor placer era hacer bien, miró alrededor de sí con rostro franco y despejado, y vió la alegría rebosando en los rostros de todos, escepto en el de mi hija Sofía, quien, por razones que no podiamos comprender, demostraba no estar enteramente satisfecha.—Me parece, dijo el baron sonriéndose, que toda la compañía, menos uno ó dos, está contenta y entregada á la felicidad. Solo me resta hacer un acto de justicia. Vd. conoce muy bien, señor, me dijo, las obligaciones que ambos debemos á Mr. Jenkinson, y es muy justo que se las recompensemos. Sin duda la señorita Sofía lo hará feliz; yo le entregaré quinientas libras esterlinas de dote, y con esto me parece que podrán vivir con alguna comodidad y desahogo. ¿Qué dice vd. de ese partido que la hago, señorita Sofía? ¿quiere vd. aceptarlo?—La pobre muchacha se ocultó entre los brazos de su madre, casi sin sentido, al oir una proposicion tan odiosa para ella.—¡Aceptarlo, señor! contestó con voz desfallecida: no, nunca!—¡Cómo! repitió Sir Guillermo. ¿Desprecia vd. á Mr. Jenkinson, su bienhechor, hombre jóven y buen mozo, con quinientas libras esterlinas y buenas esperanzas ademas!—Suplico á vd., señor, repuso ella, apenas pudiendo hablar, que desista de esa idea y no quiera hacerme tan miserable.—¡Habráse visto obstinacion semejante! esclamó el baron. ¡Qué! ¿no lo acepta vd.?—No señor, nunca; replicó ella con enfado; primero moriré.—Pues si es así, dijo sir Guillermo, si vd. no quiere aceptarlo, entonces.... me parece que será preciso que vd.... me acepte á mí.—Y al decir esto la estrechó ardientemente contra

su pecho.—¡Oh la mas sensible y amable de todas las criaturas! esclamó; ¿cómo pudo vd. pensar que su Burchell la engañaria, ó sir Guillermo Thornhill cesara de admirar á una amante que tan tiernamento lo ha amado, sin mas interes que haberlo creido digno de su cariño, cuando las circunstancias lo representaban como un hombre indigente? He pasado algunos años buscando una mujer que ignorando mi apellido y fortuna, creyese que solo como hombre habia en mí mérito bastante para merecer su corazon; mas despues de haborlo solicitado en vano, hasta entre las imbéçiles y las feas, ¡cuánto debe ser mi gozo al verme querido por una belleza tan sensible y celestial!—Y volviéndose á Mr. Jenkinson, le dijo:—Señor, como no me es posible separarme de esta señorita, toda la recompensa que puedo dar á vd. es entregarle su dote, en cuya virtud acudirá vd. mañana á mi mayordomo por las quinientas libras esterlinas.

Tuvimos que repetir nuestros cumplimientos, y Sofía fué abrazada por todos con la misma ceremonia que su hermana. A este tiempo se presentó un criado de sir Guillermo á decir que los coches estaban prontos para conducirnos á la posada, donde todo estaba ya preparado para nuestro recibimiento. Mi mujer y yo abrimos la marcha, siguiéndonos los demas, y así dejamos aquellas tristes mansiones del sufrimiento y de la miseria. El generoso baron dió cuarenta libras esterlinas para que se distribuyesen entre los presos, y escitado por su ejemplo, Mr. Wilmot les regaló veinte.

Las continuas alteraciones de placer y de pena que habia sufrido durante el dia, tenian agitado de tal manera mi espíritu, que despues de cenar pedí permiso para retirarme. Dejé á la compañía entregada al alborozo mas puro; y luego que me ví solo, mi corazon tributó las mas fervientes gracias al Dispensador de todos los bienes y males. En seguida me quedé dormido, y disfruté de un sueño tranquilo y no interrumpido hasta la mañana siguiente.

XXXII

Conclusion.

El primer objeto que ví al despertarme fué á mi hijo Jorge, sentado al lado de mi cama, que venia á aumentar mi satisfaccion participándome otro nuevo favor de la fortuna. Despues de habermo

eximido de la promesa de las seis mil libras esterlinas á que me habia obligado el dia anterior, me dió la nueva de que el comerciante de Lóndres en cuyo poder tenia depositado mi caudal cuando quebró, habia sido prendido en Ambéres, y le habian embargado multitud de efectos, cuyo valor escedia con mucho á lo que debia á sus acreedores. Sir Guillermo, que entró en el cuarto á la sazon, y á quien comuniqué mis dudas, fué de opinion que podia admitirla sin titubear, pues mi hijo era ya poseedor de cuantiosas riquezas. En seguida me dijo que habia entrado á informarme de que la noche antes habia despachado un correo por las licencias de matrimonio, que lo aguardaba por momentos, y que confiaba en que yo me prestaria gustoso á hacer feliz á toda la compañía. Estando hablando, entró un lacayo á decirle que habia vuelto el correo; y como para entonces ya estaba yo vestido, bajamos á la sala, en donde me encontré á todos enagenados de contento y alegría, frutos de su inocencia y prosperidad. Sin embargo, como estaban preparándose para una ceremonia augusta y sagrada, confieso que sus risotadas me incomodaron sobremanera. Por tanto, les previne que en tan sagrada ocasion debian observar un porte grave, decente y magestuoso, y al efecto les leí dos homilías y una tésis de mi composicion; pero ellos, lejos de prestar oidos á mis sermones, continuaron de tal modo su risa y algazara hasta en el camino de la iglesia, á donde yo los conducia, que mas de una vez estuve tentado á volver la cara para reprenderlos.

Antes de marchar á la iglesia habia yo dado órden de que se despachase un coche para que trajese á mi honrado vecino Flamborough y sus hijas; y al volver á la posada tuvimos el gusto de verlos llegar. Mr. Jenkinson dió la mano á la hija mayor para ayudarla á bajar del coche, y Moises presentó la suya á la mas jóven. Desde entonces he sabido que mi hijo ama apasionadamente á la muchacha, y es tan de mi gusto este amor, que obtendrá mi consentimiento y liberalidad al momento que él me los pida.

A poco rato nos avisaron que en la mesa nos aguardaban. Pasamos á la sala y encontramos una suntuosa comida, preparada por el cocinero de Mr. Thornhill. Mi hija Olivia aun se acuerda de él con sentimiento, y me ha declarado [cosa que yo guardo en secreto] que si algun dia llega él á correjirse, ella está pronta á perdonarle.

Al sentarnos á la mesa se renovaron nuestras dificultades ye cre-

monias. La cuestion se reducia á si mi hija mayor, considerada ya como una matrona, deberia ó no sentarse á la cabeza de las dos jóvenes recien casadas. Mi hijo Jorge terminó en breve este debate, proponiendo que nos sentáramos sin distincion y cada caballero al lado su dama. Todos aplaudieron con gusto la proposicion, escepto mi mujer, la que advertí no habia quedado satisfecha, pues se habia prometido de antemano tener el placer de presidir la mesa, y ser la única que trinchase para toda la compañía. No obstante este pequeño inconveniente, es imposible describir nuestro buen humor. No sé si entre nosotros habia mas ingenio y agudeza que la acostumbrada; pero lo que puedo asegurar es que habia mas risa y alegría, que equivale á aquellos en estos casos.

Finalizada la comida, supliqué retirasen la mesa, para, segun mi antigua costumbre, tener de nuevo el placer de verme cercado de toda mi familia alrededor de una hermosa lumbre. En cada una de mis rodillas se sentó uno de mis chiquitos; los nuevos maridos al lado de sus esposas, y el resto se colocó segun el gusto de cada cual. Nada me quedaba ya que desear en este mundo: todas mis penas habian terminado, y mi placer era inesplicable. Solo restaba que mi gratitud á la Providencia en mi buena fortuna, escediese á mi sumision á sus decretos en la adversidad.

FIN.

